**Paper - El “legado vital” de la globalización: del malestar económico al populismo emocional e irreflexivo (de aquellos polvos, estos lodos) (Parte II)**

**Anexo - Cómo “explican lo inexplicable” algunos “cabeza de huevo” y muchos “estómagos agradecidos”: un poco antes, durante, y a los pocos días del “8-N”**



- La geografía de las elecciones (Project Syndicate - **30/9/16**)

París.- En muchos países, el lugar de residencia de los votantes permite predecir con bastante exactitud sus preferencias electorales. Fue patente en los mapas de la geografía electoral del voto a favor y en contra de abandonar la Unión Europea, en el referendo celebrado en el Reino Unido en junio. Un patrón similar puede verse en la distribución de votos en la elección presidencial estadounidense de 2012 o en el apoyo de los franceses al Frente Nacional de Marine Le Pen en las elecciones regionales de 2015. Y es muy probable que se repita en la próxima elección presidencial en los Estados Unidos. Muchos ciudadanos viven en lugares donde buena parte de sus vecinos votan igual que ellos.

Esta geografía electoral señala una profunda división económica, social y educativa. Las ciudades ricas, donde se concentran los graduados universitarios, tienden a votar por candidatos con una visión internacionalista (a menudo, de centroizquierda), mientras que los distritos de clase media baja y trabajadora tienden a votar por candidatos que se oponen al libre comercio internacional (a menudo, nacionalistas de derecha). No es casualidad que alcaldes de centroizquierda gobiernen Nueva York, Londres, París y Berlín, mientras que las ciudades más pequeñas y postergadas tienden a preferir a políticos de la derecha dura.

Las diferencias entre regiones o ciudades a la hora de votar son tan viejas como la democracia. Lo nuevo es la creciente correlación de la polarización espacial, social y política, que convierte a conciudadanos en virtuales extraños. Como resaltó Enrico Moretti (de la Universidad de California en Berkeley) en su libro La nueva geografía del trabajo, esta nueva divisoria es inocultable: los graduados universitarios son la mitad de la población total en las áreas metropolitanas más ricas de Estados Unidos, pero cuatro veces menos en las áreas más postergadas.

Los grandes cambios económicos tienden a acentuar esta división política. Quienes viven y trabajan en distritos fabriles tradicionales, atrapados en el torbellino de la globalización, son perdedores en varios frentes: sus empleos, su patrimonio inmobiliario y los destinos de sus hijos y familiares muestran una clara correlación.

Hace poco, en una investigación fascinante, David Autor (del MIT) y coautores exploraron las consecuencias políticas, y hallaron que los distritos de Estados Unidos cuya economía fue más afectada por las exportaciones chinas respondieron reemplazando a representantes moderados con otros políticos más radicales (de izquierda o derecha). De modo que la globalización provocó polarización económica y política.

Los gobiernos desatendieron esta divisoria demasiado tiempo. Algunos confiaron en la economía del derrame, otros en el estímulo al crecimiento y al empleo mediante la política monetaria, otros en la redistribución por medio de la política fiscal. Pero estas soluciones ayudaron muy poco.

Los datos desmienten la fe ciega en la extensión inevitable de la prosperidad a todas las regiones. El desarrollo económico moderno depende en gran medida de la interacción (que a su vez demanda una alta densidad de empresas, habilidades e innovadores) y premia la aglomeración (por eso las ciudades grandes suelen prosperar y las pequeñas languidecen). Cuando una zona comienza a perder empresas y quedar rezagada en capacidades, hay pocos motivos para creer que la tendencia revertirá por sí sola. El desempleo puede pronto convertirse en norma.

La expansión de la demanda agregada apenas resuelve el problema. Aunque es verdad que la marea levanta todos los barcos cuando sube, no lo hace en forma pareja. Para quienes se sienten marginados, el impulso al crecimiento nacional suele implicar más prosperidad y dinamismo para las ciudades aventajadas, y escasa o nula mejora para el resto: es decir, una división más marcada e incluso más intolerable. El crecimiento mismo se vuelve divisivo.

Y si bien las transferencias fiscales ayudan a contrarrestar la desigualdad y combatir la pobreza, poco hacen por reparar el tejido social (además, su sostenibilidad a largo plazo está cada vez más en duda).

En su discurso inaugural, la primera ministra británica Theresa May se comprometió a responder al malestar económico y social de su país con una política centrada en la unidad. Los candidatos presidenciales en Estados Unidos también redescubrieron la fuerza de la demanda de cohesión nacional y social. Es indudable que en la próxima campaña presidencial en Francia se plantearán inquietudes similares. Pero aunque los fines estén claros, los políticos suelen desatinar respecto de los medios.

La campaña presidencial estadounidense ha puesto de moda otra vez el proteccionismo. Pero aunque las restricciones a las importaciones pueden aliviar el padecimiento de algunos distritos fabriles, no impedirán que las empresas se trasladen donde haya mejores oportunidades de crecimiento; no protegerán a los trabajadores contra el cambio tecnológico; y no recrearán las pautas de desarrollo del pasado.

En tanto, la migración por motivos económicos es cada vez más cuestionada (no sólo en el Reino Unido, donde es más notorio, sino también en otras partes). Pero aquí también, si bien restringir la entrada de trabajadores de Europa del este puede aliviar la competencia salarial o detener el encarecimiento de la vivienda, no cambiará las diferencias entre las ciudades grandes y las pequeñas.

En vez de afirmar lo contrario, los políticos deberían reconocer que no hay soluciones sencillas a la disparidad geográfica del desarrollo económico moderno. Por inconveniente que sea, el ascenso de las metrópolis es un hecho, al que no hay que ofrecer resistencia, porque no es un juego de suma cero: las ciudades grandes generan beneficios económicos para el conjunto.

Lo que debe hacer la política pública es asegurar que la aglomeración económica no menoscabe la igualdad de oportunidades. Los gobiernos no pueden decidir dónde se radicarán las empresas; pero es su responsabilidad garantizar que, más allá del efecto del lugar de residencia sobre los ingresos, el lugar de nacimiento no determine el futuro de la gente. Es decir, la política pública tiene una responsabilidad clara de limitar la correlación entre geografía y movilidad social; una correlación que, como demostraron Raj Chetty (de Stanford) y otros autores, es alta en Estados Unidos (y en otros países pueden observarse pautas similares).

La infraestructura puede ayudar. La disponibilidad de medios de transporte eficientes, servicios sanitarios de calidad y acceso a Internet de banda ancha puede ayudar a las ciudades más pequeñas a atraer inversiones en sectores que no dependen de los efectos de la aglomeración. Por ejemplo, para las empresas puede ser muy ventajoso trasladar los procesos internos sin interacción directa con los clientes a lugares donde el espacio de oficinas y la vivienda son baratos.

Por último, se justifica limitar el egoísmo de las áreas aventajadas. La distribución de competencias entre los niveles nacional y subnacional, lo mismo que la estructura tributaria, se definieron en un entorno muy diferente al actual; para mitigar la división geoeconómica, tal vez haya que rediseñarlas por completo.

(Jean Pisani-Ferry is a professor at the Hertie School of Governance in Berlin, and currently serves as Commissioner-General of France Stratégie, a policy advisory institution in Paris)

- Escapar de la nueva normalidad de débil crecimiento (Project Syndicate - **30/9/16**)

Milán.- Sin lugar a dudas, la recuperación de la recesión mundial provocada por la crisis financiera del año 2008 ha sido inusualmente larga y anémica. Algunos aún esperan un repunte en el crecimiento. Sin embargo, ocho años después de que estallara la crisis, la situación que atraviesa la economía mundial comienza a mostrarse más como un nuevo equilibrio de bajo crecimiento que como una recuperación lenta. ¿Por qué ocurre esto y hay algo que podamos hacer al respecto?

Una posible explicación de esta “nueva normalidad” que ha recibido mucha atención es la disminución del crecimiento de la productividad. Pero, a pesar de la considerable cantidad de datos y análisis, el rol que desempeña la productividad en el actual malestar ha sido difícil de definir - y, en los hechos, parece no tener la importancia crítica que muchos piensan.

Por supuesto, la desaceleración del crecimiento de la productividad no es buena para el desempeño económico a largo plazo, y puede ser una de las fuerzas que frenan a Estados Unidos, a medida que se acerca al nivel de “pleno” empleo. Pero, en gran parte del resto del mundo otros factores -para nombrar algunos, la demanda agregada insuficiente y las significativas brechas de productividad, enraizadas en el exceso de capacidad y activos subutilizados (incluyéndose entre ellos a las personas)- parecen tener mayor importancia.

En la eurozona, por ejemplo, la demanda agregada en muchos países miembros se ha visto restringida por, entre otras cosas, el gran superávit de cuenta corriente de Alemania, que ascendió a 8,5% del PIB en el año 2015. Al tener una mayor demanda agregada y un uso más eficiente de los recursos humanos y otros recursos de capital existentes, las economías podrían lograr un impulso significativo en el crecimiento a mediano plazo, incluso sin que estén presentes ganancias de productividad.

Nada de esto quiere decir que debemos ignorar el desafío de la productividad. Pero la verdad es que la productividad no es el principal problema económico en este momento.

Hacer frente a los problemas más apremiantes de la economía mundial requerirá de la acción de múltiples actores -no sólo de la de los bancos centrales. Sin embargo, hasta el momento, las autoridades monetarias han asumido gran parte de la carga de la respuesta frente a la crisis. En primer lugar, intervinieron para evitar el colapso del sistema financiero, y, más tarde, para detener la crisis bancaria y de la deuda soberana en Europa. Luego continuaron su accionar para reducir las tasas de interés y la curva de rendimiento, elevando los precios de los activos, lo que a su vez impulsó la demanda vía los efectos de riqueza.

Pero este abordaje, a pesar de hacer algo bueno, ha llegado a su fin. Las tasas de interés muy bajas -incluso negativas- no han logrado restablecer la demanda agregada o estimular la inversión. Y, el canal de transmisión del tipo de cambio no tendrá muchos efectos positivos, ya que no aumenta la demanda agregada, simplemente desplaza la demanda entre los sectores relacionados al comercio exterior de los países. La inflación ayudaría, pero incluso las medidas monetarias más expansivas han estado esforzándose por elevar la inflación para que se alcance los niveles-objetivo, Japón presenta un ejemplo de lo antedicho. Una de las razones para esto es la presencia de una demanda agregada inadecuada.

Nunca se debería haber esperado que la política monetaria por sí sola cambie las economías, llevándolas a una trayectoria más alta de crecimiento sostenible. Y, de hecho, no lo hizo: la política monetaria explícitamente pretendía ganar tiempo para que los hogares, el sector financiero y los países soberanos deudores reparen sus hojas de balance; y, las políticas de crecimiento comiencen a funcionar.

Desafortunadamente, los gobiernos no fueron lo suficientemente lejos en la búsqueda de respuestas fiscales y estructurales complementarias. Una de las razones es que las autoridades fiscales en muchos países -en particular, en Japón y partes de Europa- se han visto limitadas por los altos niveles de deuda soberana. Por otra parte, en un entorno con tasas de interés bajas, estos países pueden vivir con sobreendeudamiento.

Para los gobiernos altamente endeudados, las tasas de interés bajas tienen importancia crítica para mantener los niveles de endeudamiento en niveles sostenibles y para aliviar la presión relativa a la reestructuración de la deuda y la recapitalización de los bancos. El desplazamiento hacia un equilibrio en el rendimiento de la deuda soberana alto haría que sea imposible lograr el equilibrio fiscal. En la eurozona, en el año 2012 el Banco Central Europeo anunció que su compromiso relativo a evitar que los niveles de endeudamiento se tornen insostenibles estaba políticamente condicionado a la restricción fiscal.

También hay motivaciones políticas en juego. Los políticos simplemente prefieren mantener la carga sobre la política monetaria y evitar así ir tras la consecución de políticas difíciles o impopulares -incluyéndose entre ellas las reformas estructurales, la reestructuración de la deuda y la recapitalización de los bancos- mismas que están destinadas a impulsar el acceso a los mercados y la flexibilidad, incluso si esto significa socavar el crecimiento a mediano plazo.

El resultado es que las economías están atrapadas en un supuesto equilibrio de Nash, en el cual ningún participante puede ganar a través de una acción unilateral. El crecimiento sufrirá si los bancos centrales intentan abandonar sus políticas agresivamente acomodaticias sin acciones complementarias para reestructurar la deuda o restablecer la demanda, el crecimiento y la inversión - así como también sufrirá la credibilidad de los bancos centrales, o incluso su independencia.

Pero estas instituciones deben abandonar las mencionadas políticas monetarias expansivas, porque ellas han llegado al punto en el que pueden estar haciendo más daño que bien. Al suprimir los rendimientos para los ahorristas y para los titulares de activos por un período prolongado, las tasas de interés bajas han estimulado una búsqueda frenética de rendimiento.

**Esta búsqueda toma dos formas. Una es el aumento del apalancamiento, que ha aumentado en todo el mundo en una cifra de alrededor de $ 70 millones de millones de dólares desde el año 2008, y en gran medida (aunque no totalmente) esto ha ocurrido en China. La otra es la volatilidad de los flujos de capital, lo que ha llevado a los formuladores de políticas en algunos países a ir tras de su propia flexibilización monetaria o a imponer controles de capital, con el fin de evitar daños al crecimiento en su sector de comercio exterior.**

En el pasado los líderes políticos mostraron más coraje en la implementación de reformas estructurales y de seguridad social que puede que impidan el crecimiento por un tiempo, pero estabilizan la situación fiscal de sus países. De manera más general, las autoridades fiscales tienen que cooperar mucho más y de mejor manera con sus contrapartes, a nivel nacional e internacional.

Dicho accionar probablemente tendrá que esperar hasta que las consecuencias políticas del bajo crecimiento, la alta desigualdad, la desconfianza en la inversión y el comercio internacional, así como la pérdida de independencia del banco central se tornen en demasiado pesadas para soportar. Probablemente esto no ocurrirá de inmediato; pero, dado el surgimiento de líderes populistas que aprovechan estas tendencias adversas para ganar apoyo, puede que dichas acciones no estén demasiado lejanas.

En este sentido, el populismo puede ser una fuerza beneficiosa, ya que desafía al status quo problemático. Sin embargo, en el caso de que los líderes populistas se hagan del poder, permanece el riesgo de que ellos vayan a ir tras la consecución de políticas que conducen a resultados que son aún peores.

(Michael Spence, a Nobel laureate in economics, is Professor of Economics at NYU’s Stern School of Business, Distinguished Visiting Fellow at the Council on Foreign Relations, Senior Fellow at the Hoover Institution at Stanford University, Academic Board Chairman of the Asia Global Institute in Hong Kong…)

- Occidente en la encrucijada (Project Syndicate - **3/10/16**)

Berlín.- Este año y el próximo, los votantes de las principales democracias occidentales tomarán decisiones que podrían cambiar de modo fundamental a Occidente -y al mundo- como lo hemos conocido por décadas. De hecho, algunas de estas decisiones ya se han tomado: el principal ejemplo es la reciente decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea.

Mientras tanto, bien podría ser que Donald Trump y Marine Le Pen ganen las próximas elecciones presidenciales de Estados Unidos y Francia, respectivamente. Hace un año habría parecido absurdo pronosticar la victoria de cualquiera de ellos, pero hoy no podemos decir lo mismo.

Las placas tectónicas del mundo occidental han comenzado a desplazarse, y a muchos les ha costado darse cuenta de las potenciales consecuencias. Hoy, después del referendo del Brexit del Reino Unido, vemos el asunto con algo más de realismo.

La decisión del Reino Unido fue un rechazo de facto a un orden europeo de paz cimentado en la integración, la cooperación y un mercado y jurisdicción comunes. Surgió de una creciente presión sobre tal orden, tanto interna como externa. En lo interno, el nacionalismo ha ido ganando fuerza en casi todos los estados miembros de la UE, mientras que en lo externo Rusia está jugando a la política de las grandes potencias, promoviendo una “Unión Euroasiática” (eufemismo por un nuevo dominio ruso sobre Europa del Este) como alternativa a la UE.

Ambos factores representan una amenaza a la estructura de paz de la UE, y el bloque quedará debilitado sin el Reino Unido, su tradicional garante de estabilidad. La UE es el eje de la integración de Europa occidental, por lo que su debilitamiento provocará una reorientación hacia el Este.

Es un resultado incluso más probable si en Estados Unidos gana Trump, que admira abiertamente al Presidente ruso Vladimir Putin y se adaptaría a la política de gran potencia de Rusia a costa de los vínculos europeos y transatlánticos. Un “momento Yalta 2.0” de este tipo impulsaría a su vez un sentimiento antiestadounidense en Europa y agravaría el daño geopolítico que sufre Occidente.

De manera similar, si en primavera gana la nacionalista de extrema derecha Marine Le Pen, significaría un rechazo de Francia a Europa. Dado que es una de las piedras angulares (junto con Alemania) de la UE, su elección probablemente marcaría el comienzo del fin de la Unión misma.

Si el Reino Unido y Estados Unidos giran hacia un neoaislacionismo y Francia abandona a Europa en favor del nacionalismo, el mundo occidental se volvería irreconocible. Ya no sería el bastión de la estabilidad y Europa caería en el caos de manera indefinida.

En este escenario, muchos volverían los ojos hacia Alemania, la mayor economía europea. Pero si bien el país pagaría el más alto precio económico y político en caso de un colapso de la UE (sencillamente, sus intereses están demasiado vinculados a los de la Unión), nadie debería esperar que resurgiera allí el nacionalismo. Todos sabemos los niveles destrucción y desgracia que puede causar en el continente.

En términos geopolíticos, Alemania quedaría en un estado intermedio. Mientras Francia es claramente un país occidental, atlántico y mediterráneo, a lo largo de su historia Alemania ha oscilado entre el Este y el Oeste. De hecho, por largo tiempo esta dinámica fue un factor constitutivo del Imperio Alemán. La cuestión “este u oeste” no se decidió finalmente sino hasta la derrota total en 1945. Tras la creación de la República Federal Alemana, el Canciller Konrad Adenauer escogió a Occidente.

Adenauer había sido testigo de la tragedia alemana al completo (las dos guerras mundiales y el colapso de la República de Weimar) y pensaba que los vínculos de la joven República Federal eran más importantes que la reunificación alemana. Para él, Alemania tenía que abandonar su posición de intermediaria e integrarse irreversiblemente con las instituciones económicas y se seguridad europeas.

El reacercamiento de posguerra entre Francia y Alemania y la integración europea bajo la UE han sido elementos indispensables de la orientación occidental alemana. Sin esos factores, podría volver a ser una tierra de nadie en términos ideológicos, lo que pondría en peligro a Europa, alimentaría peligrosas ilusiones en Rusia y obligaría a la misma Alemania a asumir retos inmanejables con respecto al continente.

La orientación geopolítica de Alemania será un tema subyacente central en las elecciones del próximo año. Si la Unión Demócrata Cristiana de la Canciller Angela Merkel la descarta debido a su política hacia los refugiados, es probable que el partido se oriente hacia la derecha en un intento por recuperar a sus votantes que prefirieron a Alternativa por Alemania (AfD), de corte antiinmigrante y populista.

Pero todo movimiento de la CDU para cooperar con AfD o validar sus argumentos presagiaría problemas. La AfD representa a los nacionalistas alemanes de extrema derecha (y peores) que desean volver a la vieja posición intermedia y forjar vínculos más estrechos con Rusia. La cooperación entre la CDU y AfD traicionaría el legado de Adenauer y equivaldría al fin de la República de Bonn.

Mientras tanto, existe un peligro similar desde el otro lado del espectro, porque una potencial coalición entre la CDU y AfD tendría que depender de Die Linke (el Partido La Izquierda), algunos de cuyos dirigentes desean en la práctica lo mismo que AfD: relaciones más cercanas con Rusia y nula o menor integración con Occidente.

Cabe esperar que no tengamos que vivir una tragedia así y Merkel prosiga en el cargo después de 2017. Puede que el futuro de Alemania, Europa y Occidente dependa de ello.

(Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protest…)

- Los deplorables de Trump (Project Syndicate - **6/10/16**)

Nueva York.- Hillary Clinton, la candidata presidencial de Estados Unidos por el Partido Demócrata, recientemente describió a los seguidores de su oponente, Donald Trump, como una “cesta de deplorables”. No fue una frase ni diplomática ni elegante, y luego tuvo que salir a pedir disculpas por su observación. Pero estaba más acertada que equivocada. Trump ha atraído a muchos seguidores cuyas opiniones sobre la raza, por ejemplo, son en efecto deplorables.

El problema es que muchos de esos votantes deplorables también son relativamente incultos, lo cual hace que el comentario de Clinton parezca pretencioso. Lamentablemente, en Estados Unidos hay demasiada gente relativamente inculta.

Entre los países desarrollados, Estados Unidos se ubica abajo en la lista en términos de alfabetización, conocimiento general y ciencia. La posición de los japoneses, los surcoreanos, los holandeses, los canadienses y los rusos es consistentemente superior. Esta, al menos en parte, es la consecuencia de dejar la educación demasiado en manos del mercado: quienes tienen dinero cuentan con un alto nivel de educación y quienes no tienen los medios suficientes nunca llegan a ser cultos.

Hasta el momento, parece claro que Clinton atrae a votantes urbanos mejor educados, mientras que Trump seduce principalmente a hombres blancos menos educados, muchos de los cuales en generaciones anteriores habrían sido obreros de minas de carbón o trabajadores industriales que votaban por los demócratas. ¿Esto significa que existe una relación entre la educación -o la falta de ella- y el poder de atracción de un demagogo peligroso?

Una de las cosas más destacables sobre Trump es el nivel de su propia ignorancia, a pesar de sus altos logros educativos, y el hecho de que parece favorecerlo hacer alarde de eso. Tal vez a un ignorante fanfarrón le resulte más fácil convencer a grandes masas de personas cuyo conocimiento del mundo es tan escaso como el suyo propio.

Pero esto implicaría suponer que la verdad fáctica es relevante en la retórica de un agitador populista. A muchos de sus seguidores no parece importarles demasiado la argumentación razonada -eso es para los esnobs liberales-. Las emociones cuentan más, y las principales emociones que manipulan los demagogos, en Estados Unidos y otras partes, son el miedo, el resentimiento y la desconfianza.

Esto también era válido en Alemania cuando Hitler llegó al poder. Pero el Partido Nazi en sus inicios no encontró el grueso de su respaldo entre la gente menos educada. Alemania tenía un nivel de educación más elevado que el de otros países, en promedio, y entre los nazis más entusiastas había maestros de escuela, ingenieros y médicos, así como pequeños empresarios provinciales, oficinistas y agricultores.

Los trabajadores de fábricas y los católicos conservadores en los centros urbanos eran, en general, menos susceptibles a las lisonjas de Hitler que muchos protestantes más educados. Los bajos niveles educativos no explican el ascenso de Hitler.

El miedo, el resentimiento y la desconfianza eran muy altos en la Alemania de Weimar, después de la humillación causada por la derrota en la guerra y en medio de una devastadora depresión económica. Pero los prejuicios raciales suscitados por los propagandistas nazis no eran los mismos que vemos entre muchos seguidores de Trump hoy. Los judíos eran vistos como una fuerza siniestra que estaba dominando las profesiones de elite: banqueros, profesores, abogados, medios de comunicación o entretenimiento. Eran los llamados traidores que impedían que Alemania volviera a ser grande.

Los seguidores de Trump dan muestra de un ánimo similar contra los símbolos de la elite, como los banqueros de Wall Street, los medios “tradicionales” y las personas con información privilegiada de Washington. Pero su xenofobia está dirigida contra los inmigrantes mexicanos pobres, los negros o los refugiados de Oriente Medio, que son vistos como unos aprovechadores que privan a los norteamericanos honestos (léase blancos) de su lugar merecido en el orden piramidal social. Se trata de gente relativamente desfavorecida, en un mundo que se globaliza y es cada vez más multicultural, resentida con quienes son aún menos privilegiados.

En Estados Unidos hoy, como en la República de Weimar, los resentidos y los temerosos tienen tan poca confianza en las instituciones políticas y económicas dominantes que siguen a un líder que promete una alteración absoluta. Al limpiar los establos, es de esperar, regresará la grandeza. En la Alemania de Hitler, esta esperanza existía en todas las clases, de élite o plebeyas. En los Estados Unidos de Trump, prospera principalmente entre los últimos.

En Estados Unidos y Europa, el mundo hoy les parece menos aterrador a los votantes más adinerados y mejor educados, que se benefician con las fronteras abiertas, la mano de obra migrante barata, la tecnología de la información y una mezcla rica de influencias culturales. De la misma manera, los inmigrantes y las minorías étnicas que buscan mejorar su suerte no tienen interés en sumarse a una rebelión populista dirigida principalmente en su contra, razón por la cual votarán por Clinton.

Trump, por ende, debe depender de los norteamericanos blancos marginados que sienten que se los está dejando de lado. El hecho de que suficiente gente se sienta de esa manera como para respaldar a un candidato presidencial tan inadecuado es algo para criticar de la sociedad estadounidense. Esto sí tiene que ver con la educación -no porque la gente con mejor educación sea inmune a la demagogia, sino porque un sistema educativo deteriorado deja a demasiada gente en una situación de desventaja.

En el pasado, había suficientes empleos industriales como para que los votantes menos educados vivieran de manera decente. Ahora que esos empleos están desapareciendo en las sociedades post-industriales, es mucha la gente que siente que no tiene nada más que perder. Esto es válido en muchos países, pero importa más en Estados Unidos, donde poner a un demagogo intolerante en la presidencia sería un gran daño no sólo para ese país, sino también para todos los países que intentan aferrarse a sus libertades en un mundo cada vez más peligroso.

(Ian Buruma is Professor of Democracy, Human Rights, and Journalism at Bard College. He is the author of numerous books, including Murder in Amsterdam: The Death of Theo Van Gogh and the Limits of Tolerance and Year Zero: A History of 1945)

- Poniendo a la revuelta populista en su lugar (Project Syndicate - **6/10/16**)

Cambridge.- En muchas democracias occidentales, éste es un año de revuelta contra las elites. El éxito de la campaña del Brexit en Gran Bretaña, la inesperada captura por parte de Donald Trump del Partido Republicano en Estados Unidos y el éxito de los partidos populistas en Alemania y otras partes para muchos presagia el fin de una era. Como señaló el columnista del Financial Times Philip Stephens, “el presente orden global -el sistema liberal basado en reglas establecido en 1945 y que se expandió después del fin de la Guerra Fría- está bajo una presión sin precedentes. La globalización está en retirada”.

En verdad, tal vez sea prematuro extraer esas conclusiones generales.

Algunos economistas atribuyen el auge actual del populismo a la “híper-globalización” de los años 1990, cuando la liberalización de los flujos financieros internacionales y la creación de la Organización Mundial de Comercio -y particularmente el acceso de China a la OMC en 2001- recibían la mayor atención. Según un estudio, las importaciones chinas eliminaron casi un millón de empleos industriales en Estados Unidos entre 1999 y 2011; si se incluyen los proveedores y las industrias relacionadas, las pérdidas llegan a 2,4 millones.

Como sostiene el economista y premio Nobel Angus Deaton, “lo que es delirante es que algunos de los que se oponen a la globalización se olvidan de que mil millones de personas han salido de la pobreza en gran medida gracias a la globalización”. Aun así, agrega que los economistas tienen la responsabilidad moral de dejar de ignorar a los que están rezagados. El crecimiento lento y la mayor desigualdad le echan combustible al fuego político.

Pero deberíamos ser cautelosos a la hora de atribuir el populismo exclusivamente a la aflicción económica. Los votantes polacos eligieron un gobierno populista a pesar de haberse beneficiado con una de las tasas más altas de crecimiento económico de Europa, mientras que Canadá parece haber estado inmune en 2016 al espíritu anti-establishment que sacude a su vecino.

En un estudio minucioso del creciente respaldo a los partidos populistas en Europa, los politólogos Ronald Inglehart de la Universidad de Michigan y Pippa Norris de Harvard determinaron que la inseguridad económica frente a los cambios de la fuerza laboral en las sociedades post-industriales no incidía tanto como el contragolpe cultural. En otras palabras, el respaldo al populismo es una reacción de sectores alguna vez predominantes de la población ante cambios en los valores que amenazan su estatus. “La revolución silenciosa de los años 1970 parece haber engendrado hoy una reacción contrarrevolucionaria rabiosa y resentida”, concluyen Inglehart y Norris.

En Estados Unidos, las encuestas demuestran que la base de seguidores de Trump se inclina hacia hombres blancos de más edad y menos educados. Los jóvenes, las mujeres y las minorías están sub-representados en su coalición. Más del 40% del electorado respalda a Trump, pero con un desempleo bajo a nivel nacional, sólo una pequeña parte de ese respaldo responde principalmente al apoyo que recibe en zonas pobres.

Por el contrario, en Estados Unidos también hay otras cosas que explican el resurgimiento del populismo más allá de la economía. Una encuesta de YouGov encargada por The Economist descubrió un fuerte resentimiento racial entre los seguidores de Trump, cuya apelación a la teoría conspirativa que cuestiona la validez del certificado de nacimiento de Barack Obama, el primer presidente negro de Estados Unidos, sirvió para colocarlo en el camino hacia su campaña actual. Y la oposición a la inmigración, incluida la idea de construir un muro y hacer que México lo pague, fue un argumento temprano en su plataforma nativista.

Y, sin embargo, un sondeo reciente de Pew muestra un creciente sentimiento pro-inmigración en Estados Unidos: el 51% de los adultos dice que los recién llegados fortalecen al país, mientras que el 41% cree que son una carga, comparado con el 50% a mediados de 2010, cuando los efectos de la Gran Recesión todavía se sentían con crudeza. En Europa, en cambio, las repentinas llegadas en masa de refugiados políticos y económicos de Oriente Medio y África han tenido efectos políticos más fuertes. Muchos expertos especulan con que el Brexit tuvo más que ver con la migración a Gran Bretaña que con la burocracia en Bruselas.

La antipatía hacia las elites puede estar causada por resentimientos económicos y culturales. El New York Times identificó un indicador importante de los distritos que se inclinan por Trump: una población de clase trabajadora mayoritariamente blanca cuya vida se ha visto afectada negativamente en las décadas en las que la economía estadounidense perdió capacidad industrial. Pero aunque no hubiera habido una globalización económica, el cambio cultural y demográfico habría creado cierto grado de populismo.

Ahora bien, es una exageración decir que la elección de 2016 subraya una tendencia aislacionista que pondrá fin a la era de la globalización. Por el contrario, las elites políticas que respaldan la globalización y una economía abierta tendrán que tomar medidas para resolver la desigualdad económica y mejorar la asistencia para aquellos afectados por el cambio. Las políticas que estimulan el crecimiento, como la inversión en infraestructura, también serán importantes.

Europa puede ser un caso diferente debido a la mayor resistencia a la inmigración, pero sería un error atribuirle demasiada importancia a las tendencias de largo plazo en la opinión pública norteamericana a partir de la retórica encendida de la campaña electoral de este año. Si bien las perspectivas de nuevos acuerdos comerciales elaborados se han visto afectadas, la revolución de la información ha fortalecido las cadenas de suministro globales y, a diferencia de los años 1930 (o inclusive de los años 1980), no ha habido un regreso al proteccionismo.

Por cierto, la economía estadounidense ha incrementado su dependencia del comercio internacional. Según datos del Banco Mundial, de 1995 a 2015, el comercio de mercancías como porcentaje del PIB total ha aumentado 4,8 puntos porcentuales. Es más, en la era de Internet, el aporte de la economía digital transnacional al PIB está creciendo a pasos acelerados.

En 2014, Estados Unidos exportó 400.000 millones de dólares en servicios habilitados por tecnologías de la información y la comunicación (TIC) -casi la mitad de todas las exportaciones de servicios de Estados Unidos-. Y una encuesta dada a conocer el mes pasado por el Consejo sobre Relaciones Extranjeras de Chicago determinó que el 65% de los norteamericanos coincide en que la globalización es esencialmente buena para Estados Unidos, mientras que el 59% dice que el comercio internacional es bueno para el país. El respaldo entre los jóvenes es aún mayor.

De manera que, si bien el 2016 puede ser el año del populismo en la política, no significa que el “aislacionismo” sea una descripción precisa de las actitudes actuales de Estados Unidos hacia el mundo. En verdad, en cuestiones cruciales -como las referidas a la inmigración y al comercio-, la retórica de Trump parece estar alejada de los sentimientos de la mayoría de los votantes.

(Joseph S. Nye, Jr., a former US assistant secretary of defense and chairman of the US National Intelligence Council, is University Professor at Harvard University. He is the author of Is the American Century Over?)

- La lógica política del Brexit duro (Project Syndicate - **10/10/16**)

París.- Pasados poco más de tres meses de la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea, el rumbo político del Brexit se está descarrilando. Se ha afianzado una dinámica casi revolucionaria (y muy poco británica) y, como indicara la Primera Ministra Theresa May en su discurso de tipo “Little Englander” (o “Pequeño inglés”) en la conferencia del Partido Conservador el mes pasado, el Reino Unido se encamina a un “Brexit duro”.

Se trata de un resultado que va en contra de lo que piensa la opinión pública del país, que sigue siendo moderada con respecto a romper de lleno con la UE. Según una encuesta de julio de BB/ComRes, un 66% de los encuestados manifestaban que “mantener el acceso al mercado único” era más importante que restringir la libre circulación de las personas. En una encuesta de ICM del mismo mes, sólo un 10% señaló que priorizaría poner fin a la libre circulación por sobre mantener acceso al mercado único, mientras que un 30% veían ambos temas como igual de importantes y un 38% consideraba que la prioridad era mantener el acceso pleno al libre mercado.

Son resultados que sólo sorprenden a quienes se creen la narrativa de que Occidente se enfrenta a una revuelta xenofóbica a gran escala contra las élites. Si bien no hay duda de que en el campo de los partidarios de abandonar la UE (los “Brexiteers”) había gente para la cual lo más importante era poner fin a la libre circulación de las personas, también había quienes creyeron a Boris Johnson, el ex alcalde de Londres y actual ministro de exteriores, cuando prometió (como sigue haciéndolo) que el Reino Unido podía quedarse con el pastel y comérselo.

De hecho, a pesar de la importante facción de airados votantes blancos de clase trabajadora, los “Breexiteers” de clase media y favorables al comercio, junto con los del quienes eran partidarios de permanecer en la Unión, constituyen una clara mayoría del total de quienes votaron en el referendo. En circunstancias normales cabría esperar que la política del gobierno reflejara la preferencia de la mayoría y apuntara a un “Brexit suave”. En lugar de ello, ha surgido un patrón revolucionario clásico.

Según los partidarios de la salida, el pueblo se ha pronunciado y ahora corresponde al gobierno cumplir con un Brexit “de verdad”. Pero debe superar a los aguafiestas, como los altos funcionarios y la mayoría a favor de permanecer en la Unión que existe en la Cámara de los Comunes, que dicen querer un Brexit meramente de nombre, una versión “falsa” que jamás podría dar los beneficios de la verdadera.

En esta narrativa revolucionaria, los peores elementos de la tradición política de Europa han dañado el pragmatismo británico. Es irrelevante lo que piense la mayoría de los votantes británicos. Con un Brexit duro, los partidarios de abandonar la Unión pueden dejar de ser vistos como un suplicante en las negociaciones con la UE, como será inevitable aunque May lo niegue una y otra vez.

**La UE tendrá las de ganar en las negociaciones por dos sencillas razones. Primero, el Reino Unido tiene más que perder en términos económicos. Mientras las exportaciones totales de otros países de la UE al Reino Unido son el doble de las de éste hacia el resto del bloque, sus exportaciones a la UE son más de tres veces la proporción de su PIB. De manera similar, el Reino Unido tiene un superávit de servicios, lo que le importa mucho menos al resto de la UE que a Gran Bretaña.**

**Segundo, tal como el Acuerdo integral de Economía y Comercio de la UE con Canadá, todo acuerdo negociado entre la UE y el Reino Unido tendrá que ser ratificado unánimemente por la totalidad de los países de la Unión, por lo que la negociación en realidad no será entre el Reino Unido y la UE, sino más bien entre los estados miembro. Dado que estará ausente de esas conversaciones, el Reino Unido simplemente tendrá que aceptar y rechazar lo que sea que la UE le ofrezca. Sería así incluso si el Reino Unido buscara un acuerdo preparado de antemano, como ser miembro del Área Económica Europea o de la Unión Aduanera de la UE, y mucho más si el Reino Unido busca un acuerdo a la medida, como May ha dicho que desea.**

Si los votantes británicos reconocieran la debilidad de la posición negociadora de su país, los “Brexiteers”, que ganaron el referendo con la promesa de “recuperar el control”, se enfrentarían a un desastre político. No tomar parte en negociaciones de peso es la manera más sencilla de evitar un desenmascaramiento así de embarazoso.

Por consiguiente, el Brexit duro en realidad es una opción suave para el gobierno. Sin embargo, tendrá un alto precio en lo económico que el Reino Unido tendrá que pagar en los años venideros.

El único consuelo es que puede que el impulso revolucionario del Brexit no sea sostenible. Poco después de que el bando partidario de la salida tachara a los burócratas de la Administración Pública de Su Majestad como “enemigos del pueblo” (típica declaración de las etapas tempranas de una revolución), Liam Fox, Ministro de Comercio Exterior y partidario del Brexit se refirió a los exportadores británicos como “demasiado perezosos y gordos” como para tener éxito en su utópica Gran Bretaña campeona del libre comercio.

Ese tipo de retórica es un síntoma de desesperación. Tiene ecos de los años de declive de la Unión Soviética bajo Leonid Breznev, cuando los defensores del marxismo aseguraban que no había problema alguno con el comunismo, excepto que la humanidad todavía no estaba madura para él. Al paso que vamos, puede que el celo revolucionario que vemos en los políticos británicos se queme a sí mismo antes de que se consume el “Brexit duro”.

(Jacek Rostowski was Poland’s Minister of Finance and Deputy Prime Minister from 2007 to 2013)

# - Trump, Europa y la causa del pueblo (GEES - 11/10/16)

“Statu quo es la manera de decir, en latín, el desastre en el que estamos”. Ronald Reagan

Sólo hay una pregunta relevante para la sucesión de elecciones democráticas que habrá en Europa a lo largo de 2017, queremos seguir como estamos, ¿o no?

Hace tiempo ya que hemos entrado en los grandes países europeos, no digamos en el modelo de la Unión Europea, en lo que podría describirse como la democracia liberal inercial. Es el modelo que reconstruyó Europa, y en general Occidente, tras la II Guerra Mundial, pero sin la fe en él, sin el alma y sin los principios que lo rigen. **Es la mera cáscara, o formalismo, en que lo ha convertido su uso por las generaciones más recientes que habiéndolo heredado, y no teniendo a la vista un modelo enemigo letal, no lo valoran en su justa medida.**

Esto es, claro, un desastre. La cuestión es si ese desastre se dejará llevar hasta su término, la desaparición efectiva del modelo de la democracia liberal en el marasmo de la tiranía relativista que conocemos como lo políticamente correcto impuesto por el progresismo dominante, o si se cortará la trayectoria temeraria que hemos emprendido.

De modo que **no es excesivo interpretar el** **zeitgeist** **actual como un enfrentamiento cuasi apocalíptico entre la idiota tiranía de nuestro tiempo, obra de seudo-proclamadas élites y gente colocada varia, y la causa del pueblo**. Expresión que tomamos aquí prestada del título de un libro de un antiguo colaborador del ex presidente Sarkozy, **Patrick Buisson**, sobre las indiscreciones de su antiguo jefe.

En este combate épico destaca por el momento la figura de **Donald Trump** en Estados Unidos, país tan relevante para Europa y el resto del mundo. Frente a él se ha alzado toda la Europa oficial en una actitud que acaso recuerde a la de María Antonieta frente al tumulto parisino pidiendo pan en las vísperas de la Revolución: “que les den brioches”.

El “pan” que quiere el pueblo es la soberanía. Las “brioches” que le quieren ofrecer a cambio, son una magdalena más etérea que la de Proust: sin mantequilla animal ni harina de trigo ni levadura artificial. Es la enésima reencarnación de la manera de mantener al mando a los mismos de siempre, con los mismos efectos, empeorados por el paso del tiempo.

La soberanía, dice el Derecho político -esa criatura que había antes de que se la comiera su superior jerárquico en la cadena alimenticia de los conceptos, la burocracia- es un atributo consustancial a los estados. Procede de la facultad del soberano de ejercer su poder, que es el del Estado, sobre su territorio y hacia sus súbditos. Tras la Edad moderna se ha mantenido como lo que puede hacer -con los límites de las libertades personales-  en su nación, quien manda hoy jurídicamente: a saber !sorpresa¡ **el pueblo**. **La soberanía nacional  reside en el pueblo, del que emanan los poderes del Estado**, dice la Constitución española. Y lo mismo, poco más o menos, todas las de los países democráticos. **La élite cree que esto es una broma para endulzar los oídos a la pobre gente ignorante y torpe; que es una ficción a la que hay que pagar tributo demagógico para sentirse uno muy bien consigo mismo y luego ir corriendo a hacer lo que hay que hacer: imponer arbitrariamente aquello que perpetúa la preponderancia de los intereses de esa élite**.

Sin embargo, no siempre fue así. La soberanía significaba algo. De hecho, la conocemos porque vivimos encaramados sobre los hombros de nuestros antepasados que construyeron el Occidente de nuestros días a base de un esfuerzo sólo admisible en un entorno de libertad personal, respeto a la propiedad individual y gobiernos de leyes y no de hombres. Esa soberanía, dentro de sus límites, defendía, protegía y hasta garantizaba, todas esas cosas. Era muy bonito. Sobre todo porque fuera de esos límites había otras realidades: la Alemania Nazi, el Imperio Soviético, dictaduras y satrapías varias. En términos bíblicos también se explicaba muy gráficamente. Estaban los “ciros” frente a los “nabucodonosores”. **Para ilustración de la élite progre mal versada en estos temas religiosos anacrónicos, más adelante se encontrará la aclaración a estos crípticos términos**.

Total, que **la élite actual cree que eso es un mito libresco y que no estamos para esas bobadas sino para cosas serias como multi-culturalizar, cambiar el clima, el sexo de las personas pero sin tocar el código genético de las plantas y presumir de ser todos muy buenos, tolerantes y amables.** Pero claro, para lograr ese nuevo paraíso terreno  exige, y parece natural para tan alto premio, una adhesión completa. Total. ¿Suena esto a algo?

El proceso, en Europa, es, como corresponde a la ideología que lo ha puesto en marcha, progresivo. La arbitrariedad se ha convertido en la segunda naturaleza de los Estados burocratizados que nos gobiernan. Su capricho del momento es vestido invariablemente como la solución técnica correcta que el ciudadano no es siempre capaz de ver. Una nueva Providencia laica administrada por semejantes con un alta, desmesurada, concepción de sí mismos, vela por nuestro bien.

El poder es visto como un fin en sí mismo que se busca por frivolidades personales, no como una carga que implica un servicio que no es fácil prestar correctamente.

- Primer ejemplo. La Unión Europea iba a lograr no sólo una unión cada vez más estrecha entre sus pueblos sino un crecimiento económico sostenido. Sin embargo, e**l sostenimiento económico de Europa, como el de buena parte de Occidente, depende de factores relativamente ajenos a ella, y a la élite gobernante,** como el precio del petróleo (bajo en comparación histórica) y de la artificial supresión del precio del dinero, que debía ser una cosa muy molesta, reliquia reaccionaria del pasado, destinada sin duda a perpetuar desigualdades.

El caso es que si **C.S. Lewis** escribió un libro sobre la decadencia de los valores titulado “La abolición del hombre”. **Bien podría escribirse hoy uno sobre la decadencia del pensamiento económico que se llamase “La abolición del dinero”**. El dinero, declaran nuestros banqueros centrales, no vale nada. Lo que significa que tampoco hay ninguna diferencia entre gastar hoy o hacerlo mañana, afirman; lo que equivale a derogar de un plumazo milenios de comportamiento humano. Un observador perspicaz podría pensar que se trata de propaganda y que realmente no piensan cuanto dicen, pero en todo caso expresiones tan a contracorriente de la lógica económica de los últimos veinticuatro siglos no presagian nada bueno. Pero lo cierto es que la generación de riqueza con las honrosas excepciones de Reino Unido (antiguamente miembro de la UE, pero ya no) y la España in-gobernada se mueve a ritmos bajísimos.

No importa. Hay que seguir confiando en la Unión Europea y dejarle hacer. No moleste.

Pero cuando los tipos están a cero no pueden bajar más -aunque hay gente curiosísima que hasta esto plantea- y cuando el petróleo ya ha bajado todo lo que puede bajar, sólo puede subir.

- Segundo ejemplo. **Alemania iba a integrar cuantos inmigrantes vinieran, lo que iba a resolver varios problemas económicos de producción y empleo además de insuficiencias demográficas, coronando además de solidaridad, bondad y angelidad** (cualidad de los ángeles y las ángelas) a quienes lo impusieran a los ciudadanos.

Un par de violaciones y atentados terroristas más tarde -que no cunda el pánico, aún no ha pasado nada realmente grave- hemos decidido obligar a los vecinos (turcos, marroquíes), previo pago, **a hacer el bien por nosotros, a saber, a ejercer de tapón para que no nos lleguen tantas oleadas**. Bravo. No es suficiente con hacer el bien, hay que contagiar a otros.

Es cierto que es enormemente complejo no ya integrar, ni siquiera absorber, sino meramente impedir que mueran transportados como ganado, casi cómo los judíos durante la solución final, por las mafias, los inmigrantes causados fundamentalmente por la guerra de Siria -ese Chernóbil geoestratégico, a decir del General  Petraeus- y la inestabilidad de Oriente Medio. I**mpedir la guerra de Siria cuando se estuvo a tiempo mediante el uso de ese otro concepto reaccionario de la disuasión y favorecer la estabilidad de Oriente Medio como efecto de la paz garantizada por la presencia de amplios contingentes de soldados, tampoco hubiera sido mala idea.** Pero hacía mal efecto. Quedaba fatal en un Nobel de la paz con ansias de ser reelegido. Obama no iba a tolerar tanta debilidad moral habiendo venido precisamente a decirnos a todos lo que hay que hacer.

**- Tercer ejemplo. Francia** resiste, como en Asterix, todavía y siempre, al invasor. ¿Siempre? Se crece al uno por ciento y no disminuye sustancialmente el paro, pero se come tres veces al día y no es un atentado de vez en cuando lo que hará desparecer el país.

A pesar de su notable empeño bélico y de seguridad interior, mayor al de ninguna otra nación occidental, el socialismo que gobierna Francia fracasa en encuestas y realidad en los temas claves de seguridad y economía. Resiste, sí, pero a duras penas. Así que la expresión nuestros ancestros los galos, propia de los antiguos libros de Historia – pero impropia de ciertas regiones con personalidad como Bretaña o Córcega que han vivido muy bien estudiándola y aplicándosela, o sea integrándose en la Nación, qué cosa más rara - ha reverdecido en el discurso político. **Juppé** y **Marine** se disputan la corona de la República, valga la paradoja.

**Cuarto ejemplo. Los países del Este no hacen ya ni caso a las lecciones de sus compañeros de continente del Oeste**, sobre todo tras gozar del tránsito de refugiados que han debido orientar con la conocida solidaridad de los demás. ¿Seguirán pasando por el aro de nuestras lecciones occidentales de “moral” democrática actual porque necesitan nuestras transferencias? No parece.

**Toynbee, en su “Estudio de la historia” decía que las civilizaciones sobrevivían o morían en función de los retos, desafíos o incitaciones a los que debían hacer frente.** Funcionaban  gracias a un mecanismo de incitación y respuesta. Si se las ponía en cuestión o se sentían amenazadas, las civilizaciones sanas respondían y sobrevivían. Hoy, siguiendo en esto el discurso ya acreditado del presidente Obama, como no hay amenazas “existenciales” del tipo de la Nazi en la II Guerra Mundial o del Imperio Soviético en la Guerra Fría; al faltar la incitación, no hay tampoco necesidad de respuesta. Así, lo que puede muy bien haber es, si se cumple la receta de Toynbee, muerte. Pero no está claro que así sea. En primer lugar, porque **la amenaza existencial, sí existe. Podrá discutirse su inminencia, no su realidad. La amenaza en Europa es sustancialmente doble: el acomodo del Islam, del que es expresión máxima Francia; y la debilidad interna: económica y cultural o social,** debida fundamentalmente a la presión de una elite depravada, hostil a los valores de Occidente. En segundo lugar, porque hay quien quiere responder. Media Europa no se resigna a morir.

¿**Habrá pues un despertar? Y, de haberlo, ¿será esta causa del pueblo tan pacífica y benéfica como la (americana) heredada por Trump del Mayflower, los Padres Fundadores y Lincoln** (gran beneficencia, ciertamente que no impidió los 600.000 muertos de la Guerra Civil); o tan violenta e ingrata como la que representa la línea (europea) que va de Robespierre a Lenin, pasando por Napoleón o Hitler?

**Los Países Bajos eligen gobierno el año que viene. Francia elige presidente. Más tarde, Alemania votará en elecciones generales. Las tendencias son parecidas. La gente vuelve sus ojos hacia la derecha y atiende a quienes piden revolución frente a corrección política. Respuesta frente a molicie.**

**Para la Historia Sagrada, hay dos tipos de gobernantes, dos tipos de gobiernos: el de Nabucodonosor y el de Ciro.** El primero es opresivo y supone el exilio de la patria (que no es sólo un lugar geográfico, Israel, sino la tranquilidad que da el orden justo de las cosas); el segundo es liberal y amable y devuelve al pueblo a su tierra, que no es sólo una zona específica, sino también el orden justo de las cosas. Se habita en el primer reino, capital, Babilonia, por castigo de Dios, por “dureza de corazón”, por haber olvidado y desoído los mandatos del Señor; y sólo se vuelve al segundo por voluntad divina, una vez reaprendido el camino.

Es decir es mejor Ciro que Nabucodonosor, y es legítimo -incluso obligatorio, si queremos renunciar a la idolatría- luchar hic et nunc por vivir bajo el primero desalojando al segundo.

**Primera parada el 8 de noviembre, Estados Unidos de América.**

- La peligrosa deriva del gobierno de May en el RU (Project Syndicate - **11/10/16**)

Londres.- Los conservadores que hicieron campaña por la salida del Reino Unido de la Unión Europea siguen parloteando acerca de crear una Gran Bretaña abierta al mundo y al libre comercio. Pero la realidad es que el RU se está volcando hacia dentro. La primera ministra Theresa May, que se presenta a sí misma como la respuesta británica a Angela Merkel, está revelando más parecidos con Marine Le Pen, líder del ultraderechista Frente Nacional de Francia, que con la internacionalista canciller alemana.

May expuso su visión del futuro de Gran Bretaña en el congreso del Partido Conservador celebrado este mes. Prometió activar el proceso formal de salida del Reino Unido antes de fin de marzo de 2017, y declaró que su prioridad en las próximas negociaciones para el “Brexit” será el control nacional de la inmigración (no la permanencia en el mercado común europeo). Su postura encamina al RU a un Brexit “duro” en abril de 2019.

Los gobiernos de la UE insisten, con razón, en que la libertad de movimiento es un pilar central del mercado común, y el giro nativista de May ya llevó a que Merkel y otros líderes europeos, en particular el presidente francés François Hollande, adopten una actitud más dura con el RU.

Como era de prever, la libra se derrumbó en los mercados de divisas, en anticipación del perjuicio económico de un Brexit duro, al quedar los mercados del RU y la UE separados por costosas barreras comerciales (controles aduaneros, normas sobre origen de productos, aranceles a las importaciones y regulaciones discriminatorias) que afectarán a casi la mitad del comercio internacional británico.

Pero May no sólo sentó las bases de una ruptura completa con la UE; también adoptó una visión profundamente iliberal para el futuro británico: intervencionismo en lo económico, nacionalismo en lo político y xenofobia en lo cultural. La primera ministra (no electa) está rechazando el manifiesto liberal conservador del ex primer ministro David Cameron (con el que este ganó la mayoría parlamentaria el año pasado), el compromiso de Margaret Thatcher con la globalización en los ochenta y una larga tradición británica de apertura liberal.

Tras apoyar casi en silencio la permanencia en la UE durante la campaña por el Brexit, May se ha puesto el traje del populismo antieuropeísta y ataca tanto a las “élites internacionales” como a los británicos de mirada cosmopolita. En su discurso en el congreso del partido, declaró: “Oíd tan sólo cómo muchos políticos y comentaristas hablan de la gente: consideran de mal gusto vuestro patriotismo, provincianas vuestras inquietudes sobre la inmigración, iliberales vuestras opiniones sobre el delito”.

En un eco de nacionalistas como Le Pen y Viktor Orbán (el autoritario primer ministro de Hungría), aseveró: “Quien cree ser ciudadano del mundo, no es ciudadano de ningún lugar; no comprende el verdadero significado de la palabra «ciudadanía»”. Irónicamente, la noción de May de que hay un solo modo de pertenecer a la comunidad política británica es precisamente lo más antibritánico.

May demandó que las empresas radicadas en el RU privilegien a los trabajadores británicos en un “espíritu de ciudadanía” (otro término para referirse a lo que Le Pen llama “preferencia nacional”. No es sólo retórica. La situación de los nacionales de la UE en el RU es moneda de cambio en las próximas negociaciones sobre el Brexit. May quiere evitar el ingreso de futuros inmigrantes de la UE, a los que erróneamente acusa de quitar empleos a los británicos y deprimir sus salarios. La ministra del interior, Amber Rudd, está dispuesta a más. Hace poco pidió que las empresas radicadas en el RU declaren su personal extranjero, para poder “denunciar públicamente” a las que no contraten “suficientes” trabajadores británicos. “Los empleos británicos para los trabajadores británicos” era un eslogan usado por el partido racista Frente Nacional en el RU en los setenta; ahora tiene partidarios en el gabinete.

Este chauvinismo no sólo es despreciable: también es tonto. Ya provocó indignación y amenazas de otros países. En un momento en que muchas empresas están reconsiderando sus planes de inversión post-Brexit, deja en ridículo la afirmación del gobierno de que el RU está abierto a los negocios. Parece que el gobierno de May pretende que el Citibank opere en Londres sin personal estadounidense, Nissan sin gerentes japoneses y las empresas globales sin talentos internacionales.

Ya ni los médicos nacidos en el extranjero que salvan vidas británicas son bienvenidos; May quiere que el RU sea “autosuficiente” en atención médica de aquí a 2025. Como uno de cada tres médicos en el RU es inmigrante, el país se verá en problemas si muchos ahora decidieran llevarse sus consultorios a otra parte.

La experiencia de gobierno de May se limita a funciones dirigistas: estuvo a cargo de supervisar la seguridad interna y la inmigración como ministra del interior del gabinete de Cameron. Parece no tener idea del funcionamiento de una economía de mercado abierta y desconocer que el comercio internacional, la inversión y las migraciones están entrelazados. Hace poco alardeó de que Londres es la capital financiera del mundo, pero omitió decir que esto se debe en gran medida a la presencia de bancos extranjeros que emplean personal extranjero (“ciudadanos del mundo”) para atender a mercados internacionales (entre ellos, los de la UE).

En un nivel más básico, May parece no darse cuenta de que controlar la inmigración equivale a poner barreras comerciales. Cuando una empresa británica subcontrata trabajo informático a Bangalore es “comercio”, pero si programadores indios hacen el mismo trabajo en Birmingham es “inmigración”; sin embargo, las transacciones son análogas. Si Polonia se especializa en construcción y el RU quiere comprar sus servicios, el intercambio no será posible sin movilidad de las personas entre los países.

Oficialmente, el gobierno británico sigue proclamándose fanático del libre comercio, pero en la práctica, su política iliberal es más fuerte: la eurofobia vale más que el libre intercambio con los vecinos y principales socios comerciales de Gran Bretaña, y la xenofobia vale más que la necesidad de trabajadores extranjeros. ¿Cuánto más durará el resto de su agenda de globalización? Aun suponiendo que el gobierno encuentre socios bien dispuestos, el populismo puede impedir cualquier acuerdo comercial que parezca servir a las “élites internacionales”. El nacionalismo también puede llevar a que Gran Bretaña se cierre a la inversión china.

Los votantes británicos eligieron abandonar la UE, pero no dijeron cómo: May no tiene mandato electoral para su giro hacia el iliberalismo. Pero su oposición oficial es un Partido Laborista que, capturado por la izquierda dura, no es electoralmente viable. Así que de no mediar una recuperación de los liberaldemócratas, es posible que Gran Bretaña necesite un nuevo partido político (o una alianza multipartidaria) que luche por un país abierto al mundo, liberal y tolerante.

(Philippe Legrain, a former economic adviser to the president of the European Commission, is a visiting senior fellow at the London School of Economics’ European Institute and the author of European Spring: Why Our Economies and Politics are in a Mess - and How to Put Them Right)

- Los mercados dan a Theresa May una lección sobre soberanía (Expansión - FT - **12/10/16**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

El Reino Unido está dispuesto a “recuperar el control” de su destino. Pero la soberanía formal no equivale a poder.

Los políticos proponen y los mercados disponen. La semana pasada comenzó con un discurso de la primera ministra británica Theresa May sobre sus planes para el Brexit. Los mercados de divisas respondieron reduciendo el valor de los activos británicos. El Reino Unido está dispuesto a “recuperar el control” de su destino. Pero la soberanía formal no equivale a poder. El Gobierno británico anuncia sus intenciones. La reacción de otros determina los resultados.

Los dos discursos de May durante la conferencia de su partido hicieron de un Brexit duro el resultado más probable. Esto es así tanto por razones sustantivas como de procedimiento.

La razón de procedimiento es que May ha decidido poner en marcha el proceso de salida del Artículo 50 de la Unión Europa no más tarde de marzo de 2017. Esto daría la iniciativa a los otros miembros y centraría las negociaciones sobre un divorcio que deberá finalizar en dos años. Dada la complejidad de la toma de decisiones de la UE, se trataría de un periodo muy corto para negociar un acuerdo confeccionado a la medida.

La razón sustantiva por la que un Brexit duro es abrumadoramente probable es que la primera ministra también ha descartado ese acuerdo a la medida. Según sus palabras, “nosotros vamos a ser un país soberano plenamente independiente, un país que ya no forma parte de una unión política con instituciones supranacionales que pueden ignorar los parlamentos y los tribunales nacionales... Por lo tanto, no va a ser un “modelo noruego ni suizo”, sino un acuerdo entre un Reino Unido soberano e independiente y la UE”.

El procedimiento y el objetivo subrayados por May harían que el país saliera no solo de la UE, sino de los términos preferenciales de acceso a los mercados de la UE de los que dependen los inversores extranjeros y británicos.

Además, los negociadores comerciales de Reino Unido no podrán cerrar acuerdos compensatorios con el resto del mundo, en parte, porque no existe tal posibilidad, dado que la UE abarca casi la mitad de las exportaciones británicas. También porque el Reino Unido no será considerado como un socio creíble hasta que finalice su acuerdo con la UE. Entonces, en marzo de 2019, el país podría encontrarse sin acceso preferencial a ningún mercado.

May también afirmó que “si ustedes creen que son ciudadanos del mundo, entonces no son ciudadanos de ninguna parte”. Negó la posibilidad de que alguien pueda ser ciudadano del mundo y ciudadano de alguna parte. Pero muchos de los extranjeros cualificados de los que el Reino Unido depende se consideran precisamente eso. ¿Por qué querrían quedarse en un país cuya primera ministra parece menospreciarles? La xenofobia fue también una parte importante de la campaña por el Brexit. ¿Puede alguien creer que semejante lenguaje no tiene efecto sobre los trabajadores e inversores potenciales o, al menos, sobre los de nuestros socios de la UE?

La insensatez tiene consecuencias. Los objetivos extremos del Reino Unido están ahora claros. Los inversores han rebajado el valor de los activos del país de la forma más simple, vendiendo la libra. El tipo de cambio real efectivo está cerca de donde estaba a finales de 2008, inmediatamente después de la crisis financiera. En términos del dólar, los índices bursátiles están más bajos que antes del referéndum y también en relación a otros mercados.

La devaluación de los activos británicos era inevitable. Refleja la creencia de los inversores de que sus perspectivas económicas han empeorado. Pero los malos resultados de sus exportaciones sugieren que la depreciación no es suficiente para generar el cambio necesario en la estructura de la economía hacia la producción de bienes y servicios. Además, es bastante probable que el enorme déficit por cuenta corriente actual sea insostenible después del Brexit.

Los flujos de capital necesarios para financiar el enorme déficit externo podrían continuar, ante la percepción de que la tierra de una libra depreciada podría ser un chollo. Pero si cesaran, la moneda podría hundirse y entonces los políticos se enfrentarían a lo que les ocurre a las economías emergentes que pierden la confianza de los inversores: la necesidad de subir los tipos de interés y cerrar el déficit fiscal durante una crisis. ¿Es eso probable? No. ¿Lo está haciendo más probable el discurso del Gobierno? Sí.

El Gobierno aprendería entonces los límites de la soberanía en una economía abierta. El ministro de Hacienda Philip Hammond, que recordó a su partido recientemente que los británicos no votaron el 23 de junio “ser más pobres o sentirse menos seguros”, podría entonces contar más y los partidarios del Brexit del gabinete, menos. En una crisis, lo impensable se convierte en lo contrario. Poner en marcha el Artículo 50 sin la aprobación del Parlamento podría ser imposible. Por un estrecho margen, el país votó cierta clase de Brexit. Pero el Gobierno no tiene el encargo de poner en marcha la versión más extrema. Además, los partidarios del Brexit insisten en que su objetivo es restaurar la soberanía parlamentaria. ¿Por qué entonces el Gobierno planea ignorar al Parlamento?

También nos han dicho que los partidarios del Brexit creen en “el principio de que las decisiones sobre el Reino Unido deberían tomarse en el Reino Unido”. Los mercados de divisas demuestran el vacío de ese principio. La premisa de la campaña a favor de la salida era falsa: un conjunto de decisiones que afectan al Reino Unido siempre se tomarán fuera. Pero no es probable que esta verdad frene el tren hacia un Brexit completo. Pararlo sería un milagro, o más bien una crisis. ¿Probable? No. ¿Posible? Sí.

Around the world, toxic political leaders and dangerous policies have suffered important recent setbacks. Project Syndicate commentators explain why - and how the shift in political momentum might be sustained.

Editors’ Insight: a fortnightly review of the best thinking on current events and key trends.

- Is Populism Being Trumped? (Project Syndicate - **15/10/16**)

The reactionary parochialism embraced by many voters in recent years has shaken political establishments and roiled markets. They needed it, but can policymakers build on recent signs of buyers’ remorse?

Is the populist tide going out? The last fortnight has given democrats everywhere reason to cheer - or at least to sleep a little better.

For starters, Donald Trump’s bid for the US presidency is being buried by a cascade of damning revelations, including that he has not paid any federal income tax for perhaps two decades, and that he feels entitled by his fame to assault women - call it droit de célébrité. Many Republican leaders have finally had enough, repudiating their party’s presidential nominee in an effort to preserve its House and Senate majorities.

In Hungary, Prime Minister Viktor Orbán’s anti-immigrant referendum failed to attract sufficient turnout. Orbán says that he will nonetheless seek to constitutionalize the result; but the fact that more than half of the electorate stayed home suggests that his Svengali-like hold on voters may be slipping.

And in Poland, enormous nationwide protests, led by women, forced Jarosław Kaczyński’s Law and Justice (PiS) party to withdraw a bill that would have criminalized virtually all abortions, even in cases of rape or incest. After a year of hollowing out Poland’s institutions and concentrating power in his own hands, Kaczyński, the unelected master of Polish politics, may have overreached, as he did in 2007, when he was Prime Minister.

Of course, populism is hardly a spent force, as Colombian voters recently showed. Following a campaign that rivaled the United Kingdom’s Brexit debate for mendacity, a razor-thin majority rejected a peace deal with the Revolutionary Armed Forces of Colombia (FARC) that promised to end more than a half-century of guerrilla war. But, while the New School’s Nina L. Khrushcheva rightly worries about a return to “the violent abyss of never-ending war”, only a week later President Juan Manuel Santos was awarded the Nobel Peace Prize for his efforts, putting the agreement’s opponents, led by former President Álvaro Uribe, back on the defensive. With the world standing behind him, Santos may yet be able to prevent renewed violence.

Even Brexit -the lodestar of populists worldwide since the June referéndum- has fallen on hard times. In early October, after British Prime Minister Theresa May explicitly embraced “hard Brexit” -an approach to leaving the European Union that emphasizes controlling immigration over retaining access to the single market- the market response was brutal. Sterling fell to a 31-year low, and a number of Conservative MPs broke with May over her curt rejection of any role for Parliament in shaping the Brexit talks.

Despite these setbacks for populists, many Project Syndicate commentators are unconvinced that the genie can be put back in the bottle. They may be right: populism is an enormously complex phenomenon, and some of its avatars -such as Philippine President Rodrigo Duterte, who boasts of murdering drug users- are more brazen than ever. Nonetheless, growing resistance appears to be shortening their leash.

Markets Vote, Too

May’s move toward the Trump/Orbán/ Kaczyński camp has shocked many, particularly those Conservatives who dreamed that Brexit would bring about some second Elizabethan age of economic openness and creativity. Instead, says the LSE’s Philippe Legrain, May has “adopted a deeply illiberal vision for the UK’s future, consisting of economic intervention, political nationalism, and cultural xenophobia”.

No surprise, then, that financial markets have been voting with their wallets. Market participants like Mohamed A. El-Erian, Chief Economic Adviser at Allianz, are acutely aware that as “bad politics crowds out good economics, popular anger and frustration will rise, making politics even more toxic”. Unless “enlightened political leadership takes the reins in time to make the needed mid-course corrections voluntarily”, he adds, “unambiguous signs of economic and financial crisis” will “force policymakers to scramble to minimize the damage”.

The UK, Legrain suggests, is now feeling the heat of that dynamic. “The pound has duly plunged on currency markets, anticipating the economic harm of a hard Brexit: costly trade barriers -customs controls, rules-of-origin requirements, import duties, and discriminatory regulation- will divide UK and EU markets and affect nearly half of Britain’s trade”.

But can markets really be relied upon to provide a robust barrier to demagogy? In the 1920s and 1930s, after all, fascism was elevated to power in Italy and Germany on the back of big business. One reason why markets are behaving differently nowadays may be that they are more global than ever: businesses that compete in a globalized economy cannot afford parochial nationalism. And parochialism is what May, increasingly following the lead of her cabinet’s most strident Brexiteers, is now offering when she condemns anyone who considers himself or herself “a citizen of the world”.

And it’s not just markets that are turning on May. In pushing for a hard Brexit, she has been running roughshod over the actual desires of the British people and the representative institutions designed to channel those desires. But democratic institutions are starting to protect themselves. Opposition Labour, Liberal Democrat, and Scottish Nationalist MPs are joining forces with a large number of disgruntled Conservatives to insist on Parliament’s right to scrutinize May’s approach to Brexit. More importantly, perhaps, Britain’s highest court is now hearing a case challenging May’s appropriation of the “royal prerogative” to deny Parliament a say over Brexit. The case, being heard before the Lord Chief Justice of England and Wales, Lord Thomas, is almost unprecedented, offering Britain’s supreme court an opportunity to rein in the executive and establish the power of judicial review within Britain’s unwritten constitution.

Baskets of Deplorable Elites

The post-referendum trajectory of May, a quiet denizen of the “Remain” camp prior to the Brexit referendum, suggests that populism can be as much a matter of political logic as of political sociology. No one, argues former Polish finance minister and deputy prime minister Jacek Rostowski, should be surprised by May’s decision to seize upon hard Brexit, despite fears for Britain’s economic future and the preferences of most referendum participants.

“Under normal circumstances”, Rostowski says, “one would expect the government’s policy to reflect the majority’s preference, and to aim for a “soft Brexit””, which would imply maintaining some form of membership in Europe’s single market. Instead, “a classic revolutionary pattern has emerged”, because the Brexiteers in May’s cabinet, having campaigned on a promise to “take back control”, would face “political disaster” were they “seen by voters as the supplicant in negotiations with the EU”, as they “inevitably would be, no matter how often May denies it”. The simplest way to avoid that “embarrassing unmasking”, Rostowski points out, is by “(w)alking away”.

Nobel laureate economist Joseph E. Stiglitz blames elites in another way for many voters’ willingness to play “Russian roulette” with their economies and societies. He attributes Trump’s rise to “simplistic neo-liberal market-fundamentalist theories that have shaped so much economic policy during the last four decades”. As a result of this agenda, Stiglitz argues, in the US “median income of full-time male employees is lower than it was 42 years ago, and it is increasingly difficult for those with limited education to get a full-time job that pays decent wages”. Not surprisingly, “those whose standard of living has stagnated or declined have reached a simple conclusion: America’s political leaders either didn’t know what they were talking about or were lying (or both)”.

But Harvard’s Joseph S. Nye admonishes readers to “be wary of attributing populism solely to economic distress”. After all, “Polish voters elected a populist government despite benefiting from one of Europe’s highest rates of economic growth, while Canada seems to have been immune in 2016 to the anti-establishment mood roiling its large neighbor”. Nye cites a study of European populist parties’ supporters by the political scientists Ronald Inglehart and Pippa Norris, who “found that economic insecurity in the face of workforce changes in post-industrial societies explained less than cultural backlash”. And Nye believes that their conclusion -that “populism is a reaction by once predominant sectors of the population to changes in values that threaten their status”- applies to the US as well:

“In the US, polls show that Trump’s supporters are skewed toward older, less-educated white males. Young people, women, and minorities are under-represented in his coalition. More than 40% of the electorate backs Trump, but with low unemployment nationally, only a small part of that can be explained primarily by his support in economically depressed áreas”.

The cultural critic Ian Buruma agrees - but only up to a point. He is similarly skeptical of the idea that populist politicians can be defeated solely by policies aimed at promoting their supporters’ economic welfare. Many “don’t seem to care much about reasoned argument - that is for the liberal snobs”. For them, “(e)motions count more, and the prime emotions that demagogues manipulate, in the US and elsewhere, are fear, resentment, and distrust”. And this, Buruma argues, “is at least partly the result of leaving education too much to the market: those with money are highly educated, and those with insufficient means are not educated enough”.

Geography is Destiny

Populism, however, has become a powerful force even in countries with more egalitarian education systems. Jean Pisani-Ferry, Commissioner-General of France Stratégie, refines and extends Buruma’s argument, suggesting that education is part of a form of geographical determinism that affects how people vote.

“Regional or local voting patterns are as old as democracy”, Pisani-Ferry notes. “What is new is a growing correlation of spatial, social, and political polarization that is turning fellow citizens into near-strangers”. Voters “in traditional manufacturing districts caught in the turmoil of globalization” have become “multiple losers: their jobs, their housing wealth, and the fortunes of their children and relatives are all highly correlated”. Thus, “US districts where the economy was severely hit by Chinese exports have responded by replacing moderate representatives with more radical politicians - either from the left or the right”.

Here, Pisani-Ferry is highly pessimistic, because growth in modern economies “puts a premium on agglomeration, which is why larger cities tend to thrive, while smaller cities struggle”. As a result, “(o)nce an area has started losing skills and firms, there is little hope that the trend will naturally reverse”. More often than not, aggregate economic expansion simply “means even more prosperity and dynamism in the better-off cities, and little, if any, gain” for voters elsewhere. Indeed, Pisani-Ferry’s stark conclusion that “(g)rowth itself has become divisive” captures perfectly the geographical voting pattern evident in the Brexit referendum and in support for Trump. For many people in these bastions of populist support, unemployment “can quickly become the new normal”.

Rage at this new normal has turned trade into a bellwether issue for populists. And in a crucial sense, says Daniel Gros of the Center for European Policy Studies, the populists are not to blame for this. “Blind faith in globalization led many to overhype it, creating impossible expectations for trade liberalization”, he argues. Rather “than acknowledge the role of commodity prices in bolstering both trade and growth in the early 2000s, most economists and politicians attributed those positive trends to trade-liberalization policies”. That “reinforced the notion that ‘hyper-globalization’ was the key to huge gains for everyone.” Not surprisingly, when those gains failed to materialize, “many people felt duped and rejected free trade”.

It’s Not the Populists, It’s Us

Instead of addressing the economic and cultural factors driving populism, governments and other institutions sometimes reinforce them by devoting too much energy to protecting their own turf. While globalization, argues Princeton economic historian Harold James, “is beleaguered partly because of decisions made by governments under the auspices of an open international order”, the larger problem consists in “judicial and quasi-judicial decisions to impose large financial penalties on foreign corporations”, a pattern that is “now straining transatlantic relations”.

James cites some telling examples. “After the EU announced that it would require Apple to pay € 13 billion ($ 14,6 billion) in back taxes” that Ireland’s government should have collected, he notes, “the US fined Deutsche Bank, a German company, $ 14 billion to settle claims relating to its mortgage-backed securities business prior to the 2008 crash”.

To be sure, James continues, such measures could be regarded as an “effective response in a world where multinational corporations have become extremely skilled at reducing their conventional tax liabilities”. But, “unlike normal taxes, fines against companies are not predictably or uniformly levied, and must be haggled over and settled individually in each case”, through negotiations that “are often politicized and involve high-level government interventions” in which domestic firms have the upper hand. “Market economies”, James concludes, “cannot operate when their established rules are haphazardly enforced, which is what happens when national and international regulators turn into advocates for local enterprises and enemies of foreign businesses”.

The absence of uniform and predictable rules is wreaking havoc on debt-distressed governments as well. As Harvard’s Ricardo Hausmann and Mark Walker of Millstein & Co. point out, Venezuela is now paying a heavy price for rule changes that are blocking any international plan to restructure the country’s vast liabilities. “Argentina’s 15-year legal battle with its creditors -in which holdouts did measurably better than creditors who had years earlier accepted a debt Exchange- destabilized the international financial architecture and generated a new set of rules”. And, as Hausmann and Walker note, “Venezuela will be the first country to navigate” those rules.

Hausmann, a former Venezuelan government minister, is a trenchant critic of the populist mismanagement that has left the country’s economy in ruins. At bottom, Venezuela’s crisis is “of its own making”. Nearly a generation of skewed policies and priorities, he and Walker argue, “led to a collapse in oil production, because the national oil company PDVSA failed to maintain its productive infrastructure and defaulted on payments to key contractors in order to pay its bondholders - thereby killing the goose that laid the golden eggs”. Nonetheless, “Venezuela will need to restructure its existing debt”, which will be impossible without a strategy to undermine holdout creditors. Indeed, the absence of such a strategy might well preclude any “restructuring at all, which could mean chaos or even a failed state”.

Don’t Look East

In sharp contrast to Venezuela’s Chavista leaders, China’s government has long been considered a model of wise and consistent economic policymaking. In fact, says the University of California, Berkeley’s Barry Eichengreen, China’s ruling communists can be as misguided and self-serving as political leaders anywhere. He takes aim at their successful campaign to have the renminbi included in the basket of currencies that make up the International Monetary Fund’s unit of account, Special Drawing Rights, calling it an effort that was “more about symbolism than substance”.

Chinese officials, Eichengreen notes, argue that inclusion in the SDR currency basket “is one of a series of steps to encourage use of the renminbi in international transactions”. But they have been putting the cart before the horse, believing “that relaxing capital controls and allowing financial capital to flow more freely in and out of the country will force financial market participants to up their game”. In fact, so long as “Chinese banks and firms are slow to adjust, liberalizing international capital flows will lead only to more volatility, fewer offshore deposits, and less reliance on the renminbi for settling merchandise transactions - exactly as has been the case recently”. Instead, Eichengreen concludes, “the most important steps” the authorities “can take to foster renminbi internationalization are to strengthen domestic financial markets, modernize regulation, and streamline contract enforcement”.

But China’s policy mistakes pale in comparison with those of Pakistan, where decades of portraying India as an existential threat have nurtured a xenophobic, fearful citizenry and a state that is making life ever worse and more precarious for its people. Clearly, any effective challenge to this dangerous, long-entrenched dynamic, whereby the Pakistani military’s powerful Inter-Services Intelligence (ISI) agency has for years supported terrorist groups and helped them to coordinate attacks on India, will have to come from outside. And, as Shashi Tharoor, an Indian MP and former Minister of State for Foreign Affairs, and Brahma Chellaney of the Center for Policy Research in New Delhi, argue, that challenge may have begun in late September.

According to Tharoor, India’s ““surgical strikes” across the Line of Control (LoC) in Kashmir” proved highly successful. The operation “destroyed terrorist “launch pads” and “eliminated significant numbers of militants poised to cross over for attacks on the Indian side, as well as some who were protecting them (presumably Pakistani soldiers)”. More important, although India has conducted such strikes in the past, the strikes in September were “the first to be announced publicly, providing a clear signal of intent and a bold statement that business as usual -Pakistani pinpricks followed by Indian inaction- is no longer to be expected”.

Chellaney goes further, suggesting that India’s turn away from appeasement could have a significant effect on global security, because “Pakistan is ‘ground zero’ for the terrorist threat the world faces”. Many attacks in the West, he points out, have had Pakistani footprints, “including the 2005 London bombings and the 2015 San Bernardino killings”, while Ahmad Khan Rahami, the suspect in the recent bombings in New York and New Jersey, “was radicalized in a Pakistan seminary located near the Pakistani military’s hideout for the Afghan Taliban leadership”.

But India can’t rein in Pakistan alone, and Chellaney is sharply critical of Pakistan’s foreign enablers, particularly the US. “Yes, even after finding the likes of Bin Laden on Pakistani soil”, he laments, “the US -the country that has spearheaded the so-called War on Terror- not only continues to deliver billions of dollars in aid to Pakistan, but also supplies it with large amounts of lethal weapons”. The implication is clear: the US should use its “leverage to ensure that the Pakistani military is brought to heel - and held to account”.

Attack on All Fronts

In the effort to halt and reverse the populist advances of recent years, there is no magic bullet. It is a battle that must be waged on many fronts: economic, electoral, legal, cultural, and, where appropriate, military. But, however challenging that battle may be, what is increasingly clear is that it must be joined without delay. As Project Syndicate commentators have indicated, in a wide variety of countries and contexts -from the UK to Latin America and Asia- those who would jeopardize their own countries’ prospects and place global security and prosperity at risk can be knocked back on their heels. The task for the world’s political leaders, including the next US president -who will not be a populist- is to keep them there.

- ¿Por qué Trump? (Project Syndicate - **14/10/16**)

Nueva York.- En los viajes que realicé por todo el mundo durante las últimas semanas me pidieron, repetidamente, que responda dos preguntas: ¿es concebible que Donald Trump podría llegar a ganar la presidencia de Estados Unidos?; y, en primer lugar, ¿cómo llegó su candidatura tan lejos?

En cuanto a la primera pregunta, a pesar de que es más difícil realizar un pronóstico político que uno económico, se puede decir que las probabilidades se inclinan fuertemente a favor de Hillary Clinton. Incluso así, el hecho de que ambos competidores se encuentren uno muy cerca del otro en la carrera (al menos hasta hace muy poco) ha sido un misterio: Hillary Clinton es una de las personas más calificadas y mejor preparadas que haya candidateado a la presidencia de Estados Unidos, mientras que Trump es una de las menos cualificadas y peor preparadas. Aún más, la campaña de Trump sobrevivió comportamientos por parte de Trump que habrían puesto fin a las posibilidades de cualquier otro candidato en el pasado.

Entonces, ¿por qué los estadounidenses están jugando a la ruleta rusa (con esto se quiere decir que existe al menos una posibilidad entre seis de una victoria Trump)? Las personas que están fuera de EEUU quieren saber la respuesta, ya que el resultado les afecta también, a pesar de que no tienen influencia sobre el mismo.

Y eso nos lleva a la segunda pregunta: ¿por qué el Partido Republicano nomina a un candidato que incluso sus propios líderes rechazaron?

Obviamente, existen muchos factores que ayudaron a que Trump derrote a 16 rivales durante las primarias republicanas, permitiendo que llegue hasta este punto. La personalidad de los candidatos sí reviste importancia, y algunas personas realmente se sienten atraídas por la personalidad de show de telerrealidad de Trump.

Sin embargo, varios factores subyacentes también parecen haber contribuido a cuán cercanos están los contendores en la carrera electoral. Para empezar, muchos estadounidenses sí están económicamente peor de lo que estaban hace un cuarto de siglo. El ingreso medio de los empleados hombres a tiempo completo está en un nivel más bajo del que estuvo hace 42 años, y es cada vez más difícil que las personas con educación limitada consigan un trabajo a tiempo completo que pague salarios dignos.

De hecho, los salarios reales (ajustados a la inflación) en la parte inferior de la distribución de ingreso están más o menos donde estaban hace 60 años. Por lo tanto, no es sorprendente que Trump encuentre un público numeroso y receptivo cuando dice que la situación económica está podrida. Sin embargo, Trump está errado en cuanto al diagnóstico y a la receta. La economía de Estados Unidos ha tenido un buen desempeño, en su conjunto, durante las últimas seis décadas: el PIB ha aumentado casi seis veces. Sin embargo, los frutos de ese crecimiento beneficiaron a un número relativamente pequeño de personas que se encuentran en la parte superior de la distribución de los ingresos - a personas parecidas a Trump; esto ocurre, en parte, gracias a los recortes masivos de impuestos que Trump, en caso de ganar, ampliaría y reforzaría.

Simultáneamente, las reformas que los líderes políticos prometieron iban a ir a garantizar prosperidad para todos -como ser las reformas en el comercio exterior y la liberalización financiera- no cumplieron su cometido. No cumplieron en lo absoluto. Y, aquellas personas cuyo nivel de vida se estancó o disminuyó llegaron a una conclusión simple: los líderes políticos de Estados Unidos, o bien no sabían lo que estaban diciendo o mentían (o ambas opciones eran verdaderas).

Trump quiere echar la culpa de todos los problemas de Estados Unidos al comercio exterior y a la inmigración. Trump está equivocado. EEUU habría enfrentado la desindustrialización, incluso sin un comercio más libre: el empleo mundial en la industria manufacturera ha ido disminuyendo, con aumentos de productividad superiores al crecimiento de la demanda.

Cuando los acuerdos comerciales fracasaron, no se debió a que EEUU fuera menos listo que sus socios comerciales; se debió a que los intereses corporativos fueron los que dieron forma a la agenda de comercio exterior de Estados Unidos. Las empresas estadounidenses hicieron bien las cosas, y fueron los republicanos quienes bloquearon los esfuerzos por garantizar que los estadounidenses perjudicados por los acuerdos comerciales compartieran los beneficios provenientes de los mismos.

Consecuentemente, muchos estadounidenses se sintieron golpeados por fuerzas fuera de su control, que llevaron a resultados que son claramente injustos. **Supuestos de larga data -sobre que Estados Unidos es una tierra de oportunidades y que a cada generación le va a ir mejor que a la anterior- han sido puestos en duda. La crisis financiera mundial puede haber representado un punto de inflexión para muchos votantes: su gobierno salvó a los banqueros ricos que habían llevado a EEUU al borde de la ruina, mientras que, aparentemente, no hizo casi nada por favorecer a los millones de estadounidenses comunes y corrientes que perdieron sus empleos y viviendas. El sistema no sólo produjo resultados injustos, sino que parecía estar amañado para producir dichos resultados injustos.**

El apoyo que recibe Trump se basa, al menos en parte, en la ira generalizada derivada de que la pérdida de confianza en el gobierno. Sin embargo, las políticas propuestas por Trump harían que una mala situación se vaya a tornar en una mucho peor. Sin duda, otra dosis de economía del goteo del tipo que él promete, con reducciones de impuestos destinadas casi en su totalidad a las corporaciones y a los estadounidenses ricos, produciría resultados que no serían nada mejores que los obtenidos la última vez que se intentó aplicar tales medidas.

De hecho, el lanzamiento de una guerra comercial con China, México, y otros socios comerciales de Estados Unidos, tal como promete Trump, haría que todos los estadounidenses se empobrezcan más y crearía nuevos obstáculos a la cooperación mundial necesaria para hacer frente a problemas mundiales de importancia crítica, como ser el Estado Islámico, el terrorismo mundial, y el cambio climático. Usar dinero que podría ser invertido en tecnología, educación o infraestructura para construir un muro entre EEUU y México es un doblete en términos de desperdicio de recursos.

**Hay dos mensajes que las elites políticas estadounidenses deben escuchar. Las simplistas teorías neoliberales y de fundamentalismo de mercado que han dado forma a muchas de las políticas económicas durante las últimas cuatro décadas son gravemente desorientadoras, ya que el crecimiento del PIB al que conducen llega a precio de una desmesurada elevación de la desigualdad. La economía del goteo no funcionó y no funcionará. Los mercados no existen en un vacío. La “revolución” Thatcher-Reagan, que reescribió las reglas y reestructuró los mercados en beneficio de aquellos en la parte superior de la distribución de ingresos, tuvo mucho éxito en cuanto a aumentar la desigualdad, pero fracasó completamente en su misión de aumentar el crecimiento.**

Esto nos lleva al segundo mensaje: una vez más tenemos que reescribir las reglas de la economía; esta vez para cerciorarnos de que los ciudadanos comunes y corrientes se beneficien. Los políticos en EEUU y en el resto del mundo, que ignoran esta lección deberán ser responsabilizados. El cambio implica un riesgo. Sin embargo, el fenómeno Trump -y una cantidad no despreciable de fenómenos políticos similares en Europa- han puesto de manifiesto los riesgos muy superiores que conlleva no prestar atención a este mensaje: sociedades divididas, democracias socavadas y economías debilitadas.

(Joseph E. Stiglitz, recipient of the Nobel Memorial Prize in Economic Sciences in 2001 and the John Bates Clark Medal in 1979, is University Professor at Columbia University, Co-Chair of the High-Level Expert Group on the Measurement of Economic Performance and Social Progress at the OECD…)

- El otro Trump de Occidente (Project Syndicate - **18/10/16**)

Bruselas.- En el segundo debate presidencial estadounidense, Donald Trump prometió que, de ser elegido, nombraría a un fiscal especial para investigar a Hillary Clinton. “Estarías en la cárcel” le dijo Trump.

La amenaza de Trump de politizar el sistema de justicia ha sido recibida con la reacción violenta que se merece; pero, lamentablemente, su cinismo no es aplicable sólo a los Estados Unidos. El actual gobierno polaco, liderado por el partido Ley y Justicia (PiS), que llegó al poder hace poco menos de un año, ha mostrado una línea autoritaria similar, burlando normas jurídicas con el objetivo de promover sus propios fines.

El líder del PiS Jarosław Kaczyński ha pedido reiteradamente una investigación del ex primer ministro polaco y actual presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk. Kaczyński sostiene que la anterior gestión gubernamental de Tusk fue parcialmente responsable del accidente aéreo de abril del año 2010 en Smolensk, Rusia, en el que murieron 96 personas, incluyendo el hermano gemelo de Kaczyński, el presidente de Polonia, Lech Kaczyński.

La delegación del gobierno polaco viajaba a una conmemoración de la masacre del año 1940 en Katyn, en dicho lugar Stalin ordenó el asesinato de 22.000 personas, entre oficiales del ejército polaco, policías e intelectuales y culpó a Hitler por el delito. Cuando terminó la Guerra Fría, la verdad sobre la matanza finalmente salió a la luz, y fue reconocida oficialmente por el presidente ruso, Boris Yeltsin.

Jarosław Kaczyński y otros miembros del PiS sostienen que Rusia -con la ayuda de algunos funcionarios polacos- fue también responsable de la caída del avión. Ellos se han basado en esta extraña teoría de conspiración durante su ascenso al poder, a pesar de no tener ninguna evidencia para apoyarla. De hecho, las transcripciones de la recuperada grabadora de voz de la cabina indican que el avión se estrelló durante un aterrizaje fallido a causa del mal tiempo.

Armado con sus teorías de la conspiración, Kaczyński quiere negar a Tusk un segundo mandato al frente de una de las tres principales instituciones de gobierno de la Unión Europea, arguyendo lo siguiente: “¿Puede una persona con estos antecedentes estar a la cabeza del Consejo Europeo? Tengo dudas muy profundas”. Mientras tanto, los medios de comunicación de la derecha de Polonia han avivado las llamas, y una revista recientemente publicó una imagen de Tusk con las manos esposadas.

La cruzada de Kaczyński contra Tusk es un abuso de poder político, un abuso digno de Trump, mismo que hace vislumbrar cómo sería la vida para los oponentes políticos de Trump en caso de que él realmente llegase a ganar las elecciones presidenciales. También refleja una más amplia y rabiosa batalla por el alma de Polonia.

Polonia fue una vez el ejemplo de la Europa Central posterior a la Guerra Fría. Pero ahora el PiS está llevando a cabo una amplia toma de poder, que buscan el control del Tribunal Constitucional, los canales de medios de comunicación públicos y de los servicios de seguridad del país. En lugar de consolidar la importancia estratégica de Polonia a la OTAN y su legítimo lugar como un Estado miembro de la UE que es poderoso y respetado, el PiS se ha obsesionado con la inversión de la modernidad. Como prueba de ello, no es necesario mirar más allá de asalto del gobierno perpetrado a su propio poder judicial y a sus instituciones democráticas, ataque que hace que se eleven cejas en EEUU, Bruselas, y a lo largo de toda Europa.

Polonia está experimentando una crisis constitucional que comenzó cuando Andrzej Duda, el presidente polaco respaldado por el Pis, se negó a tomar el juramento de tres jueces del Tribunal Constitucional elegidos por el anterior parlamento. El PiS, a continuación, seleccionó sus propios jueces en lugar de los anteriores, mientras aprobaba legislación que esencialmente paralizó al Tribunal. El Tribunal declaró que las normas jurídicas cambiadas por PiS eran inconstitucionales, pero el gobierno dirigido por el PiS se negó a publicar la decisión del Tribunal, bloqueando de este modo que entre en vigor. Ahora es casi imposible para el Tribunal evaluar la constitucionalidad de la legislación del actual Parlamento, a pesar de que existe una disposición expresa en la Constitución polaca que autoriza llevar a cabo una revisión judicial.

Debido a que hoy en día las acciones del PiS son condenadas universalmente, este partido está deteniendo toda esta situación hasta finales de este año, momento en el que el mandato del actual presidente del Tribunal Constitucional expire. Después de eso, el PiS designará un presidente más amigable, quien sin duda bailará al son de cualquier melodía que se toque. Sin embargo, un presidente recién nombrado probablemente no vaya a terminar la crisis constitucional de Polonia, debido a las sentencias judiciales válidas de este pasado verano que quedaron sin publicar, ahora existe un agujero negro en el orden constitucional de Polonia.

La UE ha iniciado los procedimientos legales contra Polonia, y está pidiendo al gobierno polaco trabaje con los partidos de oposición para reformar el Tribunal. Si Polonia no cumple, en última instancia, la UE podría despojar a este país de sus derechos de voto. Pero es poco probable que la UE u otros organismos internacionales garanticen una solución al problema político polaco. Sólo los polacos pueden hacer esto.

De hecho, grandes protestas en contra de un reciente proyecto de ley que habría prohibido prácticamente todos los abortos (bajo pena de prisión de hasta cinco años) obligaron al gobierno a dar marcha atrás y retirar la legislación propuesta. Esto marcó una victoria para las mujeres polacas, y sugiere que Polonia es más progresiva de lo que a Kaczyński le gustaría creer.

Aun así, mientras que el gobierno puede haber sufrido una gran derrota pública, se mantiene intacta la falta de liberalismo ideológico subyacente del PiS. Eso significa que los defensores de la sociedad civil polaca tendrán que luchar muchos más batallas en los próximos meses para contener y hacer retroceder la ilegalidad del PiS.

(Guy Verhofstadt, a former Belgian prime minister, is President of the Alliance of Liberals and Democrats for Europe Group (ALDE) in the European Parliament)

- La guerra populista a las mujeres (Project Syndicate - **18/10/16**)

Varsovia.- Jarosław Kaczyński y Donald Trump son dos políticos que este año escandalizaron al mundo con sus dichos y actos, y salieron en gran medida impunes. Pero eso está por acabarse.

Cuando el año pasado el partido Ley y Justicia de Kaczyński llegó al poder, inmediatamente se hizo con el control de las principales instituciones polacas, entre ellas el Tribunal Constitucional, la fiscalía del Estado, empresas y medios de prensa públicos e incluso las caballerizas estatales. Como el gobierno de Ley y Justicia heredó una economía sana y una fuerte posición fiscal, Kaczyński no vio necesidad de contar con un ministro de finanzas, así que hace poco eliminó el cargo.

Trump también ha cometido reiterados actos que en circunstancias normales lo descalificarían para la política: atacó a los padres de un soldado estadounidense musulmán muerto en combate, se burló de un periodista discapacitado y criticó al senador John McCain por haber sido capturado durante la Guerra de Vietnam (cuando fue retenido y torturado durante más de cinco años). Todo el mundo se escandalizó, excepto los votantes de Trump.

Esta situación podría haber seguido, pero hace poco Kaczyński y Trump se cruzaron con una fuerza política en la que no habían pensado: las mujeres.

Antes de la elección parlamentaria del año pasado en Polonia, la organización ultraderechista Ordo Iuris propuso una prohibición total del aborto, que superaría incluso la legislación polaca actual (ya una de las más restrictivas de Europa) al obligar a las mujeres a dar a luz incluso en casos de violación, incesto, riesgo sanitario y malformaciones fetales graves. Pero al mismo tiempo, se presentó otra propuesta legislativa para liberalizar la legislación de aborto, introducir la educación sexual en las escuelas y garantizar que los seguros médicos cubran los anticonceptivos.

Ley y Justicia juró solemnemente que el Sejm (parlamento) no rechazaría el segundo proyecto tras su primera lectura, pero la ley de criminalización del aborto avanzó a la fase de votación parlamentaria y la propuesta liberalizadora fue rechazada. Grandes multitudes de mujeres salieron espontáneamente a las calles.

Por casi dos décadas, los polacos han creído que la legislación de aborto del país era inmutable, por el poder de la Iglesia Católica y la subordinación de la clase política a las autoridades religiosas. Pero la actriz Krystyna Janda, protagonista del film de Andrzej Wajda El hombre de hierro, convocó a las polacas a lanzar una huelga general. El 3 de octubre, en vez de ir a trabajar, mujeres de todo el país salieron a protestar (siguiendo el ejemplo sentado por las islandesas en 1975, cuando un 90% de ellas no se presentó en sus trabajos y el país quedó prácticamente paralizado).

Hubo manifestaciones incluso en pueblos pequeños, y a pesar del mal clima. Grupos de mujeres se congregaron fuera de las sedes de Ley y Justicia (verdadero asiento del poder en la política polaca). En solidaridad con las polacas, mujeres de Kenya a Berlín tomaron las calles vestidas de negro.

Por primera vez desde el regreso de Ley y Justicia al poder el año pasado, Kaczyński tuvo miedo. Al día siguiente, hizo que su partido votara en contra de la propuesta antiabortista. Fue la primera vez que hizo algo similar.

En Estados Unidos, la campaña presidencial de Trump venía bien hasta que se revelaron declaraciones del candidato en las que alardeaba de su capacidad para abusar de mujeres. Enseguida diversas víctimas de sus ataques se presentaron públicamente y describieron lo que les había sucedido.

El hechizo de Trump se rompió. Los votantes independientes (y muchos republicanos) le retiraron el apoyo. Michelle Obama pronunció un emotivo discurso acerca de cómo la había afectado la conducta de Trump (hablando como no podría hacerlo Hillary Clinton, debido a la complicada historia de su propio matrimonio). El apoyo a Trump, particularmente entre las mujeres suburbanas, se desplomó. Según encuestas recientes, el respaldo femenino a Trump se hundió de 39% a 29% en el transcurso de un par de días.

Aun así, ni Trump ni Kaczyński parecen tener voluntad (o tal vez capacidad) para cambiar el rumbo. Incluso tras retirar su apoyo a la propuesta de Ordo Iuris, Kaczyński no pudo quedarse callado, y el 13 de octubre anunció: “Lucharemos para garantizar que incluso los embarazos más difíciles, cuando el niño está condenado a morir o tiene malformaciones graves, lleguen a término, para que sea posible bautizar y enterrar al niño con un nombre”. Las mujeres convocaron a otra huelga general el 24 de octubre.

Es posible que Kaczyński siempre haya tenido tendencias autodestructivas. En 2007, siendo primer ministro, le sirvió el poder a sus opositores en bandeja de plata al atacar al partido Samoobrona, socio de su coalición de gobierno, y llamar a elecciones anticipadas. Y una vez más, Kaczyński se muestra como su propia némesis.

Esta vez, Kaczyński (que no tiene ningún puesto oficial en el gobierno) comenzó uniendo en su contra a las principales fuerzas políticas del país (a las que acusó de ser “la peor clase” de polacos) con sus ataques a la democracia liberal. Después, al insistir en su guerra a las mujeres (mayoría en Polonia) unió a esas fuerzas con la izquierda y enardeció a la juventud polaca. Inmediatamente después de los últimos comentarios de Kaczyński, comenzaron a reunirse mujeres frente a su casa con una advertencia: “No te metas en nuestras camas, o nos meteremos en tu casa”.

Según una encuesta de opinión del diario Rzeczpospolita, el 69% de los polacos apoyan la protesta “de negro” organizada por las mujeres. Si la huelga del 24 de octubre resulta más grande que las manifestaciones espontáneas del 3 de octubre, es seguro que el apoyo a Ley y Justicia caerá considerablemente, por primera vez desde su llegada al poder, y Polonia estará en una situación política distinta.

Trump también redobló su apuesta sexista, culpó por sus problemas a los medios y llamó “mujer horrible” a una de sus acusadoras, a lo que añadió: “Créanme, ella no sería mi primera elección”. Y en un llamado directo a sus muchos partidarios supremacistas blancos de la denominada derecha alternativa, también se permitió caer en un lugar común del antisemitismo, al acusar a Clinton de “reunirse en secreto con bancos internacionales para tramar la destrucción de la soberanía estadounidense a fin de enriquecer a estas potencias financieras globales”.

Pero los estadounidenses no mordieron el anzuelo; y los polacos tampoco. Nada sería más apropiado que ver a Trump, y tal vez Kaczyński, derrotados por aquella gente cuya dignidad e igualdad se niegan a reconocer, con las mujeres a la cabeza.

(Sławomir Sierakowski, founder of the Krytyka Polityczna movement, is Director of the Institute for Advanced Study in Warsaw)

- Una alianza política progresista para Europa (Project Syndicate - **20/10/16**)

Washington, DC.- En menos de tres semanas sabremos quién asumirá la presidencia de Estados Unidos a partir de enero. La clase de socio que esa persona encuentre en Europa dependerá en gran medida del resultado de dos elecciones en 2017: la elección presidencial francesa a principios de mayo y la elección federal alemana a fines de octubre.

Por supuesto, la salida del Reino Unido de la Unión Europea también influirá en la forma futura de Europa. La opción de Brexit “duro”, de la que mucho se habló estos últimos tiempos (sobre todo desde que la primera ministra británica Theresa May anunció su intención de insistir en la imposición de límites a la inmigración, aunque implique perder el acceso al mercado común europeo), cambiaría el modo en que funciona Europa.

Como escribió hace poco el primer ministro francés Manuel Valls, la gran disyuntiva a la que se enfrenta la dirigencia europea es entre “desistir y dejar el proyecto europeo abandonado a una muerte lenta pero segura” o “transformar la UE”. Semejante transformación no será hazaña menor; demandará no sólo una nueva visión institucional para Europa, sino también una reestructuración política a gran escala, particularmente en Francia y Alemania.

Una visión institucional viable, que describí mucho antes del referendo por el Brexit, es establecer “dos Europas en una”, de modo que los países de la eurozona formarían una “Europa A” más profundamente integrada, y otro grupo de países formaría una “Europa B” más diversa y menos conectada. Ambas Europas estarían estrechamente vinculadas, con cierta variación en los mecanismos de participación para los miembros de Europa B. Juntas, las dos Europas serían parte de una “alianza continental” post-Brexit que en algún momento incluso podría reemplazar a la UE.

Es una visión un tanto radical, que sólo será factible si hay fuerzas políticas dispuestas a adoptarla, particularmente en Francia y Alemania. La dirigencia política de cada país deberá dejarse guiar (e incluso movilizar) por el objetivo de salvar a “Europa”. En concreto, eso implica seguir una política económica que equilibre el libre mercado y la solidaridad social, con margen sustancial para la diversidad local.

Tanto en Francia como en Alemania, esta dinámica política dependería de una alianza de fuerzas proeuropeas de centroderecha y centroizquierda que sea capaz de superar y a la larga disipar a los elementos más extremistas de cada campo y asegurar así que las tendencias políticas antieuropeístas no puedan obstaculizar el progreso. Para dar un ejemplo concreto (y provocador) de cómo podría ser semejante realineamiento en Francia: un presidente de centroderecha como Alain Juppé podría cooperar con un primer ministro como Emmanuel Macron mientras este intenta generar un movimiento juvenil de centroizquierda que “trascienda el pasado”.

En cuanto a Alemania, la centroderechista Unión Demócrata Cristiana (CDU) es en su conjunto insuficientemente proeuropea. Internamente está limitada por un ala conservadora definida por ideas que no son compatibles con el progreso de Europa a largo plazo. Externamente, por la ultraderechista Alternativa para Alemania (AfD), que últimamente creció en popularidad.

En este contexto, incluso si la CDU de la canciller Angela Merkel obtiene la mayoría de los votos el año entrante, necesitará ayuda para construir una nueva Europa, con más responsabilidades conjuntas para los países de Europa A y mecanismos de participación flexibles para los países de Europa B. En concreto, los elementos proeuropeos de la CDU deberán colaborar con aliados de la izquierda, a saber, la mayor parte de los socialdemócratas y los verdes.

Una coalición informal de este tipo ayudó muchas veces a que los proyectos pro Merkel consiguieran apoyo en el parlamento a pesar de la oposición de los elementos derechistas de la CDU, pero para salvar a Europa deberá profundizarse y hacerse más confiable, con una agenda compartida dominada por objetivos comunes.

El imperativo de un realineamiento de fuerzas políticas no es exclusivo de Francia y Alemania. Hay amplia necesidad de que los reformistas y los globalizadores realistas unan fuerzas para hacer frente a los movimientos populistas que tratan de convertir la nostalgia en nacionalismo extremo, casi sin otra base que la política identitaria.

El mundo cambió mucho estas últimas décadas, y Europa no es la excepción. No podemos esperar que los viejos alineamientos respondan adecuadamente a las necesidades de definición de políticas o la dinámica política de la actualidad. Basta pensar en lo difícil que le está siendo a España hallar una nueva mayoría, en un proceso de dos años que todavía no terminó.

En este contexto, un reacomodamiento político es casi inevitable; los cambios de partido y los conflictos que caracterizaron esta elección presidencial estadounidense son buen ejemplo. Pero ese reacomodamiento puede llevar a diversos resultados. Para garantizar un futuro positivo, abierto y próspero para Europa, es crucial el triunfo de fuerzas que reconozcan los inmensos beneficios de las sociedades política y económicamente abiertas, así como la necesidad de políticas públicas nacionales e internacionales que promuevan una mayor inclusión.

Pero incluso si las fuerzas progresistas de centroderecha y centroizquierda consiguen superar a sus contrincantes reaccionarios, no será suficiente. La estructura política tradicional siempre corre riesgo de ser capturada o desplazada por el populismo identitario. Por eso los grupos políticos progresistas deben superar sus diferencias en forma más estructural para promover una nueva visión institucional de Europa.

Esta profunda reestructuración política para crear nuevas mayorías progresistas será difícil y no se dará de un día para el otro. Pero es la única opción para Europa. Sin ella, “Europa” morirá, y el asalto a la apertura económica y a los valores democráticos seguirá cobrando fuerza en todo el mundo, con consecuencias potencialmente devastadoras.

(Kemal Derviş, former Minister of Economic Affairs of Turkey and former Administrator for the United Nations Development Program (UNDP), is a vice president of the Brookings Institution)

- La amenaza proteccionista (Project Syndicate - **20/10/16**)

Washington, DC.- Los pronósticos de crecimiento del comercio internacional en 2016 y 2017 han vuelto a rebajarse. La Organización Mundial del Comercio (OMC) ahora prevé que el crecimiento de este año será el más lento desde la recesión global posterior a 2008. ¿Qué está sucediendo?

**No es sólo resultado de una pobre recuperación económica global: en general, el comercio siempre creció más que el PIB; en los años previos a la crisis financiera global de 2008, el incremento promedio superó dos veces al de la producción. Pero la relación entre crecimiento del comercio y crecimiento del PIB viene cayendo desde 2012, tendencia que culminará este año, cuando por primera vez en quince años lo primero será inferior a lo segundo.**

Este retroceso se debe en parte a factores estructurales, entre ellos el amesetamiento de la expansión de las cadenas de valor globales y que el proceso de transformación estructural de China y otras naciones en la vanguardia del crecimiento llegó a un punto de inflexión. Otro motivo probable de presión a la baja sobre los flujos de comercio es la creciente participación del sector servicios en el PIB de los países, dado que la propensión al comercio internacional de los servicios es inferior respecto de los bienes fabriles.

Pero no todas las fuerzas que debilitan el comercio internacional son tan permanentes. También inciden otros factores relacionados con la crisis, temporales y potencialmente reversibles. Por ejemplo, el malestar económico sufrido desde 2008 por muchos países de la eurozona (que tradicionalmente han sido fuente de una parte importante del comercio internacional) desalentó el consumo y la contratación (entre muchas otras cosas). La débil recuperación de la inversión en capital fijo de las economías avanzadas también debilitó el comercio internacional, porque esa clase de bienes supone más intercambio transfronterizo que los bienes de consumo.

Pero tal vez sea más peligrosa la creciente corriente política de rechazo al libre comercio, que se refleja en una falta de progreso en las últimas rondas de liberalización y en la implementación de medidas proteccionistas en la forma de barreras no arancelarias. Si bien este proteccionismo incipiente no tiene todavía un impacto cuantitativo sustancial sobre el comercio internacional, su aparición genera mucha inquietud en momentos de aumento de la globalifobia en las economías avanzadas.

Los ataques actuales al comercio internacional son lo que sucede cuando inquietudes económicas (entre ellas el estancamiento de los ingresos medios y, en algunos países, altas tasas de desempleo) se tornan políticas. Viendo en la insatisfacción económica una oportunidad para ganar partidarios, algunos políticos astutos, sobre todo en las economías avanzadas, acusan a las nebulosas y amenazantes fuerzas de la “globalización”, y aseguran que la inmigración y el comercio internacional son la causa de la inseguridad económica de los ciudadanos.

La mejor prueba es la campaña presidencial en Estados Unidos, donde se habló más de comercio internacional que en cualquier otra campaña en la historia reciente del país. En un entorno político difícil, tanto Hillary Clinton como Donald Trump proponen políticas comerciales que se apartan de la larga tradición estadounidense de liberalización, con derivaciones económicas potencialmente graves.

Clinton, la candidata demócrata, ahora se opone al Acuerdo Transpacífico (ATP), un tratado comercial que el gobierno del presidente Barack Obama negoció con otros once países de la Cuenca del Pacífico y que ahora aguarda ratificación del Congreso de los Estados Unidos. También se opuso a otorgar “estatus de economía de mercado” a China, porque eso dificultaría entablarle demandas por dumping. Y defendió la imposición de aranceles compensatorios a los bienes de países que manipulen el tipo de cambio.

Trump, uno de los líderes de la embestida proteccionista, lleva estas ideas mucho más lejos. Como Clinton, se opone al ATP y apoya los aranceles compensatorios mencionados. Pero también se expresó en forma sumamente despectiva respecto de México y China, y está pidiendo que Estados Unidos aplique aranceles punitivos a ambos. Además, promete renegociar y quizá derogar los tratados de libre comercio ya firmados, e insinuó la posibilidad de que Estados Unidos se retire de la OMC.

Las medidas propuestas por Clinton llevarían a que Estados Unidos pierda algunas ventajas del comercio, con consecuencias para la economía mundial. Pero ese daño no es nada en comparación con el que provocarían las propuestas de Trump. Después de todo, es casi seguro que la aplicación de medidas proteccionistas por Estados Unidos causaría acciones recíprocas de sus socios comerciales, pudiendo incluso iniciar una guerra comercial que agravaría las dificultades económicas de todos.

Como destacó el mes pasado el Instituto Peterson de Economía Internacional, los más perjudicados serían los trabajadores poco cualificados de bajos ingresos (precisamente los más convencidos de que hay que reducir el comercio internacional). El informe también muestra otro dato preocupante: el ejecutivo estadounidense tiene mucho margen de acción para limitar el comercio internacional, sin control del Congreso o de los jueces.

Obviamente, las inquietudes causantes de la globalifobia deben ser resueltas, y los políticos (en Estados Unidos y otros países) deben idear políticas que ayuden realmente a los ciudadanos más vulnerables. Pero demonizar el comercio internacional no es la manera de hacerlo. Por el contrario, como mostró la experiencia de los años treinta, una guerra comercial proteccionista sería el modo más fácil de frustrar una recuperación económica global que ya es incierta.

(Otaviano Canuto, former State Secretary for International Affairs at the Brazilian Ministry of Finance, is Executive Director on the Board of the World Bank for Brazil, Colombia, the Dominican Republic, Ecuador, Haiti, Panama, the Philippines, Suriname, and Trinidad and Tobago…)

Chatham House’s Paola Subacchi examines the causes and consequences of today's anti-globalization backlash, guided by insights from Stephen Roach, Dani Rodrik, Joseph Stiglitz, and other Project Syndicate commentators.

Issue Adviser: a critical review of Project Syndicate’s hardest-hitting commentaries on an urgent global issue.

- Free Trade in Chains (Project Syndicate - **22/10/16**)

The growing political backlash against trade in the advanced economies has raised a crucial question: does globalization need to be rolled back in order to preserve an open world economy? If policymakers don’t address it now, they are likely to answer for it later.

London.- At the beginning of the new millennium, when the world was deemed “flat” because of its economic openness, international trade was a subject confined to the business pages and discussions among technocrats. Now, trade tops the political agenda in much of the world; in the advanced economies, it is populists’ favorite horse to whip. Even politicians who once embraced trade deals are now disavowing them.

In Britain, as a result of the Brexit vote, debates about the merits of trade with the European Union’s single market versus trade under World Trade Organization rules are now heard almost nightly. In the United States, both presidential candidates have made opposition to mega-regional trade deals -specifically, the 12-country Trans-Pacific Partnership (TPP) and the Transatlantic Trade and Investment Partnership (TTIP) with the European Union- central to their campaigns.

None of this should be surprising, given how sharply public opinion has soured on such trade agreements. Opinion polls on both sides of the Atlantic identify trade as one of the major sources of the discontent roiling the world’s developed democracies. A survey by YouGov indicates that approximately 71% of Americans and 58% of Germans believe that their countries should embrace more restrictive trade policies to protect their economies from foreign competition. So the window of opportunity to conclude the TPP and the TTIP is closing; in fact, leaders like French President François Hollande are increasingly adamant that the TTIP is already a dead acronym.

Project Syndicate’s columnists are deeply divided over the meaning of this turn against trade. Is there a risk, as some suggest, that the US -and Britain- could turn the clock back to the 1930s, when the US Congress enacted the Smoot-Hawley Tariff and Britain abandoned the gold standard, allowing sterling to depreciate and triggering a wave of restrictions on international trade and payments? Or is the turn against trade the inevitable reaction to an assumption -that free trade benefits all- that was never true in either theory or practice?

Closing Time?

Despite much academic and official hand-wringing, Harvard’s Dani Rodrik, no free-trade cheerleader, sees “few signs that governments are moving decidedly away from an open economy”. Similarly, Rodrik’s Harvard colleague Joseph Nye, referring to the US presidential campaign, warns that it would be “an overstatement to say that the 2016 election highlights an isolationist trend that will end the era of globalization”.

Nonetheless, the signals coming from both sides of the Atlantic -and what they imply for the future of the international economic order that emerged at Word War II’s end- worry many observers. Otaviano Canuto, an executive director of the World Bank, points to “a lack of progress in recent rounds of trade liberalization and the implementation of protectionist non-tariff trade barriers”. Although such “creeping protectionism has not yet had a significant quantitative impact on trade”, he argues, “its emergence has become a major source of concern amid rising anti-globalization sentiment in the advanced economies”.

A repetition of the experience of the 1930s was precisely what many experts, policymakers, and business leaders sought to avoid in the aftermath of the 2008 global financial crisis. In the first major test of the G2 -the major developed and emerging countries that account for some 85% of world GDP- its members’ leaders were hastily summoned to Washington, DC, in November 2008 to coordinate measures to address the crisis. Maintaining an open trade regime and avoiding protectionist measures were what everyone had in mind.

This was a geopolitical agenda as much as it was an economic one - if not more so. Indeed, as Barry Eichengreen reminds us, it would be wrong to “invoke the old saw that Smoot-Hawley caused the Great Depression, because it didn’t”. Nonetheless, by eroding trust and removing incentives to cooperate, currency and trade wars “fanned geopolitical tensions” in the 1930s. In particular, Eichengreen points out, “US, British, French, and Canadian leaders were at one another’s throats at a time when they should have been working together to advance other common goals” - namely, mobilizing “a coalition of the willing to contain the Nazi threat”.

Fast-forward to 2016, and “(m)ore than rhetoric has shifted”, says Bjørn Lomborg, the director of the Copenhagen Consensus Center. From Lomborg’s perspective, what Canuto characterizes as an upward creep in global trade restrictions is in fact a galloping trend. He laments that “the use of protectionist policies” was “up 50% in 2015, outnumbering trade-liberalization measures by three to one”, and that G20 members accounted for 81% of these new restrictions.

So how, asks Nobel laureate economist Joseph Stiglitz of Columbia University, “can something that our political leaders -and many an economist- said would make everyone better off be so reviled?” One reason, as Harvard’s Jeffrey Frankel argues, is that enlarging the economic pie -“a fundamental proposition in economics”- is necessary to maintain consensus on trade. As the size of the pie is no longer increasing enough for the winners, even in principle, to compensate the losers and thus leave everyone better off, the losers have felt increasingly disenfranchised.

Yale University’s Stephen Roach makes a similar case. He cites data from the International Monetary Fund showing that “annual growth in the volume of world trade has averaged just 3% over the 2009-2016 period - half the 6% rate from 1980 to 2008”, owing both to the post-2008 recession and a slow and sluggish recovery. “With world trade shifting to a decidedly lower trajectory”, he says “political resistance to globalization has only intensified”.

Trading Doubts

But that does not mean that faltering growth in world trade is the most important issue to address, as many -including the IMF- believe. On the contrary, Daniel Gros, Director of the Center for European Policy Studies, argues that “(b)lind faith in globalization” is the main source of the current political backlash, because it “led many to overhype” the benefits, “creating impossible expectations for trade liberalization”.

Gros blames policymakers’ refusal to distinguish between liberalization-driven trade and commodities-driven trade. “By the early 1990s”, he says, “when tariffs and other trade barriers had already reached very low levels, the traditional benefits of trade liberalization had largely been exhausted”. But the “two-decade-long commodity-price boom” that followed “enabled major commodity exporters to import more”, while also boosting the total value of world trade.

It was an outcome that “most economists and politicians”, Gros continues, eagerly “attributed…to trade-liberalization policies”, thereby reinforcing “the notion that “hyper-globalization” was the key to huge gains for everyone”. The crucial point is that “growth fueled by higher commodity prices, unlike that produced by the dismantling of trade barriers, caused a decline in living standards in the commodity-importing advanced countries, because it reduced the purchasing power of workers”. As a result, “when advanced-country workers were squeezed economically, they concluded that globalization was the problema”.

Gros is not alone in doubting that further liberalization can do much to revive world trade and economic growth. Jomo Kwame Sundaram and Vladimir Popov, of the Food and Agriculture Organization of the United Nations and the Russian Academy of Sciences, respectively, make a similar point. “With global trade already significantly freed up -and with incomes already stagnant or falling- claims that new (free-trade agreements) will boost incomes are dubious, at best,” they say. Likewise, Eichengreen maintains that “(j)ust as tariff protection is not a macroeconomic problem in deflationary, liquidity-trap-like conditions, freer trade, the economist’s familiar nostrum, is not a solution”.

Lomborg, for his part, nonetheless believes that trade liberalization still has much to offer to poorer countries. “Reviving the moribund Doha Development Round of global free-trade talks”, he says, would make the world “$ 11 trillion richer each year by 2030, with $ 7 trillion going to developing countries”. This would “cut the number of people in poverty by an astonishing 145 million in 15 years”.

But Sundaram and Popov offer a sobering corrective to Lomborg’s rosy scenario. They warn that the non-trade provisions contained in deals like the TPP would “strengthen the hand of financial rent-seekers, intellectual-property owners, and multinational corporations vis-à-vis governments - all of which would hold emerging economies down, rather than helping them up”.

Threadbare Theory or Unfair Practice?

Roach, who counts himself among “those who defend free trade and globalization”, nonetheless takes his fellow economists to task for failing to develop an adequate intellectual basis for the policies they promote. “The best that economists can offer”, he admits, “is David Ricardo’s early nineteenth-century framework: if a country simply produces in accordance with its comparative advantage (in terms of resource endowments and workers’ skills), presto, it will gain through increased cross-border trade”. That’s not good enough, Roach insists:

Ricardo’s arguments, couched in terms of England’s and Portugal’s comparative advantages in cloth and wine, respectively, hardly seem relevant for today’s hyper-connected, knowledge-based world. The Nobel laureate Paul Samuelson, who led the way in translating Ricardian foundations into modern economics, reached a similar conclusion late in his life, when he pointed out how a disruptive low-wage technology imitator like China could turn the theory of comparative advantage inside out.

Stiglitz, a longtime critic of the prevailing globalization agenda, is even more pointed in his criticism of the economics profession’s unconditional support for free trade. The problem for him is not so much with the theory as it is with its proponents’ promise that free trade would make everyone better off. In fact, Stiglitz argues, the theory implies just the opposite. “Under the assumption of perfect markets (which underlies most neoliberal economic analyses), free trade equalizes the wages of unskilled workers around the world”, he notes. “Trade in goods is a substitute for the movement of people”. As a result, “(i)mporting goods from China -goods that require a lot of unskilled workers to produce- reduces the demand for unskilled workers in Europe and the US.

Or it lowers these workers’ wages. “Eventually”, Stiglitz explains, “it would be as if Chinese workers continued to migrate to the US and Europe until wage differences had been eliminated entirely”. Unsurprisingly, he notes, “the neoliberals never advertised this consequence of trade liberalization”. Instead, “they claimed -one could say lied- that all would benefit”.

From the standpoint of some free-trade supporters, however, globalization is running into trouble not because of neoliberal theory, but because of illiberal practice. Princeton University’s Harold James suggests that “judicial and quasi-judicial decisions to impose large financial penalties on foreign corporations” could be viewed as an analog of the protectionist trade wars of the 1930s, with the US and Europe once again the main antagonists. He provides a telling example: “After the EU announced that it would require Apple to pay € 13 billion ($ 14,6 billion) in back taxes, which it alleges were illegally reduced by the Irish government, the US fined Deutsche Bank, a German company, $ 14 billion to settle claims relating to its mortgage-backed securities business prior to the 2008 crash”.

As James acknowledges, such penalties could be regarded as “an effective response in a world where multinational corporations have become extremely skilled at reducing their conventional tax liabilities”. But he’s not convinced. “Unlike normal taxes”, he notes, “fines against companies are not predictably or uniformly levied, and must be haggled over and settled individually in each case”. This is not exactly an environment that nurtures a level playing field. On the contrary, “(t)hese discussions are often politicized and involve high-level government interventions”.

This reflects the tremendous pressure on national governments to show that implementation of international trade rules does not hinder domestic firms vis-à-vis foreign firms. Consider industrial policy. Both the WTO and the European Commission crack down on any project that has a whiff of state aid, such as the new Airbus A350, which, according to a recent WTO ruling, benefited from the “direct and indirect effects” of long-term government support.

A more pressing example is the new bail-in regime for EU banks, which, less than six months after the Brexit referendum, could turn Italy into Europe’s next political flashpoint. In addition to having one of the EU’s most vulnerable banking sectors, Italy also has one of Europe’s highest rates of ownership of bank shares and bonds by individuals and families. The prohibition on using public funds to bail out banks, which took effect at the beginning of this year, thus makes it very difficult for Italy’s government to resolve the country’s banking crisis without jeopardizing its already-wobbly political stability.

Read our minds. On Point briefs you on expert analysis of the day’s key issues and ideas.

To answer both questions, Rodrik suggests, one should look not to the 1930s, but to the 1980s. Back then, Rodrik reminds us, “it was Japan, rather than China, that was the trade bogeyman, stalking -and taking over- global markets”. With the US and Europe “erecting trade barriers and imposing “voluntary export restrictions” (VERs) on Japanese cars and Steel”, fear of “the creeping “new protectionism” was rife”. And yet the subsequent decade was characterized by the greatest wave of globalization the world has ever known. What happened?

“In hindsight, the “new protectionism” of the 1980s”, Rodrik explains, “was more a case of regime maintenance than regime disruption”. To be sure, the “import “safeguards” and VERs of the time were ad hoc”, he says, “but they were necessary responses to the distributional and adjustment challenges posed by the emergence of new trade relationships”.

So where do we go from here? Stiglitz favors strong, Scandinavian-style welfare measures as part of a social contract that maintains an open society and economy. Frankel and Roach suggest specific policies, such as, in the US, universal health insurance, an expanded Earned Income Tax Credit, and broader Trade Adjustment Assistance to help displaced workers retrain. But, given the persistence of depressed global demand and low commodity prices, such measures are unlikely to restore trade and globalization to their previous vigor.

Ultimately, Rodrik is probably right about the need for a “better balance between national autonomy and globalization”. As he puts it, today’s anti-trade backlash is a message to policymakers that they must “place the requirements of liberal democracy ahead of those of international trade and investment”. Free-trade orthodoxy is not the only alternative to populism, and “center-right and center-left parties should not be asked to save hyper-globalization at all costs”. The point is to preserve a relatively open global economy, not to adhere piously to some ideal model that even the staunchest free-trade advocates admit doesn’t exist.

- La paradoja del brexit (Project Syndicate - **24/10/16**)

Madrid.- Del matemático francés Blaise Pascal es célebre el “no es cierto que todo sea incierto”. Pero si se hubiese enfrentado a la realidad del brexit, quizás habría reconsiderado su postulado. Pese a que una salida moderada sigue pareciendo probable, la incertidumbre y la animosidad no han cesado de crecer en las últimas semanas. Es la paradoja del brexit: cuanto más se tarde en reintroducir el pragmatismo en el debate, más posibilidades hay de que los inquietantes efectos de lo desconocido inflijan un daño irreversible tanto en el Reino Unido como en la Unión Europea.

El futuro del RU -en fase de preparación para su retirada- y de la UE debía haberse esclarecido en el Consejo Europeo de este mes de octubre. Sin embargo, la cumbre no sólo no trató formalmente las negociaciones sobre el brexit, sino que cristalizó la falta de rumbo percibida en septiembre tras la reunión informal del Consejo en Bratislava, que resultó en vagas promesas de unidad.

Por su parte, el RU se halla a las puertas de asistir a un amargo debate entre la Primera Ministra, Theresa May, y el Parlamento sobre el papel de este último en las negociaciones. Entretanto, en el seno mismo del Gabinete de May surgen desavenencias, al tiempo que se intensifican las dudas acerca del status del que gozará Escocia en el futuro.

Pero el problema va más allá de la confusión. Cada bando busca seducir a electorado nacional y adoptar posiciones crecientemente polarizadas, incluso antagónicas. May dio su primer golpe de efecto en el Congreso del Partido Conservador cuando, después de haber declarado que invocaría el artículo 50 del Tratado de la Unión Europea no más tarde de marzo de 2017, endureció su discurso y aseveró que frenar la inmigración primaría sobre mantener el acceso al Mercado Interior.

Los líderes de la UE han respondido con la misma moneda. La Canciller alemana, Angela Merkel, que en un inicio apostó por un enfoque pragmático, pronunció un abrumador discurso ante empresarios alemanes en el que garantizó que el acceso al Mercado Interior no podría entenderse sin la aceptación de las cuatro libertades de la UE -y, entre ellas, de la libre circulación de personas-. Poco después, el Presidente francés, François Hollande, declaró que el RU debía pagar “el precio” del brexit.

El Presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, ha sido el más tajante de todos con su máxima: “la única alternativa real al brexit duro es que no haya brexit”; mensaje que se confirmó con el frío recibimiento a May en el Consejo Europeo de octubre. Las negociaciones sobre el brexit no han empezado todavía y la batalla ya está servida: Tusk sólo ve pan y agua mientras que el Secretario de Exteriores británico, Boris Johnson, pretende quedarse con el oro y el moro.

Si May se atiene a los tiempos que ella misma marcó -y, con las elecciones al Parlamento Europeo previstas para 2019, no podrá ser de otra manera- es probable que esta dinámica se recrudezca. Los primeros meses de las negociaciones oficiales coincidirán con las elecciones en Países Bajos, Francia y Alemania, con lo que del lado europeo sólo destilarán posicionamientos firmes.

A pesar de todo, un escenario de “brexit duro” donde el RU corte todos sus lazos con el Mercado Interior resulta altamente improbable por lo desastroso de sus consecuencias. Pero el diseño de una nueva relación entre las partes no será tarea fácil. De hecho, sólo parece haber consenso en que la duración del proceso superará con creces los dos años previstos por el Tratado. Y ni Europa ni el RU pueden permitirse años de incertidumbre, hostilidades y actitud fragosa.

La animadversión ya ha pasado factura al sector empresarial -y no sólo en la City de Londres-. El mes pasado, Renault-Nissan anunció que revisaría su plan de inversión en el RU debido a la falta de claridad sobre el régimen jurídico y comercial que regirá el escenario post- brexit. Ha sido la primera gran empresa en hacerlo pero, sin duda, no será la última. En efecto, se masculla que los bancos contemplan salir del RU a principios de 2017 motivados por la retórica crecientemente envenenada en torno al brexit. Las empresas de la UE establecidas en las islas -que representan ni más ni menos que la mitad de la inversión directa que recibe el RU- se exponen por tanto a un alto riesgo. Además, los acechantes giros regulatorios ponen en peligro el progreso en otras áreas tan cruciales como la integración de los mercados de capitales, necesaria para producir mejoras en la productividad y la inversión en el continente.

Se necesita -y rápido- una hoja de ruta responsable. Una opción que ha ganado peso últimamente es la relativa a un acuerdo de transición estable parecido al que rige entre Noruega y la UE. Un acuerdo de estas características puede definirse con cierta celeridad y rebajar la urgencia en la toma de decisiones sobre cuestiones espinosas como el presupuesto de la UE, la jurisdicción de sus tribunales y la regulación migratoria, y a su vez serviría para generar un marco más amplio para la cooperación. También permitiría a la UE ganar tiempo para hacer su propia evaluación interna de la situación e incluir en ella un rediseño de los límites de la exigencia de la libre circulación de personas. Pero, para llegar a ello, los líderes a ambos lados del Canal deberán dar un paso atrás e inyectar algo de sobriedad en el debate.

Los políticos deben adoptar medidas para reducir la incertidumbre a mínimos. Nadie en el Reino Unido o la Unión Europea -ni empresas, ni inversores, ni consumidores- puede permitirse residir en un caos de improperios y electoralismos.

(Ana Palacio, a former Spanish foreign minister and former Senior Vice President of the World Bank, is a member of the Spanish Council of State, a visiting lecturer at Georgetown University, and a member of the World Economic Forum's Global Agenda Council on the United States)

- La Gran Bretaña desagradable de Theresa May (Project Syndicate - **25/10/16**)

Londres.- La Primera Ministra británica Theresa May advirtió una vez a sus compañeros conservadores sobre el riesgo de acabar siendo conocidos como el “partido desagradable”. Sin embargo, tras 100 días en el gobierno corre peligro de ir más allá todavía, convirtiendo al Reino Unido en “el país desagradable”.

En apenas unos meses, May ha lanzado diatribas contra las “elites internacionales” y ha decidido priorizar los controles migratorios por sobre el acceso al mercado único en las negociaciones de la salida de su país de la Unión Europea. Hace poco, hasta se amenazó a las compañías con tener que proporcionar una lista de sus empleados extranjeros. Y los 3,5 millones de ciudadanos europeos que se han asentado en el Reino Unido han quedado en la incertidumbre de si el gobierno de May garantizaría sus derechos de residencia.

No pasó mucho tiempo antes de que la normalización de la retórica nacionalista afectara las vidas cotidianas de la población inmigrante de Gran Bretaña. De hecho, casi inmediatamente después del referendo del Brexit en junio comenzaron a proliferar crímenes de odio, incluso antes de que May llegara al gobierno. Su actitud parece un síntoma, más que una causa, de un resurgimiento general del autoctonismo en el país.

El resurgimiento ha ocurrido de manera más bien rápida. Hace unos pocos años, en los Juegos Olímpicos de 2012 de Londres, el Reino Unido mostraba al mundo un rostro muy distinto: acogedor, bien conectado y confiado en su diversidad. El arranque de política identitaria actual parece reflejar una reacción contra todo ese espíritu de apertura. De hecho, el país parece estar oscilando entre inclusión y exclusión, como ha sido por más de cuatro décadas.

Cuando Margaret Thatcher fue Primera Ministra en los años 80, promovió la exclusión al definir la identidad británica con referencia a sus enemigos, y no sólo los adversarios externos como la Unión Soviética o la Comisión Europea. No había escasez de villanos internos: los sindicatos, los mineros, los profesores, los médicos, la BBC, las minorías étnicas, los escoceses, los galeses y los irlandeses católicos.

Para cuando John Major asumió el cargo en 1990 había una sensación de malestar nacional, alimentada por la ansiedad sobre Europa y frustración por el decreciente prestigio de las instituciones británicas. En 1995 las encuestas de opinión indicaban que solo una minoría del país se sentía “británica”, mientras que muchos grupos se sentían subrepresentados (los jóvenes, las minorías étnicas, los londinenses, los escoceses y los galeses).

Más o menos en esa época yo, entonces con precoces 23 años de edad, me encontré metido en el debate sobre la identidad nacional. En 1997, unos cuantos meses antes de la elección de Tony Blair y unos pocos después de la muerte de la Princesa Diana, escribí un informe donde argumentaba que, en lugar de lamentar la muerte de las viejas narrativas, debíamos celebrar el nacimiento de otras nuevas que reflejaran el orgullo sobre nuestros logros del pasado, al tiempo que celebraran nuestra creatividad, diversidad y espíritu de apertura a los negocios.

El punto de mi informe, elogiado por ayudar a impulsar la iniciativa política y mediática para dar un giro a la imagen de Reino Unido para convertirla en “Cool Britannia”, fue reconocer al país como un “revolucionario silencioso” que se renueva constantemente, en lugar de refugiarse en la tradición. Mi intención era promover un tipo de patriotismo progresista que pronto iba a ser adoptado por la clase política británica, partiendo por Blair mismo.

Para mi sorpresa, cuando el Partido Conservador comenzó a renovarse bajo David Cameron, el predecesor de May, se centró en celebrar una identidad nacional incluyente. Cameron y el ex alcalde de Londres, Boris Johnson, representaban la Gran Bretaña moderna, abierta, multirracial y multiétnica que se difundió al mundo en la electrizante ceremonia de apertura de las Olimpíadas de 2012.

De todos modos, en un par de años Cameron ya estaba convocando al referendo del Brexit en una apuesta por obtener votos y Johnson salía al frente como líder de la campaña para abandonar la UE. En todo caso, no deshicieron los avances de los años anteriores.

Una importante encuesta de opinión mostró hace poco que un tercio del pueblo británico tiene una “sensación muy positiva acerca de nuestra sociedad multicultural”, en comparación con un 24% en 2011. Mientras tanto, ha bajado la proporción con una actitud hostil a la inmigración y una sociedad multicultural, de un 13% a un 8%. Como argumentara Jeremy Cliffe en The Economist en un artículo de 2015, factores como la creciente diversidad racial, una ciudadanía más educada, la urbanización y una mayor variedad de estructuras familiares parecen apuntar a una “mayoría cosmopolita emergente” en el Reino Unido.

Como ocurre con todo cambio social importante, la diversidad tiene sus detractores. Los hombres blancos, ingleses y de clase trabajadora mayores de 55 años se sienten particularmente excluidos del patriotismo progresista y temen acabar siendo una minoría en “su propio” país. (Según datos citados por Cliffe, la mayoría de la población del Reino Unido será racialmente no blanca para el 2070). Así que se están revelando contra el cosmopolitismo, y May les sigue el juego.

Algunos temen que este sea el nuevo criterio de normalidad. Cuando el gobierno de May primero amenazó con obligar a las compañías que dieran una lista de sus trabajadores extranjeros, estaba yo cenando con emprendedores del sector tecnológico de otros países de la UE que están asentados en el Reino Unido, que bromearon con humor negro sobre tener que usar estrellas azules en sus ropas, especulando que un día los años 90 pudieran llegar a verse como la versión anglosajona del infausto periodo de Weimar en Alemania. Puede que sea una exageración, pero las inquietudes en torno a que la decisión de May de salir del centro político pueda representar un fuerte retroceso de la moderación política británica son muy reales.

Sin embargo, por suerte la tendencia de largo plazo parece ir hacia la inclusión, incluso si el Reino Unido retrocede hoy un par de pasos. Hasta May misma, en su reciente ataque al cosmopolitismo, parece haber elogiado sin querer a Gran Bretaña precisamente por lo que ha logrado gracias a él, como la importante proporción de Premios Nobel o la reputación financiera de la City de Londres.

Sin embargo, como lo ha demostrado el voto por el Brexit, el éxito de Gran Bretaña es frágil. Y el aumento de los crímenes de odio es un indicador de que la mayoría cosmopolita emergente simplemente no puede sentarse en segunda fila a esperar ver los efectos de la historia. Tiene que ofrecer el tipo de política que sea capaz de hacer una separación entre los temores genuinos y el aislacionismo. Debe mostrar cómo Gran Bretaña puede reinventar su economía y su estado para hacer posible un crecimiento equitativo y, con ello, recuperar su papel en el mundo. Debe ofrecer nuevas maneras de crear solidaridad y avanzar en la inclusión. No debemos permitir que Gran Bretaña acabe convirtiéndose en el “país desagradable”.

(Mark Leonard is Director of the European Council on Foreign Relations)

- Estados Unidos después de las elecciones (Project Syndicate - **25/10/16**)

New York.- La campaña presidencial en curso en Estados Unidos se destaca por su falta de civilidad y por las grandes diferencias entre los candidatos: el empresario anti-establishment Donald Trump del lado republicano y la política refinada Hillary Clinton en representación de los demócratas. La contienda ha expuesto las profundas grietas dentro de la sociedad estadounidense y ha afectado la reputación global del país. No sorprende, entonces, que una de las pocas cosas en las que los norteamericanos parecen coincidir es que la campaña se ha extendido demasiado tiempo. Pero pronto habrá terminado. La pregunta es: ¿qué viene después?

Las encuestas sugieren que Clinton, una ex senadora y secretaria de Estado, derrotará al polémico Trump. Pero no hay que confundir las encuestas con la realidad. Después de todo, de cara al referendo por el Brexit en el mes de junio, la mayoría de los observadores creían que una victoria de “Quedarse” era segura. Más recientemente, los votantes colombianos rechazaron un acuerdo de paz que, según se esperaba en general, iba a recibir la aprobación popular.

Todo esto para decir que, si bien una victoria de Clinton puede ser probable, no existe ninguna certeza. La única encuesta que cuenta es la del 8 de noviembre. Hasta entonces, todo lo que podemos hacer es especular.

Sin embargo, se pueden hacer algunas predicciones con mayor confianza. Existen pocas dudas de que Estados Unidos surgirá de esta elección como un país dividido con un gobierno dividido, no importa quién sea presidente o qué partido tenga una mayoría en cada cámara del Congreso. Ni los demócratas ni los republicanos podrán llevar a cabo sus objetivos sin al menos cierto apoyo del partido contrario.

Pero nadie debería pensar que la única división en la política estadounidense es entre los republicanos y los demócratas. Por cierto, las divisiones al interior de los dos partidos principales son igual de profundas. Existen facciones grandes y sumamente motivadas que tiran, cada una, para sus respectivos extremos -los demócratas hacia la izquierda y los republicanos hacia la derecha-. Esto hace que un acuerdo sobre posiciones centristas resulte más difícil de lograr.

La rápida reanudación de la política presidencial minará aún más un acuerdo. Si Clinton gana, muchos republicanos supondrán que sólo se debió a los errores de Trump, y probablemente la juzguen como una presidenta de un solo mandato. Es poco probable que un país a favor del cambio, concluirán, mantenga a un demócrata en el Salón Oval por un cuarto período. Muchos republicanos (especialmente los que niegan la legitimidad de una victoria de Clinton) buscarán así frustrar su administración, no sea cosa que pueda volver a postularse en 2020 como una candidata exitosa.

De la misma manera, si Trump logra ganar, la mayoría de los demócratas (y hasta algunos republicanos), después de recuperarse de su sorpresa y consternación, se plantearán como su principal prioridad asegurar que no tenga ninguna chance de un segundo mandato. Considerando el porcentaje de la agenda de Trump que los responsables de las políticas probablemente encuentren objetable, gobernar sería muy difícil durante su administración.

En cualquier escenario, todavía resultaría posible progresar en algunas áreas clave. El próximo gobierno de Estados Unidos podría implementar legislación para financiar la modernización de la infraestructura decadente de Estados Unidos, una política que ambos candidatos y muchos en el Congreso defienden. También podría resultar factible reunir apresuradamente una mayoría para reformar el código tributario de Estados Unidos -en particular, bajar la tasa alta para las corporaciones y aumentar los impuestos sobre la riqueza-. Podría inclusive llevarse a cabo cierta reforma de la atención médica, el logro distintivo del presidente Barack Obama, debido a serios problemas de implementación en el sistema actual.

Pero es poco probable que otras cuestiones que exigen una cooperación entre el Congreso y el presidente sean abordadas en el futuro cercano. Una es la reforma inmigratoria, que es tan polémica en Estados Unidos como en Europa. Otra es el comercio: como el entorno político doméstico hace que los responsables de las políticas sientan temor de respaldar posiciones con oponentes dedicados, tanto Trump como Clinton se oponen al Acuerdo Transpacífico, aunque su ratificación beneficiaría a la economía y a la postura estratégica de Estados Unidos. Mientras tanto, el déficit y la deuda de Estados Unidos seguramente aumentarán, ya que parece haber una voluntad escasa o nula de reducir el gasto en subsidios.

Las implicancias que tendrá la elección en la política exterior son bastante diferentes porque, bajo la Constitución estadounidense, el presidente goza de una libertad considerable. Si bien sólo el Congreso puede declarar oficialmente la guerra o ratificar tratados, los presidentes pueden utilizar (o negarse a utilizar), la fuerza militar sin una aprobación parlamentaria explícita. También pueden firmar acuerdos internacionales que no sean tratados, nombrar personal influyente en la Casa Blanca y modificar la política exterior norteamericana por una acción ejecutiva, como hizo recientemente Obama con respecto a Cuba.

En un gobierno de Clinton, esta discreción podría traducirse en la implementación de una o más zonas seguras en Siria, la entrega de más armas defensivas a Ucrania y la adopción de una línea más dura con Corea del Norte mientras el país continúa fortaleciendo su crecimiento nuclear y el desarrollo de misiles. Es más difícil suponer lo que haría Trump. Después de todo, no pertenece a la esfera política, de manera que nadie sabe cuánto de su retórica de campaña se traduciría en políticas. Aun así, se podría esperar un gobierno de Trump que se distancie de algunos aliados tradicionales en Europa y Asia y que mantenga una postura esencialmente distante de Oriente Medio.

Qué sucederá exactamente en Estados Unidos después de las elecciones presidenciales sigue siendo un interrogante abierto. Aunque razonablemente se pueden esperar ciertos resultados, la única certeza genuina es que el 96% de la población del mundo que no vota en las elecciones de Estados Unidos sentirá los efectos, no menos que los norteamericanos.

(Richard N. Haass, President of the Council on Foreign Relations, previously served as Director of Policy Planning for the US State Department (2001-2003), and was President George W. Bush's special envoy to Northern Ireland and Coordinator for the Future of Afghanistan…)

- La ralentización del crecimiento se consolida (Expansión - FT - **27/10/16**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

¿Está retrocediendo el proceso de globalización? No, pero ha perdido dinamismo, sobre todo en el caso del comercio, el motor de la integración económica mundial desde hace décadas.

Cabe preguntarse por qué el crecimiento del comercio ha caído. ¿Es porque la economía mundial se ha ralentizado? ¿Es debido al agotamiento de ciertas oportunidades? ¿O es por el proteccionismo? La respuesta, según el último informe del FMI es “sí” a las tres hipótesis.

**Entre 1960 y 2015, el comercio mundial creció a un ritmo medio del 6,6%, en términos reales, mientras que la producción creció a un ritmo medio del 3,5%. Entre 2008 y 2015, sin embargo, el crecimiento medio anual del comercio mundial fue de solo de un 3.4 en términos reales, mientras que la producción mundial creció a un 2,4%. No sólo se ha ralentizado el crecimiento del comercio, sino que también se ha reducido la brecha entre el crecimiento del comercio y el de la producción.**

Conclusiones

El FMI concluyó que el débil crecimiento de los volúmenes del comercio se debe, en gran parte, a la desaceleración económica sincronizada de las economías avanzadas y las emergentes. También añade que, “Entre los bienes, el crecimiento comercial se redujo en el 85% de las líneas de productos, con la desaceleración más aguda observada en el comercio de bienes de capital e intermedios”. Por lo tanto, la desaceleración de la inversión posterior a la crisis fue particularmente significativa, argumenta el FMI, porque depende en parte de las importaciones. Este cambio en la composición de la producción mundial ayuda a explicar por qué la desaceleración del comercio mundial fue proporcionalmente mayor que el de la producción. En total, “hasta tres cuartas partes de la reducción del crecimiento real de las importaciones de bienes entre 2003-07 y 2012-15 puede atribuirse a una actividad económica más débil”.

Este análisis sugiere que el comercio mundial se recuperará, siempre que la economía y la inversión mundiales también lo hagan. Sin embargo, no es tan sencillo. El FMI también se concentra en otros dos factores cuya importancia señala: el proteccionismo y la paralización posterior a la crisis de la tendencia hacia el incremento del comercio.

La división del trabajo entre las economías, en la que algunas elaboran componentes que se ensamblan en otras, ha generado una mayor actividad comercial dentro de las cadenas de producción desde la década de 1990. Esto se puede medir por el contenido importado de las exportaciones de un país, junto con el contenido nacional de las exportaciones posteriormente utilizadas por los socios comerciales en sus propias exportaciones, todo ello dividido entre las exportaciones brutas. Este índice se elevó hasta 2008, pero se ha estancado desde entonces. Eso marca, por lo menos, un alto a una importante forma de integración de la producción transfronteriza.

La historia del proteccionismo puede que guarde cierta relación con la de las cadenas de valor, aunque la historia tiene sus matices. La reducción de los aranceles medios se detuvo en la década de 2000, cuando las acordadas en las negociaciones multilaterales de la Ronda de Uruguay y la adhesión de China a la OMC cumplieron su ciclo.

También hay pruebas de un reciente aumento de barreras no arancelarias al comercio. Al mismo tiempo, la cobertura de los acuerdos de libre comercio ha seguido creciendo, aunque a un ritmo más lento. El destino de los acuerdos más ambiciosos, el Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés) -acordado, aunque no ratificado- y el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP, por sus siglas en inglés) -muy lejos de ser acordado- sigue siendo bastante incierto.

El FMI señala que, por tales razones, las tasas de crecimiento de las importaciones entre 2012 y 2015 han caído 1,75 puntos porcentuales menos, de media, de lo que pudiera haberse esperado dadas las relaciones históricas entre los flujos comerciales y la actividad global. También es posible que la desaceleración del comercio haya contribuido a las deficiencias en el crecimiento.

Así las cosas ¿qué sucederá en el futuro?

Los obstáculos políticos ante grandes y nuevos acuerdos de liberalización comercial -ya sean multilaterales (dentro de la OMC) o plurilaterales (como TPP o TTIP)- han aumentado.

Esto se debe en parte al poco entusiasmo por la liberalización del comercio.

Hay quien argumenta que los procedimientos de “arbitraje de diferencias entre el inversor y el Estado” incluidos en muchos acuerdos representan una violación de la soberanía democrática. El Parlamento Valón acaba de bloquear el “acuerdo económico y comercial global” entre Canadá y la UE -CETA, por sus siglas en inglés- sencillamente por estas razones.

Aún más amenazante que este nivel de resistencia ante la liberalización es el surgimiento de toscas formas de proteccionismo absoluto. Donald Trump, el candidato republicano a la presidencia de EEUU, es el principal defensor de dichos argumentos.

De hecho, él dice que bloquear las importaciones daría un fuerte impulso al empleo en la industria manufacturera. Así se hizo cuando, en su opinión, EEUU era “grande”.

Sin embargo, tal y como lo señala Jagdish Bhagwati, de la Universidad de Columbia, “la destrucción del empleo en la industria de la manufactura lleva produciéndose durante el último medio siglo”.

Los porcentajes de empleo han caído con la disminución constante de la producción total estadounidense, aunque a un ritmo más rápido, debido al rápido crecimiento de la productividad en este sector.

No existe política comercial alguna que pueda revertir esta tendencia, que está impulsada por los cambios en la demanda y en la tecnología. La fabricación simplemente está siguiendo la trayectoria que alguna vez siguiera la agricultura.

Con suerte, este ingenuo proteccionismo fracasará políticamente: sin duda, no puede resolver los problemas de los angustiados ex y potenciales empleados. Además, un nuevo impulso de la liberalización comercial parece muy lejano. El comercio empezaría a crecer más rápidamente si el crecimiento económico mundial se acelerara.

Pero seguramente un mundo en el que el comercio creciera mucho más rápido que la producción forma ahora parte del pasado, en parte debido a que las oportunidades de un comercio de procesamiento ampliado han disminuido, y en parte a que la era de la liberalización comercial a gran escala ha terminado.

Además, si se produjera una recuperación, es probable que los responsables fueran los gigantes asiáticos: China e India. Lamentablemente, los días del liderazgo de Occidente en materia de comercio parecen haber llegado a su fin.

- El corazón antidemocrático del populismo (Project Syndicate - **27/10/16**)

Santiago.- En la reunión anual del Fondo Monetario Internacional efectuada a principios de octubre, se escuchó a muchos de sus participantes expresar algo así: “Si los republicanos hubieran nominado a alguien con las mismas opiniones anticomercio de Donald Trump, pero que no hubiera insultado ni acosado sexualmente... ahora un populista proteccionista iría camino a la Casa Blanca”.

La visión subyacente es que el creciente populismo de izquierda y de derecha, tanto en Estados Unidos como en Europa, obedece directamente a la globalización y sus consecuencias indeseadas: la pérdida de puestos de trabajo y el estancamiento de los ingresos de la clase media. Esta es una conclusión abominable para los visitantes frecuentes de Davos, quienes, sin embargo, la han abrazado con el fervor de conversos recientes.

No obstante, existe una visión alternativa y más convincente: aunque el estancamiento económico contribuye a impulsar a los ciudadanos disgustados hacia el populismo, una economía deficiente no constituye una condición necesaria ni suficiente para que la política sea deficiente. Por el contrario, sostiene en su nuevo libro Jan-Werner Mueller, politólogo de la Universidad de Princeton, el populismo es una “sombra permanente” que oscurece la democracia representativa.

El populismo no se trata de los impuestos (ni del empleo, ni de la igualdad de ingresos). Se trata de la representación: quién llega a hablar por la ciudadanía y cómo.

Los defensores de la democracia formulan elevadas aseveraciones en su nombre. Según lo expresado por Abraham Lincoln en Gettysburg, se trata del “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”. Pero, inevitablemente, la democracia representativa moderna -o, de hecho, toda democracia- se queda corta frente a estas pretensiones. Acudir a las urnas cada cuatro años para votar por candidatos escogidos a por maquinarias partidistas, no es exactamente lo que evocan las nobles palabras de Lincoln.

De acuerdo a Mueller, los populistas ofrecen cumplir aquello que el teórico de la democracia Norberto Bobbio denomina las promesas rotas de la democracia. Los populistas hablan y actúan, en las palabras de Mueller, “como si el pueblo pudiera desarrollar un juicio único,... como si el pueblo fuera uno,... como si el pueblo, con solo poner en el poder a los representantes adecuados, pudiera llegar a tener pleno control de su destino”.

El populismo se apoya en una tríada tóxica: la negación de la complejidad, el antipluralismo, y una versión torcida de la representación.

Casi todos pensamos que las decisiones colectivas (¿Construir más escuelas o más hospitales? ¿Estimular o desincentivar el comercio internacional? ¿Liberalizar o restringir el aborto?), son complejas, y que el hecho de que existan diversos puntos de vista sobre qué hacer, es algo natural y legítimo. Los populistas niegan esto. Según lo afirmara Ralf Dahrendorf, el populismo es simple, la democracia es compleja. En la opinión de los populistas, existe solamente un punto de vista correcto: el del pueblo.

Si es así, los complejos mecanismos de la democracia liberal, con su énfasis en delegar y representar, resultan innecesarios. Los interminables debates parlamentarios no cumplen ningún propósito: la voluntad unitaria del pueblo se puede expresar fácilmente a través de un solo voto. De ello se desprende el amor de los populistas por los plebiscitos y los referendos. ¿Algún parecido con el Brexit?

Y no cualquiera puede representar al pueblo. Lo que los populistas pretenden es la representación exclusiva. Recordemos el alarde de Trump en su discurso ante la Convención Nacional del Partido Republicano: “Yo soy el único que puede arreglar esto”.

Según decía Aristóteles, la política siempre se trata de la moral. Según Mueller, el populismo constituye una interpretación moralista de la política. Quien sustenta una visión correcta del mundo es moral; los demás son inmorales, lacayos de una elite corrupta. Esta es exactamente la retórica que empleaba el ex presidente de Venezuela, Hugo Chávez. Cuando fracasó, y hundió la economía de su país, le echó la culpa al imperialismo estadounidense. El populismo es una variedad de la política que gira en torno a la identidad. Una y otra vez somos nosotros contra ellos.

Visto de esta forma, el populismo no constituye un correctivo útil de una democracia que está en manos de tecnócratas y elites, como quieren hacernos creer Marine Le Pen, Rafael Correa, Recep Tayyip Erdoğan, y varios intelectuales occidentales. Por el contrario, el populismo es profundamente antidemocrático y, por lo tanto, un peligro para la democracia en sí.

¿Qué podemos hacer? En mi opinión (la receta es mía, no de Mueller), los demócratas deben (y pueden) derrotar a los populistas empleando sus propias armas. Es decir, pueden convertir en saludable la tríada tóxica.

Primero, es imperativo aceptar la complejidad. Lo único que molesta a los ciudadanos tanto como las mentiras, es ser tratados como si fueran bebés. Las personas que llevan vidas difíciles saben que el mundo es complejo y no les importa escuchar esto. Valoran que se les dirija la palabra como a los adultos que son.

Segundo, no se debe tratar la diversidad de puntos de vista y de identidades como un problema que exige una solución tecnocrática. El respeto por dicha diversidad constituye una característica profundamente moral de la sociedad, y así hay que plantearlo. El hecho de que pese a no ser todos iguales podamos llevarnos bien, es un tremendo logro de la democracia. Defendámoslo. Y no nos dejemos tentar por el abusado cliché de que la razón es para los demócratas y la emoción para los populistas. Propugnemos la democracia pluralista de una forma que inspire y despierte emoción.

Tercero, debemos defender -y actualizar- la representación. Delegar solo en cuanto a asuntos técnicos complejos. Aprovechar la tecnología moderna para brindar opciones que los ciudadanos sientan como más cercanas, en especial en materias relacionadas con la vida cotidiana. Por añadidura, es imperativo reforzar la legislación sobre financiamiento de campañas electorales, regular mejor el lobby, y poner en efecto medidas antidiscriminatorias que aseguren que los representantes son del pueblo y trabajan para el pueblo.

Estas medidas solas no garantizarán el cumplimiento de todas las promesas rotas de la democracia. Pero no se puede esperar que un solo conjunto de acciones simples resuelva un problema complejo. Tampoco se puede creer que alguien solo sea capaz de arreglarlo todo.

Si lo creyéramos, seríamos populistas. Por el bien de la democracia, ello es precisamente lo que no debemos ser.

(Andrés Velasco, a former presidential candidate and finance minister of Chile, is Professor of Professional Practice in International Development at Columbia University's School of International and Public Affairs. He has taught at Harvard University and New York University…)

Even if Donald Trump loses the US election, the frustration that fueled his campaign – and the rise of populists elsewhere - will persist. How can that frustration finally be quelled?

Editors’ Insight: a fortnightly review of the best thinking on current events and key trends.

- Does Economic Pain Really Explain Populism? (Project Syndicate - **28/10/16**)

If Donald Trump had heeded the simple injunction -“It's the economy, stupid”- that guided his opponent’s husband to victory in 1992, he might have had a shot at beating her. But, for today’s populist leaders, cultural battles come first - which is why they are losing ground so quickly.

With the menacing prospect of a Donald Trump presidency in the United States fading fast, other problems -both economic and political- are reclaiming the world’s attention. This is no surprise for Project Syndicate’s commentators. Their analysis of populism has rarely been confined to particular examples like Trump, Philippine President Rodrigo Duterte, Hungarian Prime Minister Viktor Orbán, or Britain’s Brexiteers.

Instead, most have understood the need to focus on populism’s defining traits, rather than dwelling on specific cases. As Andrés Velasco, a former finance minister of Chile, argues, the populist phenomenon, wherever it is found, “rests on a toxic triad: denial of complexity, anti-pluralism, and a crooked version of representation”, and each facet must be addressed.

From this perspective, the question raised by Trump’s impending defeat is not why he lost, but whether, as Anatole Kaletsky of Gavekal Dragonomics asks, “the revolt against globalization and immigration” will “simply take another form”. And, like many Project Syndicate columnists, he challenges the question’s underlying premise. “While the rise of protectionism and anti-immigrant sentiment in Britain, America, and Europe are widely believed to reflect stagnant incomes, widening inequality, structural unemployment, and even excessive monetary easing”, Kaletsky argues, “there are several reasons to question the link between populist politics and recent economic distress”.

Woman Trouble

Trump’s vertiginous fall in opinion polls in recent weeks has, no doubt, resulted mostly from his deep personal flaws - not just his failure to stay on message, but also, as the political analyst Elizabeth Drew notes, revelations of his “sexual aggressiveness”. And Trump is not the only populist to misjudge the politics of gender. Jarosław Kaczyński, Poland’s unelected leader, has been weakened by the response -massive protests and the threat of a general strike- to his Law and Justice party’s ham-fisted effort to restrict (almost entirely) and criminalize abortion.

“Both Kaczyński, and Trump”, says Sławomir Sierakowski, the director of the Institute of Advanced Studies in Warsaw, “have recently been confronted by a political force that neither reckoned with: women”. Indeed, says Sierakowski, “(i)t is only fitting that Trump, and possibly Kaczyński, will be defeated by those whose dignity and equality each refuses to recognize”.

Populists, however, are merely an extreme case of a broader problem. Despite mounting evidence of the damage that gender discrimination causes, it remains the norm in too many countries and businesses, argue Laura Tyson of the University of California at Berkeley and Jeni Klugman of Georgetown University. They cite recent studies showing “that greater gender equality in a country is associated with better education and health, higher per capita income, faster and more inclusive economic growth, and greater international competitiveness”. Moreover, “companies with more women in top leadership and board positions have higher financial returns”.

To be sure, the number of women on the world stage -Hillary Clinton, German Chancellor Angela Merkel, British Prime Minister Theresa May, the Nobel Peace Prize laureate Daw Aung San Suu Kyi in Myanmar, and Yuriko Koike, who was recently elected Governor of Tokyo in a landslide- has grown. And yet, beyond the economic impact of gender discrimination, Anne-Marie Slaughter, a former director of policy planning at the US State Department and current president of New America, and Elizabeth Weingarten of the Global Gender Parity Initiative, show that it affects national security as well. Even when policymakers do acknowledge that gender matters to their deliberations, too many “think they are overcoming their gender blind spot because more women are sitting around the table”.

This is a crucial oversight, Slaughter and Weingarten argue. Taking into account “the divergent ways men and women might act, think, or respond is not just ticking a politically correct box”, they say. “It can actually help us craft better policy and identify emerging threats”.

Conversely, as Germany’s refugee policies have shown, ignoring gender can have perilous unintended consequences. Despite having a “strong female chancellor and its first-ever female defense minister”, they point out, Germany “failed at first to consider how its policy might have different effects on men and women”. The fact that “most government refugee shelters didn’t provide gender-exclusive toilets and showers”, for example, was “a disaster for women from conservative Islamic backgrounds”. And mandatory language programs “didn’t account for women’s inability to attend class without childcare”. These oversights, they say, “made those policies less effective for the entire population, and could lead to long-term security consequences for Germany”.

It is unlikely, however, that more careful consideration of gender differences would have made Germany’s refugee policy more politically palatable. “Merkel took a principled stand on the refugee crisis, accepting more than a million refugees into Germany”, argues Princeton’s Ashoka Mody, but “she was soon punished at home”. Her Christian Democratic Union “has lately suffered a string of humiliating losses in state elections” ahead of next year’s federal election, whereas the far-right Alternative for Germany “has made substantial gains”. Not surprisingly, the CDU has become bitterly divided over Merkel’s stance on the refugee issue.

Whereas Merkel has had policy failures imposed upon her, May has given the impression of seeking them out. Mark Leonard, Executive Director of the European Council on Foreign Relations, recalls that May “once warned her fellow Conservatives of the perils of being known as the “nasty party””. And yet, “after 100 days in office, she is in danger of going further, turning the United Kingdom into the nasty country”.

It has been a remarkable turnabout for a prime minister who opposed Brexit as a member of the previous government. “In just a few months”, Leonard notes, “May has launched attacks on “international elites” and decided to prioritize immigration controls over single-market access in negotiating the UK’s withdrawal from the European Union”. Her seeming embrace of positions and rhetoric associated with hardline Brexiteers like her foreign secretary, Boris Johnson, has been as far-reaching as it has been unexpected. “At one point recently, companies faced the threat of being compelled to furnish a list of their foreign workers”, Leonard points out. “And the 3,5 million European citizens who are settled in the UK were left to worry about whether May’s government would guarantee their residence rights”.

Expensive Old Rebels

Just as the role of women is not always what people expect it to be, voting behavior often runs counter to the belief of politicians and pollsters that economic motivations are paramount. Not so, says Kaletsky: “Most populist voters are neither poor nor unemployed nor victims of globalization, immigration, and free trade”. Rather, “the main demographic groups behind the anti-establishment upsurge have been people outside the workforce: pensioners, middle-aged homemakers, and men with low educational qualifications receiving disability payments”.

Consider the Brexit referendum. The common assumption in Britain has been that people who felt directly threatened by immigration delivered the winning margin. In fact, “the group most directly affected by low-wage competition from immigrants and Chinese imports -young people under 35- voted against Brexit by a wide margin, 65% to 35%”. By contrast, “60% of pensioners who voted backed the “Leave” campaign, as did 59% of voters with disabilities”. And “53% of full-time workers” taking part in the referendum “wanted Britain to remain in Europe, as did 51% of part-time workers”.

These data -which, as Kaletsky notes, are comparable to the breakdown of support for Trump among US voters- pour cold water on the idea that the main catalyst for the populist upsurge has been the diminished economic prospects of those left behind by globalization. “The main relevance of economics”, he argues, “is that the 2008 financial crisis created conditions for a political backlash by older, more conservative voters, who have been losing the cultural battles over race, gender and social identity”.

This suggests why the Brexit vote may have been the high-water mark for populism, at least in the advanced economies. “To achieve majorities”, Kaletsky notes, “socially conservative protectionists had to unite with the remnants of the Thatcher-Reagan laissez-faire movement, who resent the interventionist economic management of the post-2008 period and want to intensify the competition, deregulation, and globalization that social conservatives resent”. But this “unstable political compound is now dissolving in the US, and also in Britain, where the May government is divided between ideological nationalists and economic liberals”. Assuming that “the US election on November 8 confirms Trump’s failure to bind social conservatives and economic liberals into a winning coalition, similar disintegration is likely among European populists, too”.

That the old could vote their prejudices with blithe unconcern about the effects on their country’s economy points to a culturally-driven change in their definition of self-interest. As Bill Emmott, a former editor of The Economist, points out, “13 OECD countries -including Japan, Germany, Poland, and Greece- devote the equivalent of 10% or more of their GDP to public pensions every year”. And, with the proportion of their populations over the age of 65 expected to increase from one-fifth to one-third, “public-pension expenditures will increasingly crowd out other public spending”. This implies that “reducing public-debt levels will become more difficult” without “a miraculous revival in economic growth, which current pension policies makes less likely every year”.

Fewer Banks, Better Growth?

Of course, the vast sums being siphoned out of the economy by pensioners are not the only -and perhaps not even the most important- obstacle to faster growth. There are the banks to consider. And, contrary to an argument embraced by populists and many on the left, the banks’ real problems may not stem from their large size; in fact, sometimes the opposite may be the case.

For the economist Dambisa Moyo, the “multi-billion-dollar fine recently imposed by the US government on Germany’s Deutsche Bank for mis-selling mortgage securities in the United States” is both a clear sign of what is wrong with the world’s biggest banks and an opportunity to revitalize the industry, particularly in Europe. The European Union, Moyo points out, “has no shortage of banks: Germany has more than 1,500, and Italy has over 600. But many are “zombie Banks”, with too many branches, too few deposits, and funding costs that far exceed those of their more successful peers”. To restore stability, Moyo continues, “will require at least one-third of its banks to close or merge”.

That process could begin with Deutsche Bank, for which “market speculators already seem to be expecting a merger, such as with Commerzbank, another German institution”. That, however, may be the wrong approach. “(I)f such a merger is to be the first step toward consolidating the European banking sector”, Moyo argues, “it should be a cross-border affair, bringing Deutsche Bank together with a significant French and/or Italian financial institution”. Indeed, this “approach could be a game changer in terms of the EU’s political credibility, which is perhaps most crucial to keeping the EU dream alive”.

Lucrezia Reichlin, a former director of research at the ECB, and currently Professor of Economics at the London Business School, and Shahin Vallée of Soros Fund Management, also think that banking fragmentation is dragging down the eurozone economy. They point out that since 2007, “EU countries have provided in excess of € 675 billion ($ 757 billion) in capital and repayable loans, along with € 1.3 trillion in guarantees, to financial institutions in distress, so the desire to limit bailouts is understandable”. And the issue for policymakers is not just the amount of money spent or the opportunity costs of spending it. The “bailouts have often hampered restructuring, resolution, and consolidation to preserve existing banking interests and practices, thereby delaying the necessary repair of balance sheets and zombifying the European banking system”.

Moreover, Reichlin and Vallée continue, “the logic of isolated intervention” of the type that has occurred across Europe since 2007, “ignores the interconnectedness of the system, whereby distress in one large institution often creates spillover effects that feed destabilizing system-wide runs”. Where interventions succeeded -for example, in Spain and Ireland- they “were comprehensive and required large amounts of national and European resources to establish a “bad bank” and ensure a system-wide subsequent triage of assets, recapitalization, and consolidation”.

This points to a way forward for Italy’s highly distressed bank sector, widely believed to be the eurozone’s next economic -and political- flashpoint. The main goal, according to Reichlin and Vallée, should be to establish “a comprehensive plan to restructure, recapitalize, and consolidate the Italian banking system, thereby ending decades of poor governance and bad supervisory practices”. Such boldness, they believe, could “provide a blueprint for redressing the inadequacies of the European resolution framework”.

The Center of Confusion

Central banks, which are usually charged with overseeing the health of their national (and, in the case of the EU, supra-national) banking systems, have been populist whipping boys no less than the commercial and investment banks they supervise. And, as Harvard’s Jeffrey Frankel argues, it is ironic that populists should lead the attack on ultra-easy monetary policy. “After all”, he reminds us, “low interest rates benefit debtors and hurt creditors, as does the inflation that can be spurred by monetary easing”. That is why, particularly in the US, populists historically “have supported easy monetary policy as a way to help the little guy against distant bankers with hard hearts devoted to hard money”.

Populists no longer make this argument. On the contrary, says Frankel, “the script has switched - and not only fringe populists are working from it”. In the UK, “May declared earlier this month that low interest rates were hurting ordinary working-class people, while benefiting the rich”, because easy money helps “push up the prices of securities -both stocks and bonds- which are disproportionately held by the wealthy”.

That, Frankel believes, misses the point of monetary policy, which “is not a particularly reliable tool for balancing income distribution”. That task is best assigned to “progressive taxation, universal health insurance, financial reform, and other such tolos”. Monetary policy should focus on one thing and one thing only: promoting “overall economic growth, while maintaining price and financial stability”.

Harvard’s Martin Feldstein, a former chief economic adviser to President Ronald Reagan, and Stanford’s Michael J. Boskin, who served as President George H.W. Bush’s chief economic adviser, would no doubt agree. But both worry that, by keeping real interest rates so low, developed-country central banks, and the US Federal Reserve in particular, are not doing their job. Measured “by the price-earnings ratio of the S&P 500 stocks”, Feldstein notes, equity prices “are now nearly 60% above their historical average”. Likewise, the “price of the 30-year Treasury bond is so high that it implies a yield of about 2,3%; given current inflation expectations, the yield should be about twice as high”. And (c)ommercial real-estate prices have been rising at a 10% annual pace for the past five years”.

As a result, inflated asset prices, Feldstein believes, are now “the greatest risk” to the US economy. For example, “a 35% decline in equity prices to their historic average would involve a loss of more than $ 7,5 trillion” to the US economy. Similarly, a “return of real long-term bond yields to their historic level would involve a loss of about 30% for investors in 30-year bonds and proportionately smaller losses for investors in shorter-duration bonds”. And, given that “commercial real-estate investments are generally highly leveraged, even relatively small declines in prices could cause large losses for investors”.

Boskin sees yet another problem with central banks’ “unprecedented long-term monetary stimulus”, namely that is has “left governments poorly equipped to manage the next economic downturn when -not if- it arrives”. Although the Fed “is widely expected to raise its target interest rate again in December”, Boskin is alarmed that it seems to be “moving at a very slow pace”.

Where Have All the Dollars Gone?

Strange as it may seem, although the Fed’s unconventional monetary policies have been flooding the US economy with dollars, the wider world, according to Harvard’s Carmen Reinhart, is experiencing a dollar shortage. The cause, she says, “is not the need for post-conflict reconstruction”, as it was after World War II, when “European economies were coping with extensive war-related damage and a broad array of impediments to their efforts to rebuild their industrial base”. Instead, “countries in Africa, the Middle East, Central Asia, and Latin America -most notably Venezuela- have been hit very hard by plunging oil and commodity prices since 2012”. This prolonged price bust has “ushered in a wave of currency crashes, while those (countries) that maintained more rigid exchange-rate arrangements experienced rapid reserve losses”.

The results extend well beyond depressed investment or the need for government belt-tightening. “Of far greater urgency is that dollar shortages have become food shortages in countries such as Egypt and Venezuela, as well as much of Sub-Saharan Africa, which rely heavily on food imports”, Reinhart says. “Given import compression, the resulting scarcities, and skyrocketing black-market prices, the most vulnerable segments of the population have been left in profound jeopardy”.

The result could be a shift in populism away from the advanced economies and toward the developing world. As Nobel laureate Michael Spence points out, “economic exclusion and extreme inequality have always been unconducive to long-term high-growth patterns” in developing countries. “Under these conditions”, he says, “pro-growth policies are politically unsustainable, and they are ultimately disrupted by political dislocations, social unrest, or even violence”.

Reclaiming Democracy?

In the advanced economies, however, Spence sees a chance to quell populism in the advent of digital technology, especially social media, which “is shuffling economic structures and rebalancing power relationships”. In particular, “while money is still a part of the political process”, US President Barack Obama’s 2008 campaign, and that of Senator Bernie Sanders this year, has shown that “influence itself no longer belongs exclusively to corporations and wealthy individuals”. As a result, not only inequality, but also other issues marginalized by the dominance of powerful interests, may finally be addressed within the framework of representative democracy.

Velasco, however, is not so sanguine. Quoting the political scientist Jan-Werner Mueller, he believes that populism is likely to remain a “permanent shadow” on representative government. This is because “(p)opulism is not about taxation (nor about jobs, or income inequality), but about “who gets to represent the people and how”. And that question is framed by “a particular moralistic interpretation of politics”, according to which “those who hold the right view about the world are moral”, while all others are “lackeys of a corrupt elite”. In other words, “populism is a kind of identity politics. It is always us against them”. Viewed from this perspective, social media -not coincidentally Trump’s favorite medium of communication- could lengthen the populist “shadow”.

Still, Kaletsky is optimistic. A decisive defeat of Trump, he believes, will represent “the end of a backlash against modernity by an unstable alliance of social authoritarians and laissez-faire market liberals”. If so, Brexit will have been “the last gasp of an aging generation that tried to impose its nostalgic parochialism on an increasingly cosmopolitan younger generation, but succeeded in only one unfortunate country”.

- Cómo la desigualdad encontró una voz política (Project Syndicate - **28/10/16**)

Milán.- Llevó mucho tiempo que la creciente desigualdad tuviera un impacto en la política, como lo ha hecho repentinamente en los últimos años. Ahora que es una cuestión central, las prioridades económicas nacionales tendrán que cambiar de modo sustancial para crear economías y sociedades más equitativas e inclusivas. Si no lo hacen, la gente podría abrazar alternativas explosivas para sus gobiernos actuales, como los movimientos populistas que hoy se están propagando en muchos países.

Los líderes políticos muchas veces hablan de patrones de crecimiento que distribuyen de manera injusta los beneficios del crecimiento; pero hacen relativamente poco al respecto una vez que están en el poder. Cuando los países se embarcan en el sendero de los patrones de crecimiento no inclusivo, por lo general la consecuencia es una falta de respeto por la experiencia, una desilusión con el sistema político y los valores culturales compartidos y hasta una mayor fragmentación y polarización social.

Reconocer la importancia de cómo se distribuyen los beneficios económicos, por supuesto, no es algo nuevo. En los países en desarrollo, la exclusión económica y la desigualdad extrema nunca fueron propicias para patrones de crecimiento elevado en el largo plazo. En estas condiciones, las políticas pro-crecimiento son políticamente insustentables y, en definitiva, resultan afectadas por distanciamientos políticos, malestar social o, inclusive, violencia.

En Estados Unidos, la creciente desigualdad ha sido una realidad al menos desde los años 1970, cuando la distribución relativamente equitativa de los beneficios económicos de los primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial comenzó a volverse sesgada. A fines de los años 1990, cuando las tecnologías digitales comenzaban a automatizar y deintermediar más empleos de rutina, el cambio hacia una mayor desigualdad en materia de riqueza e ingresos avanzó inexorablemente.

La globalización tuvo que ver en esto. En los 20 años anteriores a la crisis financiera de 2008, el empleo en la industria en Estados Unidos declinó vertiginosamente en cada sector excepto en el farmacéutico, inclusive a pesar de que el valor agregado en la industria aumentó. La pérdida neta de empleos se mantuvo aproximadamente en cero sólo porque el empleo en los servicios aumentó.

Por cierto, gran parte del valor agregado en la industria en verdad proviene de los servicios como el diseño de productos, la investigación y desarrollo y el marketing. De modo que, si tenemos en cuenta esta composición de la cadena de valor, la caída de la fabricación -la producción de bienes tangibles- es aún más pronunciada.

Los economistas han venido registrando estas tendencias desde hace un tiempo. El economista del Instituto de Tecnología de Massachusetts David Autor y sus colegas han documentado meticulosamente el impacto en los empleos de rutina de la globalización y las tecnologías digitales que insumen una menor mano de obra. Más recientemente, el éxito editorial internacional del economista francés Thomas Piketty, El capital en el siglo XXI, amplió drásticamente nuestra conciencia de la desigualdad en la riqueza y describió las posibles fuerzas subyacentes que la impulsan. Raj Chetty y Emmanuel Saez, dos economistas jóvenes, brillantes y galardonados, han enriquecido la discusión con una nueva investigación. Y yo, por mi parte, he escrito sobre algunos de los cambios económicos estructurales asociados con estos problemas.

Con el tiempo, los periodistas también se ocuparon de estas tendencias y ahora resultaría difícil encontrar a alguien que no haya oído hablar del “1%” -una abreviatura para referirse a aquellos que están en la parte superior de la escala global de riqueza e ingresos-. Mucha gente hoy se preocupa por una sociedad bifurcada: una clase próspera de elites globales en la parte superior y una clase estresada que abarca a todos los demás. Aun así, a pesar de estas tendencias prolongadas, el statu quo político y de políticas se mantuvo prácticamente indiscutido hasta 2008.

Para entender por qué a la política le llevó tanto tiempo ocuparse de las realidades económicas, deberíamos analizar los incentivos y la ideología. Con respecto a los incentivos, a los políticos no se les ofreció una razón lo suficientemente buena para abordar los patrones de distribución desigual. Estados Unidos tiene límites de financiamiento de campañas relativamente débiles, de modo que las corporaciones y los individuos adinerados -ninguno de los cuales por lo general prioriza la redistribución de los ingresos- han aportado un porcentaje desproporcionado a los fondos de financiación de campaña de los políticos.

En términos de ideología, mucha gente simplemente sospecha de un gobierno expansivo. Reconocen la desigualdad como un problema, y en principio respaldan las políticas de gobierno que ofrecen una educación y servicios de atención médica de alta calidad, pero no confían en los políticos o los burócratas. A su entender, los gobiernos son ineficientes e interesados, en el mejor de los casos; y dictatoriales y opresivos, en el peor.

Todo esto comenzó a cambiar con el surgimiento de las tecnologías digitales e Internet, pero especialmente con la llegada de las redes sociales. Como demostró el presidente norteamericano, Barack Obama, en el ciclo electoral de 2008 -seguido por Bernie Sanders y Donald Trump en el ciclo actual-, ahora es posible financiar una campaña muy costosa sin “mucho dinero”.

En consecuencia, existe una creciente desconexión entre los fondos copiosos y los incentivos políticos; y si bien el dinero sigue siendo una parte del proceso político, la influencia en sí misma ya no pertenece exclusivamente a las corporaciones y a los individuos adinerados. Las plataformas de redes sociales ahora permiten que grandes grupos de personas se movilicen de maneras que recuerdan los movimientos políticos masivos de otras épocas. Estas plataformas pueden haber reducido el costo de la organización política y, como resultado de ello, la dependencia general de los candidatos del dinero, a la vez que ofrecen un canal de recaudación de fondos alternativo y eficiente.

Esta nueva realidad está aquí para quedarse y, más allá de quién gane las elecciones en Estados Unidos este año, cualquiera que no se sienta feliz con la alta desigualdad tendrá voz, la capacidad de financiarla y el poder de afectar la toma de decisiones políticas. Lo mismo sucederá con otros grupos que se ocupan de cuestiones similares, como la sustentabilidad ambiental, que no ha sido un foco importante en la actual campaña presidencial de Estados Unidos (los tres debates entre los candidatos no incluyeron ninguna discusión sobre el cambio climático, por ejemplo), pero que, con certeza, lo será en el futuro.

Todo sea dicho, la tecnología digital está alterando las estructuras económicas y reequilibrando las relaciones de poder en las democracias del mundo -inclusive en instituciones que alguna vez se creían dominadas por el dinero y la riqueza.

Un electorado importante y de reciente influencia debería ser bienvenido. Pero no puede ser un sustituto de un liderazgo sabio, mientras que su existencia no garantiza políticas prudentes. Mientras se siguen reequilibrando las prioridades políticas, tendremos que diseñar soluciones creativas para solucionar nuestros problemas más difíciles, y para impedir una mala gestión populista. Es de esperar que éste sea el curso que transitamos hoy.

(Michael Spence, a Nobel laureate in economics, is Professor of Economics at NYU’s Stern School of Business, Distinguished Visiting Fellow at the Council on Foreign Relations, Senior Fellow at the Hoover Institution at Stanford University, Academic Board Chairman of the Asia Global Institute in Hong Kong…)

- ¿Cuánta Europa necesitan los europeos? (Project Syndicate - **2/11/16**)

Berlín.- En su último discurso ante el Parlamento Europeo en 1995, el entonces presidente francés François Mitterrand (cuya frágil salud ya era inocultable) describió el gran flagelo de Europa con estas palabras indelebles: “Le nationalisme, c’est la guerre!”.

El nacionalismo y la guerra fueron las experiencias que definieron la carrera política de Mitterrand. Pero él no se refería sólo al terrible pasado, a la primera mitad del siglo XX, con las dos guerras mundiales, las dictaduras y el Holocausto. Para Mitterrand, el nacionalismo era la mayor amenaza futura a la paz, la democracia y la seguridad de Europa.

Aunque en ese momento una guerra nacionalista destruía a Yugoslavia, pocos de quienes ese día oyeron a Mitterrand en Estrasburgo podían imaginar que 21 años después, el nacionalismo reviviría en toda Europa. Pero políticos nacionalistas cuyo objetivo declarado es destruir la unidad y la integración pacífica del continente acaban de ganar importantes elecciones y referendos democráticos.

La decisión tomada en junio por el Reino Unido de abandonar la Unión Europea marca un clímax momentáneo en el resurgimiento del nacionalismo, pero su avance también es visible en Hungría, Polonia y Francia, donde Marine Le Pen y su ultraderechista Frente Nacional se fortalecen de cara a la elección presidencial del próximo año. ¿Cómo pudo pasar algo así, vista la experiencia directa que tuvo Europa del poder destructivo del nacionalismo en el siglo XX, cuando causó millones de muertes y devastó el continente entero?

**En primer lugar, hay una amplia (y justificada) percepción de que la crisis financiera de 2008 y la consiguiente recesión global han sido un inmenso fracaso del “establishment”. El rechazo a las élites sigue erosionando la solidaridad y la confianza mutua entre los europeos, y la UE está atrapada en un largo período de escaso crecimiento y alto desempleo.**

Con el traslado a Asia de los centros mundiales de poder y riqueza, se arraigó en todo Occidente una sensación general de decadencia. A la retirada geopolítica de Estados Unidos se suma el renacer de las ambiciones de superpotencia de Rusia, con su desafío a la hegemonía y los valores occidentales. En todo el mundo crece el descontento con la globalización, la digitalización y el libre comercio, acompañado por un lento reacercamiento al proteccionismo. Los europeos, en particular, parecen olvidar que el proteccionismo y el nacionalismo están indisolublemente ligados: no puede haber uno sin el otro.

Por último, hay un generalizado temor a lo desconocido, a la par que muchos países enfrentan cuestiones relacionadas al ingreso de extranjeros (refugiados o inmigrantes) y a cambios internos derivados del creciente empoderamiento económico y político de las mujeres y las minorías. Estos acontecimientos, coincidentes con transformaciones y rupturas más amplias iniciadas en Europa en 1989, despertaron temores que las instituciones democráticas y los partidos políticos tradicionales no supieron resolver.

**Como siempre, cuando el temor se adueña de Europa, la gente busca la salvación en el nacionalismo, el aislacionismo, la homogeneidad étnica y la nostalgia de “aquellos buenos tiempos” en que supuestamente todo iba bien en el mundo**. No importa que el sangriento y caótico pasado haya sido cualquier cosa menos perfecto. Los líderes nacionalistas y sus seguidores hoy viven en una realidad “postempírica”, donde la verdad y la experiencia han perdido ascendiente.

**Todo esto es reflejo de un profundo cambio en el modo en que los europeos se ven a sí mismos. Después de las dos guerras mundiales y durante la Guerra Fría, la integración europea no planteaba dudas. Pero con el tiempo, la visión compartida de la unidad como generadora de paz, prosperidad y democracia se debilitó a fuerza de persistentes crisis, y hoy puede desaparecer por completo, a menos que un mensaje visionario venga a reforzarla.**

**Es absurdo pensar que las naciones‑Estado históricas de Europa puedan responder a las realidades políticas, económicas y tecnológicas globalizadas del siglo XXI**. Si eso creen los europeos, entonces que se preparen a pagar el precio de una menor integración, en la forma de un empeoramiento de sus perspectivas y la aparición de nuevas dependencias. Las decisiones globales más importantes del siglo no se tomarán democráticamente en Europa, sino unilateralmente en China o algún otro lugar.

Los idiomas y la cultura de Europa tienen una larga historia. Pero no olvidemos que sus naciones‑Estado, especialmente fuera de Europa occidental, son una creación más reciente. Sería un grave error pensar que son el “fin de la historia” para el continente. Por el contrario, si el modelo de naciones‑Estado prevalece sobre la integración, los europeos pagarán un alto precio en este siglo. La pregunta por el desempeño futuro de los países de Europa sólo admite una respuesta colectiva, no una basada en intereses nacionales definidos por separado, como en el siglo XIX.

Además, la cercanía con Rusia, Turquía, Medio Oriente y África implica que Europa vive en un vecindario difícil y problemático. No tiene como Estados Unidos la fortuna de estar protegida por el aislamiento geográfico, sino que debe defender constantemente su seguridad y su prosperidad por medio de la política, que es necesariamente un trabajo conjunto.

La pregunta clave para el futuro de Europa es cuánto poder necesita la UE para garantizar paz y seguridad a sus ciudadanos. Y también exige una respuesta colectiva. Lo que ya está claro es que los europeos no necesitarán sólo más Europa, sino una Europa diferente y más poderosa.

(Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protest…)

- Pensionistas y populismo (El Economista - Project Syndicate - **6/11/16**)

(Por Anatole Kaletsky)

Si Donald Trump pierde las elecciones de Estados Unidos, ¿la marea populista que amenazó con inundar el mundo tras el referéndum del Brexit en junio se desvanecerá? ¿O la revuelta contra la globalización y la inmigración cambiarán de forma?

El auge del proteccionismo y el rechazo a la inmigración en Reino Unido, Estados Unidos y Europa se piensa que es un reflejo de los sueldos estancados, el aumento de la desigualdad, el desempleo estructural e incluso de una flexibilización cuantitativa excesiva, pero hay varias razones que cuestionan el vínculo entre la política populista y el malestar económico.

Para empezar, la mayoría de los votantes populistas ni son pobres ni están parados; no son víctimas de la globalización, la inmigración y el libre comercio. Los grandes grupos demográficos detrás del movimiento antisistema han sido personas ajenas a la población activa: pensionistas, amas de casa de mediana edad y hombres con escaso nivel educativo, que cobran subsidios por discapacidad.

En Reino Unido, donde ya existen análisis detallados de los votos reales en el referéndum del Brexit, el grupo más afectado directamente por la competencia de salarios bajos de los inmigrantes y las importaciones chinas (los jóvenes menores de 35 años) votó contra el Brexit por un amplio margen, del 65 al 35 por ciento. Mientras tanto, el 60 por ciento de los jubilados apoyaron la campaña del Leave, junto al 59 por ciento de los votantes con alguna discapacidad. Por el contrario, el 53 por ciento de los trabajadores a jornada completa que participó quería que Gran Bretaña permaneciera en Europa, al igual que el 51 por ciento de los trabajadores a media jornada.

Los datos británicos sugieren que las actitudes culturales y étnicas, y no las motivaciones económicas directas, son los factores reales de la diferencia en los votos antiglobalización. Preguntados sobre si el socialiberalismo es una fuerza positiva o negativa, el 87 por ciento de los votantes del Remain respondieron que positiva y el 53 por ciento de los votantes del Leave que negativa. Sobre la multiculturalidad, la diferencia fue aún más aguda: el 65 por ciento de los votantes del Leave estaban en contra y el 86 por ciento de los votantes del Remain a favor. Otro análisis publicado por la BBC después del referéndum descubrió que uno de los indicadores más firmes de los defensores del Leave era el apoyo a la pena de muerte.

En Estados Unidos, las encuestas sugieren que el género es un indicador más importante del apoyo a Trump que la edad o la formación. A principios de mes, cuando Trump estaba a escasos puntos por detrás de Clinton en apoyo global, una encuesta de Washington Post/ABC comparó la intención de voto con los comicios de 2012. Concluyó no solo que los hombres blancos respaldan a Trump por un margen de 40 puntos porcentuales, sino también que su apoyo a Trump es 13 puntos más alto que a Mitt Romney, el candidato republicano en 2012.

Las mujeres blancas, sin embargo, apoyan marginalmente a Clinton y han oscilado en 15 puntos porcentuales contra los republicanos. Entre los votantes sin título universitario, la diferencia de género es más acusada aún: los hombres blancos con niveles de educación más bajos respaldan a Trump con un margen del 60 por ciento y se han decantado a favor de los republicanos en 28 puntos porcentuales, mientras que las mujeres se han desviado en 10 puntos en la dirección contraria y solo apoyan marginalmente a Trump.

Parece que los conflictos atribuidos en general a las reivindicaciones económicas y la globalización son las últimas batallas en las guerras culturales que han dividido a las sociedades occidentales desde finales de los años sesenta. La principal relevancia de la economía es que la crisis financiera de 2008 sentó las condiciones de la contrarreacción política de los votantes mayores y más conservadores, que habían ido perdiendo las batallas culturales por la raza, el género y la identidad social.

El predominio de la ideología de libre mercado antes de la crisis permitió que muchos cambios sociales controvertidos, como la desigualdad salarial, la mayor competencia salarial, mayor igualdad de género y acción afirmativa, pasasen casi inadvertidos. El liberalismo social “progresista” y las economías de libre mercado “conservadoras” parecían ser las dos caras de una misma moneda pero cuando el liberalismo económico de mercado libre fracasó en la crisis de 2008, los cambios políticos del socialiberalismo ya no podían desviarse invocando unas leyes económicas impersonales.

Si el cambio social ya no podía legitimarse como la condición necesaria del progreso económico, parece improbable que las democracias voten ahora para reinstaurar las condiciones sociales anteriores al predominio del liberalismo económico y la globalización. La igualdad racial y de género está respaldada por una gran mayoría en Estados Unidos, Reino Unido y casi todos los países europeos, e incluso las políticas aparentemente populares como el proteccionismo comercial y los controles estrictos de la inmigración no suelen juntar más del 30-40 por ciento de apoyo en los sondeos de opinión. ¿Por qué ganó el Brexit entonces? ¿Y por qué sigue siendo posible que Donald Trump gane las elecciones en Estados Unidos?

**Tanto al Brexit como a Trump les ha alimentado una alianza inestable entre dos movimientos muy diferentes e incluso contradictorios. El grueso de sus defensores era, sin duda, conservadores sociales y proteccionistas que querían revertir los cambios sociales iniciados a finales de los sesenta.**

Dos de los eslóganes más eficaces de las campañas del Brexit y Trump han sido “recuperar el control” y “que me devuelvan mi país”, pero los conservadores sociales inspirados por tales sentimientos atávicos y autoritarios no conforman mayorías en ningún país de Occidente. Por sí solo, el conservadurismo social jamás podría movilizar a más del 30-40 por ciento de los votantes. Para obtener mayorías, los proteccionistas socialmente conservadores tuvieron que unirse a los vestigios del movimiento laissez faire de Thatcher-Reagan, que reniega de la gestión intervencionista económica del periodo post 2008 y quiere incrementar la competencia, la desregulación y la globalización que los conservadores sociales rechazan.

Esta mezcla inestable política se está disolviendo en Estados Unidos y también en Gran Bretaña, donde el Gobierno de la primera ministra Theresa May se divide entre nacionalistas ideológicos y liberales económicos. Si las elecciones estadounidenses del 8 de noviembre confirman el fracaso de Trump de unir a los conservadores sociales y liberales económicos en una coalición victoriosa, una desintegración similar es probable en los populistas europeos también.

En ese caso, el referéndum del Brexit empezará a parecerse a una aberración y no el inicio de una nueva tendencia poderosa hacia el nacionalismo, el proteccionismo y la desglobalización, sino el final de una reacción contra la modernidad por una alianza inestable de autoritarios sociales y liberales de mercado del laissez faire. **Será el último jadeo de una generación envejecida que intentó imponer su provincianismo a una generación más joven y cada vez más cosmopolita, pero solo lo logró en un país desgraciado.**

- El triunfo de Donald Trump subraya la división en el orden económico global (Project Syndicate - **9/11/16**)

(Por Greg IP)

La victoria de Donald Trump puede ser la mayor sorpresa para el sistema económico mundial desde la crisis financiera. Representa, junto con el voto de Gran Bretaña en junio para abandonar la Unión Europea, un profundo rechazo del orden económico mundial de posguerra que podría dejar una nube de incertidumbre sobre las economías de los Estados Unidos y del mundo durante meses, si no más.

**La victoria de Trump, como el “brexit”, es otra señal de que la división dominante en el mundo ya no es izquierda versus derecha, sino nacionalismo contra globalización, clase obrera versus elite, populismo versus políticos tradicionales.**

Esto significa que Trump no es un presidente electo más. Aunque nominalmente republicano, hizo campaña en una plataforma que fusionó las tradicionales promesas republicanas de menos regulación y menos impuestos con un ataque populista a la globalización en todas sus formas: el libre comercio, la inmigración y las finanzas internacionales.

Cómo esa plataforma se transformará en políticas concretas sigue siendo un misterio. Las posiciones altamente elásticas de Trump, desde los impuestos y la inmigración hasta el salario mínimo y la regulación, hacen difícil saber qué priorizará. Su equipo de asesores económicos es pequeño y en gran parte desconocido para los inversionistas y responsables de la política exterior.

Esto genera múltiples preguntas sobre a dónde se dirigirá EEUU bajo la presidencia de Trump. Esa incertidumbre probablemente hará que los inversionistas, las empresas y los hogares posterguen grandes decisiones. Las acciones y los futuros de índices bursátiles fuera de los Estados Unidos cayeron el miércoles tras la victoria de Trump no necesariamente porque la perspectiva de la economía es más oscura, sino porque ahora hay muchos más escenarios alternativos.

La incertidumbre tiene dos caras: las cosas podrían ser peores de lo esperado, pero fácilmente podrían ser mejores, dado que las expectativas respecto del liderazgo de Trump son bajas. Una encuesta de economistas de negocios en agosto encontró que el 55% pensó que Hillary Clinton sería mejor administrando la economía; sólo 14% pensó que Trump lo haría mejor, por detrás del candidato de tercer partido Gary Johnson. Ese es un listón muy bajo para Trump.

Y por sí misma, la incertidumbre no apagará el crecimiento económico. La agitación política se ha convertido en una rutina desde 2008. Eventos como el choque de 2011 sobre el techo de la deuda de los Estados Unidos y el brexit no han desviado a las economías nacionales de su curso.

Aun así, “si sólo una fracción de los presidentes ejecutivos posterga sus planes de contratación, se podría ver una pausa del crecimiento del empleo mientras la gente digiere si el presidente va a ser un líder positivo o la persona errática que hemos visto en la campaña”, dice Marc Sumerlin, analista independiente de políticas y ex asesor del presidente George W. Bush.

Añade Andy Laperriere, analista de políticas para la correduría Cornerstone Macro: “La gran pregunta para los mercados es qué factor pesa más: si el riesgo de comercio internacional bajo Trump o un paquete económico potencialmente positivo. Eso es en lo que los inversionistas se centrarán”.

En el escenario optimista, la falta de anclaje ideológico de Trump es una virtud. “Hago tratos. Yo negocio”, dijo a principios de este año. Quiere un recorte de impuestos y estaría feliz con dejar que el presidente de la Cámara de Representantes Paul Ryan lo diseñara. Los republicanos de la Cámara de Representantes han presentado propuestas de recortes de tasas individuales y corporativas que tendrían la mitad del impacto de la propuesta de Trump, que sumaría aproximadamente US$ 6 billones al déficit en 10 años. Puede anotarse puntos con el sector privado si revierte las órdenes ejecutivas del presidente Barack Obama, como el Plan de Energía Limpia, que limita las emisiones de gases de efecto invernadero para las plantas de energía. Con el Congreso en manos republicanas, puede pasar a derogar las leyes de seguro de salud y regulación financiera de Obama.

En cuanto al comercio internacional, Trump trataría de renegociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte con México y Canadá antes de derogarlo. México probablemente reconocería que es mejor aceptar algunas restricciones en sus exportaciones que perder el acceso preferencial en conjunto. Del mismo modo, Trump puede calificar a China de manipulador de su moneda como catalizador de las negociaciones. En el pasado, la amenaza de acción por parte del Congreso a menudo ha llevado a China a actuar, favoreciendo por ejemplo la apreciación de su moneda.

¿Cuáles son los escenarios más pesimistas? Estos involucran un Trump que comete errores por su temperamento e inexperiencia política. Sus relaciones con Ryan, el republicano más poderoso del Congreso, están congeladas. Ellos podrían terminar en conflicto, por ejemplo, si Ryan quisiera acompañar el recorte de impuestos con una reducción de los pagos de seguridad social.

En el tema comercial, las objeciones de Trump son de fondo, no cosméticas. Quiere un menor déficit comercial y más empleos manufactureros para los estadounidenses, y es difícil pensar en cualquier concesión de México y China que pueda lograr ese objetivo. Ambos países enfrentarían internamente una reacción violenta si ceden ante un abusador estadounidense. Si las negociaciones no llegan a ninguna parte, Trump con casi toda seguridad recurrirá a medidas unilaterales tales como aranceles muy altos, que él ha dicho que puede hacer sin el consentimiento del Congreso. Los aranceles unilaterales de EEUU dejarían a sus socios comerciales con poca opción más allá de responder con sus propios aranceles.

La tendencia de Trump a personalizar las disputas políticas también es una carta incierta para el mundo de los negocios y los inversionistas, quienes de otra manera estarían felices de tener a un republicano a la cabeza del aparato administrativo federal. Ha prometido reemplazar a Janet Yellen, presidenta de la Reserva Federal, a quien acusó de intentar ayudar a Obama con bajas tasas de interés, y de detener la fusión de AT&T Inc. con Time Warner Inc. porque se siente maltratado por CNN, que es propiedad de Time Warner.

¿Bajará Trump el tono de esa retórica porque es poco adecuada para un presidente, o lo aumentará porque es un potente uso del poder presidencial? Eso, también, es otro cuestionamiento para los próximos cuatro años.

- La hoguera de las certidumbres (Expansión - FT - **9/11/16**)

(Por John Authers - Financial Times)

Junto con el voto del Brexit de junio, la reacción política que muchos pensaron llegaría en 2009 se ha hecho realidad.

Al igual que Reino Unido, EEUU ha optado por invertir el proceso de globalización. Francia, Alemania e Italia tienen una oportunidad de cambiar su statu quo en las elecciones de los próximos meses.

**Entre las certezas que tranquilizaron a inversores y financieros desde la era de Thatcher y Reagan y que ahora se cuestionan, están el compromiso con el libre comercio, los bancos centrales independientes, una versión financializada del capitalismo y unas redes de protección social relativamente limitadas.**

Aunque muchos de los que votaron a favor del Brexit y de Donald Trump sienten una profunda desconfianza de los gobiernos, el resultado más probable serán administraciones más intervencionistas.

El carácter imprevisible de Trump añade un componente de incertidumbre. Como dijo en vano el presidente Barack Obama, “me preocupa que alguien que no puede manejar su propia cuenta de Twitter, tenga el mando de los códigos nucleares”. Esta incertidumbre sin duda afectará a los precios de los activos y a la confianza.

A grandes rasgos, el resultado no debería haber sido una sorpresa. En 2008, cuando estalló la crisis financiera, muchos pensaron que se desencadenaría una crisis política. Sorprendentemente, el desenlace se ha aplazado hasta ahora.

Culpar a los banqueros centrales, como han hecho muchos responsables de las revueltas populistas que han tenido lugar en EEUU y Reino Unido es no entender nada de lo que está pasando.

Las políticas de relajación monetaria de los últimos ocho años han acentuado la desigualdad y no han servido para impulsar las economías estadounidense y británica. Pero los banqueros centrales siguieron estas políticas para dar tiempo a los políticos. Las medidas más importantes, como inversiones en infraestructuras y reformas estructurales no se han llevado a cabo. Y los bancos centrales dan la impresión de estar cada vez más incómodos en su nuevo papel.

En los próximos días, seguramente asistamos a una repetición de las reacciones que siguieron al Brexit. Se espera que haya ventas masivas de activos estadounidenses, a las que seguirán los posteriores repuntes. Los mercados emergentes serán los más afectados debido a su dependencia comercial.

Ahora que parecían estar a punto de iniciar su recuperación, esta se vuelve a cuestionar. Los mercados suelen excederse en su reacción, lo que sin duda dará lugar a buenas oportunidades de compra. Sólo cuando Trump tome posesión del cargo, se marcará un rumbo claro. El primer asunto de la agenda será la Reserva Federal.

Las ventas de los mercados deberían llevar a la Fed a aplazar la subida de tipos del mes que viene.

Un intento de obstaculizar la independencia de la Fed, o una salida de la presidenta Janet Yellen, podría crear alarma.

Lo demás queda de la mano del presidente Trump. El abanico de resultados es enorme. Una agresiva expansión fiscal podría aumentar la inflación, como también podría animar a los mercados de activos.

Por otra parte, la guerra arancelaria que Donald Trump prometió durante la campaña afectaría negativamente a los mercados de capital y éste es un aspecto en el que el presidente tiene un gran margen de acción.

En términos históricos, las posibilidades van desde los primeros años de Reagan -cuando el mercado alcista echó raíces-, a la desastrosa ley arancelaria de Smoot-Hawley que siguió a la crisis de 1929.

De lo que no hay duda es que la volatilidad será extrema. A medida que desaparece la certidumbre, estas elecciones irán marcando el triunfo de los pesimistas en el mercado.

- Alemania, Francia e Italia irán tras EEUU (El Economista - **9/11/16**)

(Por Matthew Lynn)

Primero el Brexit, ahora Trump, ¿después qué? La respuesta es seguramente obvia. Mientras la onda de populismo que arrolla la política del mundo desarrollado se anota la victoria más importante hasta ahora, con la elección de Donald Trump, parece inevitable que las próximas revueltas contra las élites dirigentes establecidas vengan de Italia, Francia e incluso la Alemania de Merkel.

Los mercados han asumido la victoria de Trump? por ahora. A medida que se confirma la certeza de un referéndum sobre el euro en Italia y que el próximo presidente francés se comprometerá a sacar al país de la moneda única, habrá episodios bastante turbulentos en el futuro. El riesgo político que se había vuelto un cliché en los mercados, a menudo exagerado, está a punto de volverse muy real.

Cuando los mercados europeos se han despertado con la victoria imprevista de Trump, la reacción inicial ha sido sorprendentemente silenciosa. En Londres, el índice de referencia FTSE-100 solo se había desviado 70 puntos (un movimiento que puede verse cualquier mañana lluviosa de noviembre). Casi lo mismo ocurría en las bolsas de todo el continente. Los inversores estarán pensando sin duda en el rebote del Brexit que les pilló por sorpresa hace solo cuatro meses. Vendieron títulos esperando el Armagedón pero los índices rebotaron muy rápido. Se perdieron toneladas de dinero en muchos fondos de cobertura. No quieren esparcir la misma tinta roja en esta ocasión.

Dicho eso, hay muchos motivos para estar nerviosos. Trump ha defendido las barreras al comercio, los aranceles y el proteccionismo, y todo lo que sabemos sobre la economía global nos dice que eso siempre es muy malo para el crecimiento. Lo único que hay que debatir es si es solo retórica discursiva o si el presidente electo cumplirá con ello cuando se instale en la Casa Blanca.

Desde el resto del mundo, la plataforma de Trump no tiene muy buena pinta. Es la elección de los estadounidenses, sin duda, y tienen derecho a ella. Lo preocupante es hacia dónde se dirige el gigante del populismo.

A estas alturas estará claro que la economía globalizada del libre comercio desarrollada desde la caída del Muro de Berlín 1989 ha dejado a demasiadas personas atrás. El crecimiento salarial se ha estancado, la desigualdad se ha ensanchado y las elites políticas, escondidas detrás de una pared de instituciones globales, parecían cada vez más remotas. La salida de Reino Unido de la Unión Europea, contra la opinión de todos salvo precisamente Trump, fue una manifestación de eso. La victoria de Trump esta semana ha sido otra. ¿Por qué pensar que será la última? Pensemos en Italia. El primer ministro Matteo Renzi se enfrenta a un referéndum espinoso sobre la reforma constitucional. Habría que ser un inversor estúpido para creer posible su victoria (Renzi ya estaba detrás en las encuestas antes de la victoria de Trump). Renzi se hizo con el poder en un golpe de Estado interno del partido y todavía no se ha enfrentado a unas elecciones generales. Si le obligan a convocarlas, el vencedor probable será el Movimiento 5 Estrellas, básicamente Trump pero con chistes mejores. Se ha propuesto celebrar un referéndum sobre la membresía del país de la moneda única. ¿Qué probabilidades hay de que gane? Más que cero, quizás, pero no muchas más. Recordemos que es un país tan perjudicado por el euro que actualmente es más pobre que en el año 2000.

Después vendrá Francia. Se daba por hecho que Marine Le Pen se volvería a presentar a las elecciones presidenciales de abril y mayo próximos. Su opositor probable es el centroderechista Alain Juppe, un político que lleva tanto tiempo y tiene tanto pasado que es una de las pocas personas en el mundo que haría parecer a Hillary Clinton nueva y emocionante. Si EEUU tiene un problema con su cinturón industrial, Francia también lo tiene, salvo que es aún peor. La base manufacturera se ha ido agrietando desde que se incorporó al euro. El resultado: desempleo masivo y salarios estancados. El sentido común decía que mientras Le Pen se centrase en el voto protesta, nunca ganaría unas elecciones. Ya no es así.

Ni siquiera Alemania está inmune. Angela Merkel parecerá poderosa y las elecciones nacionales no están previstas hasta el otoño pero una representante cuya política más visible ha sido permitir la inmigración masiva a escalas sin precedentes parece muy despegada de la actualidad. La derechista AfD ya pone a prueba su apoyo y la ha obligado a depender cada vez más de los Social Demócratas de centro izquierda. Cuesta imaginarse que la coalición dure para siempre.

Lo más grave es que cuesta mucho pensar que la propia UE sobreviviera al rechazo de la moneda única en Italia y Francia. El éxito de los populistas en un país envalentona inevitablemente a los de otros. El Brexit puede que haya animado a unos cuantos estadounidenses a hacer caso omiso de la opinión de las elites. El presidente Trump alentará a unos cuantos más votantes franceses a apoyar a Le Pen (suficientes como para inclinar la balanza hacia ella). El monstruo sigue avanzando.

Y eso importa. Al populismo se le da muy bien la ira, pero no tanto las respuestas. La campaña del Brexit ha roto con la UE, pero ahora queda el complicado asunto de averiguar qué ocurre después. En Estados Unidos, Trump ha prometido recrear una economía que funcione para todos, pero querer no es poder. Y él no tiene ningún plan concreto para lograr que suceda. Puede que los mercados hayan asumido la victoria de Trump pero hay muchos más riesgos que superar antes de que este maremoto se diluya y los mercados de Europa y América seguirán siendo muy peligrosos hasta que haya acabado.

- ¿Una mayoría de “deplorables”? (Project Syndicate - **10/11/16**)

Viena.- Barack Obama tenía razón al decir que la democracia misma estaba en juego en la boleta electoral durante las recién concluidas elecciones presidenciales de Estados Unidos. Pero, con la impresionante victoria de Donald Trump sobre Hillary Clinton, ¿sabemos, hoy en día, con certeza que la mayoría de los estadounidenses son antidemocráticos? ¿Cómo deberían quienes votaron por Clinton relacionarse con los partidarios de Trump y con la nueva administración?

Si Clinton hubiese ganado, probablemente Trump habría negado la legitimidad de la nueva presidenta. Los partidarios de Clinton no deberían jugar ese juego. Ellos podrían señalar que Trump perdió el voto popular y, por lo tanto, no puede reclamar un mandato democrático abrumador, pero el resultado es lo que es y punto. Sobre todo, no deben responder, principalmente, a la populista política de la identidad de Trump con otra forma distinta de política de la identidad.

En vez de actuar de esa manera, los partidarios de Clinton deben centrarse en nuevas formas de apelar a los intereses de los partidarios de Trump, mientras defienden con firmeza los derechos de las minorías que se sienten amenazadas por la agenda de Trump. Y, deben hacer todo lo posible por defender a las instituciones democráticas liberales, si Trump intenta debilitar los sistemas de controles y equilibrios.

Para ir más allá de los clichés habituales sobre la curación de las divisiones políticas de un país después de unas elecciones enconadamente disputadas, necesitamos entender exactamente cómo Trump, en su calidad de archipopulista, apeló a los votantes y, en el proceso, cambió la concepción política que dichos votantes tenían de sí mismos, es decir cómo cambió su autoconcepción. Con la retórica adecuada y, sobre todo, alternativas políticas plausibles, esta autoconcepción puede cambiarse de nuevo. La democracia no perdió para siempre a los miembros del Trump-proletariado, tal como sugirió Clinton cuando los llamó “irredimibles” (aunque, probablemente, tenga razón en cuanto a que algunos de ellos decididamente continuarán siendo racistas, homofóbicos y misóginos).

Trump hizo una gran cantidad de declaraciones profundamente ofensivas y demostrablemente falsas durante este ciclo electoral que una frase especialmente reveladora pasó completamente desapercibida. En un acto proselitista el pasado mayo, Trump declaró: “Lo único importante es la unificación del pueblo, porque el otro pueblo no significa nada”. Esta es una retórica populista reveladora: existe un “pueblo real”, tal como lo define el populista; sólo él lo representa fielmente; y todos los demás pueden - de hecho deberían- ser excluidos. Es el tipo de lenguaje político desplegado por figuras tan distintas como el fallecido presidente de Venezuela, Hugo Chávez, y el presidente turco, Recep Tayyip Erdoğan.

Observe lo que el populista siempre hace: comienza con una construcción simbólica de lo que es el pueblo real, cuya única y auténtica voluntad, supuestamente, se deducirá de esa construcción; posteriormente el populista afirma, tal como lo hizo Trump en la Convención Republicana de julio: “Yo soy tu voz” (y, con característica modestia añade: “Sólo yo puedo arreglar las cosas”). Este es un proceso enteramente teórico: contrariamente a lo que los admiradores del populismo a veces argumentan, no tiene nada que ver con los aportes reales de las personas comunes y corrientes.

Un pueblo único y homogéneo que no puede hacer nada malo y sólo necesita un representante genuino para implementar correctamente su voluntad es una utopía - pero es una utopía que puede responder a problemas reales. Sería un error pensar que Venezuela y Turquía fueron democracias pluralistas perfectas antes de la llegada de Chávez y Erdoğan. Los sentimientos de desposesión y privación de derechos son terreno fértil para los populistas. En Venezuela y Turquía, algunos sectores de la población estaban sistemáticamente en desventaja o en gran parte excluidos del proceso político. Hay evidencia sustancial que prueba que los grupos de bajos ingresos en Estados Unidos tienen poca o ninguna influencia en las políticas y, realmente, se encuentran no representados en Washington.

Una vez más, observe cómo un populista responde a una situación como esta: en lugar de exigir un sistema más justo, el populista les dice a los oprimidos que solamente ellos son el “pueblo real”. Una afirmación sobre la identidad que se supone va a resolver el problema vinculado a que los intereses de muchas personas están desatendidos. La tragedia particular de la retórica de Trump -y, posiblemente, su efecto más pernicioso- es que ha convencido a muchos estadounidenses para que ellos se vean como parte integral de un movimiento blanco nacionalista. Representantes de lo que se llama eufemísticamente la “alt-right” o derecha alternativa -es decir, la supremacía blanca de los últimos días- estuvieron presentes en el núcleo de su campaña. Él ha alimentado una sensación de queja común difamando a las minorías y, tal como actúan todos los populistas, Trump ha retratado al grupo mayoritario como víctimas perseguidas.

No tenía por qué ser así. Trump obviamente ha conquistado exitosamente su lugar para representar al pueblo. Pero la representación nunca es simplemente una respuesta mecánica a demandas preexistentes. En lugar de ello, las pretensiones de representar a los ciudadanos también dan forma a la autoconcepción de dichos ciudadanos. Es de crucial importancia desplazar esa autoconcepción de los ciudadanos, alejándola de la política de la identidad blanca y regresarla al ámbito de los intereses.

Esta es la razón por la cual es extremadamente importante no confirmar la retórica de Trump descartando o incluso descalificando moralmente a sus partidarios. Esto sólo permite a los populistas anotar más puntos políticos diciendo, en efecto: “Mire, las elites realmente les odian, tal como dijimos anteriormente, y ahora son malos perdedores”. De ahí el desastroso efecto de generalizar a los partidarios de Trump como racistas o, como lo hizo Hillary Clinton cuando los calificó como “deplorables” que son “irredimibles”. Como George Orwell dijo una vez: “Si quieres hacerte enemigo de un hombre, dile que sus males son incurables”.

Por supuesto, la identidad y los intereses a menudo están vinculados. Aquellos que defienden la democracia y van contra de los populistas, también, a veces tienen que caminar por el peligroso terreno de la política de la identidad. Sin embargo, la política de la identidad no necesita apelar a la etnicidad, y mucho menos a la raza. Los populistas son siempre anti pluralistas; la tarea para los que se oponen a ellos es configurar conceptos de una identidad colectiva pluralista, consagrada a ideales compartidos de equidad.

Muchos temen, acertadamente, que Trump no vaya a respetar la Constitución de Estados Unidos. Por supuesto, el significado de la Constitución siempre es cuestionado, y sería ingenuo creer que las invocaciones no partidistas al respeto a dicha Constitución lo disuadirán inmediatamente. Sin embargo, los fundadores de Estados Unidos obviamente querían limitar lo que cualquier presidente pudiese hacer, incluso con un Congreso que le presta su apoyo y una Corte Suprema favorablemente inclinada en su dirección. Uno sólo puede tener la esperanza de que suficientes votantes -incluyéndose entre ellos a los partidarios de Trump- vean las cosas de la misma manera y ejerzan presión sobre Trump para que respete este elemento no negociable de la tradición constitucional estadounidense.

(Jan-Werner Mueller is a professor of politics at Princeton University and a fellow at the Institute of Human Sciences, Vienna. His latest book is What is Populism?)

- ¿Quién es el presidente Trump? (Project Syndicate - **11/11/16**)

Cambridge.- La asombrosa victoria electoral de Donald Trump ha empujado a Estados Unidos -y al mundo- a un territorio inexplorado. Estados Unidos nunca antes ha tenido un presidente sin ninguna experiencia política o militar, ni tampoco un presidente que constantemente eluda la verdad, abrace teorías conspirativas y se contradiga a sí mismo. Todo esto hace casi imposible saber cómo gobernará.

Pero la inminente presidencia de Trump sí tiene un precedente: la de George W. Bush. Se destacan algunos paralelismos. Para empezar, al igual que Bush, Trump no ganó el voto popular, pero de todos modos puede suponer que tiene un mandato para un cambio radical. Y la dirección de ese cambio puede producir resultados que no les gustan ni a sus seguidores.

Entre las promesas de política económica de Trump, sus propuestas fiscales muy probablemente sean llevadas a la práctica: grandes recortes impositivos para los ricos y un mayor gasto en defensa y otras áreas. El resultado posiblemente sea el mismo que cuando Bush implementó políticas similares: la desigualdad de ingresos se ampliará y los déficits presupuestarios crecerán.

Es más, la racha alcista de siete años que registró el mercado bursátil puede terminar. Y es muy factible que Trump, que atacó la política monetaria relajada de la Reserva Federal de Estados Unidos, rápidamente revierta esa postura y presione a la Fed para que no aumente las tasas de interés.

Es probable que Trump no pueda cumplir con su promesa de aumentar el porcentaje de las exportaciones en la economía de Estados Unidos. Y, por cierto, no podrá recuperar los empleos industriales que Estados Unidos, al igual que todos los países industrializados, ha perdido en las últimas décadas. La desigualdad de ingresos probablemente empiece a ampliarse otra vez, a pesar de las mejoras asombrosas en los ingresos medianos de las familias y en la tasa de pobreza el año pasado.

Una recesión en algún momento durante la presidencia de Trump es probable, a juzgar por los notables antecedentes históricos de los presidentes republicanos. Dos recesiones comenzaron durante la administración de Bush; de hecho, la mayoría de las recesiones desde la Gran Depresión se iniciaron durante gobiernos republicanos.

La presidencia de Trump es más preocupante en el frente de la política exterior, donde aguardan muchos potenciales desastres. Tenemos razón de temer que errores de cálculo conduzcan a tragedias, como cuando Bush respondió con torpeza al atentado terrorista del 11 de septiembre de 2011, no logró capturar a Osama bin Laden e invadió Irak.

El papel de Estados Unidos como líder global sin duda se verá afectado, al igual que el “poder blando” que anteriormente obtuvo de ser un modelo de democracia liberal para que otros emularan. Mientras tanto, la ignorancia de Trump probablemente envalentone a los adversarios norteamericanos tradicionales, como Rusia, Siria y Corea del Norte.

Los republicanos mantuvieron el control tanto del Senado como de la Cámara de Representantes, de modo que Trump podrá cumplir con sus promesas de dar marcha atrás con los mayores logros legislativos de Obama, empezando por la Ley de Atención Médica Asequible (Obamacare). Pero ésta será una prueba interesante. ¿Cómo manejará Trump la reacción violenta cuando la gente empiece a perder su seguro médico?

Trump y los republicanos en el Congreso también intentarán dar marcha atrás con las regulaciones financieras de la Ley Dodd-Frank que se implementaron después de la crisis financiera de 2008, dándoles así a los bancos y a otras instituciones financieras mayor libertad de acción. Y, más allá de Wall Street, intentarán cercenar las regulaciones antimonopolio y ambientales, especialmente las que limitan las emisiones de gases de tipo invernadero.

Finalmente, Trump nombrará a jueces conservadores para la Corte Suprema, que tiene una vacante desde que el juez Antonin Scalia murió en febrero.

Sin embargo, deberíamos agradecer, al menos, que probablemente las propuestas de campaña más indignantes de Trump nunca sean llevadas a la práctica. No construirá un nuevo muro “grande y hermoso” a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos -y México, con certeza, no lo pagaría si lo construyera-. De la misma manera, no prohibirá el ingreso de inmigrantes musulmanes, porque si lo hiciera estaría violando principios norteamericanos de base y su decisión sería derogada inclusive por una Corte Suprema de derecha.

También es poco probable que Trump cumpla con su propuesta de deportar entre 6 y 11 millones de inmigrantes indocumentados. Pero probablemente ponga fin al programa Acción Diferida para los Llegados en la Infancia del presidente Barack Obama, que otorgó permisos de trabajo temporarios a muchos “Soñadores” (jóvenes sin estatus legal que crecieron en Estados Unidos).

De la misma manera, Trump tal vez no destruya el Tratado de Libre Comercio de América del Norte o aumente los aranceles de manera drástica. Tampoco acabará con la OTAN, otras alianzas importantes o la Convención de Ginebra (que autoriza al ejército y a la CIA a apelar a la tortura). Si bien Trump pareció sugerir durante su campaña que haría todas estas cosas, inevitablemente se verá confrontado a las consecuencias de amplio alcance de decisiones que destruirían el orden global.

Estados Unidos está a punto de experimentar una vida bajo un gobierno plenamente republicano encabezado por un magnate populista inexperto y volátil. Esperemos que los votantes exijan que la administración Trump y sus facilitadores parlamentarios asuman la responsabilidad de los reveses que sufran los norteamericanos.

(Jeffrey Frankel, a professor at Harvard University's Kennedy School of Government, previously served as a member of President Bill Clinton’s Council of Economic Advisers. He directs the Program in International Finance and Macroeconomics at the US National Bureau of Economic Research…)

- Trump domesticado (Project Syndicate - **11/11/16**)

Nueva York.- Ahora que contra todos los pronósticos Donald Trump ganó la presidencia de los Estados Unidos, la duda es si gobernará según el populismo radical de su campaña o adoptará un enfoque pragmático de centro.

Si Trump gobierna en sintonía con la campaña que le valió la elección, podemos esperar agitación en los mercados (de Estados Unidos y el mundo) y perjuicios económicos potencialmente serios. Pero hay buenas razones para esperar que su gobierno sea muy diferente.

Los planes de un Trump populista radical incluirían descartar el Acuerdo Transpacífico (ATP), derogar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) y aplicar altos aranceles a las importaciones chinas. También construir el prometido muro en la frontera con México; deportar a millones de trabajadores indocumentados; restringir la concesión de visas H1B para trabajadores cualificados, necesarios en el sector tecnológico; y derogar la Ley de Atención Médica Accesible (Obamacare), dejando a millones de personas sin seguro médico.

En términos generales, un programa radical llevaría a un importante aumento del déficit estadounidense. Se reduciría sustancialmente el impuesto a la renta de las corporaciones y los ricos. Y pese a la ampliación de la base tributaria, el aumento de impuestos a los gestores de fondos de inversión y el estímulo a la repatriación de ganancias corporativas en el extranjero, el plan radical no estaría exento de costo fiscal, ya que aumentaría el gasto militar y el gasto público en áreas como la infraestructura, y las rebajas impositivas para los ricos reducirían la recaudación unos nueve billones de dólares a lo largo de una década.

Un plan de gobierno radical también supondría cambiar drásticamente el modelo de política monetaria actual; en primer lugar, reemplazar a la presidenta de la Reserva Federal, Janet Yellen, con un halcón monetarista, y luego cubrir las vacantes actuales y futuras de la junta directiva con más de lo mismo. Además, Trump trataría de derogar en su mayor parte las reformas financieras introducidas por la ley Dodd-Frank de 2010; quitar poder a la Oficina de Protección Financiera de los Consumidores; reducir subsidios a la energía alternativa y normas medioambientales; y eliminar cualquier regulación supuestamente perjudicial para las grandes empresas.

Finalmente, una política exterior radical desestabilizaría las alianzas de Estados Unidos y aumentaría las tensiones con los rivales. Su postura proteccionista podría generar una guerra comercial global, y su insistencia en que los aliados se hagan cargo de sus gastos de defensa podría llevar a una peligrosa proliferación nuclear y restar liderazgo internacional a Estados Unidos.

Pero en realidad es más probable que Trump aplique políticas pragmáticas de centro. Para empezar, es un hombre de negocios adepto al “arte del acuerdo”, así que por definición es más un pragmático que un ideólogo con anteojeras. Su decisión de hacer una campaña populista fue táctica y no refleja necesariamente convicciones arraigadas.

Trump es un acaudalado magnate inmobiliario que se pasó la vida entera rodeado de otros empresarios ricos. Es un comerciante astuto, que explotando el clima político de la época buscó congraciarse con los trabajadores republicanos y los “demócratas de Reagan” (votantes demócratas más conservadores, algunos de los cuales tal vez hayan apoyado a Bernie Sanders en la primaria demócrata). Esto le permitió destacarse del pelotón de políticos tradicionales con posturas favorables a las empresas, Wall Street y la globalización.

En cuanto asuma, Trump hará algunos gestos simbólicos para complacer a sus simpatizantes, pero volverá a las tradicionales políticas económicas de derrame orientadas a la oferta que los republicanos han favorecido por décadas. El elegido de Trump para la vicepresidencia, Mike Pence, representa al establishment republicano, y los asesores económicos de la campaña de Trump fueron empresarios ricos, financistas, constructores y economistas ofertistas. Además se dice que analiza designar un gabinete de figuras ortodoxas del partido, entre ellos Newt Gingrich (ex presidente de la Cámara de Representantes), Bob Corker (senador por Tennessee), Jess Sessions (senador por Alabama) y Steven Mnuchin (ex ejecutivo de Goldman Sachs y también asesor durante la campaña).

De modo que los colaboradores probables de Trump (republicanos tradicionales y dirigentes empresariales) definirán sus políticas. El ejecutivo sigue un proceso de toma de decisiones por el que los departamentos y agencias que corresponden a cada caso determinan los riesgos y beneficios de diversas alternativas y luego ofrecen al presidente un menú de políticas limitado para elegir. Y la inexperiencia de Trump lo volverá mucho más dependiente de sus asesores, como también lo fueron los expresidentes Ronald Reagan y George Bush (hijo).

Otro factor que empujará a Trump al centro será el Congreso, con el que deberá negociar cada ley que quiera aprobar. El actual presidente de la Cámara de Representantes (el republicano Paul Ryan) y el liderazgo republicano en el Senado tienen ideas partidarias más convencionales que Trump en temas como el comercio internacional, la inmigración y el déficit. Y la minoría demócrata en el Senado puede apelar a maniobras dilatorias legales (el “filibusterismo” legislativo) para impedir la votación de propuestas de reformas radicales, especialmente si se meten con el gran tabú de la política estadounidense: la seguridad social y Medicare.

Trump también estará controlado por la separación de poderes del sistema político estadounidense, la relativa independencia de organismos públicos como la Reserva Federal y una prensa libre y muy activa.

Pero la mayor restricción para Trump será el mercado. Si intenta aplicar políticas radicales populistas, el castigo no se hará esperar: se derrumbarán las acciones, caerá el dólar, los inversores se refugiarán en los bonos del Tesoro de los Estados Unidos, el precio del oro se disparará, etcétera. Pero si Trump mezcla políticas populistas más moderadas con medidas convencionales promercado, no enfrentará consecuencias negativas en los mercados. Ahora que ya ganó la elección, no tiene razones para preferir el populismo a la seguridad.

Los efectos de una presidencia pragmática de Trump serán mucho más limitados que en el supuesto radical. Lo de descartar el ATP se mantiene (pero Hillary Clinton también lo hubiera hecho). Trump prometió derogar el NAFTA, pero es más probable que trate de hacerle modificaciones como un gesto dirigido a los trabajadores fabriles estadounidenses. E incluso si un Trump pragmático quisiera limitar las importaciones chinas, sus opciones estarían limitadas por un reciente dictamen de la Organización Mundial del Comercio contra la aplicación de aranceles por “dumping selectivo” a productos chinos. Los candidatos extrasistema suelen hablar pestes de China durante la campaña, pero una vez en el cargo comprenden pronto las ventajas de cooperar.

Es probable que Trump construya el muro en la frontera con México (a pesar de que el ingreso de inmigrantes se redujo). Pero en relación con los indocumentados, lo más probable es que sólo caiga sobre los que cometan delitos violentos, en vez de tratar de deportar a entre cinco y diez millones de personas. Y es posible que limite las visas para trabajadores cualificados, lo que puede restar dinamismo al sector tecnológico.

Un Trump pragmático también generará un déficit, aunque menor al del supuesto radical. Por ejemplo, si sigue el plan impositivo propuesto por los congresistas republicanos, la recaudación sólo se reducirá dos billones de dólares a lo largo de una década.

Es verdad que el programa político de un Trump pragmático será ideológicamente incoherente y moderadamente perjudicial para el crecimiento. Pero será mucho más aceptable para los inversores (y para el mundo) que la agenda radical que prometió a sus votantes.

(Nouriel Roubini, a professor at NYU’s Stern School of Business and Chairman of Roubini Macro Associates, was Senior Economist for International Affairs in the White House's Council of Economic Advisers during the Clinton Administration. He has worked for the International Monetary Fund…)

- ¿El fin del poder blando de Estados Unidos? (Project Syndicate - **11/11/16**)

Nueva York.- Una de las principales víctimas de la victoria de Donald Trump en la muy reñida elección presidencial en los Estados Unidos será sin duda el poder blando de este país en todo el mundo, hecho que será difícil (o tal vez imposible) revertir, especialmente para Trump.

Tradicionalmente, el poder político global de los países se evaluaba según su capacidad militar: el que tuviera el ejército más grande sería el más poderoso. Pero esta lógica no siempre se correspondió con la realidad. Estados Unidos perdió la Guerra de Vietnam; la Unión Soviética fue derrotada en Afganistán. Poco después de ingresar a Irak, Estados Unidos descubrió cuánta verdad había en la frase de Talleyrand: con las bayonetas, todo es posible, menos sentarse encima.

Hablemos ahora del poder blando. El término fue acuñado en 1990 por Joseph S. Nye (de la Universidad de Harvard) para referirse a la influencia que un país (y en particular, Estados Unidos) ejerce, por fuera de su poder militar (“duro”). Para Nye, el poder se basa en la capacidad para obtener de otros lo que se quiere, sea mediante la coerción (el palo), la recompensa (la zanahoria) o la atracción (el poder blando). Y añade que quien ejerce atracción sobre otros puede ahorrarse palos y zanahorias.

Nye sostiene que el poder blando de un país surge de su cultura (en lugares donde atrae a otras personas), sus valores políticos (cuando los cumple dentro y fuera de sus fronteras) y su política exterior (cuando se la considera legítima y provista de autoridad moral). Pero yo creo que también surge de la imagen que tiene el mundo de ese país: las asociaciones y actitudes que despierta su nombre. El poder duro se ejerce; el poder blando se evoca.

Estados Unidos ha sido la mayor economía del mundo y su democracia más antigua, un refugio para los inmigrantes y la tierra del Sueño Americano: la promesa de que todos pueden ser lo que se propongan con tal de esforzarse para conseguirlo. También es el hogar de Boeing y de Intel, Google y Apple, Microsoft y MTV, Hollywood y Disneylandia, McDonald’s y Starbucks; en síntesis, algunas de las marcas e industrias más reconocibles e influyentes del mundo.

La atracción de estos activos, y del estilo de vida americano que representan, es que permiten a Estados Unidos persuadir a los demás de adoptar su agenda, en vez de obligarlos. En este sentido, el poder blando actúa a la vez como alternativa y como complemento del poder duro.

Pero el poder blando (incluso el de Estados Unidos) tiene límites. Después de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, hubo una oleada mundial de apoyo a los Estados Unidos. Pero este lanzó la “guerra contra el terrorismo”, para la que apeló en gran medida al poder duro. Los instrumentos de ese poder (la invasión a Irak, la detención por tiempo indeterminado de “combatientes enemigos” y otros sospechosos en la cárcel de la bahía de Guantánamo, el escándalo de Abu Ghraib, las revelaciones sobre centros de detención clandestinos de la CIA, el asesinato de civiles iraquíes a manos de contratistas de seguridad privados) no cayeron bien en la opinión pública internacional.

Los activos de poder blando estadounidense no compensaron las deficiencias de su estrategia de poder duro. Los entusiastas de la cultura estadounidense no estaban dispuestos a pasar por alto los excesos de Guantánamo. Usar Microsoft Windows no predispone al usuario para aceptar que el país que lo produce se dedique a la tortura. Estados Unidos sufrió una importante pérdida de poder blando, lo que demuestra que el modo en que un país ejerce el poder duro afecta su capacidad de evocar el otro.

Pero el discurso interno estadounidense pronto superó sus retrocesos en materia de política exterior, lo que se debió en parte a la inédita conectividad actual. En un mundo de comunicaciones en masa instantáneas, los países son juzgados por una audiencia internacional que se nutre de un flujo incesante de noticias en Internet, videos caseros y comentarios en Twitter.

En esta era de la información, según Nye, hay tres tipos de países con más capacidad de obtener poder blando: aquellos cuyas culturas e ideales dominantes se acerquen más a las normas que prevalecen en el mundo (que ahora favorecen el liberalismo, el pluralismo y la autonomía); los que tengan más acceso a múltiples canales de comunicación y puedan así influir más en la presentación de los temas; y aquellos cuya actuación interna e internacional refuerce su credibilidad. Estados Unidos tuvo un desempeño bastante bueno en todos estos frentes.

De hecho, la cultura y los ideales de Estados Unidos son la referencia mundial, y el funcionamiento de su política interna reforzó su credibilidad internacional. Superar un legado de siglos de esclavitud y racismo para elegir un presidente negro en 2008 y reelegirlo en 2012 parecía la prueba viviente de la capacidad del país para reinventarse y renovarse.

Pero la llegada de Trump al poder hizo añicos esa imagen. Expuso y alentó tendencias que el mundo nunca asoció con Estados Unidos: xenofobia, misoginia, pesimismo y egoísmo. Un sistema que prometía un campo de juego parejo donde todos pudieran cumplir sus aspiraciones es acusado por sus propios líderes políticos de estar amañado en contra de los ciudadanos comunes. Un país que predica a otros sobre la práctica democrática acaba de elegir a un presidente que insinuó que si perdía, tal vez no reconociera el resultado.

Nye sostuvo que en una era de información, el poder blando suele beneficiar al país que cuente “la mejor historia”; y Estados Unidos siempre fue la tierra de las mejores historias. Tiene prensa libre y una sociedad abierta; acoge a inmigrantes y refugiados; tiene sed de nuevas ideas y talento para la innovación. Todo esto dio a Estados Unidos una extraordinaria capacidad para contar historias más convincentes y atractivas que sus rivales.

Pero la historia de Estados Unidos que se contó en esta elección menoscaba seriamente el poder blando que evoca. El miedo triunfó sobre la esperanza. El Sueño Americano se convirtió en la pesadilla del mundo. Y los demonios que salieron de la caja de Pandora en 2016 (expuestos en reiterados informes de ataques racistas por parte de trumpistas blancos) seguirán haciendo estragos en la autopercepción del país y en la imagen que el resto del mundo tiene de él. Estados Unidos ya no nos parecerá el mismo... y el mandato de Trump ni siquiera empezó.

(Shashi Tharoor, a former UN under-secretary-general and former Indian Minister of State for Human Resource Development and Minister of State for External Affairs, is currently an MP for the Indian National Congress and Chairman of the Parliamentary Standing Committee on External Affairs…)

- Por qué la victoria de Trump tiene carácter histórico (Gaceta - **12/11/16**)

La victoria del republicano subyace un mar de fondo de hartazgo con las ideologías dominantes: abortistas, homosexistas y multiculturalistas.

(Por Pío Moa)

Debo reconocer que, aunque no descartaba la victoria de Trump, tampoco la esperaba. Parecía “racionalmente” imposible que ganase quien terminó ganando, con el gran dinero en contra, incluido el procedente de países árabes amparadores del islamismo radical, y con la prensa y demás medios masivamente a favor de Clinton en una de las campañas más sucias y feroces, que no ha ahorrado mentiras y manipulaciones. Ha sido, pues, una victoria contra quienes se entiende generalmente como los amos reales del poder en cualquier país. Porque, además, ocurría algo similar fuera de USA. En España, por ejemplo, rivalizaron a favor de Clinton los medios ligados a todos los partidos y al gobierno; incluso la cadena de la Iglesia parecía enfervorecida con la ultraabortista, homosexista y abiertamente anticatólica Clinton. El nivel del análisis político en la prensa española nunca fue brillante, pero en este caso solo puede entenderse como un chiste malo, a base de una estruendosa manipulación informativa, de la que se han salvado muy pocos medios, entre ellos La Gaceta dejando de relieve el carácter de bananocracia del actual régimen español.

Este hecho tiene mucho más alcance del que se le está dando. Las democracias llevan bastantes años evolucionando en un sentido semejante al despotismo del que advirtió genialmente Tocqueville: infantilización de la sociedad mediante un hedonismo pedestre cultivado desde el poder, y un poder que tras la apariencia de ser elegido está realmente manejado por poderosos grupos económicos y políticos que dominan a los grandes medios de masas para moldear a la opinión pública. El designio bien visible consiste en instaurar un poder mundial de ese tipo, que disuelva las naciones, las culturas nacionales y las religiones tradicionales, sustituyéndolas por la religión del dinero, en definitiva. El funcionamiento democrático puede describirse como la lucha por la opinión pública, en la que intervienen muchos factores, y los medios de masas son uno de los principales, generalmente el decisivo La práctica unanimidad de esos medios contra Trump, y la obscenidad de los métodos empleados, ya indica por sí sola un grave retroceso del liberalismo y la democracia. Que hayan fracasado es un hecho alentador, porque hasta hace poco sus designios, desarrollado con acciones y procesos multiformes, parecían tendencias irresistibles. Este es el significado profundo de estas elecciones.

Creo que en la victoria de Trump subyace un mar de fondo de hartazgo y descontento difuso con las ideologías dominantes: abortistas, homosexistas, multiculturalistas, con las políticas “de género” o los feminismos más o menos histéricos. Todo esto es lo que representaba la Clinton en grado eminente. Representaba, además, la política exterior aventurera y agresiva que, so pretexto de democracia, ha provocado en los países árabes y Afganistán caos y guerras civiles y, en Egipto, un golpe militar. Representaba, además, una peligrosa política de cerco y acoso a Rusia.

¿Qué representa Trump? De momento ha sabido recoger ese descontento difuso e inconcreto, pero lo que haga está por ver. Internamente sus posibilidades de acción, si piensa en algo definido, se verán condicionadas inevitablemente por una red de grandes intereses de todo género, y también por sus adversarios, que han demostrado estar verdaderamente rabiosos en un país que parece emocionalmente más dividido que nunca desde la Guerra de Secesión. Para su política internacional, que es la que más nos interesa, va a encontrarse con serios problemas: el centro del comercio y de la política mundial tiende a desplazarse al Pacífico, y en la otra orilla se encuentra China camino de convertirse en superpotencia. Deshacerse de las agresivas aventuras en el mundo árabe, con sus tremendas consecuencias a largo plazo, será también un desafío difícil. Una Hispanoamérica desnortada -como de costumbre- será en definitiva un problema menor. Con respecto a Rusia, parece dispuesto a mejorar las relaciones, y en cuanto a la UE, puede ayudar a profundizar su crisis, lo que sería muy positivo porque esta parte de Europa se está convirtiendo en un monstruo que recoge todas las taras encarnadas en Clinton. Todo esto muy en líneas generales.

Con respecto a España nos interesa especialmente su política hacia la OTAN. Como es sabido, esa organización, creada para afrontar el expansionismo soviético en la zona del Atlántico Norte, debió haber desaparecido al desaparecer su objeto, pero en cambio ha ampliado su acción a todo el hemisferio Norte, con agresiones y provocaciones de todo género, que además se vienen saldando con costosas derrotas. Quizá termine por transformarse en OTPN, Organización del Tratado del Pacífico Norte. España está en la OTAN en posición de auténtico lacayo, obligada a emplear hombres y dinero en operaciones bautizadas “de paz” con perfecta perversión del lenguaje, en defensa de intereses ajenos, bajo mando ajeno y en idioma ajeno. He hablado de estas cuestiones otras veces, y la cuestión podría resumirse así: España no tiene nada que ganar en la OTAN, y sí mucho que perder. Perder, para empezar, su soberanía, un bien mucho más valioso que algún plato de lentejas, por emplear el símil bíblico. Y ello tanto con Clinton como con Trump. La política exterior española debe volver a la neutralidad, como la de Suiza o Suecia.

- ¿Hay salvación para el capitalismo global? (El Economista - **12/11/16**)

(Por Alexander Friedman)

La política del desasosiego económico ha puesto a los electores del Reino Unido y de Estados Unidos en manos de los populistas. Si tan solo, tal como dice la creencia popular, las economías hubieran recuperado un PIB y un crecimiento de la productividad más normal, hubiera mejorado la vida de un mayor número de personas, hubiera decrecido el sentimiento antisistema y la política hubiera recuperado también la normalidad, entonces el capitalismo, la globalización y la democracia hubieran continuado avanzando inexorablemente.

Pero este pensamiento refleja la extrapolación de un período enormemente descarriado de la historia. Este período ha quedado atrás, y no es probable que las fuerzas que lo sostuvieron sean capaces de restablecerlo en un futuro próximo. La innovación tecnológica y la demografía soplan ahora en contra del crecimiento, no lo favorecen en absoluto, y la ingeniería financiera ya no es la solución.

El aberrante período histórico son los ciento y pico de años siguientes a la Guerra Civil estadounidense, durante los cuales los avances conseguidos en los ámbitos de la energía, la electrificación, las telecomunicaciones y el transporte remodelaron principalmente a las sociedades. El número de vidas humanas aumentó considerablemente su productividad y la expectativa de vida experimentó un aumento espectacular. Entre 1800 y 1900, la población mundial creció en más del 50 por ciento y en los siguientes 50 años se duplicó largamente con un crecimiento de las economías mucho más rápido que en los siglos anteriores. A finales de los años 70, el crecimiento empezó a ralentizarse en muchas de las economías occidentales, y el presidente estadounidense Ronald Reagan y el presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, marcaron el inicio de un ciclo de deuda que sobrecargó la actividad. Estados Unidos, hasta entonces un acreedor neto para el mundo, se convirtió en un prestatario neto, con China y otros mercados emergentes beneficiándose del alza del déficit comercial de Estados Unidos. El apalancamiento financiero impulsó el crecimiento mundial durante prácticamente otros 30 años más.

La crisis mundial de 2008 comportó el inesperado final de la era de la ingeniería financiera. Pero a los políticos no les gusta que el crecimiento baje, y los bancos centrales agotaron todas sus herramientas en intentar estimular la actividad económica a pesar de la escasa demanda existente. Con una cada vez menor rentabilidad de los activos tradicionales de renta fija, los inversores se apiñaron en torno a todo tipo de activos de riesgo provocando así la subida de su precio; los ricos se hicieron más ricos y la clase media se fue quedando cada vez más rezagada. Debido a que la economía real continuó estancándose, surgió un populismo enojado que desembocó en el Brexit y en la elección del presidente Trump. Por consiguiente, los banqueros centrales han resucitado el crecimiento económico y las fuerzas de la demografía y de la innovación han vuelto al combate. El envejecimiento de la población de las economías avanzadas tira cada vez más de las redes de la seguridad social. China también está envejeciendo. La mayor parte del crecimiento demográfico actual (y futuro) corresponde a África, continente en el que la productividad global no consigue alcanzar el aumento que se experimenta en otros lugares.

Además, la actual oleada de innovación tecnológica no beneficia a todos por igual. Aunque los casos de Uber y Amazon, y lo que es más importante, la robótica, suponen una mayor comodidad, lo hacen sustituyendo los puestos de trabajo de la clase trabajadora o reduciendo los salarios.

Esto es típico del proceso de destrucción creativa descrito, como es sabido, por Joseph Schumpeter como el sirviente del crecimiento en las economías capitalistas. La primera oleada de innovaciones revolucionarias beneficia sobre todo a unos pocos emprendedores. Luego llega una oleada de sustitución a medida que la tecnología se adapta a las industrias existentes. Hace tres décadas, era Walmart la que usaba ordenadores y logística para acabar con las pequeñas tiendas familiares; hoy, es Amazon la que está echándose encima de Walmart.

La tercera oleada es la difusión generalizada de la innovación de maneras que elevan la producción global y el nivel de vida. Eso requiere mucho más tiempo. O, como advirtió el economista laureado con el Nobel Robert Solow en 1987, “la era de los ordenadores se puede observar en todas partes menos en las estadísticas de productividad”.

Robert Gordon, de la Northwestern University, ha defendido que el impacto económico de las innovaciones actuales no está a la altura del de las tuberías o la electricidad. Quizás es así, o puede ser que estemos en una fase temprana del ciclo schumpeteriano de innovación (enriqueciendo a unos pocos) y destrucción (creando ansiedad en los sectores vulnerables). Tarde o temprano, es probable que la productividad media y los ingresos reales se beneficien a medida que las tecnologías de vanguardia permitan nuevos tipos de crecimiento. El problema es que puede que tenga que pasar una década o más hasta que la robótica y similares nutran una marea creciente y más amplia que eleve todos los barcos. Y que sea Schumpeter o Gordon el que tenga razón es irrelevante para los políticos que se enfrentan a votantes enfadados cuyo nivel de vida ha bajado. Hoy, sus electores hartos rechazan la globalización; mañana, puede que se conviertan en luditas.

La cuestión ahora es si un cambio en el enfoque de las políticas monetarias no convencionales a la gestión keynesiana de la demanda puede ser la solución. Está ampliamente aceptado que la política monetaria es una fuerza del pasado en EEUU y Europa y que el estímulo y la expansión fiscal -por ejemplo, mediante recortes de impuestos y gasto en infraestructuras- deben tomar el relevo. Pero esto requiere sistemas políticos estables que puedan sostener estrategias fiscales a largo plazo. Los acontecimientos recientes, especialmente en Europa, sugieren que tales estrategias serán difíciles de aplicar.

En EEUU, la victoria de Trump, acompañada de las mayorías republicanas en ambas cámaras del Congreso, prepara el camino a recortes de impuestos y un aumento del gasto en defensa. La bomba parece dispuesta para ser cebada. Pero es probable que la expansión fiscal encuentre la resistencia de la política monetaria cuando la Fed reanude su normalización de los tipos de interés.

Aun así, la esperanza es que un crecimiento más rápido de EEUU y la subida de los salarios sofoquen la rebelión populista de los votantes. La responsabilidad, irónicamente, seguirá estando en la Fed y en que haga lo correcto -es decir, normalizar los tipos de interés con extrema cautela, al tiempo que permite que aumente la proporción de las rentas del trabajo en el PIB, incluso si eso requiere cierto exceso de inflación.

Parafraseando a Dylan Thomas, los que creemos en los mercados no deberíamos entrar dócilmente en la noche populista. Deberíamos luchar contra la muerte de la luz del capitalismo global con todas las herramientas que podamos reunir. La ralentización del crecimiento y la reacción política actuales no son una nueva normalidad. Más bien, recuerdan a una vieja normalidad, experimentada por última vez en la década de 1930. Sea cual sea el camino adecuado para que avance la economía global, sabemos que no puede significar un retorno al aislacionismo y el proteccionismo de aquella era.

(Alexander Friedman is Chief Executive Officer of GAM. He has also served as Global Chief Investment Officer of UBS, Chief Financial Officer of the Bill & Melinda Gates Foundation, and a White House fellow during the Clinton Administration)

- ¿Será posible controlar a Trump? (Project Syndicate - **12/11/16**)

Nueva York.- ¿Cómo afectó la elección de 2016 en Estados Unidos (que dio al Partido Republicano el control de la presidencia, el Senado y la Cámara de Representantes) al tan aclamado sistema de controles y contrapesos establecido por la constitución del país? En mi opinión, prácticamente lo anuló.

Los controles y contrapesos dependientes del poder judicial están en riesgo. Lo único que puede impedir a los republicanos cubrir la vacante de la Suprema Corte que no dejaron llenar a Barack Obama es que el Partido Demócrata apele al uso continuo del “filibusterismo legislativo” (maniobras dilatorias legales para impedir la votación de leyes). Y es posible que la edad de los miembros de la Suprema Corte abra pronto nuevas vacantes, que en la actualidad son ocupadas por jueces liberales y de centro. De modo que los republicanos cuentan con buenas chances de crear una mayoría conservadora entre los nueve miembros de la Suprema Corte que podría durar décadas, especialmente si en 2020 el partido vuelve a ganar la presidencia.

Esa mayoría puede debilitar los controles democráticos, por ejemplo los límites a la financiación de campañas, a los que el fallo en el caso Citizens United de 2010 asestó un golpe devastador. Por una mayoría de 5 a 4, la Corte decidió que las corporaciones son “asociaciones de individuos” y que, por tanto, limitar cuánto dinero pueden aportar a campañas políticas supone una violación de su derecho a la libertad de expresión conforme a la Primera Enmienda constitucional.

El obstruccionismo republicano en el Senado también puso en riesgo otros niveles del sistema judicial federal. Durante el segundo período del presidente Barack Obama, el ritmo de designación de nuevos ocupantes para cubrir vacantes en los tribunales de distrito y circuito estadounidenses se redujo a un mínimo en 50 años. Ahora Trump puede llenar rápidamente esas vacantes con jueces conservadores que acaso debiliten más el sistema de controles y contrapesos.

El poder de los estados para controlar al presidente tampoco salió indemne. Dados los nuevos alineamientos partidarios en ese nivel (los republicanos ahora controlan un récord de 68 de las 99 cámaras legislativas de los estados y 33 de las 50 gobernaciones), la posibilidad de enfrentamientos con el gobierno federal está sustancialmente reducida.

Esto trae consecuencias a largo plazo. Desde 2013, cuando otra decisión de la Suprema Corte por estrecho margen dejó sin efecto práctico la Ley de Derecho al Voto de 1965, que prohíbe la discriminación electoral de las minorías, muchos o casi todos los estados con mayoría republicana en ambas cámaras aprobaron leyes y regulaciones que buscan suprimir su voto por diversos medios, por ejemplo: reducir la cantidad de sitios de votación en áreas donde predominan; exigir a los votantes una identificación con foto (por ejemplo, licencia de conducir), que muchos de sus miembros no poseen; y eliminar la posibilidad de registrarse el mismo día de la elección y de votar en domingo, dos alternativas muy populares entre las minorías.

Un tribunal federal de apelaciones anuló una ley de este tipo aprobada en Carolina del Norte, porque suprimía la participación electoral de los afroamericanos con “precisión casi quirúrgica”. Pero si los republicanos designan más jueces, estos contrapesos se volverán más escasos. Y si la supresión de votantes ayuda a los republicanos a obtener control de cada vez más legislaturas estatales, podrían aprobarse más leyes similares.

Hay algún motivo de esperanza: la fuente última de controles y contrapesos es la constitución estadounidense, que es de todas las constituciones democráticas la más difícil de cambiar. Enmendarla por la vía normal exige, entre otras cosas, una mayoría cualificada de dos tercios en la Cámara de Representantes y en el Senado, donde los republicanos no tienen ni remotamente ese nivel de dominio.

La otra vía para la enmienda constitucional es que dos tercios de las legislaturas estatales (34 de los 50 estados) voten para exigir al Congreso la celebración de una convención constituyente, que esta proponga la enmienda y que luego sea ratificada por tres cuartas partes de las legislaturas o convenciones estatales. Jamás en la historia de los Estados Unidos se aprobó una enmienda por este mecanismo. Pero a pesar de que para hacer un intento creíble los republicanos necesitarían obtener el control de al menos tres o cuatro legislaturas más, esta posibilidad debería ser más preocupante de lo que parece.

De no haber una enmienda, Estados Unidos está protegido contra algunas de las promesas de campaña más escandalosas de Trump. Propuestas como restringir la inmigración sobre la base de la religión son inconstitucionales. Y otras propuestas dañinas pueden bloquearlas los demócratas apelando al “filibusterismo” en el Senado, donde los republicanos no tienen los 60 votos necesarios para impedírselo.

Es verdad que al comienzo de la sesión 2017-2018 del Senado se podrían modificar las normas procedimentales para impedir el filibusterismo, pero los líderes republicanos deberían pensar que en el futuro pueden estar en la oposición y ser ellos los que quieran apelar a esas maniobras. Si aun así decidieran esa jugada, reducirían considerablemente el poder de oposición de los demócratas durante los próximos años.

En política exterior, Estados Unidos nunca puso muchas restricciones a su presidente, aunque pueden aplicarse aquí algunas limitaciones externas. Por ejemplo, Trump no puede cumplir de inmediato su promesa de abandonar el acuerdo climático de París, un tratado internacional que todos los firmantes están obligados a respetar por al menos cuatro años. Pero podría debilitarlo, por ejemplo indicando a países como la India que Estados Unidos no cumplirá sus compromisos.

En política interna, Trump tendrá amplio margen de acción. Lo más vulnerable es la Ley de Atención Médica Accesible (Obamacare), que dio cobertura a 20 millones de ciudadanos que antes no tenían seguro médico. También están en riesgo las reformas financieras de la ley Dodd-Frank de 2010, que busca controlar a bancos y otras instituciones financieras “demasiado grandes para quebrar”.

Los ciudadanos preocupados que quieran restablecer los controles y contrapesos en Estados Unidos tienen ante sí tres tareas urgentes. En primer lugar, deben comenzar a sentar las bases para ganar al menos tres escaños más en el Senado en 2018. En segundo lugar, deben actuar para impedir que los republicanos obtengan el control de tres cuartos de las legislaturas de los estados, lo que les permitiría tratar de enmendar la constitución. Y en tercer lugar, deben movilizar a más conciudadanos para que rechacen políticas y tácticas de corte autoritario y apoyen alternativas democráticas más inclusivas.

La existencia de alternativas convincentes es el control más importante contra los políticos populistas con tendencias autoritarias que obtienen el poder por las urnas. Llegada la próxima elección presidencial, puede ser que los votantes estadounidenses, como sus homólogos británicos que votaron por el Brexit, estén arrepentidos de su decisión. Pero no será suficiente: hay que crear alternativas atractivas y creíbles.

(Alfred Stepan is Professor of Government at Columbia University)

- Arrastrándose hacia Trump (Project Syndicate - **12/11/16**)

Londres.- El establishment republicano se apresuró raudamente a presentar al presidente electo Donald Trump como una garantía de continuidad. Por supuesto, no es eso en absoluto. Hizo campaña contra el establishment político y, como dijo en un mitin preelectoral, una victoria para él sería un “Brexit plus, plus, plus”. Con dos terremotos políticos en el lapso de unos meses, y otros que seguramente vendrán, bien podríamos coincidir con el veredicto del embajador de Francia ante Estados Unidos: el mundo como lo conocemos “se está desmoronando frente a nuestros ojos”.

La última vez que parecía estar sucediendo lo mismo fue la era de las dos guerras mundiales, 1914 a 1945. La sensación entonces de un mundo “que se venía abajo” fue capturada por el poema de William Butler Yeats de 1919 “El segundo advenimiento”: “Todo se desmorona; el centro cede; la anarquía se abate sobre el mundo”. **En un momento en que las instituciones de gobierno tradicionales estaban absolutamente desacreditadas por la guerra, el vacío de legitimidad iba a ser ocupado por demagogos poderosos y dictaduras populistas:** “Los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad”. Oswald Spengler tuvo la misma idea en su obra La decadencia de Occidente, publicada en 1918.

El pronóstico político de Yeats estaba moldeado por su escatología religiosa. Creía que el mundo tenía que transitar una “pesadilla” hacia “Belén para nacer”. En su época, tenía razón. La pesadilla que discernía se prolongó a lo largo de la Gran Depresión de 1929-1932 y culminó en la Segunda Guerra Mundial. Eran preludios del “segundo advenimiento”, no de Cristo, sino de un liberalismo construido sobre cimientos sociales más firmes.

¿Pero acaso las pesadillas de la depresión y la guerra eran preludios necesarios? ¿El horror es el precio que debemos pagar por el progreso? El mal muchas veces ha sido, en efecto, el agente del bien (sin Hitler, no habría Naciones Unidas, ni Pax Americana, ni Unión Europea, ni tabú sobre el racismo, ni descolonización, ni economía keynesiana y mucho más). Pero esto no quiere decir que el mal sea necesario para el bien, mucho menos que deberíamos desearlo como un medio para alcanzar un fin.

No podemos abrazar la política del levantamiento, porque no podemos estar seguros de que producirá un Roosevelt en lugar de un Hitler. Cualquier persona decente y racional anhela un método más tranquilo para alcanzar el progreso.

¿Pero el método más tranquilo -llamémoslo democracia parlamentaria o constitucional- debe colapsar periódicamente de manera desastrosa? La explicación habitual es que un sistema fracasa porque las elites pierden de vista a las masas. Pero si bien uno podría esperar que esta desconexión ocurriera en las dictaduras, ¿por qué el desencanto con la democracia se afianza en las propias democracias?

Una explicación, que se remonta a Aristóteles, es la perversión de la democracia por la plutocracia. Cuanto más desigual es una sociedad, más divergen los estilos de vida y los valores de los ricos con respecto a la gente “común”. Llegan a habitar comunidades simbólicamente cerradas en las que sólo un tipo de conversación pública es considerado decente, respetable y aceptable. Esto representa en sí mismo una privación de derechos considerable. Para los seguidores de Trump, sus metidas de pata no fueron tales o, si lo fueron, a sus seguidores no les importó.

Pero es la economía, no la cultura, lo que le asesta un golpe a la legitimidad. Cuando las recompensas del progreso económico recaen principalmente sobre quienes ya son ricos es que la disyuntiva entre valores culturales de las minorías y las mayorías se torna seriamente desestabilizadora. Y esto, en mi opinión, es lo que está sucediendo en el mundo democrático.

**El segundo advenimiento de liberalismo representado por Roosevelt, Keynes y los fundadores de la Unión Europea ha sido destruido por la economía de la globalización: la búsqueda de un equilibrio ideal a través del movimiento libre de bienes, capital y mano de obra, con su tolerancia conjunta de delincuencia financiera, recompensas dadivosas para unos pocos, altos niveles de desempleo y subempleo y reducción del papel del estado en la asistencia social. La desigualdad resultante de la producción económica corre el velo democrático que esconde de la mayoría de los ciudadanos los verdaderos mecanismos del poder.**

La “apasionada intensidad” de los populistas transmite un mensaje simple, fácil de comprender y hoy resonante: las elites son egoístas, corruptas y a menudo criminales. Se le debe devolver el poder al pueblo. Sin duda no es una coincidencia que las dos principales sacudidas políticas del año -el Brexit y la elección de Trump- se hayan producido en los dos países que más fervientemente abrazaron la economía neoliberal.

Las opiniones geopolíticas y económicas de Trump deberían ser juzgadas en este contexto de desencanto, no por un estándar moral o económico ideal. En otras palabras, el trumpismo podría ser una solución para la crisis de liberalismo, no un augurio de su desintegración.

Visto de esta manera, el aislacionismo de Trump es una manera populista de decir que Estados Unidos necesita dar marcha atrás con compromisos que no tiene ni el poder ni la voluntad de cumplir. La promesa de trabajar con Rusia para poner fin al conflicto salvaje en Siria es sensata, aunque implique la victoria del régimen de Bashar al-Assad. Desentenderse de manera pacífica de responsabilidades globales manifiestas será el mayor desafío de Trump.

El proteccionismo de Trump recuerda una tradición norteamericana más antigua. La economía de manufactura de salarios altos y rica en empleos de Estados Unidos se ha ido a pique con la globalización. ¿Pero cómo se vería una forma viable de proteccionismo? El desafío será alcanzar controles más estrictos sin perjudicar a la economía mundial o enardecer las rivalidades nacionales y el sentimiento racista.

Trump también ha prometido un programa de inversión en infraestructura de 800.000 millones a 1 billón de dólares, que será financiado con bonos, así como un recorte masivo del impuesto a la renta, con el objetivo de crear 25 millones de nuevos empleos y estimular el crecimiento. Esto, junto con una promesa de mantener los beneficios sociales, representa una forma moderna de política fiscal keynesiana (aunque, por supuesto, no identificada como tal). Su mérito es su reto frontal a la obsesión neoliberal por la reducción de los déficits y la deuda, y a la dependencia de la flexibilización cuantitativa como la única herramienta -ahora agotada- de gestión de la demanda.

Mientras Trump pasa del populismo a las políticas, los liberales no deberían mirar hacia otro lado con disgusto y desesperación, sino más bien confraternizar con el potencial positivo del trumpismo. Sus propuestas necesitan ser cuestionadas y perfeccionadas, no descartadas como desvaríos ignorantes. La tarea de los liberales consiste en asegurar que un tercer advenimiento de liberalismo llegue con el menor costo para los valores liberales. Y habrá un cierto costo. Ese es el significado del Brexit, de la victoria de Trump y de cualquier victoria populista futura.

(Robert Skidelsky, Professor Emeritus of Political Economy at Warwick University and a fellow of the British Academy in history and economics, is a member of the British House of Lords. The author of a three-volume biography of John Maynard Keynes, he began his political career in the Labour party…)

- Preparar a Asia para Trump (Project Syndicate - **12/11/16**)

Canberra.- Independientemente de que el Presidente electo de EEUU, Donald Trump, se comporte mejor una vez esté en el cargo que como lo hizo en la campaña, la autoridad global de su país ya se ha visto afectada, y no en menor medida entre sus aliados y socios en Asia.

No será fácil para Trump ejercer el poder blando (liderar con el ejemplo democrático y moral), considerando su desprecio por la verdad, la argumentación racional, la decencia humana básica y las diferencias raciales, religiosas y de género, por no mencionar el hecho de que en realidad la mayoría de los votantes no lo eligió. Y si se trata de ejercer el poder duro (hacer lo que sea necesario para enfrentar los retos graves a la paz y la seguridad), poco se podrá confiar en su criterio, puesto que casi cada una de sus declaraciones de campaña era tremendamente contradictoria o bien directamente alarmante.

Para mantener la seguridad, la estabilidad y la prosperidad en Asia se necesita un ambiente de colaboración en que los países aseguren sus intereses nacionales mediante asociaciones (no rivalidades) y comercien libremente entre sí. Lo único que permite confiar en Trump en este frente es que puede que en realidad no haga lo que dijo que iba a hacer, como iniciar una guerra comercial con China, abandonar los compromisos de sus alianzas y apoyar las armas nucleares en Japón y Corea del Sur.

Con conocimientos escasos o nulos sobre asuntos internacionales, Trump confía en sus muy dispersos instintos. Combina la retórica aislacionista del “Estados Unidos primero” con la enérgica oratoria del “volver a hacer grande a EEUU”. Puede que plantear extremos imposibles funcione en las negociaciones inmobiliarias, pero no es una base sólida para hacer política exterior.

Se puede poner rienda a los peligrosos instintos de Trump si es capaz de rodearse de un equipo experimentado y sofisticado de asesores en política exterior. Pero habrá que ver si eso ocurre, y la Constitución de EEUU le otorga un extraordinario poder personal como Comandante en Jefe, si opta por ejercerlo.

El liderazgo estadounidense en Asia es una espada de dos filos. Las ruidosas declaraciones sobre la continuidad de su primacía son contraproducentes. Es necesario reconocer la legítima demanda de China de ser aceptada como un cohacedor de reglas y no solo un país que las deba seguir. Pero incluso si China se extralimita, como lo ha hecho con sus pretensiones territoriales en el Mar del Sur de China, no hay necesidad de contraatacar. En ese frente es necesario y bienvenido un papel tranquilo pero firme por parte de Estados Unidos.

Poco después de que el ex Presidente Bill Clinton dejara el cargo, le escuché decir en privado (aunque nunca en público) que Estados Unidos podía escoger usar su “gran e inigualable poder económico y militar para intentar mantenerse a perpetuidad a la cabeza del mundo”. Sin embargo, una mejor opción sería “tratar de crear un mundo en el que nos sintamos cómodos cuando ya no estemos a la cabeza”. Ese tipo de palabras parece ser anatema para cualquiera que tenga un alto cargo en Estados Unidos, al menos públicamente. Pero es lo que Asia quiere escuchar.

Para Australia y otros aliados y socios de EEUU en la región, esta elección presidencial deja en claro que ya no podemos esperar (suponiendo que alguna vez pudimos) dar por sentado que Estados Unidos lidere de manera coherente y sensata. Tenemos que hacerlo nosotros mismos y colaborar más, dependiendo menos de EEUU.

Probablemente Trump sienta mayor simpatía instintiva por Australia que por muchos otros de los aliados de Estados Unidos. Se percibe que nos hacemos cargo de nuestra parte de la alianza, y no en menor medida por haber luchado junto a ellos en cada una de sus guerras en el exterior (para mejor o peor) en los últimos cien años. Y, como cohabitantes del mundo anglosajón, estamos en la zona de comodidad de Trump. Pero Australia no se sentirá nada de cómoda si la dinámica regional general pierde el rumbo.

Para ahora deberíamos haber aprendido ya que Estados Unidos, bajo administraciones con mucho mayor credibilidad inicial que la de Trump, es perfectamente capaz de cometer terribles errores, como las guerras de Vietnam e Irak. Tenemos que prepararnos para desatinos tan grandes o peores que los del pasado. Tendremos que juzgar por nosotros mismos cómo reaccionar a los acontecimientos, basándonos en nuestros propios intereses nacionales.

Esto no quiere decir que Australia deba abandonar su alianza con EEUU, sino que tendremos que ser más escépticos de las políticas y medidas estadounidenses que en las últimas décadas. Australia debe hacerse más deliberadamente independiente y dar una prioridad mucho mayor a desarrollar vínculos comerciales y de seguridad más estrechos con Japón, Corea del Sur, India y, especialmente, Indonesia, nuestro inmenso vecino.

Nadie debería ceder si China se extralimita y Australia debe colaborar más que nunca con nuestros vecinos asiáticos para asegurarnos de que no lo haga. Pero también hemos de reconocer la legitimidad de las aspiraciones de nueva gran potencia de China y abordarla de manera no confrontacional. Todos nos beneficiaremos de un marco de seguridad regional basado en el respeto y la reciprocidad mutuos, no en menor medida al enfrentar amenazas regionales como las provocaciones nucleares de Corea del Norte.

Solo podemos esperar que Trump despeje nuestros peores temores cuando se desempeñe en el cargo. Pero, mientras tanto, las autoridades australianas y de otros países de la región deberíamos seguir un sencillo mantra: más depender de nosotros mismos. Más Asia. Menos Estados Unidos.

(Gareth Evans, former Foreign Minister of Australia (1988-1996) and President of the International Crisis Group (2000-2009), is currently Chancellor of the Australian National University. He co-chairs the New York-based Global Center for the Responsibility to Protect and the Canberra-based Center for…)

The populist surge challenging political establishments worldwide has now claimed the biggest prize of all. Project Syndicate commentators weigh the costs for America and the world.

Editors’ Insight: a fortnightly review of the best thinking on current events and key trends.

- What Will Trump Do? (Project Syndicate - **13/11/16**)

The global shock administered by Donald Trump’s election to the US presidency continues to reverberate. How will President-elect Trump represent those who put him in power - and how will his power affect America and the world?

All US presidents come to power -and exercise it- by assembling and sustaining a broad electoral coalition of voters with identifiable interests. Donald Trump is no exception. Trump’s stunning election victory, following a populist campaign that targeted US institutions, domestic and foreign policies, and especially elites, was powered by voters -overwhelmingly white, largely rural, and with only some or no postsecondary education- who feel alienated from a political establishment that has failed to address their interests.

So the question now, for the United States and the world, is how Trump intends to represent this electoral bloc. Part of the difficulty in answering it, as Project Syndicate’s contributors understand well, is Trump himself. “The US has never before had a president with no political or military experience, nor one who so routinely shirks the truth, embraces conspiracy theories, and contradicts himself”, notes Harvard’s Jeffrey Frankel. But, arguably more important, much of what Trump has promised -on trade, taxation, health care, and much else- either would not improve his voters’ economic wellbeing or would cause it to deteriorate further.

This paradox lies at the root of some unsettling scenarios. As Princeton University’s Jan-Werner Mueller points out, “(t)here is substantial evidence that low-income groups in the US have little to no influence on policy and go effectively unrepresented in Washington”. But Trump’s claim to represent his voters is not based on “demanding a fairer system”. Instead, says Mueller, Trump “tells the downtrodden that only they are the “real people””, and that (as Trump put it during his campaign), “the other people don’t mean anything”. By persuading his supporters “to view themselves as part of a white nationalist movement”, Mueller argues, a “claim about identity is supposed to solve the problem that many people’s interests are neglected”.

In this respect, Trump is hardly unique. As Mueller points out, framing representation in terms of the “symbolic construction” of the “real people”, rather than in terms of a pluralist conception of equal citizenship under a shared constitution, is a hallmark of populism everywhere. In Hungary, Poland, Turkey, Venezuela, and elsewhere (even, to some extent, in the United Kingdom since June’s Brexit referendum), populist leaders have felt authorized by their claim to represent the “single authentic will” of a “single, homogeneous people” to erode constitutional and legal constraints on their power.

Can America avoid a similar fate? Project Syndicate contributors agree that the election’s outcome has badly tarnished America’s global image, and that Trump’s foreign policies are likely to imply serious risks for Asia, Europe, and Latin America. But there is reason to believe that his domestic policies will disappoint many of his supporters. That may tempt him to double down on identity politics, fueling division and possibly civil unrest. But it may also create an opportunity for his opponents to reshape the self-conception of those who voted for him.

Trump vs. the Constitution

Throughout their country’s history, most Americans have viewed the US Constitution as the ultimate guarantor of their freedoms. And, since the election, Trump’s opponents have indeed taken some comfort in the idea that the Constitution’s “checks and balances”, as well as other constraints built into the US political system, might inhibit Trump’s more wayward impulses. The US Constitution, after all, ostensibly places real boundaries on the president’s freedom to maneuver. This is particularly true for domestic policy, because it is the US Congress that must allocate the funds needed to pay for any presidential initiative.

But the idea that the US Constitution will protect the country from a fate similar to that of Hungary and Poland, where populist leaders have politicized state institutions, may not be as rock solid as many Americans believe. As Columbia University’s Alfred Stepan points out, the Republicans already control both houses of Congress, and “checks and balances generated by the judicial branch are certainly in danger”. This is partly because the Republicans “have a good chance of creating a conservative majority on the nine-member Supreme Court that could last for decades, especially if they win the presidency again in 2020”.

And the Court “may continue to erode democratic checks, such as the campaign-finance limits that were dealt a devastating blow by the 2010 Citizens United decisión”. Likewise, with the Senate under Republican control, “Trump can now rapidly fill vacancies” on lower federal courts -which had risen to a half-century high during President Barack Obama’s second term, owing to Republican obstructionism- with “conservative judges who may well erode checks and balances further”.

Nor is Stepan optimistic that state governments will provide a check on overweening federal power. “Republicans now control an all-time high of 68 out of the 99 state legislative chambers and 33 of the 50 governorships” of America’s 50 states, he notes, and this has serious consequences for the ultimate checks on government: effective political competition and free and fair elections. The state legislatures, after all, create the US House of Representatives legislative districts, which have already been gerrymandered to reinforce the Republicans’ majority there.

Worse, the threat to America’s democracy is stalking its grassroots. As Stepan notes, “Since 2013, when another close Supreme Court decision gutted the Voting Rights Act, many, if not most, states with Republican majorities in both chambers have enacted laws and regulations that suppress voting” in non-white areas. A Republican Party that is almost entirely dependent on white voters -and increasingly dependent on white identity politics- is likely to continue on this path.

Goodbye to the West?

It is not only American democracy that is at risk, but also the geopolitical West constructed by the US in the years after World War II. And, as Oxford University Chancellor Chris Patten points out, that construction “long provided the foundation for the global order - probably the most successful such foundation ever created”. Under US leadership, “the West built, shaped, and championed international institutions, cooperative arrangements, and common approaches to common problems”, Patten says. And, by helping “to sustain peace and boost prosperity in much of the world, its approaches and principles attracted millions of followers”.

Trump’s election, “threatens this entire system”, Patten continues. If he “does in office what he promised to do during his crude and mendacious campaign, he could wreck a highly sophisticated creation, one that took several decades to develop and has benefited billions of people”. After all, as Harvard’s Joseph Nye notes, throughout his election campaign, “Trump challenged the alliances and institutions that undergird the liberal world order”. And, although, as Nye remarks, “he spelled out few specific policies”, concepts and loyalties that have long been taken for granted, both by America’s allies and by its foes, no longer can be.

For starters, says Mark Leonard, Director of the European Council on Foreign Relations, “American guarantees are no longer reliable”. And that is true worldwide. “In Europe, the Middle East, and Asia, Trump has made it clear that America will no longer play the role of policeman; instead, it will be a private security company open for hire”. Not only has he “questioned whether he would defend Eastern European NATO members if they do not do more to defend themselves”; he has also suggested “that Saudi Arabia should pay for American security” and “has encouraged Japan and South Korea to obtain nuclear weapons”.

Moreover, says Gareth Evans, former Australian foreign minister, given that he has “little or no hard knowledge of international affairs, Trump is relying on instincts that are all over the map”. As a result, his rhetoric “combines contradictory “America first” isolationist rhetoric with muscular talk of “making America great again””. And Trump’s incoherence, Evans suggests, will not be compensated by his supposed business acumen (which he touted during his campaign). On the contrary, “while staking out impossibly extreme positions that you can readily abandon may work in negotiating property deals, it is not a sound basis for conducting foreign policy”.

Evans is not optimistic. “Trump’s dangerous instincts may be bridled if he is capable of assembling an experienced and sophisticated team of foreign-policy advisers”, he notes. “But this remains to be seen”. In any case, the danger to global stability is compounded by the fact that, whatever remaining checks and balances Trump might face at home, in foreign affairs “the US Constitution grants him extraordinary personal power as Commander-in-Chief, if he chooses to exercise it”.

Of course, some will benefit from the confusion that Trump is likely to sow. As former Swedish Prime Minister Carl Bildt puts it, “authoritarian rulers around the world” will no longer hear “harsh words from the US about their regimes’ contempt for democracy, freedom, or human rights”. On the contrary, the longstanding “goal of making the world safe for democracy will now be replaced by a policy of “America first”, a sea-change in US foreign policy that is already likely arousing jubilation in Russian and Chinese halls of power”.

Trumping the Global Order

So just what form will an “America First” foreign policy take? How Trump deals with Russia, Nye suggests, will be a telltale early sign of the seriousness of his foreign policy. “On the one hand, it is important to resist (Russian President Vladimir) Putin’s game-changing challenge to the post-1945 liberal order’s prohibition on the use of force by states to seize territory from their neighbors”, as he has done in Georgia and Ukraine. “On the other hand”, Nye says, “it is important to avoid completely isolating a country with which the US has overlapping interests in many areas: nuclear security, non-proliferation, anti-terrorism, the Arctic, and regional issues like Iran and Afghanistan”.

Likewise, effective US leadership in Asia, which has become both the center of the world economy and the scene of growing friction between the world’s two most powerful countries -China and the US- requires a capacity for nuance that Trump has yet to reveal. America, says Evans, “undermines itself when it noisily asserts its regional primacy, while ignoring China’s legitimate demand for recognition as a joint leader in the current world order”. At the same time, “when China overreaches, as it has done with its territorial assertions in the South China Sea, there does need to be pushback”. And here, Evans notes, “a quiet but firm US role remains necessary and welcome”.

Like Evans, the Vietnamese geostrategist Le Hong Hiep has little confidence in the US president-elect. As a result of Trump’s election, the “strategic rebalancing toward Asia that (US President Barack) Obama worked so hard to advance may be thrown into reverse, dealing a heavy blow to Asia and the US alike”. Success depends largely on regional countries’ participation in and support of the US-led regional security architecture. But, given that Trump may “focus overwhelmingly on domestic issues”, he could well ignore “strategic engagement with ASEAN and its members”, Hiep says, thereby “causing their relationships with the US to deteriorate”.

And, like Bildt, Hiep believes that “China may welcome the election’s outcome”. To be sure, Trump has accused China of “stealing American jobs - and even blamed it for creating the “hoax” of climate change”. Nonetheless, “he may take a softer stance on China’s strategic expansionism in the region, especially in the South China Sea, than Obama did”.

Others, too, appear to have glimpsed -at least initially- something positive in Trump’s victory. “Trump”, says Palestinian analyst Daoud Kuttab, “attracted the support of the enraged and frustrated, and Palestinians feel even angrier and more hopeless than the working-class white Americans who supported him”. More important, because “Trump is a political outsider, with few ties to (America’s) foreign-policy tradition or the interest groups that have shaped it”, many Palestinians believe that “he could upend conventions that have often been damaging to Palestine, transforming the rules of the game”.

But Kuttab pours cold water on this hope. “Israelis”, he points out, “seem at least as hopeful that Trump’s presidency will tip the scales further in their favor”. Trump has already strongly hinted that he will move the US embassy in Israel from Tel Aviv to Jerusalem - something all US presidents have refused to do for 49 years. And, given that “inciting hatred against Muslims was a staple of his campaign”, there should be no “illusions that Trump will be the arbiter of fairness, much less a peacemaker, in the Israel-Palestine conflicto”.

Latin Americans haven’t the slightest expectation of fair, or even civil, treatment from Trump. In fact, says former Mexican foreign minister Jorge Castañeda, “Trump’s election is an unmitigated disaster for the región”. Indeed, Castañeda calls Latin America the “one world region that cannot possibly adopt a forward-looking attitude”.

Mexico has more reasons than most countries to distrust Trump, given his promise to “deport all six million undocumented Mexicans living and working in the US, and to force Mexico to pay for the construction of a wall on the US-Mexican border”. Moreover, Trump has vowed to “renegotiate the North America Free Trade Agreement (NAFTA), scrap the Trans-Pacific Partnership (TPP), and discourage US companies from investing or creating jobs in Mexico”.

But Trump’s proposals would adversely impact much of the region. “Every Central American country is a source of migration to the US, as are many Caribbean and South American countries”, Castañeda notes. Likewise, “Honduras, Guatemala, El Salvador, Cuba, Haiti, the Dominican Republic, Ecuador, and Peru all have large populations of documented or undocumented nationals in the US, and they will all feel the effects of Trump’s policies, if they are enacted”. Then there are “countries such as Chile, which negotiated the TPP in good faith with the US, Mexico, Peru, and Asian-Pacific countries”, all of which “will now suffer the consequences of Trump’s protectionist stance”. And NAFTA is not the only bilateral free-trade agreement -the US has some ten FTAs with Latin America countries- which Trump might target.

Trading Down

Such deals are particularly vulnerable because trade is the area where Trump’s “America first” foreign policy instincts meet his promise to bring high-paying manufacturing jobs back to America. Here he is likely to meet stiff resistance, not only from an increasingly self-confident China, but also from Mexico, whose leaders would not survive politically were they to cave in to an American president who has, says Castañeda, “dismissed Mexico’s national interests and maligned its people’s carácter”.

But NYU’s Nouriel Roubini thinks that Trump, having “lived his entire life among other rich businessmen”, will end up being more pragmatic. His “choice to run as a populist was tactical, and does not necessarily reflect deep-seated beliefs”. Whereas a “radical populist Trump would scrap the TPP, repeal NAFTA, and impose high tariffs on Chinese imports”, a pragmatic Trump will probably “try to tweak (NAFTA) as a nod to American blue-collar workers”. Moreover, those who “bash China during their election campaigns” often “quickly realize once in office that cooperation is in their own interest”. In fact, “even if a pragmatic Trump wanted to limit imports from China, his options would be constrained by a recent World Trade Organization ruling against “targeted dumping” tariffs on Chinese godos”.

If Trump did press ahead with a protectionist agenda, he would meet resistance not only from America’s trade partners, but also from economic reality. The “case for tearing up free-trade agreements and aborting negotiations for new ones”, Patten notes, “is premised on the belief that globalization is the reason for rising income inequality, which has left the American working class economically marooned”. In reality, trade is no longer the culprit in displacing manufacturing jobs from the US.

Instead, Patten notes, the “sources of American workers’ economic pain are technological innovation and tax-and-spend policies that favor the rich”. And, unlike free trade, which has increased American households’ purchasing power, “the current wave of technological innovation is not lifting all boats”, notes Alex Friedman, CEO of GAM notes. “Even as the likes of Uber and Amazon, and, more fundamentally, robotics, add convenience, they do so by displacing working-class jobs and/or driving down wages”.

But what today’s protectionists fail to acknowledge is that America is no longer competitive in industries like coal and steel - and shouldn’t try to be. For policymakers, Friedman notes, “the problem is that it may take a decade or longer before robotics and the like” diffuse sufficiently to “feed a broader rising tide that lifts all boats”. But repealing free trade certainly would not help. Were Trump to do so, the jobs would not return, and import prices would rise, thereby reducing Americans’ purchasing power - and thus, in Patten’s words, harming “the very people who voted for him”.

Nobel laureate Joseph Stiglitz agrees. “Technology”, he says, “has been advancing so fast that the number of jobs globally in manufacturing is declining”. As a result, “there is no way that Trump can bring significant numbers of well-paying manufacturing jobs back to the US”.

Where the Jobs Are

How, then, is Trump to satisfy his supporters? One possibility, of course, is an option that Obama had embraced - clean tech and green energy. What are needed, says Columbia University’s Jeffrey Sachs, are “massive investments in low-carbon energy systems, and an end to the construction of new coal-fired power plants”. It needs similarly sized “investments in electric vehicles (and advanced batteries), together with a sharp reduction in internal combustion engine vehicles”. Moreover, a “carbon tax”, says Stiglitz, “would provide a welfare trifecta: higher growth as firms retrofit to reflect the increased costs of carbon dioxide emissions; a cleaner environment; and revenue that could be used to finance infrastructure and direct efforts to narrow America’s economic divide”.

But as Stiglitz notes, “given Trump’s position as a climate change denier, he is unlikely to take advantage of this opportunity”. Indeed, he is already staffing his transition team with similarly minded officials, and the Republican congressional caucus has deep ties to traditional oil and gas firms.

This implies that Trump is more likely to embrace large-scale infrastructure investment. British economic historian Robert Skidelsky notes that Trump has “promised an $ 800 billion-$ 1 trillion program of infrastructure investment, to be financed by bonds, as well as a massive corporate-tax cut, both aimed at creating 25 million new jobs and boosting growth”.

Jim O’Neill, a former CEO of Goldman Sachs Asset Management and former British Treasury minister, sees little alternative to what Skidelsky calls “a modern form of Keynesian fiscal policy”. As O’Neill puts it, “(w)ith monetary activism past its sell-by date, an active fiscal policy that includes stronger infrastructure spending is one of the only remaining options”. At the same time, as eager as the Republicans are to slash taxes for the few, “policymakers cannot ignore the high levels of government debt across much of the developed world”.

The same argument that is made for spending on infrastructure can be made for technology. “Shockingly for a country whose economic success is based on technological innovation”, Stiglitz notes, “the GDP share of investment in basic research is lower today than it was a half-century ago”. But it is hard to imagine Trump becoming the kind of technology cheerleader that Obama became during his presidency. His estrangement from the US technology sector, whose leaders overwhelmingly opposed his candidacy, is one factor. Nor does his stance on immigration bode well. As Roubini points out, one of Trump’s proposals would “limit visas for high-skill workers, which would deplete some of the tech sector’s dynamism”.

Although Republicans have not favored large-scale government infrastructure spending since Dwight Eisenhower was president, they will most likely go along with it in exchange for tax cuts. This will undoubtedly result in some job creation. But, as Frankel points out, “income inequality will likely start widening again, despite striking improvements in median family income and the poverty rate last year”. Moreover, “budget deficits will grow”.

That presents a problem for Trump, given that he plans to finance infrastructure investment by issuing bonds. “Market participants”, says Harvard’s Martin Feldstein, “are watching the (US Federal Reserve) to judge if and when the process of interest-rate normalization will begin”. And “historical experience”, says Feldstein, “implies that normalization would raise long-term interest rates by about two percentage points, precipitating substantial corrections in the prices of bonds, stocks, and commercial real estate”.

This suggests an early clash between Trump and the Fed. Trump may try to bend the Fed to his will; but, as Roubini points out, there is one independent force that he will find impossible to control. “If he tries to pursue radical populist policies”, building up massive debt without any plans to pay for it, the response from international markets “will be swift and punishing: stocks will plummet, the dollar will fall, investors will flee to US Treasury bonds, gold prices will spike, and so forth”.

What Should the World Do?

Back in May, Bill Emmott, a former editor of The Economist, contemplating the prospect of a Trump presidency, argued that countries “must hope for the best but prepare for the worst”. Above all, they must bolster “their alliances and friendships with one another, in anticipation of an “America First” rupture with old partnerships and the liberal international order that has prevailed since the 1940s”.

That moment, Leonard argues, has now arrived. Europeans must “try to increase leverage over the US”, whose new leader “is likely to resemble other strongmen presidents and treat weakness as an invitation to aggression”. And, whereas “a divided Europe has little ability to influence the US”, when “Europe has worked together -on privacy, competition policy, and taxation- it has dealt with the US from a position of strength”. Guy Verhofstadt, a former Belgium prime minister who currently heads the Liberals in the European Parliament, goes further. “The EU can no longer wait to build its own European Defense Community and develop its own security strategy”, he says. “Anything less will be insufficient to secure its territory”.

With liberal democracy, as Verhofstadt puts it, “quickly becoming a resistance movement,” his is a refrain now heard around the world. Australia, says Evans, “should have learned by now that the US, under administrations with far more prima facie credibility than Trump’s, is perfectly capable of making terrible mistakes, such as the wars in Vietnam and Iraq”. Facing the prospect of “American blunders as bad as, or worse than, in the past,” he says, “(w)e will have to make our own judgments about how to react to events, based on our own national interests”.

Patten calls for a more robust diplomatic response as well, praising German Chancellor Angela Merkel’s response to Trump’s election, in which she upheld bilateral cooperation on the basis of shared “values of democracy, freedom, and respect for the law and the dignity of man, independent of origin, skin color, religion, gender, sexual orientation, or political views”. That “eloquent and powerful” statement, says Patten, makes Merkel “one leader who seems to recognize how quickly the collapse of US leadership could bring about the end of the post-1945 global order”. And, he adds, it “is precisely how all of America’s allies and friends should be responding”.

What Should America Do?

All is not lost. Stepan is right that the traditional checks and balances of American politics are under severe threat. But, as Roubini reminds us, markets are not the only barrier if policies go off the rails. The executive branch of the US government that Trump commands “adheres to a decision-making process whereby relevant departments and agencies determine the risks and rewards of given scenarios, and then furnish the president with a limited menu of policy options from which to choose”. Indeed, “given Trump’s inexperience, he will be all the more dependent on his advisers, just as former Presidents Ronald Reagan and George W. Bush were”.

In addition, says Roubini, “Trump will also be pushed more to the center by Congress, with which he will have to work to pass any legislation”. Trump’s election, after all, culminates his hostile takeover of the Republican Party, and now he will have to bring about a rapprochement with House Speaker Paul Ryan and Senate Republican leaders, who, Roubini notes, “have more mainstream GOP views than Trump on trade, migration, and budget déficits”. Moreover, “the Democratic minority in the Senate will be able to filibuster any radical reforms that Trump proposes, especially if they touch the third rail of American politics: Social Security and Medicare”.

Likewise, notwithstanding Stepan’s well-founded fears, institutions can fight back against populist subversion, as we have seen in the British High Court’s recent decision upholding the authority of Parliament to scrutinize and vote on the government’s decision to trigger the UK’s exit from the European Union. No one can be certain -least of all Trump- that all of the conservative members of the Supreme Court will march in lock step with his abasement of US democracy. His proposal to ban Muslim immigrants, Frankel notes, “would be struck down even by a right-wing Supreme Court”.

There is also the constraint of constitutionally protected citizen action, already seen in well-attended anti-Trump demonstrations held around the country in the days since the election. Protests are likely to continue, suggests IE Business School’s Lucy Marcus, in the wake of “a surge in hate crimes, including an alarming number of incidents being reported at schools and on college campuses”. If Trump “hopes to be anything remotely close to a responsible leader”, Marcus says, “he must move urgently to address the deep divisions that he so enthusiastically fueled during his campaign”. Equally important, “community leaders must not allow their constituents to be manipulated or goaded into behavior that risks dangerous knock-on effects”.

The long-term challenge posed by Trump, however, is to find the means to decouple white identity politics, in which the Republican Party has become deeply invested, from economic grievance. As Mueller argues, members of “today’s Trumpenproletariat are not forever lost to democracy, as Clinton suggested when she called them “irredeemable””. Mueller quotes George Orwell: “If you want to make an enemy of a man, tell him that his ills are incurable”. Instead, anti-populists must “focus on new ways to appeal to the interests of Trump supporters, while resolutely defending the rights of minorities who feel threatened by Trump’s agenda”.

Skidelsky agrees: “it is economics, not culture”, he says, “that strikes at the heart of legitimacy”. In other words, “it is when the rewards of economic progress accrue mainly to the already wealthy that the disjunction between minority and majority cultural values becomes seriously destabilizing”.

Trump ruthlessly exploited that disjunction, and, in doing so, “obviously made a successful claim to represent people”, says Mueller. “But representation is never simply a mechanical response to pre-existing demands”, he notes. Instead, “claims to represent citizens also shape their self-conception”, which is why it is now “crucial to move that self-conception away from white identity politics and back to the realm of interests”.

Whatever happens, Americans should be mindful of what they have lost -perhaps forever- by electing Trump. His victory has “deeply undermined the soft power the US used to enjoy”, says Shashi Tharoor, chairman of the Indian parliament’s foreign affairs committee, by bringing “to the fore tendencies the world never used to associate with the US - resentment and xenophobia, hostility to immigrants and refugees, pessimism and selfishness”. In the world’s eyes, “fear has trumped hope as the currency of American politics”, laments Tharoor. And in the world’s eyes, “America will never be the same again”.

- ¿Qué necesita la economía estadounidense que Trump haga? (Project Syndicate - **13/11/16**)

Nueva York.- La impresionante victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos hizo que una cosa quede abundantemente clara: demasiados estadounidenses -especialmente hombres estadounidenses blancos- sienten que se quedaron atrás. No es sólo un sentimiento; muchos estadounidenses realmente se quedaron relegados. Esto puede verse en los datos tan claramente cómo se hace patente en su ira. Y, tal como he sostenido repetidamente, un sistema económico que no “cumple” con gran parte de la población es un sistema económico fallido. Entonces, ¿qué debe hacer el presidente electo Trump al respecto?

Durante las tres últimas décadas, las reglas del sistema económico de Estados Unidos han sido reescritas de manera que están sólo al servicio de unos pocos que se encuentran en la parte superior, perjudicando a la economía en su conjunto, y especialmente al 80% en la parte inferior. La ironía de la victoria de Trump es que fue el Partido Republicano, al que ahora Trump lidera, el que impulsó la globalización extrema y arremetió contra los marcos políticos que hubieran mitigado el trauma asociado a la misma. Sin embargo, la historia sí tiene importancia: China e India están ahora integradas en la economía mundial. Además, la tecnología ha avanzado tan rápido que el número de empleos en manufactura, a nivel mundial, está disminuyendo.

La inferencia es que no hay manera de que Trump pueda traer a Estados Unidos un número significativo de puestos de trabajos bien pagados en el ámbito de manufactura. Puede traer de vuelta la manufactura, a través de manufactura avanzada, pero habrá pocos puesto de trabajo. Y, también puede hacer que los puestos de trabajo retornen, pero serán puestos de trabajo con bajos salarios, no los puestos bien remunerados de los años cincuenta.

Si Trump es serio en cuanto a abordar la desigualdad, debe reescribir las reglas una vez más, de una manera que sirvan a los intereses de toda la sociedad, no sólo a los intereses de aquellas personas que son como él.

Lo primero en el orden del día es impulsar la inversión, restableciendo así un robusto crecimiento a largo plazo. Específicamente, Trump debe enfatizar el gasto en infraestructura e investigación. Es sorprendentemente que en un país cuyo éxito económico se basa en la innovación tecnológica, la participación en el PIB de la inversión en investigación básica esté, hoy en día, en un nivel más bajo del que estuvo hace medio siglo.+

Una infraestructura mejorada aumentaría el rendimiento de la inversión privada, que también ha estado rezagándose. Garantizar un mayor acceso financiero a las pequeñas y medianas empresas, incluidas las encabezadas por mujeres, también estimularía la inversión privada. Un impuesto sobre el carbono proporcionaría una triple apuesta ganadora, una trifecta de bienestar: crecimiento más alto a medida que las empresas se adapten para reflejar el aumento de los costos de las emisiones de dióxido de carbono; medioambiente más limpio; e, ingresos que podrían utilizarse para financiar la infraestructura y dirigirse hacia los esfuerzos por reducir la brecha económica de Estados Unidos. Pero, dada la posición de Trump como una persona que niega la existencia del cambio climático, es poco probable que se aproveche lo antedicho (y ello, a su vez, también podría inducir a que el mundo comience a imponer aranceles contra los productos estadounidenses manufacturados en maneras que infrinjan las regulaciones mundiales relativas al cambio climático).

Al mismo tiempo se necesita un abordaje integral para mejorar la distribución de la renta de Estados Unidos, que es una de las peores entre las economías avanzadas. Si bien Trump ha prometido elevar el salario mínimo, es improbable que realice otros cambios de importancia crítica, como ser el fortalecimiento de los derechos de negociación colectiva y el poder de negociación de los trabajadores, así como la imposición de restricciones a la compensación de los directores ejecutivos y a la financiarización.

La reforma de la regulación debe ir más allá de tan sólo limitar el daño que el sector financiero puede hacer y debe garantizar que este sector realmente esté al servicio de la sociedad.

En abril, el Consejo de Asesores Económicos del presidente Barack Obama publicó un informe mostrando una creciente concentración del mercado en muchos sectores. Eso significa menos competencia y precios más altos - esta es una forma segura de bajar los ingresos reales, tal como lo es bajar directamente los salarios. Estados Unidos necesita hacer frente a estas concentraciones de poder de mercado, incluyendo las más recientes manifestaciones en la llamada economía colaborativa.

El retrógrado sistema impositivo de Estados Unidos - que estimula la desigualdad al ayudar a los ricos (sólo a ellos y a nadie más) a hacerse aún más ricos, también debe ser reformado. Un objetivo obvio debería ser eliminar el tratamiento especial de las ganancias de capital y los dividendos. Otro objetivo es garantizar que las empresas paguen impuestos - tal vez bajando la tasa de impuestos corporativos para aquellas empresas que inviertan y creen empleos en Estados Unidos, y elevándolos para las que no lo hagan. Sin embargo, debido a que Trump es uno de los principales beneficiarios de este sistema, sus promesas relativas a llevar a cabo reformas que beneficien a los estadounidenses comunes y corrientes no son creíbles; tal como acostumbradamente ocurre con los republicanos, los cambios impositivos que ellos realizan beneficiarán en gran medida a los ricos.

Probablemente, Trump no llegue a cumplir con el objetivo de mejorar la igualdad de oportunidades. Garantizar educación preescolar para todos e invertir más en las escuelas públicas es esencial para que Estados Unidos evite convertirse en un país neo-feudal donde las ventajas y desventajas se transmiten de una generación a la siguiente. Sin embargo, Trump prácticamente ha permanecido callado con respecto a este tema.

El restablecimiento de la prosperidad compartida requeriría de políticas que amplíen el acceso a viviendas y atención médica a precios asequibles, así como el acceso a una jubilación segura con un mínimo de dignidad, además serían necesarias políticas que posibiliten que todos los estadounidenses, independientemente de cuánta riqueza tenga su familia, puedan pagar una educación postsecundaria acorde con sus habilidades e intereses. Si bien me podría imaginar a Trump, un magnate de los bienes raíces, apoyando un programa masivo de vivienda (en el cual la mayoría de los beneficios vayan a favor de desarrolladores inmobiliarios como él), su prometida derogación de la Ley de Cuidado de Salud a Bajo Precio (Obamacare) dejaría a millones de estadounidenses sin seguro de salud. (Poco después de las elecciones, Trump insinuó que es posible que él actúe con cautela en este ámbito).

Los problemas planteados por los estadounidenses marginados -cuya marginación es el resultado de décadas de negligencia- no se resolverán, ni rápidamente ni mediante herramientas convencionales. Una estrategia eficaz tendrá que considerar un mayor número de soluciones no convencionales, hacia las que los intereses corporativos republicanos son poco proclives. Por ejemplo, se podría permitir a las personas incrementar su seguridad de jubilación poniendo más dinero en sus cuentas del Seguro Social, con aumentos proporcionales en sus pensiones. Además, se podrían instituir políticas integrales de licencias por enfermedad y asuntos familiares que ayudarían a que los estadounidenses lograran un equilibrio menos estresante entre la vida cotidiana y el trabajo.

Del mismo modo, una opción a través del sector público para financiar viviendas podría dar derecho a cualquier persona que haya pagado impuestos regularmente a obtener una hipoteca con el 20% de pago inicial, a un préstamo que sea proporcional a su capacidad para pagar la deuda a una tasa de interés ligeramente superior a la que el gobierno pueda pedir prestado y reembolsar, a su vez, su propia deuda. Los pagos se canalizarían a través del sistema de impuestos sobre la renta.

Mucho ha cambiado desde que el presidente Ronald Reagan empezó a debilitar a la clase media y desviar los beneficios del crecimiento a favor de aquellos en el estrato más alto, y ​​las políticas e instituciones estadounidenses no se han mantenido al ritmo de dichos cambios. Desde el papel que desempeñan las mujeres en la fuerza de trabajo y el surgimiento de Internet hasta el aumento de la diversidad cultural, Estados Unidos del siglo XXI es fundamentalmente distinto al Estados Unidos de los años ochenta.

Si Trump realmente quiere ayudar a los relegados, debe ir más allá de las batallas ideológicas del pasado. La agenda que acabo de esbozar no es sólo una agenda económica: es una sobre cómo edificar una sociedad dinámica, abierta y justa que cumpla la promesa de los valores más apreciados por los estadounidenses. Pero si bien, en algunas maneras, esta agenda es coherente con las promesas de campaña de Trump, en muchas otras maneras, es la antítesis de dichas promesas.

**Mi muy nublada bola de cristal muestra una reescritura de las reglas, pero no para corregir los graves errores de la revolución de Reagan, un hito en el viaje sórdido que dejó a tantos atrás. Por el contrario, las nuevas reglas empeorarán la situación, excluyendo aún a más personas del sueño estadounidense.**

(Joseph E. Stiglitz, recipient of the Nobel Memorial Prize in Economic Sciences in 2001 and the John Bates Clark Medal in 1979, is University Professor at Columbia University, Co-Chair of the High-Level Expert Group on the Measurement of Economic Performance and Social Progress at the OECD…)

- Trump obliga a Europa a coger las riendas de su destino (El Español - **15/11/16**)

(Por Guy Verhofstadt)

La victoria de Donald Trump ha puesto de manifiesto una realidad inevitable: a partir de ahora, los proeuropeos tendrán que luchar solos. El nuevo inquilino de la Casa Blanca nunca ha escondido sus intenciones diplomáticas: el aislacionismo y la vuelta a la doctrina Monroe (“América para los americanos”) marcarán su mandato.

Estados Unidos se retira, los problemas de seguridad y defensa a los que nos enfrentamos persisten y la UE debe hacer de la necesidad virtud. Lo cierto es que, visto el panorama desde nuestra orilla del Atlántico, no hay mal que por bien no venga. Europa podrá ahora hacerse dueña de su destino. A ella le corresponde proteger los valores de la democracia liberal, la política comercial y, sobre todo, hacerse cargo de su defensa.

A corto plazo, el mayor riesgo que entraña la llegada al poder del magnate americano es que Rusia llene el vacío estratégico europeo, ahora huérfano de los americanos. De hecho, Putin ya maquina con Erdogan. Aunque desconocemos el contenido de sus conversaciones, estoy casi seguro de que no tratan sobre cómo convertirse en socio prioritario de la UE ni en el mejor amigo de los pueblos sirio y kurdo. Ya no solo asistimos a la manifiesta impotencia de la UE a la hora de reaccionar a lo que ocurre más allá de sus fronteras, sino que además se ha desvanecido el seguro a todo riesgo que ofrecía Estados Unidos para proteger nuestro continente.

El Consejo Europeo ya ha extendido una invitación a Donald Trump para que venga a Bruselas una vez sea oficialmente investido. Espero que los 28 Estados miembros estén preparados para enfrentarse a la franqueza con la que Trump habla. En otras palabras, interpreto esta invitación como el signo de una reflexión muy profunda sobre el desafío que Trump les ha lanzado con la amenaza de retirarse de la OTAN si los Estados miembros no aumentan su gasto militar.

Por eso, la UE no puede permitirse el lujo de esperar para poner en marcha una Comunidad Europea de defensa ni para desarrollar su propia estrategia de seguridad. Debería empezar expandiendo sus relaciones bilaterales y regionales, fortaleciéndolas y uniéndolas bajo el paraguas de una capacidad militar europea, dado que la presidencia de Trump supondrá el mayor giro geopolítico de las últimas décadas y pondrá la integridad europea en juego. Europa ya no podrá contar con Estados Unidos para resolver sus problemas, algo a lo que estábamos todos muy acostumbrados. A partir de ahora, Europa tiene que ser capaz de garantizar su propia seguridad.

Otro campo en el que los europeos debemos empezar a tomar la iniciativa es el comercial. La elección de Trump abre nuevas posibilidades. Es cierto que el tratado comercial transatlántico (TTIP) ya se ha declarado víctima del neoproteccionismo del presidente electo. Sin embargo, la UE no es ni proteccionista ni ingenua y debería prepararse para el momento en el que China desvíe las mercancías que ya no podrá colocar en el mercado americano.

La UE podría beneficiarse también de la desintegración del tratado de libre comercio de América del Norte (Canadá, EEUU y México). El Tratado con Canadá (CETA) podría servir de modelo. Es el momento de acelerar las conversaciones y desempolvar el acuerdo comercial con México, donde la UE es ya el segundo inversor después de EEUU., y de relanzar las negociaciones con Mercosur.

Por todo ello, la elección de Trump como presidente de los Estados Unidos es una llamada de atención a todos los líderes europeos. Y una llamada a la acción. Nuestras prioridades están lejos de ser las suyas. Por eso, los europeos tenemos que permanecer unidos y trabajar juntos para hacer frente a los grandes desafíos que nos acechan. Es hora de espabilarse y dejar las diferencias internas de lado.

No siempre lo peor es cierto, pero Donald Trump ha alarmado enormemente a la comunidad internacional durante su campaña. Causa especial preocupación su reticente adhesión a los principios de la democracia liberal y del Estado de Derecho, que Europa y Estados Unidos tan orgullosamente han compartido y difundido por el mundo.

En un momento en el que los regímenes autoritarios se refuerzan, la Unión Europea tiene la responsabilidad de preservar esta herencia. Dos grandes Estados miembros celebran elecciones en 2017, Francia y Alemania, además de Los Países Bajos. Los tres sufren la amenaza de fuerzas populistas. Estoy seguro de que los ciudadanos de estos tres Estados me darán la razón: la sabiduría y la razón siguen existiendo en Occidente.

(Guy Verhofstadt, exprimer ministro de Bélgica, preside el Grupo Liberal y Demócrata del Parlamento Europeo)

- Conversaciones honestas sobre comercio (Project Syndicate - **15/11/16**)

Cambridge.- ¿Los economistas son en parte responsables de la abrumadora victoria de Donald Trump en la elección presidencial de Estados Unidos? Aunque no hubieran podido frenar a Trump, los economistas habrían tenido un mayor impacto en el debate público si se hubieran ceñido más a la enseñanza de su disciplina, en lugar de aliarse con los promotores de la globalización.

Cuando mi libro ¿La globalización ha ido demasiado lejos? fue a imprenta hace casi dos décadas, me puse en contacto con un economista muy conocido para pedirle que escribiera un comentario en la contratapa. En el libro yo decía que, en ausencia de una respuesta gubernamental más concertada, un exceso de globalización agravaría las divisiones sociales, exacerbaría los problemas de distribución y minaría los acuerdos sociales domésticos -argumentos que, desde entonces, se han vuelto moneda corriente.

El economista puso reparos. Dijo que, en realidad, no estaba en desacuerdo con ninguno de los análisis, pero que tenía miedo de que mi libro ofreciera “munición para los bárbaros”. Los proteccionistas se servirían de los argumentos del libro sobre los aspectos negativos de la globalización para justificar su agenda estrecha y egoísta.

Es una reacción que todavía recibo de mis colegas economistas. Uno de ellos levantó la mano dubitativamente luego de una conversación y preguntó: ¿no te preocupa que se haga abuso de tus argumentos y terminen favoreciendo a los demagogos y populistas que estás denunciando?

Siempre existe el riesgo de que aquellos con quienes disentimos se apropien de nuestros argumentos en el debate público. Pero nunca entendí por qué muchos economistas creen que esto implica tener que torcer nuestro razonamiento sobre el comercio en una dirección determinada. La premisa implícita parece ser que sólo hay bárbaros en uno de los lados del debate comercial. Aparentemente, aquellos que se quejan de las reglas de la Organización Mundial de Comercio o de los acuerdos comerciales son proteccionistas desagradables, mientras que quienes los respaldan siempre están del lado de los ángeles.

En verdad, muchos entusiastas del comercio también están motivados por sus propias agendas estrechas y egoístas. Las compañías farmacéuticas que defienden reglas sobre patentes más estrictas, los bancos que presionan por un acceso sin restricciones a los mercados extranjeros o las multinacionales que solicitan tribunales de arbitraje especiales no tienen una mayor consideración por el interés público que los proteccionistas. De manera que cuando los economistas matizan sus argumentos, en efecto están favoreciendo a un grupo de bárbaros por sobre otro.

Ya hace mucho tiempo que existe una regla tácita de compromiso público para los economistas según la cual deben defender el comercio y no reparar demasiado en la letra chica. Esto ha generado una situación curiosa. Los modelos estándar de comercio con los cuales trabajan los economistas normalmente tienen fuertes efectos distributivos: las pérdidas de ingresos de ciertos grupos de productores o categorías de trabajadores son la otra cara de los “réditos del comercio”. Y los economistas hace mucho que saben que las fallas del mercado -incluidos el mal funcionamiento de los mercados laborales, las imperfecciones del mercado de crédito, las externalidades del conocimiento o ambientales y los monopolios- pueden interferir en la obtención de esos réditos.

También saben que los beneficios económicos de los acuerdos comerciales que atraviesan las fronteras para dar forma a regulaciones domésticas -como sucede con el endurecimiento de las reglas sobre patentes o la coordinación de los requerimientos de salud y seguridad- son esencialmente ambiguos.

Sin embargo, se puede contar con que los economistas repitan como loros las maravillas de la ventaja comparativa y del libre comercio cada vez que se hable de acuerdos comerciales. Recurrentemente han minimizado los temores en materia distributiva, aunque hoy resulte evidente que el impacto distributivo de, por ejemplo, el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte o el ingreso de China a la Organización Mundial de Comercio fueron importantes para las comunidades más directamente afectadas en Estados Unidos. Sobreestimaron la magnitud de las ganancias agregadas a partir de los acuerdos comerciales, aunque esas ganancias han sido relativamente pequeñas desde por lo menos los años 1990. Han respaldado la propaganda que retrata los acuerdos comerciales de hoy como “acuerdos de libre comercio”, aunque Adam Smith y David Ricardo se revolcarían en sus tumbas si leyeran el Acuerdo Transpacífico.

Esta reticencia a ser honestos respecto del comercio les ha costado a los economistas su credibilidad ante la población. Peor aún, ha alimentado los argumentos de sus oponentes. La incapacidad de los economistas de ofrecer un panorama completo sobre el comercio, con todas las distinciones y advertencias necesarias, ha hecho que resultara más fácil embadurnar al comercio, muchas veces equivocadamente, con todo tipo de efectos adversos.

Por ejemplo, a pesar de todo lo que puede haber contribuido el comercio a la creciente desigualdad, es sólo un factor que contribuye a esa tendencia amplia -y, con toda probabilidad, un factor menor, comparado con la tecnología-. Si los economistas hubieran sido más directos respecto del lado negativo del comercio, podrían haber tenido mayor credibilidad como actores honestos en este debate.

De la misma manera, podríamos haber tenido una discusión pública más informada sobre el dumping social si los economistas hubieran estado dispuestos a admitir que las importaciones provenientes de países donde los derechos laborales no están protegidos efectivamente plantean cuestiones serias sobre la justicia distributiva. Se podría haber hecho una distinción entre aquellos casos donde los salarios bajos en países pobres reflejan una baja productividad y aquellos casos donde se registran violaciones genuinas de los derechos. Y el grueso del comercio que no plantea este tipo de temores podría haber estado mejor aislado de las acusaciones de “comercio injusto”.

Del mismo modo, si los economistas hubieran escuchado a sus críticos que advertían sobre la manipulación de la moneda, los desequilibrios comerciales y las pérdidas de empleos, en lugar de apegarse a modelos que ignoraban esos problemas, podrían haber estado en una mejor posición para contrarrestar los argumentos exagerados sobre el impacto adverso de los acuerdos comerciales en el empleo.

En resumen, si los economistas hubieran manifestado públicamente los reparos, incertidumbres y escepticismo de la sala de seminarios, podrían haberse convertido en mejores defensores de la economía mundial. Desafortunadamente, su celo a la hora de defender el comercio de sus enemigos resultó contraproducente. Si los demagogos con sus comentarios absurdos sobre el comercio hoy están siendo escuchados -y, en Estados Unidos y otras partes, están ganando poder- al menos parte de la culpa debería recaer sobre los impulsores académicos del comercio.

(Dani Rodrik is Professor of International Political Economy at Harvard University’s John F. Kennedy School of Government. He is the author of The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy and, most recently, Economics Rules: The Rights and Wrongs of the Dismal Science)

- Las falsas promesas de Donald Trump a sus partidarios (Expansión - FT - **17/11/16**)

(Por Martin Wolf - Financial Times)

¿Beneficiará Donald Trump a la encolerizada clase obrera blanca que lo llevó a la Casa Blanca? Para responder esta pregunta conviene examinar sus planes y los deseos de los congresistas republicanos.

También hay que pensar en cómo estos planes pueden afectar a la economía mundial. La conclusión es clara: algunas personas se beneficiarán, pero la clase obrera blanca no estará entre ellas. Desde hace tiempo, los republicanos han estado alimentando una rabia que no es fácil de apaciguar. Y Trump ha llevado esta estrategia en nuevas direcciones.

Lo único cierto es que habrá enormes y permanentes recortes fiscales. En este aspecto Trump y los miembros del Partido Republicano del Congreso están de acuerdo. El plan revisado de Trump reduciría los impuestos a las rentas individuales un 33% y el impuesto de sociedades un 15%. También eliminaría el impuesto de sucesión. Los contribuyentes de rentas más altas, el 0,1% de la población, cuyos ingresos superan los 3,7 millones de dólares, recibirían un recorte medio de más del 14% de los ingresos después de impuestos. En cambio, los impuestos del 20% de la población con ingresos más bajos caerían una media del 0,8% de los ingresos gravados. Los que tienen, recibirán más.

Trump -aunque quizás no los congresistas republicanos- también tiene previsto aumentar el gasto en infraestructuras. Aunque esto es deseable, hubiera tenido aún más sentido si los republicanos hubieran apoyado este programa durante la Gran Recesión. Pero tal y como lo señala Lawrence Summers, el ex secretario del Tesoro de EEUU, el plan de Trump depende sobre todo de la inversión privada.

De las experiencias en otros países se deduce que esto a menudo conduce a la explotación de los contribuyentes y a la imposibilidad de poner en práctica inversiones públicas que brindan altos beneficios sociales pero que tienen una escasa rentabilidad comercial.

El efecto neto de estos planes sería un significativo aumento de los déficits fiscales. Los cálculos realizados por el Centro de Política Tributaria (TPC, por sus siglas en inglés) del grupo de investigación de Brookings sugieren que para 2020 el déficit aumentaría un 1 % con respecto al PIB. Con las previsiones actuales como referencia, y haciendo caso omiso de cualquier gasto adicional, esto significaría un déficit de alrededor del 5,5% del PIB en 2020. De forma acumulativa, el aumento de la deuda federal para 2026 podría ascender al 25% del PIB.

Los republicanos del Congreso como Paul Ryan seguramente exigirían recortes que igualaran a los del gasto. El gasto federal anual se encuentra cerca del 20% del PIB.

La factura en materia de salud, de subsidios para personas con bajos ingresos, de la seguridad social, de defensa y de intereses netos ascendió al 88% de estos desembolsos en 2015.

La eliminación del gasto en todas las demás partidas -un error garrafal- simplemente reduciría a la mitad el futuro déficit. En resumen, la lógica del plan conduce a enormes aumentos de la deuda federal en relación con el PIB o a pronunciados recortes del gasto en programas de los que dependen los partidarios de Trump.

Sin embargo, el aumento previsto de los déficits fiscales estadounidenses sería expansivo, aunque la concentración de los recortes en los más ricos limitaría este efecto. De cualquier manera, un significativo aumento en el déficit fiscal de EEUU aceleraría la decisión de aumentar los tipos de interés a corto plazo en EEUU.

No es probable que Trump vaya a quejarse por este hecho ya que él mismo ha arremetido contra la política de bajos tipos de la Reserva Federal. Sin embargo, como lo señala Desmond Lachman del American Enterprise Institute, la economía mundial es frágil. Una rápida subida de los tipos de interés estadounidenses podría contribuir a su desestabilización.

Además, la combinación de relajación fiscal con endurecimiento monetario desembocaría en un dólar más fuerte y en un aumento del déficit por cuenta corriente a medio plazo.

EEUU volvería a considerarse el comprador global de último recurso, ayudando así a los mercantilistas estructurales del mundo: China, Alemania y Japón. Un dólar fuerte y unos crecientes déficits externos, como a principios de los años ochenta, aumentarían la presión proteccionista; el gobierno de Ronald Reagan fue bastante proteccionista durante su primer mandato. La decisión de lanzar la Ronda de Uruguay de negociaciones comerciales multilaterales para liberalizar el comercio mundial fue la respuesta que generó esta política.

Esta vez, sin embargo, un dólar fuerte reforzaría la orientación del Gobierno de Trump hacia el proteccionismo. Pero la protección contra las importaciones aumentaría aún más el valor de la moneda, trasladando el ajuste a los sectores no protegidos, sobre todo a los exportadores competitivos. En definitiva, un dólar fuerte debilitaría al sector manufacturero al que Trump intenta ayudar.

Una probable solución sería convencer a la Fed de que ralentizara el endurecimiento de su política monetaria. El mandato de Janet Yellen como presidenta de la Fed finaliza en 2018. Trump podría pedir a su sucesor que haga lo posible por obtener un crecimiento del 4%, como ha prometido. La última vez que se logró este crecimiento en un período de cinco años fue antes de la crisis financiera de 2000, lo que representa una preocupante advertencia.

Si la Fed intenta lograr este objetivo, podría provocar inflación e inestabilidad financiera o, seguramente, ambas. En todo esto parece haber pocos beneficios, si existe siquiera alguno, para los partidarios de Trump pertenecientes a la clase obrera.

El presidente electo también ha prometido eliminar el ObamaCare y la mayoría de las regulaciones de los sectores medioambiental y financiero. Cuesta trabajo imaginar que estas políticas puedan favorecer de algún modo las perspectivas de la clase trabajadora. Los miembros de esta clase serán más susceptibles de recibir una peor cobertura médica, de respirar un aire más contaminante y de ser víctimas de un comportamiento más agresivo por parte de las entidades financieras y, en el peor de los casos, incluso de otra crisis financiera.

El proteccionismo tampoco ayudará a la mayoría de sus partidarios. Muchos dependen de los bienes importados baratos. Y muchos se verían gravemente afectados por los terribles resultados de una guerra comercial global.

Mientras tanto, el rápido aumento de la productividad provocaría una constante caída en la cuota que representa el sector manufacturero en el mercado laboral de EEUU, a pesar de la protección.

Trump promete multiplicar el gasto en infraestructuras, recortes de impuestos, proteccionismo, recortes en el gasto federal y un proceso radical de desregulación. Un significativo aumento del gasto en infraestructura ayudaría a los trabajadores en el campo de la construcción. Pero casi ningún otro aspecto de estos planes ayudaría a la clase obrera. En general, su programa puede generar un breve crecimiento económico. Pero las consecuencias a largo plazo probablemente serán desalentadoras, y no menos para sus enojados, pero engañados, partidarios. La próxima vez, es probable que su enfado sea aún mayor. Las posibles consecuencias de ese escenario son aterradoras.

- Preparémonos para el “Calexit” y el “Loxit” (El Economista - **18/11/16**)

(Por Matthew Lynn)

¿Qué hacer si no le gusta la política del país al que casualmente pertenece? ¿Pelear? ¿Emigrar? ¿Optar por una vida tranquila? Tal vez. Cada vez más personas parecen pensar que la respuesta es separarse. Tras la victoria de Donald Trump, una de las principales tendencias en Twitter fue Calexit (por la independencia de California). Cuando el Reino Unido votó marcharse de la Unión Europea, mucha gente empezó a defender un Londres independiente, llamémoslo Loxit.

¿Locos? ¿Amargados de mal perder? Tal vez. Pero hay también un elemento de sensatez en estas demandas. Mientras el populismo se hace con el dominio de la política de grandes economías, podría estar más justificada la ruptura de enclaves liberales súper ricos. Han desarrollado unas economías diferentes de los países en los que están encerrados y desde luego tienen la riqueza necesaria para ir en solitario.

Calexit o Loxit no son del todo imposibles y que a nadie le sorprenda si surgieran movimientos similares en París, Milán o incluso Berlín. No es de extrañar que los votantes de California estén perplejos al encontrarse en un país que acaba de elegir a Trump de presidente. El Estado es mayoritariamente demócrata. Hillary Clinton recibió el 61% de los votos, frente a solo el 32% de su opositor republicano. Las mayorías electorales no suelen ser más apabullantes que eso. En realidad, California está tan alejada del resto de Estados Unidos que es prácticamente otro país.

Algo similar ocurrió en el Reino Unido durante el referéndum (también divisivo y amargo) sobre la UE. Mientras amplias partes del cinturón siderúrgico británico cosecharon grandes mayorías para la escisión, el Londres cosmopolita y adinerado votó abrumadoramente para quedarse. El 60% de los londinenses quisieron quedarse en la Unión Europea y algunas zonas de la capital rondaron el 80%. De nuevo, el veredicto fue arrollador y totalmente distinto al resto del país.

Como los californianos, muchos londinenses se preguntan si de verdad quieren pertenecer a un país que, aunque la forma definitiva del Brexit está por decidirse, podría perfectamente volverse más ensimismado y proteccionista. De hecho, podríamos haber visto el primer paso hacia cierta forma de ciudad estado en Londres (como un Singapur más lluvioso).

La Cámara de Comercio de Londres, que representa a los negocios de la capital, sostiene ahora que Londres debe tener visados de trabajo que permitan únicamente a los migrantes el derecho de trabajar allí. Suena como un primer paso hacia la independencia. Al fin y al cabo, el control de las fronteras es una de las cosas que define a una nación.

Ahora mismo, Londres o California independiente puede sonar de locos pero si nos adelantamos unos cuantos años podría empezar a parecer mucho más atractivo. Para ser justos, varios enclaves súper ricos y liberales podrían tener razón de separarse.

Primero, está la fuerza de la independencia. California sería la sexta economía del mundo, por encima tanto de Francia como de la India. También tendría uno de los índices de crecimiento más rápidos del mundo. Hay muchos países mucho menos afortunados. Londres sería más pequeño pero no exactamente un micro-estado si fuera por su cuenta. Con un PIB de unos 600.000 millones de dólares, sería la 21 economía del mundo, sobrepasando a Suecia y Taiwán. Nadie piensa que esos países no funcionen como naciones independientes.

Ambos han desarrollado economías muy diversas respecto al país al que pertenecen. La economía de California se basa en la tecnología y el ocio. La de Londres en las finanzas, el derecho, la asesoría y la tecnología. Ambos están dominados por trabajadores de alto nivel cualificados. Sobre todo, exigen unos niveles muy altos de inmigración para que funcionen, tanto de profesionales cualificados como de trabajadores menos preparados para que el lugar siga adelante. En el resto de Estados Unidos, y en el Reino Unido también, una mayoría en aumento defiende las restricciones a la inmigración para proteger los puestos manuales (precisamente lo que California y Londres no necesitan).

Por último, pueden permitírselo. California tiene un PIB per cápita de 56.000 dólares. Londres de 58.000. El centro de Londres presenta una riqueza desproporcionada, con un PIB per cápita de 83.000 libras. Ambos adelantan cada vez más a los países en los que están y opinan que la política de su nación les arrastra hacia atrás.

Y no tiene por qué acabar ahí. Si Marie Le Pen se hace con el poder de Francia en una plataforma para sacar al país del euro (y ya no hay nadie que lo descarte), es muy improbable que París quiera unirse a eso. ¿Por qué unir su suerte al cinturón oxidado de Francia en declive? ¿Y qué tiene Milán en común con una Italia estancada? Si Alemania le da la espalda a la política liberal y abierta a la inmigración de Ángela Merkel, ¿la animada Berlín querrá ser parte de eso? Probablemente no. A algunos quizá les preocupe que Prusia reemerja como integridad política pero tampoco se puede descartar.

¿La solución? Una forma de ruptura. No tiene por qué ser total. Muchos países europeos tienen niveles crecientes de autonomía en distintas regiones. Cataluña posee un grado de autonomía enorme en España. En el Reino Unido, Escocia tiene mucho más control sobre sus propios asuntos que antes. Podría ser la respuesta.

No va a ocurrir enseguida, pero lugares como Londres o California quieren mucha inmigración, libertad de movimiento de bienes y capital, y políticas sociales ultra liberales. Pero los países en los que se integran quieren restringir la inmigración y son cada vez más reaccionarios. En verdad, la economía de la ruptura tiene mucho sentido y por eso no se puede descartar que la política se mueva en esa dirección también.

- Los que se alegran de la victoria de Trump (El Confidencial - **19/11/16**)

El éxito del heterodoxo candidato republicano ha sido saludado a lo largo y ancho del planeta por numerosas fuerzas con una sola cosa en común: su interés por acabar con el orden existente

(Por Fareed Zakaria - Nueva York)

Gran parte del mundo está en estado de “shock” por el éxito electoral de Donald Trump, pero los hay que están encantados. “Ha sido una victoria para las fuerzas que se oponen a la globalización, que luchan contra la inmigración ilegal y están en favor de estados étnicamente limpios”, declaró un portavoz de Amanecer Dorado, el partido de ultraderecha de Grecia, al que a veces es descrito como neonazi. Viktor Orbán, el primer ministro húngaro que ha dicho que quiere construir un “estado iliberal” en su país, ha saludado los resultados como “grandes noticias”. El vicesecretario del ultraderechista Frente Nacional francés, visto históricamente como un partido ultranacionalista y antisemita, estaba exultante también.

No se te puede juzgar por quién aprueba tus acciones, pero merece la pena intentar entender qué celebran los admiradores de Trump. En algunos casos, su atractivo es estar contra la corrección política. Beppe Grillo, el antiguo cómico que dirige el Movimiento Cinco Estrellas de Italia, ha señalado que como Trump, su partido ha sido considerado sexista y populista pero a la gente le ha dado igual. “The Guardian”, que ha recopilado muchas de estas respuestas, publica que Grillo apoyó a los partidarios de Trump por ser capaces de filtrar la información de los medios y enviar un enorme “que os j...” a los “masones, banqueros y corporaciones chinas”.

Para otros, es ese sentido de camaradería entre hombres fuertes a quienes no les importan los derechos humanos. El dictador sirio Bachar Al Asad ha asegurado que Trump es un “aliado natural”. Rodrigo Duterte, el autoritario líder de Filipinas, ha dicho de él: “A los dos nos gusta decir palabrotas, somos iguales”. Duterte ha sido hostil a Estados Unidos porque Washington ha criticado las ejecuciones extrajudiciales y los abusos de derechos humanos que han marcado su mandato. Robert Mugabe, que en sus 36 años en el poder en Zimbabue ha destruido la economía y las libertades de esa nación, también se ha mostrado esperanzado. Un editorial a página completa en un diario estatal alabó la elección del “poderoso Trump”, y el dictador de 92 años ha descrito a Trump como un “amigo”. Sin duda, Duterte y Mugabe esperan que una Administración Trump sea blanda con ellos.

Lo que une a los admiradores extranjeros de Trump es la idea de que el orden global existente está podrido y debería caer. Muchos de sus partidarios domésticos estarían de acuerdo. Todos los partidos europeos que celebran la victoria de Trump buscan la destrucción de la Unión Europea y, de forma más general, la comunidad occidental férreamente unida alrededor de valores e intereses compartidos. Casi todos son chocantemente prorrusos porque ven en la Rusia de Vladímir Putin un país que busca activamente erosionar el sistema internacional actual. Muchos de esos grupos reciben apoyo abierto o encubierto de Rusia y se benefician de la ciberguerra del Kremlin. “Todos necesitamos instrumentalizar juntos (la elección de Trump) para remodelar la relación transatlántica, y para acabar con los grandes conflictos en Ucrania y Siria junto a Rusia”, ha dicho Frauke Petry, líder del partido ultranacionalista Alternativa para Alemania, según el “Guardian”.

¿Pero qué es esa globalización a la que se oponen estas personas? Después de 1945, tras una Gran Depresión y dos guerras mundiales, las naciones occidentales establecieron un sistema internacional que se caracterizaba por reglas que hacían honor a la soberanía nacional, permitían el florecimiento del comercio global, y promovían el respeto a los derechos humanos y las libertades. Este orden produjo el período de paz más prolongado de la historia entre los principales poderes del mundo, un crecimiento económico amplio que creó grandes clases medias en Occidente, el renacer de Europa, el desarrollo de los países pobres, la salida de la pobreza de cientos de millones de personas y la expansión de la libertad a lo largo del planeta.

El papel de EEUU en todo ello fue central. Estableció la agenda y proporcionó seguridad, lo que iba más allá de simplemente disuadir a la URSS y otros poderes agresivos. Radek Sikorski, el exministro de Exteriores de Polonia, explica: “La influencia de EEUU y sus compromisos han sido nuestra coraza de seguridad. Han permitido que las rivalidades nacionales de Europa siguieran dormidas. Si retiras esas garantías, Europa podría volverse muy inestable”. Y recuerden, la Unión Europea es el mayor mercado del mundo y el principal socio comercial de EEUU.

Para EEUU, “la globalización” ha producido enormes ventajas. Con solo el 5% de la población mundial, EEUU domina la economía global, desde la tecnología a la educación, pasando por las finanzas o las energías limpias. Uno de cada cinco empleos en Estados Unidos es resultado del comercio, y ese número crece rápidamente. EEUU mantiene la reserva de divisas del mundo, lo que le da una enorme ventaja económica.

Los beneficios del crecimiento y la globalización no han sido compartidos de forma igualitaria, y el ritmo del cambio causa ansiedad en todas partes. Pero hay razones para invertir en la gente, mejorar sus capacidades e integrar mejor a las comunidades. No hay razones para destruir el sistema internacional más pacífico y productivo creado jamás en la historia de la humanidad.

- La peligrosa domesticación de Donald Trump (Expansión - FT - **18/11/16**)

(Por Edward Luce - Financial Times)

¿Recuerda cuando Donald Trump dijo: “solamente yo puedo arreglar la situación”?. Resulta que necesitará ayuda. Esa es la buena noticia. Los asesores de Trump están haciendo que el presidente electo se distancie de algunas de sus promesas más extravagantes, como hacer que México pague el muro fronterizo.

La razón es el equipo de Trump ya está dominado por personas que tienen los mismos intereses a los que Trump prometió poner fin. Tras haber prometido hacer una adquisición hostil, el populista ajeno a la política se ha rodeado de expertos en política. Washington está sacando la alfombra roja para Trump y no hay una segadora a la vista.

Cualquier populista que logra ser elegido se enfrenta a dos peligros. El primero es la imposibilidad de cumplir la mayoría de sus promesas. Trump es un populista que camina sobre zancos. Juró hacer América grande de nuevo, “drenar la ciénaga” de la corrupción y resucitar al obrero estadounidense olvidado. No puede satisfacer esas expectativas. El segundo es que los populistas no políticos carecen de experiencia en el gobierno. Por lo tanto, deben confiar en quienes la tienen, personas que pueden redactar leyes, elaborar reglas, emitir órdenes ejecutivas, etc. Estas son las personas que prefieren que las cosas sigan como ahora. Menos de una semana después de su sorprendente victoria, Trump ya ha reconocido ambas realidades.

Pero hay que tener cuidado con un populista asaltado por la realidad. Cuando sus partidarios se dan cuenta de que su líder carece de poderes mágicos, sufren el remordimiento del comprador, y entonces el líder debe encontrar métodos para reavivar su apoyo. En el caso de Trump, esto sería una perspectiva muy preocupante. Pero por el momento estamos en la primera fase del manual populista.

El equipo encargado de la transición de Trump estará dirigido por Mike Pence, el vicepresidente electo y uno de los políticos con más experiencia en Washington. A Pence ya se le considera un vicepresidente poderoso -incluso un posible presidente-, similar a Dick Cheney en el primer mandato de George W. Bush. Supervisará el nombramiento de los alrededor de 4.000 cargos a cubrir. Algunos de ellos, como Rudy Giuliani, Ben Carson y posiblemente Sarah Palin, encajan con la mentalidad de Trump, pero la mayoría serán personas experimentadas de Washington.

Las semillas de la reacción a Trump ya se están sembrando. Como conservador partidario del pequeño gobierno, la visión del mundo de Pence no encaja con el nacionalismo populista de Trump, y lo mismo ocurre con la mayoría de los diputados republicanos en el Congreso.

Pero sus ideas en materia fiscal sí que coinciden. Trump quiere reducir drásticamente el impuesto sobre la renta y el impuesto de sociedades. También quiere abolir el impuesto de sucesiones, que sólo pagan los estadounidenses más ricos. Estas son las partes de su agenda que es más probable que salgan adelante. Lo que ocurre es que incrementarán la desigualdad económica que ayudó a Trump a llegar al poder. Lo mismo haría la revocación del Obamacare, que ha proporcionado cobertura sanitaria a 20 millones de estadounidenses, otro tema en el que los republicanos y Trump están de acuerdo.

Es demasiado pronto para saber cómo serán estas leyes. Pero no harán mucho por el “estadounidense olvidado”. Las reducciones de impuestos puede que estimulen el crecimiento, pero enriquecerán en gran medida a los estadounidenses más ricos sin proporcionar mucho alivio a los demás. Los multimillonarios, como Trump, serán los mayores ganadores.

Luego están los amorfos intereses comerciales de Trump. Éste es un territorio inexplorado. Trump cederá el control de su imperio a tres de sus hijos, Ivanka, Eric y Donald Junior, en los que tiene una “confianza ciega”. Pero está claro que no hay nada ciego en esto. Los tres también ocupan puestos de renombre en el equipo de Pence que está nombrando los cargos para el gobierno de su padre, el cual tomará decisiones reguladoras, fiscales y legales que afectarán a los beneficios de las empresas de Trump. Esos conflictos de intereses no pasarán desapercibidos para sus oponentes. Trump ya tiene 75 demandas civiles pendientes; el primer juicio empezará dentro de dos semanas.

Si se produce una reacción pública negativa y rápida contra Trump, todo lo que haga se pondrá en duda. La rapidez con que se produzca la reacción dependerá de si Trump hablaba en serio al prometer una gran ley de infraestructuras. Si la ley es buena, podría favorecer a la clase media estadounidense. La mayoría de los republicanos se han opuesto firmemente a propuestas similares en el pasado.

También dependerá de si Trump mantiene su promesa de preservar derechos adquiridos, como Medicare y la Seguridad Social, que la mayoría de los republicanos quieren recortar. Gran parte de las personas que forman la base electoral de Trump dependen de las ayudas gubernamentales para llegar a fin de mes.

El papel de Pence de mediador con Capitol Hill será crucial. ¿Trump se someterá a la agenda conservadora ortodoxa o tratará de imponer su voluntad a Washington? Ambas cosas, dependiendo del tema. El Congreso casi seguramente aceptará un gran recorte de impuestos, pero será mucho más difícil que apruebe leyes sobre gastos. Trump está obsesionado con las encuestas. Si su nivel de popularidad baja, empezará a impacientarse y a ponerse nervioso.

El círculo íntimo de Trump también tiene otra agenda. El sábado, Marine Le Pen, la aspirante a la presidencia francesa de extrema derecha, aceptó una invitación de Stephen Bannon, el jefe de la campaña de Trump, para “trabajar juntos”. Bannon, que se postula como jefe de gabinete de la Casa Blanca de Trump, es un hombre radicalmente diferente de Pence: fue quien encabezó la línea dura (¿Le Penista?) de la campaña electoral de Trump.

Estados Unidos y el mundo deben estar preparados para una lucha interminable entre el Trump domesticado y su peligroso alter ego. Trump solo no puede arreglar la situación.

- El dilema monetario de Trump (Project Syndicate - **18/11/16**)

Nueva York.- Cuando Donald Trump derrotó a Hillary Clinton en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, era de esperarse la respuesta negativa inmediata del mercado. Pero, al día siguiente, la tendencia a la baja del mercado ya se había revertido.

Los rendimientos de las acciones y los bonos de Estados Unidos repuntaron después del discurso de Trump tras la victoria en el que pareció indicar que estaba cambiando de rumbo hacia el centro, algo que los inversores originariamente habían esperado que hiciera este verano (boreal), luego de ganar la nominación republicana y meterse de lleno en la campaña electoral general. En su discurso, Trump prometió ser un presidente para todos los norteamericanos, elogió a Clinton por su gestión pública pasada y se comprometió a implementar importantes políticas de estímulo fiscal centradas en inversión en infraestructura y recortes impositivos para las corporaciones y los ricos.

Los mercados le darán a Trump el beneficio de la duda, por ahora; pero los inversores hoy están analizando a quién va a designar para su administración, que forma adoptarán en realidad sus políticas fiscales y qué curso trazará para la política monetaria.

Tal vez estén observando la política monetaria muy de cerca. Durante su campaña, Trump planteó una amenaza a la independencia de la Reserva Federal de Estados Unidos y criticó a la presidenta de la Fed, Janet Yellen. Pero Trump es un magnate inmobiliario, de modo que no podemos suponer de inmediato que sea un auténtico halcón en materia de política monetaria, y no una paloma. La retórica de su campaña puede haber estado dirigida a la base del Partido Republicano, que está llena de defensores del oro que fustigan a la Fed.

Trump podría designar a halcones para dos bancas de la Junta de la Fed que están actualmente vacantes y, con certeza, reemplazará a Yellen cuando su mandato termine en 2018. Pero es poco probable que la obligue a renunciar antes, porque los mercados castigarían una violación tan obvia de la independencia del banco central.

Aún si Trump efectivamente eligiera a un halcón para reemplazar a Yellen, la persona que designara sólo sería primus inter pares en el Comité Federal de Mercado Abierto (FOMC por su sigla en inglés). El sucesor de Yellen no podría imponer así nomás su punto de vista a la Junta de Gobernadores de siete miembros del FOMC y a los cinco presidentes de Bancos de la Reserva.

Si bien la Fed se asemejó a una monarquía absoluta bajo la presidencia de Alan Greenspan, se terminó pareciendo más a una monarquía constitucional durante el mandato del sucesor de Greenspan, Ben Bernanke. Con Yellen, se la podría describir mejor como una república democrática. Esta transformación no se puede revertir: cada miembro del FOMC tiene opiniones sólidas sobre qué dirección debería tomar la política monetaria y cada uno de ellos está dispuesto a disentir cuando sea necesario.

Esto significa que un halcón radical designado por Trump podría terminar en la minoría y sería superado en votos de manera consistente por la mayoría moderada del FOMC. Por supuesto, Trump podría cambiar la composición de la Junta de la Reserva con el tiempo, designando nuevos gobernadores cuando terminen los mandatos de Stanley Fischer, Lael Brainard, Daniel K. Tarullo y Jerome H. Powell. Pero si toma ese camino, el mercado seguirá monitoreando las acciones de la Fed. Si un continuo crecimiento bajo y una baja inflación no justificaran los rápidos aumentos de las tasas de interés, una Fed de línea dura que aumente las tasas de todos modos enfrentará una respuesta disciplinaria dura por parte del mercado -y, por extensión, lo mismo le sucederá a Trump.

Es más, una línea dura prematura y excesiva fortalecería el dólar estadounidense y aumentaría marcadamente el déficit comercial de Estados Unidos, minando el objetivo manifestado por Trump de crear empleos y mejorar los ingresos para su base electoral de clase trabajadora y obrera. Si a Trump le importa su base -o si por lo menos quiere evitar una reacción política violenta- debería designar gobernadores de línea blanda en la Fed que favorezcan las políticas de dinero fácil que debiliten el dólar. Irónicamente, las personas nombradas por el presidente Barack Obama, como Brainard y Tarullo, en verdad son ideales para la agenda de Trump.

Si Trump efectivamente elige una estrategia de política monetaria más dura, esto tendrá un impacto ambiguo en el dólar, debido a los efectos futuros de sus otras propuestas. Una política fiscal más relajada y una política monetaria más dura deberían, como en el primer mandato del ex presidente Ronald Reagan, fortalecer el dólar; pero si Trump lleva a Estados Unidos hacia el proteccionismo, generará riesgos económicos y geopolíticos colaterales que debilitarían el dólar y aumentarían el riesgo país de Estados Unidos.

De la misma manera, las políticas fiscales de Trump también debilitarían al dólar con el tiempo -después de una apreciación significativa inicial- ya que el gasto en déficit sustancialmente más elevado estaría financiado por dinero fácil o emisiones de bonos que aumentan el riesgo soberano de Estados Unidos. El impacto neto de todos estos factores en el dólar dependerá de cuán relajada se vuelva la política fiscal y de cuán ajustada se torne la política monetaria.

La combinación de políticas propuesta por Trump también tendría un impacto ambiguo -y modesto- en el crecimiento, si nombra a halcones en la Fed. Una política fiscal más relajada favorecería el crecimiento económico a corto plazo; pero una política monetaria más ajustada perjudicaría esos logros. Del mismo modo, si Trump realmente quiere redistribuir cierto ingreso del capital a la mano de obra, y de las ganancias corporativas a los salarios (francamente un gran “si”), sus políticas podrían impulsar el consumo; pero sus políticas populistas y proteccionistas minarían la confianza de las empresas y así los gastos de capital, reduciendo a la vez el poder de compra de los consumidores debido a una mayor inflación.

Los mercados de valores sin duda favorecerán las propuestas de Trump de relajar la política fiscal, desregular las empresas y las finanzas y recortar los impuestos. Pero los inversores estarán atentos al proteccionismo, las críticas a Wall Street y a los inmigrantes y una política monetaria dura y excesivamente agresiva. Sólo el tiempo -y el mercado- dirán si Trump encontrará el equilibrio adecuado.

(Nouriel Roubini, a professor at NYU’s Stern School of Business and Chairman of Roubini Macro Associates, was Senior Economist for International Affairs in the White House's Council of Economic Advisers during the Clinton Administration. He has worked for the International Monetary Fund…)

- Donald Trump y la sensación de tener poder (Project Syndicate - **21/11/16**)

New Haven.- El presidente electo de los Estados Unidos Donald Trump llevó a cabo su campaña electoral, en parte, sobre la base de su propuesta de reducción drástica de impuestos para aquellos con altos ingresos, un grupo cuyos miembros a menudo, también, reciben educación de élite. Y, sin embargo, el apoyo más entusiasta a este candidato tendía a venir de aquellas personas con ingresos medios y estancados, y niveles de educación bajos. ¿Cómo se puede entender esto?

La victoria de Trump claramente parece provenir de la sensación de impotencia económica que tienen sus seguidores, o de un miedo a perder poder. Para ellos, el eslogan simple de Trump: “Hagamos a América grandiosa otra vez” les suena a “Hazte TÚ grandioso otra vez”: se dará el poder económico a las multitudes, sin quitar nada a quienes ya son exitosos.

Aquellos que están en el lado desventajado de la creciente desigualdad económica, generalmente, no quieren que las políticas gubernamentales aparenten ser limosnas. Por lo general, no quieren que el gobierno haga que el sistema tributario sea más progresivo, no quieren que se imponga impuestos que castiguen a los ricos, con el propósito de darles a estas personas desventajadas ese dinero. La redistribución les hace sentir humillados. Les hace sentir que están siendo etiquetados como un fracaso. Les da una sensación de inestabilidad. Les hace sentir atrapados en una relación de dependencia, que podría colapsar en cualquier momento.

Los desesperadamente pobres pudiesen aceptar limosnas, porque se sienten obligados a hacerlo. Sin embargo, para aquellos que se consideran, como mínimo, miembros de la clase media, cualquier cosa que les huela a limosna no es deseable. En cambio, lo que ellos quieren es recuperar su poder económico. Quieren estar en control de sus vidas económicas.

En el siglo XX, los comunistas politizaban la desigualdad económica, pero se aseguraban de que su agenda no fuese de ninguna manera interpretada como donativos o caridad para los menos exitosos. Fue de fundamental importancia que los comunistas tomaran el poder por medio de una revolución, en la que los trabajadores se unieran, actuaran y se sintieran empoderados.

Los seguidores de Trump, también llaman revolución al triunfo de su candidato, aunque la violencia – al menos la ejercida por la campaña propiamente dicha – se limitó a insultos y apodos peyorativos. Sin embargo, aparentemente fue lo suficientemente desagradable como para inspirar a aquellos seguidores de Trump que interpretan la agresividad como evidencia de poder.

Ciertamente, el hecho que el pueblo desee tener una sensación de logro con relación a sus propias inclinaciones, en lugar de, simplemente, tener dinero para vivir, no es algo que solamente ocurre en EEUU. Generalmente, en ningún país se tiene una sensación de estar haciendo lo correcto cuando se responde a una creciente desigualdad económica mediante la imposición de fuertes impuestos a los ricos y la transferencia de ese dinero a otros. Esa actitud da la sensación de estar cambiando las reglas del juego después de que ya se jugó dicho juego.

En su reciente libro Taxing the Rich: A History of Fiscal Fairness in the United States and Europe, Kenneth Scheve de la Universidad de Stanford y David Stasavage de la Universidad de Nueva York usan dos siglos de datos sobre tasas de impuestos y desigualdad de ingresos para examinar loa resultados alcanzados en 20 países. Hallaron que había poca o ninguna tendencia por parte de los gobiernos para hacer que los impuestos sean más progresivos cuando la desigualdad antes de impuestos estaba en aumento.

Katherine Cramer, autora de The Politics of Resentment, llegó a entender de mejor manera los resultados en Wisconsin, lugar donde -al igual que ocurrió en el caso de Trump- el gobernador del Estado, Scott Walker, ganó popularidad entre los votantes de la clase trabajadora. Después de ser elegido en el año 2010, Walker redujo los impuestos sobre los ingresos más altos, se negó a elevar el salario mínimo estatal por encima del mínimo exigido por el gobierno federal y rechazó los intercambios de seguros creados por la reforma de la salud del año 2010, el programa distintivo de la administración del presidente Barack Obama. En lugar de aquello, Walker prometió medidas que quitarían el poder a los sindicatos, acciones que normalmente se perciben como capaces de disminuir los ingresos de la clase trabajadora.

Cramer entrevistó a los votantes de la clase trabajadora rural en Wisconsin, con el propósito de tratar de entender por qué apoyaron a Walker. Sus entrevistados destacaron sus valores rurales y su compromiso con el trabajo duro, factores que han sido una fuente de identidad y orgullo personal. Pero también subrayaron su sensación de impotencia frente a aquellos a quienes percibían como injustamente favorecidos. La autora llegó a la conclusión de que el apoyo a Walker por parte de estas personas, que estaban imbuidas dentro de un entorno que mostraba evidencias de deterioro económico, reflejaba el enfado y resentimiento extremos que sentían hacia las personas privilegiadas en las grandes ciudades, quienes antes de la llegada de Walker las había ignorado, excepto a momento de imponerles impuestos. Además, sus impuestos fueron, en parte, a pagar por los planes de seguro de salud y pensiones de los empleados del gobierno, beneficios que ellos mismos, a menudo, no podían pagar por falta de recursos. Querían tener poder y reconocimiento, que era lo que Walker aparentemente les ofrecía.

Se puede decir casi con certeza que tales votantes también sienten ansiedad por el efecto de la rápidamente creciente tecnología de la información en los empleos y los ingresos. Hoy en día, las personas económicamente exitosas tienden a ser aquellas que son tecnológicamente eruditas, no aquellas que viven en el área rural de Wisconsin (o, en el área rural de cualquier otro lugar). Estos votantes de clase trabajadora sienten una pérdida de optimismo económico; pero, sin embargo, por la admiración que sienten por las personas de su clase y por defender sus valores, ellos quieren quedarse donde están.

Trump habla el idioma de estos votantes; pero, sus propuestas hasta la fecha no parecen abordar el desplazamiento subyacente en el poder. Trump hace hincapié en la reducción de los impuestos internos, misma que, según afirma, dará rienda suelta a una nueva oleada de emprendimientos, así como en la renegociación de los acuerdos comerciales, llevándolos en una dirección proteccionista, con el fin de mantener empleos dentro de Estados Unidos. Sin embargo, es improbable que tales políticas desplacen el poder económico llevándolo a manos de aquellos que han sido relativamente menos exitosos. Por el contrario, los emprendedores pueden desarrollar maneras aún más astutas de reemplazar empleos con computadoras y robots, y el proteccionismo puede generar represalias por parte de los socios comerciales, inestabilidad política y, en última instancia, posiblemente incluso conflictos bélicos activos.

Para satisfacer a sus votantes, Trump debe encontrar maneras de redistribuir el poder sobre los ingresos, no sólo sobre los ingresos propiamente dichos, y no únicamente mediante los impuestos y el gasto público. Trump ha expresado solamente ideas limitadas hasta este punto, como por ejemplo subvencionar la elección de entidades educativas para mejorar la educación. Sin embargo, fuerzas económicas poderosas -como lo son la innovación tecnológica y los costos de transporte más bajos a nivel mundial- han sido las principales fuerzas impulsoras de la creciente desigualdad en muchos países. Este es un hecho histórico que Trump no puede cambiar.

Si aquellos que carecen de las habilidades que demanda la economía de hoy en día rechazan la redistribución, es difícil visualizar la forma cómo Trump mejorará su situación económica. Parece muy poco probable que la Revolución Trump, como se la ha presentado hasta el momento, pueda cumplir con lo que sus seguidores realmente quieren: un aumento en el poder económico que tienen los trabajadores.

(Robert J. Shiller, a 2013 Nobel laureate in economics, is Professor of Economics at Yale University and the co-creator of the Case-Shiller Index of US house prices. He is the author of Irrational Exuberance, the third edition of which was published in January 2015…)

## - Causas del rechazo a la globalización: más allá de la desigualdad y la xenofobia (Real Instituto Elcano - ARI 81/2016 - 22/11/2016)

## (Por Miguel Otero Iglesias y Federico Steinberg)

## Tema

Los autores analizan las razones que explican el creciente descontento con la globalización y el establishment liberal en las democracias avanzadas.

## Resumen

En este trabajo planteamos cinco hipótesis que explican el apoyo a partidos y movimientos anti-establishment y anti-globalización. A la percepción dominante de que el declive económico de las clases medias y la creciente xenofobia imperante en Occidente explican la victoria de Donald Trump en EEUU, el Brexit o el auge del Frente Nacional en Francia, ente otros, añadimos otras tres causas: la mala digestión que grandes capas de la población están haciendo del cambio tecnológico, la crisis del Estado del Bienestar y el creciente desencanto con la democracia representativa.

## Análisis

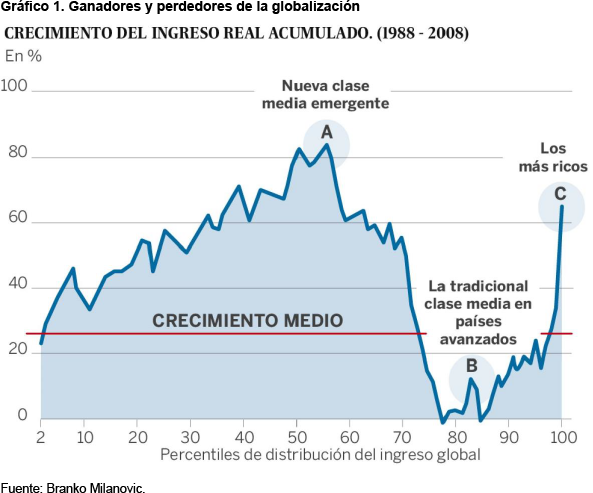
Hace décadas que existe un consenso entre las principales fuerzas políticas de EEUU y Europa en torno a la idea de que la apertura económica es positiva. Así, de forma paulatina, se han ido liberalizando los flujos de comercio e inversión y, en menor medida, de trabajadores. Gracias a este orden liberal, las sociedades occidentales se han vuelto más prósperas, más abiertas y más cosmopolitas. Aunque la apertura económica generaba perdedores, la mayoría de los votantes estaban dispuestos a aceptar un mayor nivel de globalización. Podían, como consumidores, adquirir productos más baratos de países como China y, además, entendían que el Estado del Bienestar les protegería de forma suficiente si, transitoriamente, caían del lado de los perdedores (en economía política esto se llama la “hipótesis de la compensación”, según la cual los países más abiertos tienden a tener Estados más grandes y que redistribuyen más). Los países en desarrollo, por su parte, también se han venido beneficiando de la globalización económica exportando productos al rico mercado transatlántico (que cada vez es más abierto) y enviando remesas desde Occidente a sus países de origen. El invento parecía funcionar.

Sin embargo, en los últimos años, y muy especialmente desde la crisis financiera global y la crisis de la zona euro, los defensores de estas políticas (social-demócratas, demócrata-cristianos y liberales) se encuentran cada vez más acorralados electoralmente por nuevos partidos extremistas que abogan, en mayor o menor medida, por el cierre de fronteras, tanto al comercio como a la inmigración. En su mayoría se trata de partidos de extrema derecha (aunque también los hay de extrema izquierda), que reivindican la recuperación de la soberanía nacional que sienten que han perdido a manos de los mercados globales, de una disfuncional UE o de unas políticas migratorias que consideran demasiado liberales. “Recuperar el control del país” es un eslogan que comparten Trump en EEUU, los partidarios más nacionalistas del Brexit en el Reino Unido y el Frente Nacional francés. Todos ellos aspiran a conseguirlo reduciendo el comercio internacional y expulsando a los inmigrantes. Sus mensajes proteccionistas, nacionalistas y xenófobos, pretenden dar soluciones simples a cuestiones complejas, y están atrayendo a cada vez más votantes desencantados con la marcha de sus sociedades.

En las siguientes páginas planteamos cinco hipótesis que explican el apoyo a estos nuevos partidos. A la idea de que el declive económico de las clases medias y la creciente xenofobia imperante en Occidente explican la victoria de Donald Trump en EEUU, el Brexit o el auge del Frente Nacional en Francia, ente otros, añadimos otras tres: la mala digestión que grandes capas de la población están haciendo del cambio tecnológico; la crisis del Estado del Bienestar; y el creciente desencanto con la democracia representativa.

### Declive económico y xenofobia

En general, los expertos y medios de comunicación se centran en dos hipótesis (no necesariamente contradictorias) para explicar por qué el electorado está apoyando con cada vez más intensidad a los nuevos partidos y movimientos anti-establishment. Por una parte, tenemos a quienes sostienen que la revuelta populista se alimenta de votantes de clase media y baja que ven como sus ingresos están estancados y que están convencidos de que sus hijos vivirán peor que ellos. Como ha demostrado Branko Milanovic(véase el Gráfico 1), estos son los perdedores de la globalización. Se trata en su mayoría de trabajadores poco cualificados de los países occidentales, que no se están pudiendo adaptar a la nueva realidad económica y tecnológica global y que, al perder sus empleos por la competencia de los productos de países con salarios bajos y ver cómo el Estado del Bienestar no les ayuda lo suficiente, optan por dar su apoyo a quienes prometen protegerlos cerrando las fronteras. Esta hipótesis explicaría por qué, por ejemplo, el Frente Nacional francés se nutre cada vez más de votantes socialistas, de clase trabajadora o incluso de clase media, desencantados con las políticas económicas de Hollande, o por qué muchos trabajadores en paro o mal pagados de zonas en declive industrial, tradicionalmente laboristas, apoyaron el Brexit con la esperanza de que una Gran Bretaña fuera de la UE y con mayor margen de maniobra político podría protegerlos mejor de la competencia exterior.



La segunda hipótesis, también plausible, es que los votantes no se están yendo a la derecha por cuestiones económicas, sino por elementos identitarios y culturales. Así, el racismo y la xenofobia latentes que siempre han existido en Occidente (pero cuyas expresiones eran políticamente incorrectas desde el final de la Segunda Guerra Mundial) estarían saliendo del armario debido al impacto social y cultural del aumento de la inmigración de las últimas décadas. Los votantes apoyarían así a partidos con líderes fuertes (cuyos postulados rozan el autoritarismo, como vemos en el caso de Orbán en Hungría) que ofrecen recetas para proteger la “identidad nacional” y frenar el proceso de cambio y disolución de los valores y la cultura tradicionales que la apertura y el multiculturalismo han traído. El miedo a los ataques terroristas de grupos islámicos extremistas facilita este discurso porque permite concentrar el odio al extranjero en el inmigrante de origen musulmán (que se mezcla con el debate sobre los refugiados en Europa) colocando a la seguridad en el centro del debate político, algo que no sucedía desde hace mucho tiempo en Europa. Así, los líderes fuertes y con ideas simples y claras (con discursos como el “nosotros contra ellos”) seducen al votante temeroso, alimentando la ilusión de que la respuesta a sus miedos pasa por colocar a un padre protector al frente del gobierno, cuyo máximo exponente sería Putin en Rusia, figura a la que tanto Trump como Le Pen dicen admirar.

Por el momento, existe evidencia empírica para corroborar ambas hipótesis. En un reciente estudio, la consultora Mckinsey mostraba que entre 2005 y 2014, la renta real en los países avanzados se había estancado o había caído para más del 65% de los hogares, unos 540 millones de personas. Asimismo, varios estudios demuestran que aquellas regiones de EEUU que importan más productos de China tienden a desindustrializarse más rápido, generando bolsas de desempleados que, lejos de encontrar trabajo rápidamente en otros sectores, se ven excluidos del mercado laboral de forma permanente. Además, son precisamente esas zonas las que tienden a votar a políticos más radicales y con propuestas más proteccionistas.

Por otra parte, otros estudios han demostrado que los votantes de los partidos de extrema derecha en Europa y de Trump en EEUU, lejos de ser los perdedores de la globalización, son en su mayoría clases medias y altas blancas cada vez más abiertamente xenófobas. Así, según un estudio de comportamiento electoral en siete democracias europeas, el mejor predictor del voto de extrema derecha sería el apoyo a las políticas restrictivas contra la inmigración, no las preferencias económicas de centro-derecha o la desconfianza hacia los políticos en general o hacia las instituciones europeas en particular. Otro estudio demostró también que los hombres son más proclives a apoyar a estos partidos que las mujeres, aunque sean estas últimas quienes más perjudicadas se han visto por el aumento del libre comercio al ocupar en mayor medida empleos de salarios bajos.

Para muchos, discernir cuál de las dos hipótesis es correcta es importante para poder diseñar políticas públicas que hagan frente al auge de los partidos anti-establishment que amenazan con revertir décadas de políticas económicas que han generado riqueza y prosperidad. Pero tal vez ambas hipótesis sean correctas, en cuyo caso habría que atajar las dos causas conjuntamente. Sin embargo, es posible que reducir el problema al declive económico, la desigualdad y la xenofobia sea demasiado reduccionista. La realidad es más compleja y hay otras razones que podrían explicar el rechazo a la globalización y orden liberal. A continuación las exploramos.

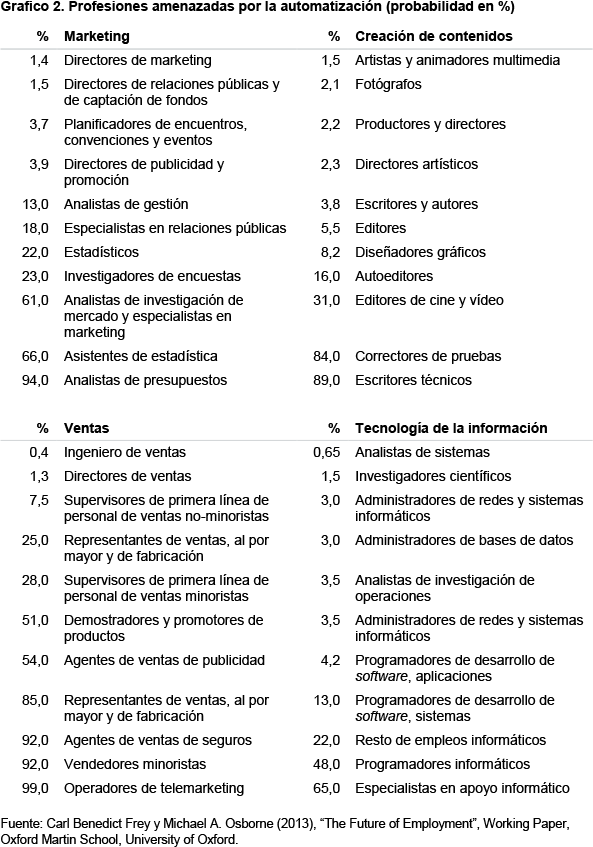
### El impacto de las nuevas tecnologías

La robotización y la inteligencia artificial se presentan normalmente como grandes avances para nuestras sociedades. Aumentan la productividad y generan enormes oportunidades. El robot está presente en muchos sectores, desde la industria del automóvil y la aeronáutica hasta los astilleros. En el futuro conducirá por nosotros, cocinará y reparará averías en el hogar. El simple uso cotidiano del teléfono móvil ya nos ha liberado de muchos quebraderos de cabeza. Desde él, podemos chatear instantemente, realizar operaciones bancarias, ver un partido de fútbol o una película y saber cómo llegar lo más rápidamente posible a cualquier lugar. La llegada de Uber como sustituto del taxi convencional, así como otras aplicaciones, están transformando nuestra vida. Pero justamente este progreso, y lo rápido que avanza, asusta a mucha gente. En Nueva York el sindicato de conductores ya ha anunciado que va a luchar contra la implantación de coches sin conductor de Uber. Y el sector hotelero está inquieto ante el crecimiento de Airbnb.

La tecnología aumenta la productividad, pero también reduce empleo en el corto plazo, sobre todo el rutinario que no requiere de una alta cualificación. Esto lleva a muchos ciudadanos de clase obrera, pero también cada vez más de clase media, a mirar con desconfianza o incluso resistirse a la modernidad y los grandes cambios tecnológicos que promueve el orden liberal, como ya hiciera el movimiento ludita que abogaba por la destrucción de las máquinas durante la Revolución Industrial. Los robots ya no sustituyen sólo a los empleados en las cadenas de montaje, poco a poco están desplazando también a los trabajadores administrativos como las secretarias, los empleados de banca, los contables e incluso los abogados y los asesores financieros (véase el Gráfico 2).

Muchos millenials (nacidos entre 1980 y el 2000), por ejemplo, raramente van a la sucursal del banco y la gestión de la cartera de sus ahorros la hacen a través del logaritmo de un robo-advisor (es decir, a través de la pantalla del ordenador). Todo esto está creando una brecha tecnológica importante entre los profesionales más cualificados, que ven cómo sus ingresos suben y por lo tanto se encuentran cómodos en un mundo cada vez más competitivo, cosmopolita y globalizado, y los que no lo están. Esta división explica en parte por qué el medio rural haya votado a favor de Trump y el Brexit mientras que las grandes ciudades se hayan decantado por Hillary Clinton y la pertenencia del Reino Unido a la UE.

En este caso, el temor que se expresa en el voto de protesta no refleja tanto un rechazo a los empleos perdidos, sino el miedo a perder los empleos del futuro o a entrar en la categoría de los trabajadores pobres. Millones de votantes poco cualificados o del mundo rural sienten que el Estado no se preocupa suficientemente de ayudarles a subirse al tren de la modernidad. Cada vez hay una brecha formativa mayor. Los que se pueden permitir invertir en una educación que los prepare para el siglo XXI, tienen todas las de ganar. Quienes no puedan, tendrán cada vez más dificultades para encontrar trabajo y se quedarán en la cuneta, incluso si tienen un título universitario. Esto crea una enorme frustración y podría explicar el voto anti-sistema.



### El Estado del Bienestar crea proteccionismo

Otra posible causa del descontento de una gran parte del electorado es la apuntada por Robert Gilpin en los años 80: que el progresivo aumento del Estado del Bienestar puede crear grupos de interés proteccionistas. Pensemos en los pensionistas. Otto von Bismarck introdujo el primer sistema de pensiones en 1881. Entonces, la gente se jubilaba a los 65 años porque la esperanza de vida en aquella época estaba justamente en los 65 años. Hoy, sin embargo, la jubilación se mantiene en los 65 años (o se ha subido a los 67), pero la esperanza de vida en la mayoría de los países desarrollados está en el entorno de los 80 años. En un mundo cada vez más competitivo y globalizado, ese nivel de gasto social es difícil de mantener. Habría que subir la edad de jubilación, aumentar los años de cotización o reducir el valor de las pensiones, pero la resistencia es enorme. En muchos países europeos la mayoría de la población considera las pensiones como un derecho adquirido irrenunciable. Para protegerlas, se plantea como solución levantar aranceles a los productos provenientes de Asia, introducir controles de capital para retener la riqueza dentro el país y aumentar los impuestos para sufragar el gasto social.

Otro grupo que se podría estar volviendo cada vez más proteccionista es el de los funcionarios. Hasta ahora, los trabajadores del sector público estaban mucho menos expuestos a la competencia foránea que los del sector privado, lo que permitía que sus salarios fueran relativamente altos. Sin embargo, una vez que la globalización de la actividad económica pasa del sector secundario de las manufacturas industriales al sector servicios, incluidos los servicios públicos, la competencia se va a notar también en el sector público. Y como los funcionarios tienen sindicatos más organizados, la resistencia a la liberalización tendrá a ser mayor. La reciente oposición al acuerdo de libre comercio entre EEUU y la UE (TTIP, por sus siglas en inglés) y al TISA (acuerdo plurilateral de liberalización de servicios negociado en el seno de la Organización Mundial del Comercio), que son acuerdos que buscan liberalizar servicios, se puede explicar desde este ángulo. Del mismo modo, la apertura del mercado de la contratación pública a proveedores extranjeros se ve como una amenaza porque se entiende que la tendencia a privatizar los servicios públicos puede empezar por concesiones de años limitados que actúen como caballos de Troya para privatizar completamente sectores como la educación, la sanidad y el agua.

Precisamente, los profesores -trabajadores- y estudiantes de la educación pública forman otro grupo de interés que se resiste cada vez más a la globalización. Los primeros no quieren verse expuestos a la competencia que hay en el sector privado. Y los segundos demandan educación pública, de calidad y apoyada con fondos públicos. Al igual que muchos pensionistas, consideran que se debe impedir la competencia en salarios con los países emergentes y retener vía control de capitales la generación de riqueza y su tributación para poder costear la educación pública. De nuevo, esta lógica explicaría el rechazo que se ve en muchas universidades a los tratados de libre comercio y servicios como el TTIP y el TISA. La sensación es que la globalización beneficia sobre todo a las clases altas del establishment porque pueden dar una mejor educación a sus hijos e integrarlos en la elite transnacional ganadora de la globalización. Pueden costearles una educación en Harvard o Berkeley en EEUU, Oxford, Cambridge y la London School of Economics en el Reino Unido o las Grandes Écoles en Francia, por poner solo algunos ejemplos, mientras que los hijos de las clases medias y medias-bajas se educan en universidades públicas con recursos menguantes.

### La crisis de la democracia representativa

Finalmente, la quinta causa que puede explicar el rechazo al orden liberal es la creciente desconfianza que amplios grupos de la población tienen en las instituciones democráticas. Esto se debe a varios factores. Por un lado, en muchos países occidentales se ha desarrollado una especie de partitocracia, principalmente de los partidos de centro-izquierda y centro-derecha, que ha dominado excesivamente la vida política. Para muchos electores, este centro liberal se turna en el poder, pero sus políticas son muy parecidas. Además, existe cada vez más la sensación de que esta partitocracia está a merced de una plutocracia, formada por grandes intereses económicos, que se beneficia desproporcionadamente del funcionamiento del sistema. Esto hace que haya una falta de conexión y confianza entre las elites y el resto de la población. El principio de autoridad mismo está en entredicho. Muchos ciudadanos piensan que la clase política no los representa, que no tienen voz (ni altavoces para expresar sus ideas como lo hacen a través de las redes sociales) y además piensan que los expertos forman parte de esa elite que se beneficia del sistema actual, por lo que no ofrecen soluciones que vayan a favor de la mayoría.

Según esta hipótesis, la crisis financiera global de 2008 y su gestión posterior habrían tenido unos efectos sociales cuya dimensión solo estaríamos empezando a vislumbrar. La credibilidad de los expertos, sobre todo de los economistas, la profesión más influyente en el debate público, se ha visto dañada al no ser capaces de predecir la crisis. Acto seguido, la percepción de que el sistema político y judicial actual beneficia a las elites se habría visto confirmada cuando el contribuyente tuvo que rescatar a los bancos mientras que muy pocos de sus gestores han tenido que pagar por sus errores. Al contrario, la sensación de muchos votantes es que los altos directivos de la banca se han llevado unas compensaciones por jubilación anticipada de millones de dólares o euros, mientras que el trabajador común tiene que trabajar toda su vida y nunca podrá llegar a esas cifras. La reputación de los expertos se ha visto todavía más dañada después de la crisis. Muchos telespectadores o lectores de periódicos se dieron cuenta que los expertos no eran neutrales. Cada experto explicaba las causas de la crisis desde un ángulo muy distinto y aportaba soluciones en muchos casos contrapuestas. Unos pedían más estímulo fiscal, mientras que otros defendían la austeridad. Eso ha creado mucha confusión, al tiempo que ha deslegitimado el papel de los expertos. Para muchos, la sensación es que cada experto tiene su propia agenda, y que casi todos defienden el orden liberal porque les beneficia. Del mismo modo, se piensa que muchos de estos expertos, formados en las mejores universidades y por lo tanto muy distantes del ciudadano medio, tienen valores liberales en relación a la religión, el aborto, el matrimonio homosexual, la diversidad racial y la equidad de género que no son compartidos por gran parte de la población, sobre todo en EEUU.

La deslegitimación de los expertos y los tecnócratas es consecuencia de la falta de soluciones políticas a los problemas de nuestras sociedades. Durante mucho tiempo, los políticos se han escondido bajo el velo de las soluciones técnicas. Han acordado que los bancos centrales sean independientes y encabezados por tecnócratas protegidos del escrutinio público y democrático. También han delegado la negociación de tratados de libre comercio e inversiones a expertos y cedida soberanía a organizaciones internacionales coma la Organización Mundial de Comercio y el Fondo Monetario Internacional. En el caso de Europa, este traspaso de soberanía al Banco Central Europeo y la Comisión Europea (todavía muy distantes del votante) ha sido todavía mayor. Esta delegación funcionó bien mientras la economía y el empleo crecían. Pero con la llegada de la crisis, la autoridad y la legitimidad de los tecnócratas se ha empezado a cuestionar mucho más, sobre todo porque, a falta de una respuesta política, estos han acaparado cada vez más poder. Hasta el punto de que se puede decir que los políticos han dejado que los bancos centrales resolvieran la crisis con las inyecciones monetarias. Pero, lamentablemente, se está haciendo cada vez más evidente que sólo con política monetaria no se pueden resolver los problemas estructurales que tienen las sociedades desarrolladas.

Todo este cuestionamiento ha llevado a que se ponga en duda la sociedad abierta y que muchos votantes estén dispuestos a dar su apoyo a candidatos que usan un lenguaje más próximo al ciudadano de a pie y que prometen soluciones fáciles a problemas complejos. El discurso anti-sistema logra así aglutinar a una amalgama de votantes muy heterogéneos, pero con una base cada vez más amplia. Engloba a aquellos que se sienten desprotegidos y dejados atrás, pero también a quienes les va bien económicamente pero que están desilusionados con los políticos y los tecnócratas y que, por lo tanto, quieren reducir el peso del Estado y su establishment para liberar a las fuerzas del mercado. El cuestionamiento de los expertos ha quedado evidente, sobre todo en la campaña del Brexit.

## Conclusiones

La victoria de Donald Trump en las elecciones de EEUU, el Brexit británico y el auge de partidos como el Frente Nacional francés o Alternativa por Alemania han sorprendido al establishment y han puesto en cuestión décadas de alternancia política entre fuerzas moderadas en los países de Occidente. Las causas de este fenómeno son múltiples. Engloban desde el enfado de los perdedores de la globalización, el temor de muchos a la pérdida de la identidad nacional en sociedades cada vez más diversas y cosmopolitas, la ansiedad en relación al cambio tecnológico y su impacto sobre el empleo, la frustración ante los menguantes recursos para mantener el Estado del Bienestar y la indignación ante la falta de representatividad de muchos aspectos del sistema democrático en un mundo cada vez más globalizado que ha dejado obsoleto el concepto de soberanía nacional.

Todas ellas se combinan y amenazan a la sociedad abierta y al orden internacional que ha imperado durante décadas y que ha generado un espectacular desempeño económico pero que producido también crecientes desigualdades materiales y de oportunidades en las sociedades avanzadas.

Dar respuesta a los fundados temores de la ciudadanía es tal vez el reto más importante al que se enfrentan los países occidentales. La deriva nacionalista, proteccionista, xenófoba y autoritaria de los nuevos planteamientos de muchos de los partidos anti-establishment debería ser combatida atendiendo a las causas que las originan. Mirar para otro lado esperando que capeara el temporal, como se ha venido haciendo en los últimos años, es una receta para el fracaso. Desarrollar mejores políticas de integración de los emigrantes y refugiados es clave en este sentido. También es necesario redistribuir mejor los enormes niveles de riqueza que genera la globalización, subrayar las ventajas de la diversidad y preparar a la ciudadanía contra el cambio tecnológico dándole recursos para adaptarse al cambio. No se trata tanto de proteger frente a los efectos de la globalización como de empoderar a los ciudadanos para que puedan aprovecharla lo máximo posible. Finalmente, también hay que explicar mejor los límites a los que se enfrenta el Estado del Bienestar y qué reformas necesita para poder ser sostenible y abrir nuevos espacios y canales públicos para que la ciudadanía pueda sentirse más y mejor representada.

(Miguel Otero Iglesias Investigador principal, Real Instituto Elcano*-* Federico Steinberg Investigador principal, Real Instituto Elcano)

- ¿Resistirá el dólar a Trump? (Project Syndicate - **23/11/16**)

Santa Bárbara.- Desde que Donald Trump fue elegido presidente de los Estados Unidos, el ingreso de capitales empujó el valor del dólar a alturas que no se habían visto en más de una década. A primera vista, puede parecer que los mercados están registrando un masivo voto de confianza en el presidente electo, y que Trump será bueno para la economía estadounidense y, por extensión, para el dólar.

Pero las apariencias son engañosas. Los movimientos del tipo de cambio a corto plazo no permiten juzgar la fortaleza subyacente de una moneda. Dicen mucho más las tendencias a más largo plazo en el uso que se le da a esa moneda en el mundo, particularmente, como reserva de valor para inversores o bancos centrales extranjeros. En un horizonte temporal de varios años (en vez de sólo las próximas semanas), es casi seguro que la elección de Trump será perjudicial para el billete verde.

Para empezar, el único motivo de la disparada del dólar después de la elección fue que Trump prometió aprobar profundos recortes impositivos y elevar el gasto en la decrépita infraestructura y el supuestamente “agotado” ejército estadounidense. Esto impulsará el crecimiento económico en el corto plazo y provocará sin duda un alza de los tipos de interés. En un mundo hambriento de rentabilidades atractivas, la perspectiva de que las políticas de Trump generen una bonanza atrajo fondos a Wall Street, lo que a su vez aumentó la demanda de dólares.

Es verdad que un país que emite una moneda preferida en todo el mundo puede, en general, ejercer influencia sobre otros, y tiene una clara ventaja económica. La posición del dólar como moneda de reserva internacional dominante equivale a lo que el expresidente francés Valéry Giscard d’Estaing describió como un “privilegio exorbitante” de Estados Unidos. Mientras los extranjeros tuvieran avidez de dólares, Estados Unidos podía gastar cualquier suma para proyectar poder en todo el planeta: para pagar, sólo tenía que poner a andar la imprenta.

Pero el futuro del dólar ahora depende de que Trump realmente cumpla lo de “hacer grande a Estados Unidos otra vez”. Si lo hace, el atractivo internacional del dólar se reforzará con el tiempo. Pero si cumple su promesa proteccionista de poner a “Estados Unidos primero”, con su tufillo a nacionalismo xenófobo, puede ocurrir que inversores y bancos centrales comiencen a buscar otros medios de reserva para sus ahorros ociosos.

Por desgracia, parece más probable lo segundo, y hay amplias razones para dudar de que el “privilegio exorbitante” de Estados Unidos perdure. Desde un punto de vista contable, los dólares en el extranjero son pasivos de Estados Unidos; y los observadores llevan mucho tiempo preocupados por la posibilidad de que el país no sea capaz de honrar su cada vez mayor deuda externa. Los pasivos de Estados Unidos en dólares podrían llegar a un punto de inflexión en cualquier momento, si los inversores se asustaran y salieran a buscar un medio de reserva de valor alternativo, precipitando una espiral descendente irreversible.

Espiral que podría activarse ante las políticas populistas de un presidente no ilustrado. Trump ya hizo sonar la alarma durante la campaña con sus imprudentes comentarios sobre tratar de renegociar la deuda estadounidense recomprándosela a los acreedores a valor descontado. Que es exactamente lo que suele hacer cuando alguna de sus empresas tiene dificultades, y en la práctica equivaldría a un default parcial de la deuda pública. Si quería provocar una huida del dólar, no podría haber hallado mejores palabras.

Supongamos asimismo que Trump ejecute sus promesas presupuestarias. Las rebajas impositivas y el aumento del gasto pueden estimular el crecimiento económico en el corto plazo, pero aumentarán la deuda pública y generarán más dudas sobre la voluntad o capacidad de Estados Unidos para honrar sus compromisos en el largo plazo.

Tampoco olvidemos la promesa de Trump de recuperar millones de empleos fabriles bien pagos mediante la imposición de aranceles a las importaciones y la anulación de tratados comerciales. Si el proteccionismo realmente está en su agenda, debemos suponer que el control de capitales también. Para los acreedores externos de Estados Unidos, un mercantilismo a la Trump puede ser la gota que colme el vaso.

Pero nada de esto implica que haya que esperar una catástrofe (una corrida inmediata contra el dólar o una fuga masiva de acreedores externos). El dólar sobrevivió a los más flagrantes errores de gobiernos anteriores y refutó una y otra vez las predicciones de su caída.

El dólar es hace mucho tiempo la principal reserva internacional de valor, lo que nos permite descartar su abandono veloz y universal. Por ahora ninguna otra moneda puede competirle como instrumento de inversión o activo de reserva, así como ningún país puede igualar la extraordinaria eficiencia de los mercados financieros estadounidenses, fuentes de incomparable liquidez. Así que por ahora el billete verde seguirá siendo el gran refugio seguro del mundo, y aun si las políticas de Trump resultan desastrosas, es improbable que sufra un golpe fatal de un día para el otro.

Pero por otra parte, el dólar puede sucumbir a una larga y lenta sangría conforme los rivales financieros de Estados Unidos traten de hacer sus propias monedas más atractivas y accesibles. China no oculta su intención de establecer el yuan como alternativa creíble al dólar. Con el tiempo, a medida que más monedas se vuelvan competitivas, las ventajas exclusivas del dólar se debilitarán, lo mismo que la privilegiada posición estadounidense.

A largo plazo, la presidencia de Trump no beneficiará al dólar, porque no beneficiará a la economía estadounidense. Por el contrario, si Trump cumple sus promesas de campaña, puede que algún día el billete verde pierda su lugar en la cima de la jerarquía monetaria internacional, al haber cada vez más alternativas tratando de serrucharle el piso.

(Benjamin J. Cohen is Professor of International Political Economy at the University of California, Santa Barbara, and is the author of Currency Power: Understanding Monetary Rivalry)

- EEUU y el mundo están en transición (Project Syndicate - **23/11/16**)

Nueva York.- En menos de dos meses, la transición política estadounidense habrá terminado. El presidente número 45 de Estados Unidos se instalará en la oficina oval. El presidente electo Donald Trump se convertirá en el presidente Trump; el presidente Barack Obama se unirá a Jimmy Carter, George H.W. Bush, Bill Clinton y George W. Bush como uno más en la lista de ex presidentes de EEUU que están con vida.

Proliferan especulaciones sobre las probables políticas de Trump, tanto sobre su política exterior como la doméstica; pero, pocas de dichas especulaciones, e incluso hasta ninguna, son significativas. Hacer campaña proselitista y gobernar son dos actividades muy distintas, y no hay razón para suponer que la forma en la que Trump condujo la primera sea indicativa de la forma cómo él abordará la segunda. Aún no sabemos quiénes serán los principales asesores, y cómo (y cuán bien) trabajarán los mismos de manera conjunta.

Sin embargo, en medio de esta incertidumbre, hay algunas cosas que sí sabemos. La primera es que a Trump se le recibirá con una cesta de asuntos por resolver que está repleta de desafíos internacionales difíciles. Sin duda, ningún problema se compara con la Guerra Fría en su apogeo, pero la gran cantidad y complejidad de problemas no tiene precedentes en tiempos modernos.

Encabezando la lista estará el Medio Oriente, una región en una etapa avanzada de desintegración. Siria, Irak, Yemen y Libia se enfrentan a una mezcla de guerras civiles y guerras subsidiarias, estas últimas también llamadas guerras proxy. El pacto nuclear con Irán, en el mejor de los casos, lidia con un sólo aspecto del poder iraní, y únicamente por un período de duración limitado. Puede que el Estado Islámico (ISIS) llegue a perder su dimensión territorial; pero, junto con otros grupos, continuará representando una amenaza terrorista durante los años venideros. La difícil situación de millones de refugiados se constituye no sólo en una tragedia humanitaria, sino que también en una carga económica y estratégica para los países en la mencionada región y en Europa.

Además, Europa ya se enfrenta a muchos otros retos importantes, incluyendo la agresión rusa contra Ucrania, Brexit, el auge del populismo y el nacionalismo, y las bajas tasas de crecimiento económico. Turquía plantea un problema especial, dado su creciente antiliberalismo dentro de sus fronteras y su comportamiento impredecible en el exterior. El hecho de que los kurdos de Siria hayan demostrado que son los mejores aliados de Estados Unidos contra ISIS es un factor que se suma a la complejidad de las decisiones de política exterior que aún están a la espera de ser tomadas.

La estabilidad de Asia Oriental se ve amenazada por el ascenso y las ambiciones estratégicas de China, los avances nucleares y de misiles balísticos de Corea del Norte, así como también por una serie de controvertidas reivindicaciones marítimas y territoriales. En Asia del Sur existe una renovada tensión entre India y Pakistán, dos rivales nucleares con una historia de conflictos. Es igual de incierto el futuro de Afganistán, país donde la participación y la ayuda internacional durante un periodo mayor a una década no logró producir un gobierno competente, ni pudo sofocar a los talibanes y a otros grupos armados de oposición.

Físicamente más cerca de EEUU, está una Venezuela rica en petróleo que tiene muchas de las características de un Estado fallido. En África, del mismo modo, una mezcla de gobernabilidad deficiente, crecimiento económico bajo, con terrorismo o guerra civil, o con ambos de estos factores, es abrumadora para muchos países. Además, a nivel mundial, se aplican pocas reglas o sanciones, si acaso se las llega a aplicar, con relación a comportamientos imprudentes en ámbitos trascendentales (entre ellos, el ciberespacio, que es uno que reviste suma importancia).

Si bien hacer campaña proselitista no es lo mismo que gobernar, la campaña de Trump ha añadido otros carices a las dificultades que él mismo enfrentará. Al candidatear sobre la base de una plataforma que pregona “Primero Estados Unidos”, Trump ha hecho que surjan cuestionamientos entre los aliados de Estados Unidos acerca de cuán inteligente es continuar dependiendo del apoyo de Estados Unidos. La aparente desaparición de la Asociación Transpacífico ha creado malestar en Asia y América del Sur sobre la previsibilidad de Estados Unidos y sobre si Estados Unidos seguirá siendo el líder del comercio mundial o adoptará una actitud más cercana al proteccionismo. México, escogido por Trump como blanco especial de sus críticas durante la campaña electoral, se enfrenta a un conjunto singular de asuntos relacionados tanto al comercio como a la inmigración.

El presidente entrante y los que le rodean estarán bajo presión para abordar todos estos asuntos y preocupaciones de manera rápida, pero sería aconsejable que se tomen su tiempo. La prioridad por ahora, y por los meses venideros, debería ser conformar el equipo de la nueva administración. Deben llenarse aproximadamente 4.000 puestos. Los miembros de la nueva administración también tendrán que aprender a trabajar juntos, y deberán revisar las políticas existentes antes de que puedan tomar decisiones acerca de otras nuevas. Se centrará la atención de manera considerable en -y se acumularán las expectativas sobre- los primeros cien días de la administración. Sin embargo, no existe nada mágico adherido a los primeros cien días de una presidencia de 1.460 días de duración. Es mejor hacer las cosas bien que hacerlas con premura antes de una fecha determinada.

Sería muy sabio que los gobiernos de otros países hagan más que solamente observar y esperar a que la nueva administración de Estados Unidos se organice. Los aliados deben considerar que otras cosas más podrían hacer a favor de la defensa común. Ellos pueden desarrollar y compartir sus ideas sobre la mejor manera de lidiar con Rusia, China, ISIS, Corea del Norte e Irán. Del mismo modo, puede comenzar a pensar acerca de cómo proteger y promover el comercio mundial en ausencia de nuevos acuerdos liderados por Estados Unidos. En esta nueva era, el equilibrio entre el orden y el desorden mundial será determinado no sólo por las acciones de Estados Unidos, sino que también, y cada vez en mayor magnitud, por las acciones para la que estén preparados a tomar otros países que están alineados desde tiempo atrás con EEUU

(Richard N. Haass, President of the Council on Foreign Relations, previously served as Director of Policy Planning for the US State Department (2001-2003), and was President George W. Bush's special envoy to Northern Ireland and Coordinator for the Future of Afghanistan…)

- El talón de Aquiles de la Trumpeconomía (Project Syndicate - **24/11/16**)

New Have.- La estrategia económica de Donald Trump está plagada de imperfecciones. El presidente electo de Estados Unidos quiere restablecer el crecimiento a través de un gasto basado en déficit en un país con una escasez crónica de ahorro. Esto apunta a una mayor compresión del ahorro nacional, lo que hace que una ampliación de una brecha comercial ya sobredimensionada resulte inevitable.

Esa dinámica revela el talón de Aquiles de la Trumpeconomía: un sesgo proteccionista evidente que choca frontalmente con la dependencia ineludible de Estados Unidos del ahorro externo y de los déficits comerciales para sustentar el crecimiento económico.

La administración Trump no heredará una economía estadounidense fuerte y sólida. El ritmo de recuperación desde la Gran Recesión ha sido la mitad de lento que los rebotes cíclicos normales -lo cual es más inquietante dada la enorme magnitud de la contracción en 2008-2009-. Y los ahorros, el germen de la prosperidad futura, siguen siendo terriblemente escasos. La llamada tasa de ahorro nacional neta -la suma ajustada por depreciación del ahorro de empresas, hogares y gobierno- era de apenas el 2,4% del ingreso nacional a mediados de 2016. Si bien eso es una mejora respecto de la posición de ahorro negativa sin precedentes en 2008-2011, sigue estando lejos del promedio del 6,3% que prevaleció en las últimas tres décadas del siglo XX.

Esto es importante porque explica los déficits comerciales perniciosos contra los que Trump sigue despotricando. Sin ahorros y con la intención de crecer, Estados Unidos debe importar ahorro excedente del exterior. Y la única manera de atraer ese capital extranjero es mediante déficits masivos de cuenta corriente y comercial. Los números lo confirman: desde 2000, cuando el ahorro nacional cayó muy por debajo de la tendencia, el déficit de cuenta corriente se amplió a un promedio del 3,8% del PIB -casi cuatro veces la brecha del 1% de 1970 a 1999-. De la misma manera, el déficit de exportaciones netas -la medida más amplia del desequilibrio comercial de un país- ha sido del 4% del PIB desde 2000, comparado con un promedio del 1,1% en las últimas tres décadas del siglo XX.

La Trumpeconomía tiene la causa y el efecto detrás de este retroceso. Se obsesiona con las causas específicas por país del déficit comercial, como China y México, pero no ve el punto fundamental de que estos déficits bilaterales son síntomas de un problema de ahorro mucho más profundo en Estados Unidos. Supongamos por el momento que Estados Unidos cierra el comercio con China y México -el primer y cuarto componente más grande del déficit comercial total- a través de una combinación de aranceles y otras medidas proteccionistas (incluida la renegociación propuesta del TLCAN y un muro financiado por México). Si no se aborda la escasez de ahorro crónica de Estados Unidos, los componentes chino y mexicano del déficit comercial simplemente serán redistribuidos a otros países -muy probablemente a productores de costos más elevados-. El resultado sería el equivalente funcional de un alza de impuestos a las familias atribuladas de clase media de Estados Unidos.

En resumen, no existe una reparación bilateral para un problema multilateral. Estados Unidos tenía déficits comerciales con 101 países en 2015 -un problema multilateral que surge de una escasez de ahorro que no se puede resolver de manera efectiva con “remedios” específicos por país-. Eso no quiere decir que los socios comerciales de Estados Unidos deberían seguir ejerciendo prácticas injustas. Pero sí implica que existe una esperanza limitada de resolver los déficits comerciales aparentemente crónicos -y la erosión relacionada de las contrataciones domésticas vinculadas a esos desequilibrios- si Estados Unidos no empieza a ahorrar otra vez.

Desafortunadamente, la situación se va a tornar más complicada. Al parecer, es probable que la Trumpeconomía exacerbe la escasez de ahorro de Estados Unidos en los próximos años. Los análisis del Tax Policy Center, de la Tax Foundation y de Moody's Analytics indican que los déficits presupuestarios federales en el plan económico de Trump están encaminados hacia por lo menos el 7% del PIB en los próximos diez años. Los asesores sénior de Trump en materia de política económica, Peter Navarro y Wilbur Ross, sostuvieron en un informe de situación en septiembre que estas estimaciones son erradas, porque no tienen en cuenta las “ganancias inesperadas generadoras de crecimiento” como resultado de las reformas regulatorias y energéticas, o la bonanza agregada que debería surgir de un achicamiento marcado del déficit comercial de Estados Unidos.

Por cierto, el análisis de Navarro-Ross atribuye un 73% de las ganancias generadoras de crecimiento de la Trumpeconomía a una enorme mejora de la balanza comercial general en los próximos diez años. Sin embargo, como dije más arriba, si no hay un incremento milagroso del ahorro nacional, esto es sumamente dudoso. La contabilidad creativa, durante mucho tiempo un elemento esencial de la economía del lado de la oferta, nunca ha sido más imaginativa.

Allí reside una de las desconexiones más notorias de la Trumpeconomía. Ponerse duro en materia de comercio en un momento en el cual el ahorro nacional está a punto de sufrir una presión cada vez mayor simplemente no suma. Hasta las estimaciones más conservadoras del déficit presupuestario federal sugieren que la tasa de ahorro nacional neta ya deprimida podría volver a entrar en territorio negativo en algún momento del período 2018-2019. Eso ejercería una presión renovada sobre los déficits de cuenta corriente y comercial, lo que tornaría extremadamente difícil revertir la pérdida de empleos e ingresos por la cual los políticos rápidamente culpan a los socios comerciales de Estados Unidos.

Irónicamente, en la inminente era de ahorro negativo, Estados Unidos descubrirá que cada vez depende más del ahorro excedente del exterior. Si la administración Trump apunta a los principales prestadores extranjeros -por caso, China-, su estrategia rápidamente podría volvérsele en contra. Como mínimo, podría haber un impacto adverso en los términos según los cuales Estados Unidos se endeuda en el exterior; eso podría significar tasas de interés más altas -de las cuales ya hay indicios evidentes- y, en definitiva, una presión bajista sobre el dólar. Y, por supuesto, éste es el peor escenario de una escalada de la guerra comercial global.

El proteccionismo, el ahorro anémico y el gasto basado en déficit conforman un cóctel especialmente tóxico. En la Trumpeconomía, será excesivamente difícil lograr que Estados Unidos vuelva a ser grande.

(Stephen S. Roach, former Chairman of Morgan Stanley Asia and the firm's chief economist, is a senior fellow at Yale University's Jackson Institute of Global Affairs and a senior lecturer at Yale's School of Management. He is the author of Unbalanced: The Codependency of America and China)

- El Berlusconi de Estados Unidos (Project Syndicate - **24/11/16**)

Londres- En las últimas semanas el mundo ha estado tratando de adivinar la conducta que tendrá Donald Trump una vez asuma el cargo y las políticas que impulsará tras una larga campaña de declaraciones contradictorias. Los ex presidentes estadounidenses que también fueron empresarios (Warren G. Harding y Herbert Hoover) ejercieron hace demasiado tiempo como para dar alguna orientación. Pero hay un precedente en Europa: el italiano Silvio Berlusconi.

Berlusconi fue pionero de lo que Trump ha logrado. Como él, es un empresario que inició su fortuna en el negocio inmobiliario. Cuando entró a la política en 1994 era un forastero aunque, igual que Trump, durante largo tiempo había estado rodeado de personas que conocían bien el sistema.

Los parecidos no acaban allí. Tanto Trump como Berlusconi estaban muy familiarizados con los entresijos de los tribunales; Trump se ha movido rápido desde las elecciones para resolver las demandas por fraude contra la Trump University, pero tiene abiertas cerca de 70 otras demandas contra él y sus empresas. Y ambos tienen una serie de conflictos de interés con su papel de jefe de gobierno debido a la extensión de sus imperios comerciales.

Al igual que Trump, Berlusconi se las arregló para presentarse al mismo tiempo como un potentado y un populista. Prefería comunicarse directamente con la gente, por encima de los medios tradicionales y las estructuras partidarias. De alguna manera, su preferencia por las mujeres glamorosas y las residencias ostentosas elevaba su arrastre popular.

La comparación entre Trump y Berlusconi está lejos de ser superficial. De hecho, la experiencia de Italia con Berlusconi -o il cavaliere (el caballero), como se lo conoce en su país- da seis claras lecciones sobre lo que los estadounidenses y el mundo pueden esperar de Trump.

Primero, nadie debería subestimar al próximo presidente de EEUU. Ya ha desafiado las expectativas: pocos esperaban que siquiera ganara las primarias republicanas. Sin embargo, muchos siguen prediciendo su inminente caída, suponiendo que no durará más de cuatro años en la Casa Blanca, si es que antes no se le destituye mediante un juicio político.

La experiencia de Berlusconi cuenta una historia diferente. También sus contrincantes lo subestimaron una y otra vez. Los comentaristas lo consideraban demasiado ignorante e inexperto para durar como primer ministro, suponiendo que no sobreviviría al tira y afloja de la política o las presiones del gobierno.

Sin embargo, Berlusconi sigue siendo una de las figuras centrales de la política italiana. En los últimos 22 años ha ganado tres elecciones generales y sido primer ministro durante 9 años. Cada vez que los periodistas o intelectuales han intentado llevarlo a un debate público, han perdido. Los críticos de Trump (de hecho, todos los observadores estadounidenses) deberían tener eso en mente.

La segunda lección es que probablemente Trump lleve en lo esencial una campaña política permanente, imponiendo su presencia sobre la mesa. A menudo Berlusconi ha hecho uso de la televisión para tal fin, en especial sus propios canales comerciales. En lugar de conceder entrevistas que no puede controlar, solía trabajar con sus acólitos preferidos, o simplemente hablaba en directo a la cámara. Más de algún programa de debates políticos se ha visto interrumpido por una llamada del primer ministro exigiendo intervenir.

De Trump podemos esperar no solo que siga con sus ráfagas de tuits, sino el uso de la televisión especialmente programas de tertulias y otros canales para hablar directamente a la gente. La decisión de Trump de hacer público un vídeo de YouTube de dos minutos y medio en que enumeraba sus prioridades, en lugar de una conferencia de prensa, refuerza esta idea. Si bien puede parecer una actitud poco presidencial, funciona… al menos si la ejecuta un maestro del mercadeo que no se toma los hechos muy en serio.

La tercera lección del éxito de Berlusconi es que incluso alguien muy rico y poderoso puede presentarse como víctima. De hecho, incluso estando en el cargo, denunciaba ser atacado por el poder judicial, sus rivales de negocios, los “comunistas” o el sistema político.

Podemos esperar que Trump haga lo mismo cuando se dé el caso. No importa que sea un multimillonario nacido en cuna de oro o que en las próximas elecciones sea el mandatario en funciones. Se presentará como víctima de los ataques de enemigos egoístas e interesados.

La cuarta lección es que va a haber insultos. Berlusconi usó sus periódicos y canales de televisión para ensuciar con tanta fuerza a sus oponentes que el escritor Roberto Saviano las llamó macchina del fango o “máquinas de enlodar”.

Los ataques de Trump a los medios de comunicación, a menudo a través de Twitter, anuncian esto, así como sus promesas de campaña de “abrir las compuertas” de las leyes antidifamación. Es probable que su principal agente en este ámbito sea su recién nombrado estratega en jefe, Stephen Bannon, ex director de la ultraderechista Breitbart News.

La quinta lección es que probablemente Trump aprecie la lealtad por sobre todo en su gobierno, tal como lo hiciera Berlusconi. Ya ha convertido a sus tres hijos mayores (que se supone han de administrar sus negocios durante su mandato) en actores clave de su campaña y equipo de transición.

Puede que las leyes federales prohíban a Trump nombrar a sus hijos en cargos de gobierno, pero no hay duda de que seguirán al centro de la toma de decisiones. Ya su hija Ivanka Trump y su esposo, Jared Kusher, estuvieron presentes en el primer encuentro de Trump con un jefe de gobierno, el japonés Shinzo Abe. Hasta los nombramientos de Trump que no pertenecen a su familia (a menudo figuras polémicas o radicales que no tendrían cabida en ningún otro gobierno) reflejan un énfasis en la lealtad personal.

La última lección de Berlusconi es que hay que tomarse en serio las expresiones de admiración hacia hombres fuertes como el Presidente ruso Vladimir Putin. Los narcisistas que van por libre, como Berlusconi y Trump, suelen preferir llegar a acuerdos a título personal y a otros autócratas como interlocutores. Las visitas favoritas de Berlusconi al exterior mientras se desempeñaba en el cargo eran a la dacha de Putin y a la tienda del ex dictador libio Muammar Gadafi, no a tediosas reuniones del Consejo Europeo ni cumbres del G-20.

No obstante, en último término hay una diferencia clave entre Silvio Berlusconi y Donald Trump. El primero no tenía un verdadero programa estando en el cargo, excepto beneficiar sus intereses empresariales y personales y fortalecer su propio poder dando recursos y haciendo favores a sus partidarios. Su mayor perjuicio a los italianos fue su inacción ante el estancamiento económico, pero al menos no lo empeoró. En contraste, Trump sí lo tiene, por difícil que sea de descifrar. Está por verse si las cosas mejorarán o empeorarán con él.

(Bill Emmott is a former editor-in-chief of The Economist)

America’s president-elect has done little to assuage growing anxiety, both at home and abroad, since his victory. Project Syndicate contributors explain why the fear is justified.

Editors’ Insight: a fortnightly review of the best thinking on current events and key trends.

- Waiting for Trump (Project Syndicate - **25/11/16**)

As Donald Trump’s inauguration looms, fear is growing by the day, both at home and abroad. The reason is not that America’s president-elect regards unpredictability as a virtue; it is that much of the world knows his type all too well.

Like the tramps in Samuel Beckett’s play Waiting for Godot, Americans and people around the world are nervously anticipating Donald Trump’s looming presidency. Of course, unlike Godot, Trump will arrive, and everyone knows when. But, like the stranded Vladimir and Estragon, emotions are running high and changing at dizzying speed, alternating between fear, resignation, black humor, and desperation for any ray of hope in the words and actions of the president-elect.

Indeed, as with Beckett’s play, the meaning of the public display that Trump has made of forging his administration is hard to pin down. “Speculation about Trump’s likely foreign and domestic policies is rampant, but little if any of it is meaningful”, says Richard Haass of the Council on Foreign Relations. “Campaigning and governing are two very different activities, and there is no reason to assume that how he conducted the former will dictate how he approaches the latter”.

Haass is probably right, but the fact is that, aside from some softening of Trump’s rhetoric, signs of hope have been almost non-existent in the transition so far. Yes, Trump has backed away -at least for now- from his threat to appoint a special federal prosecutor to investigate his opponent, Hillary Clinton. But that decision followed a string of alarming appointments: Steve Bannon, former CEO of the extremist Breitbart News and an avatar of America’s “alt-right” white nationalists, as senior counselor and chief strategist; Senator Jeff Sessions, whose racist comments led a Republican-controlled Senate to deny him a federal judgeship 30 years ago, as Attorney General; and General Michael Flynn, who believes that the United States is in a “world war” with militant Islam and that America is under threat from Sharia law, as national security adviser. With avowed hardliners in such key positions, fear about the incoming Trump administration has been increasing by the day.

As Project Syndicate columnists reckon with the coming Trump presidency, they have begun to assess its likely political and economic implications. But, regardless of whether Trump follows through on his key campaign promises, one thing is already certain, says Bill Emmott, a former editor of The Economist: “no one should underestimate the next US president”. Comparing Trump to Silvio Berlusconi, Emmott points out that in the last 22 years, Italy’s business mogul-cum-politician “has won three general elections and served as prime minister for nine years”. Those who “continue to predict his imminent downfall, assuming that he will last only four years in the White House, if he is not impeached before that”, should take note.

Understanding Trumponomics

The key difference between Trump and Berlusconi, says Emmott, is that Trump “does have an agenda, however hard to read.” Adair Turner, Chairman of the Institute for New Economic Thinking, agrees. “What President Trump will actually do is in many policy areas unknowable,” Turner says. “But in the case of economic policy, one thing is clear - fiscal policy will be loosened”. And, though “(t)he exact form of the stimulus will likely be inefficient and regressive”, he argues, “the direction of the policy shift -from monetary to fiscal stimulus- makes sense”.

It certainly makes political sense, says Nobel laureate economist Robert Shiller, who believes that Trump’s imperative is to satisfy his core voters, those with “average and stagnating incomes and low levels of education”. But the truth is that his planned tax cuts for the wealthy and big boost in infrastructure spending (based, as Turner notes, on investment tax credits) “are unlikely to shift economic power to those who have been relatively less successful”. In fact, Shiller warns, “entrepreneurs may develop even more clever ways to replace jobs with computers and robots, and protectionism may generate retaliation by trading partners, political instability and, ultimately, possibly even hot wars”.

So far, however, investors seem to be taking “Trumponomics” in stride. “Markets”, says NYU’s Nouriel Roubini, “will give Trump the benefit of the doubt, for now”. Judging by the surge in the dollar’s exchange rate since the election, that is an understatement. As the University of California at Santa Barbara’s Benjamin Cohen points out, “capital inflows have pushed up the dollar’s value to levels not seen in more than a decade”, making it “seem that markets are registering a massive vote of confidence in the president-elect”.

But, Cohen cautions, “(s)hort-term exchange-rate movements are no way to judge a currency’s underlying strength”. For now, markets are responding to Trump’s vow to “enact deep tax cuts and ramp up spending on decaying infrastructure and America’s supposedly “depleted” military”, which “will boost near-term economic growth, and inevitably push interest rates up”. Not surprisingly, with “attractive investment returns” in short supply globally, “a prospective Trump boom has drawn funds to Wall Street, in turn increasing demand for the dollar”.

The question is, for how long? As Cohen acknowledges, “a country that issues an internationally favored currency can generally exert influence over others, and has a distinct economic advantage”. Similarly, Princeton’s Harold James points out that, because the US “has historically been the global safe haven in times of economic uncertainty, it may be less affected than other countries by political unpredictability”. He notes that even in the aftermath of “the 2008 financial crisis -a crisis that unambiguously originated in the US- the safe-haven effect caused the dollar to strengthen as capital inflows rose”. But, as Cohen emphasizes, the dollar’s privileged position is not immutable. If Trump “pursues his protectionist promise to put “America first””, he argues, “investors and central banks could gradually be impelled to find alternative reserves for their spare billions”.

This suggests that “even if Trump’s policies”, as Cohen puts it, “turn out to be disastrous”, faith in the dollar won’t collapse nearly as quickly as faith in the pound since the United Kingdom’s Brexit referendum in June. “A big country like the US can generally impose the costs of its unpredictability on other countries”, James explains, whereas “smaller countries, such as the UK, tend to face more immediate costs”. Jim O’Neill, a former commercial secretary to the UK Treasury and former CEO of Goldman Sachs Asset Management, attributes the steep fall in the pound’s value to the “market’s pessimism about the UK economy’s supply-side outlook and future productivity growth”. The “pound’s weakness, notwithstanding its potential cyclical benefits”, O’Neill argues, “reflects a risk premium on the UK, owing to its tricky EU exit path and other policy uncertainties”.

Such uncertainties are likely to become even more pronounced in the US, partly because Trump is, as Turner says, “impulsive and occasionally vindictive”. As Cohen reminds us, “Trump already set off alarm bells during the campaign with careless remarks about trying to renegotiate US debt by buying it back from creditors at a discount”. He adds that “(n)o statement could be better crafted to provoke a retreat from the greenback”. Equally important, America’s economic fundamentals are likely to weaken. As Trump’s tax cuts and spending increases push up US debt, and as manufacturing jobs fail to reappear, “America’s dollar liabilities could reach a tipping point at any time”, beyond which “skittish investors, seeking an alternative store of value, precipitate an irreversible downward spiral” for the dollar. In this scenario, as “more currencies” - above all, China’s renminbi- “become competitive, the dollar’s unique advantages will erode, as will America’s privileged position”, resulting in “a long, slow bleeding out” for the US economy.

Toward a Trump Tower Accord?

That bleeding will be most evident in America’s trade deficit, argues former Morgan Stanley Asia chairman and current Yale senior lecturer Stephen Roach. Trump’s plan “to restore growth via deficit spending in a country with a chronic shortfall of saving”, says Roach, “points to a further compression in national saving, making a widening of an already outsize trade gap all but inevitable”. In fact, this “dynamic unmasks the Achilles’ heel of Trumponomics,” he notes, because Trump’s promise of protectionism “collides head-on with America’s inescapable reliance on foreign saving and trade deficits to sustain economic growth”.

Here, says Roach, “(c)reative accounting, long a staple of supply-side economics, has never been more imaginative” than that evident in the statistical legerdemain underpinning the Trump team’s forecast of “a massive improvement in the overall trade balance over the next decade”. As Roach points out, getting “tough on trade”, as Trump promises to do, “at a time when national saving is about to come under ever-greater pressure simply doesn’t add up”. Indeed, “the most conservative estimates of the federal budget deficit suggest that the already depressed net national saving rate could re-enter negative territory at some point in the 2018-2019 period”. And that, in turn, “would put renewed pressure on the current-account and trade deficits, making it extremely difficult to reverse the loss of jobs and income that politicians are quick to blame on America’s trading partners”.

Certainly, current trends in world trade are not going to come to Trump’s rescue. As the University of California at Berkeley’s Barry Eichengreen argues, trade “fell by nearly 1% in the second quarter” of this year, owing to a sharp fall in investment spending and “China’s economic deceleration”. Moreover, lower Chinese growth rates reflect structural, not cyclical, factors: because “the phase of catch-up growth is over for China”, says Eichengreen, this crucial “engine of global trade will slow”. At the same time, “efficiency in shipping is unlikely to continue to improve faster than efficiency in the production of what is being shipped”. As a result, “unpacking” global supply chains, something Trump has promised to do with automotive production between US car manufacturers and their plants in Mexico, “will reach the point of diminishing returns”.

Given the likelihood of deterioration in the US trade balance, argue Andrew Sheng and Xiao Geng of the University of Hong Kong, “policies that will strengthen the dollar considerably”, such as debt-financed infrastructure spending, “could prove highly problematic”. As the exchange rate appreciates, “the value of US holdings of foreign assets will decline in dollar terms, while the country’s liabilities will continue to grow, owing to sustained fiscal and current-account déficits”, raising the “very real risk of capital-flow reversal”.

Of course, like Cohen and James, Sheng and Xiao acknowledge that the normal rules do not necessarily apply “in the country with the dominant global reserve currency”. Moreover, they believe that “other reserve-currency countries will probably continue to allow their currencies to depreciate, in order to reflate their economies, and emerging economies will probably continue to use exchange rates to cope with capital-flow volatility”. Eventually, if this continues, “the strain on the international monetary system will only intensify”.

In that case, the world may find itself back to the future.Absent large capital outflows to correct unsustainable “dollar-induced imbalances”, say Sheng and Xiao, the global economy may need “a new Plaza Accord - the 1985 agreement to devalue the dollar and push the Japanese yen and the Deutsche Mark sharply upward”.

Bloc-ing Maneuvers

Contemplating the possibility of such an accord underscores a common theme for Project Syndicate commentators. Just as the “Brexit referendum did not cause the economic catastrophe that much of the “Remain” camp had predicted,” James notes, the costs of US populism will be borne by others -not only by smaller countries, but also (and especially) by emerging economies- long before they are felt at home. As a result, Turner says, the choice for the rest of the world is clear: it must move beyond “excessive reliance on the United States’ inevitably imperfect global leadership”.

Indeed, as the need to minimize the costs of Trumponomics becomes increasingly imperative, many countries may have no choice but to band together in defensive regional blocs. “China may speak for all of Asia”, James says, and “Europe might act together”. And, while “regional integration could set the stage for sorely needed governance reforms, and thus clear a way out of the populist trap”, in the worst case, the “new regionalism could fuel geopolitical animosities and reprise the tensions of the 1930s”.

That risk is likely to take a back seat as the idea of regionalism gains greater sway, particularly in Asia, the world’s economically most dynamic region. As Lee Jong-Wha, a professor at Korea University, emphasizes, “intra-regional trade and investment are more important than ever” in the face of populist policies and American isolationism. “Beyond the economic benefits, integration would yield important political benefits, with an integrated Asia enjoying more influence on the international stage”. But, in order to “reap those benefits, Asia must mitigate regional military and political conflicts and develop a long-term vision for regional integration”.

Former Spanish foreign minister Ana Palacio thinks Europe, which has spent decades integrating, also needs a new focus on regional unity. Otherwise, as “Brexit plays out and the transatlantic partnership becomes unmoored, the EU could well unravel”. Here Palacio, a staunch EU federalist, accepts that a new-model Europe will need to emerge, the most likely alternative being “that it becomes a platform on which its hegemon, Germany, can stand and lead”. Reflecting on the “truism that nothing gets done in Brussels these days without the German government’s acquiescence”, she notes, “the EU is already well down this road”.

But perhaps no region of the world feels more anxious about a Trump presidency than Eastern Europe, given Trump’s evident rapport with Russian President Vladimir Putin. “Trump is not just an ill-tempered child playing with nuclear matches”, says Sławomir Sierakowski, director of the Institute for Advanced Study in Warsaw, “he is also dangerously ambitious, and his foreign-policy proposals could unravel crucial alliances and destabilize the international order”. For Poland and all of Eastern Europe, this is not so much a question of economic welfare as it is a “matter of life and death”.

The fear is that Trump will forge with Putin a “Yalta 2.0”, consigning Ukraine and other parts of the former Soviet Union that gained their independence in 1991 to a Russian sphere of influence. Eventually, Sierakowski suggests, “Russian influence will mean the withdrawal of NATO from Eastern Europe”, while “Western Europe may well be glad to withdraw as well, seizing an opportunity to jettison increasingly burdensome neighbors”. Then, with Western influence waning, Eastern European countries will likely deepen their economic and diplomatic ties with Russia. Hungary under Prime Minister Viktor Orbán is well along in this process, and the Baltic states -where Estonia’s pro-Russian Center Party will lead a new government- may be next. When it comes to Russia, if Trump governs as he campaigned, the outlook, in Sierakowski’s view, is grim: “Those countries that have not already embraced (Putin) will have no alternative but to do so”.

The Knight Arrives

Emmott, for one, has seen this before. One “lesson of Berlusconi”, he says, “is that expressions of admiration for strongmen like (Putin) should be taken seriously”. This is because, for both men, all politics is personal: “Narcissistic lone rangers like Berlusconi and Trump are accustomed to making personal deals, and prefer other strongmen as their interlocutors”.

For the same reason, Trump, like Italy’s Il Cavaliere (as Berlusconi is known), “will probably continue to prize loyalty above all else in his administration”, Emmott says. This is why his three oldest children have been “key players in his campaign and transition”, and it is why “(e)ven Trump’s non-family appointments -often controversial or radical figures who would not have a place in any administration except his- reflect an emphasis on personal loyalty”.

In the end, there is nothing original or unique about Trump’s populism. His massive conflicts of interest; his reliance on racism and clientelism, rather than ideological coherence, to maintain his political base; his embrace of a narrative of victimization and hostility to independent journalists (and comedians); his crude mocking and intimidation of opponents: all are familiar to electorates in Europe, Latin America, and elsewhere. What is new is that this style of politics is coming to power in the world’s largest economy and, for the last seven decades, its main guarantor of global order and stability.

That is why we must not fool ourselves about Trump, or permit efforts to normalize his administration -whether by his allies, his weakened domestic opponents, or a pliant press- to go unchallenged. As Palacio puts it, “clinging to optimism -the belief that things will end well- is pointless”. Damage will be done -at home and abroad- by Trump’s election, because damage already has been done. “Instead”, Palacio says, “we must find grounds for hope - the belief that things will eventually make sense”. And “the only way to do that is to be honest with ourselves and take a sober look at what we can and must do to ensure the most that can be achieved”.

- El último suspiro de la globalización (El Economista - **27/11/16**)

(Por Barry Eichengreen)

¿Significa la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos que la globalización ha muerto o exageran en gran manera los rumores sobre la desaparición del proceso? Si la globalización padece solo una incapacitación parcial y no ha contraído una enfermedad terminal, ¿deberíamos preocuparnos? ¿Cuánto importará la ralentización del crecimiento comercial, ya en el horizonte, para la economía global?

El crecimiento del comercio mundial debería estar aminorando incluso sin Trump en el Gobierno. Ya estaba plano en el primer trimestre de 2016 y cayó casi un 1 por ciento en el segundo trimestre. Continúa una tendencia anterior: desde 2010, los intercambios globales han crecido a un ritmo anual de apenas el 2 por ciento. Junto con el hecho de que la producción internacional de bienes y servicios se ha elevado en más del 3 por ciento, significa que el índice de comercio sobre PIB ha caído, frente a su tendencia firme alcista de unos años antes.

Esta trayectoria preocupante, sostienen los expertos en globalización, refleja el proteccionismo en alza manifestado en la oposición popular al Acuerdo Transpacífico (TPP) y al Acuerdo Transatlántico para el Comercio y la Inversión (TTIP), y últimamente en la victoria electoral de Trump. Implicaría que los beneficios de la apertura y la especialización se están yendo al traste. La causalidad en la economía puede que sea elusiva pero en este caso no es así. Hasta ahora, el crecimiento menor del comercio ha sido el resultado del crecimiento menor del PIB, y no al revés.

Es especialmente evidente en el caso del gasto en inversión, que ha caído bruscamente desde la crisis financiera global. El gasto en inversión es intensivo en comercio porque los países dependen desproporcionadamente de un puñado relativamente pequeño de productores, como Alemania, para bienes de capital tecnológicamente sofisticados.

Además, el menor crecimiento del comercio refleja la desaceleración de la economía china. Hasta 2011, China crecía a índices de dos dígitos y las exportaciones e importaciones chinas aumentaban a un ritmo aún mayor. El crecimiento del gigante asiático ha decrecido un tercio, provocando un menor avance del comercio chino.

El milagro del crecimiento chino, que ha beneficiado a una quinta parte de la población de la Tierra, es el suceso económico más importante del último cuarto de siglo pero solo puede ocurrir una vez. Ahora que esa fase ya se ha acabado en China, este motor del comercio global se ralentizará.

El otro motor del comercio mundial han sido las cadenas de suministro global. El comercio de piezas y componentes se ha beneficiado de la bajada de los costes de transporte, reflejo de la utilización de contenedores y los avances afines en logística. Pero la eficiencia en el transporte no seguirá mejorando más deprisa que la eficiencia en la producción de lo que se está transportando. Los fabricantes de vehículos a motor ya transportan sistemas de transmisión de automóviles varias veces a través de la frontera de México durante la producción. En algún momento, el desembalaje continuo de ese proceso de producción llegará al punto de disminuir los beneficios.

¿Deberíamos preocuparnos porque el comercio crece con más lentitud? Sí, pero solo como un médico se preocupa con un paciente febril. La fiebre no suele ser mortal sino un síntoma de otra enfermedad subyacente. En este caso, la enfermedad es el crecimiento económico lento, también conocido como estancamiento secular, producido por una inversión deprimida, que a su vez refleja problemas financieros e incertidumbre política.

Esa es la enfermedad subyacente. Los acuerdos comerciales, como el TPP o TTIP solo lo abordan oblicuamente. Un mayor gasto en infraestructuras por los gobiernos, para impulsar la inversión y el crecimiento directamente, sería más acertado. Está por ver si el gobierno Trump y el nuevo Congreso estadounidense pueden diseñar y ejecutar un programa de gasto productivo en infraestructuras.

Más en general, es necesario el consenso político sobre políticas de fomento del crecimiento para que la inversión no sea rehén de las luchas internas políticas. Que sea posible con el Gobierno de Trump es otra cuestión pendiente.

El caso de los flujos transfronterizos de capital financiero es aún más dramático. Los flujos brutos de capital (la suma de flujos de entrada y salida) no solo crecen más lentamente sino que han bajado mucho en términos absolutos desde sus niveles de 2009.

Aun así, lo dramático no tiene por qué ser alarmante. De hecho, son los préstamos y créditos bancarios transfronterizos principalmente los que han caído. La inversión directa extranjera (los flujos financieros para construir fábricas extranjeras y adquirir empresas foráneas) continúa en sus niveles previos a la crisis. Lo mismo pasa con los préstamos y créditos transfronterizos en los mercados de bonos y capitales.

Esta diferencia se refleja en la regulación. Habiendo llegado a la conclusión acertada de que los préstamos bancarios transfronterizos son especialmente arriesgados, los reguladores han puesto el freno a las operaciones internacionales bancarias. En respuesta, muchos bancos han limitado sus negocios transfronterizos.

En lugar de alarmar a nadie, debería contemplarse como algo tranquilizador porque las formas más arriesgadas de finanzas internacionales se han restringido sin alterar unas formas más estables y productivas de inversión extranjera. Nos enfrentamos ahora a la perspectiva de que el gobierno de EEUU revoque la ley Dodd-Frank y revierta las reformas financieras de los últimos años. Una regulación financiera menos estricta podría compensar la recuperación de los flujos de capital internacional pero debemos tener cuidado con lo que deseamos.

(Artículo de Barry Eichengreen para Project Syndicate)

- Trump, el chaquetero... espero (El Confidencial - **29/11/16**)

(Por Fareed Zakaria)

Así que ahora Donald Trump dice, en una entrevista con el “New York Times”, que cree que hay conexión entre la actividad humana y el cambio climático, que Hillary Clinton no debería ser llevada a juicio, y que, tras una conversación con el General del Cuerpo de Marina James Mattis, ha cambiado de opinión sobre las técnicas de ahogamiento simulado o “waterboarding”. Uno podría preguntarse por qué no tuvo esa conversación durante la campaña, o por qué estuvo dando pábulo a las ideas opuestas en todos estos temas durante un año y medio. Pero en este punto da igual. Trump es el presidente electo. Deberíamos esperar que cambie de chaqueta todavía un poco más.

Siguiendo esa idea, déjenme trazar los titulares de unas pocas noticias que espero veremos en las próximas semanas.

“Donald Trump quiere mantener el acuerdo con Irán: El presidente electo se ha dado cuenta de que el acuerdo con Irán ha bloqueado el camino de dicho país hacia la obtención de un arma nuclear. Es más, si los EEUU se retirasen, ningún otro país reimpondría las sanciones, así que solo dañaría los negocios estadounidenses. “No me había fijado mucho en los beneficios del acuerdo”, afirmó Trump”.

“Trump: “HEMOS estado bombardeando al ISIS de la hos...”: El presidente electo ha explicado una conversación con el presidente Obama, en el que se ha enterado de que los EEUU y sus socios de la coalición han llevado a cabo más de 16.000 ataques aéreos contra el Estado Islámico. “Eso es un montón”, dijo Trump, señalando que en Siria la Administración Obama se ha enfocado en derrotar al Estado Islámico y no en deponer al presidente Bashar Al Assad. “Han estado haciendo lo que yo siempre he sugerido”, dijo con orgullo”.

“TrumpCare supondrá una mejora “fantástica” del Obamacare: La Administración Trump planea proponer una ley de salud pública que requerirá que las compañías de seguros acepten a gente con condiciones preexistentes. A cambio, las compañías ganarán millones de nuevos clientes, dado que ahora habrá una orden legal de comprar un seguro médico o enfrentarse a una multa de 10.000 dólares, mucho mayor que bajo el Obamacare. “Me he dado cuenta de que, como con las casas o los coches, los seguros no funcionan a no ser que todos tengamos uno”, explicó el presidente electo”.

“La nueva administración dará marcha atrás en las exenciones impositivas para los ricos: Donald Trump ha dicho que una vez que sus amigos Carl Icahn y Wilbur Ross echaron cuentas sobre su plan de impuestos, se dieron cuenta de que dispararía el déficit federal. Así que ha puesto en marcha un nuevo plan que simplifica el código pero recorta impuestos solo para la clase media. “Estas son políticas destinadas a ayudar a los americanos olvidados”, ha explicado. “No necesito un recorte de impuestos””.

“Trump planea limitar las deportaciones: La Administración Trump va a proceder lenta y cuidadosamente con la deportación de trabajadores indocumentados. “Si deportamos a millones de estas personas, industrias como la construcción y la agricultura se hundirían y tendríamos una gran recesión. ¿De qué forma ayuda eso al trabajador estadounidense?”, indicó Trump”.

“Donald Trump anuncia la venta de la Organización Trump: El presidente electo ha dicho que ha decidido que la gente se merece un presidente sin rastro de conflicto de intereses y por ello ha decidido vender todas sus compañías, poner los beneficios en una fundación caritativa, y pedirle a sus hijos que la dirijan. “Si quieren volver a los negocios, les daré a cada uno unos pocos millones para que empiecen, como mi padre hizo conmigo”.

OK, esto último es una fantasía total. Todas las demás no sé si ocurrirán, pero si lo hacen sería grandioso para EEUU. Sé que hay mucha gente que se opuso a la elección de Trump que quieren verle fallar. Yo no. Es mucho mejor para el país y el mundo que Trump lo haga bien en la Casa Blanca. Eso no es “normalizarle”, como les preocupa a algunos, sino reconocer que la situación es la que es y esperar lo mejor. Cuando Trump haga cosas con las que no estoy de acuerdo, protestaré de forma vehemente (por ejemplo, su rechazo a marcar distancia de forma adecuada con sus negocios es verdaderamente irresponsable y hace que el país parezca una república bananera). Pero si acaba haciendo cosas acertadas, le aplaudiré.

Trump tiene una oportunidad única. Un gran número de estadounidenses desconfían profundamente de las elites en Washington y Nueva York. Creen que hay soluciones simples a los problemas a los que se enfrenta EEUU, y rechazan la participación del país en el mundo, que ven como dañina para el americano medio. Esta gente ha puesto su fe en Donald Trump. Si Trump puede ayudarles a comprender algunas de las realidades del mundo y los límites del Gobierno, será un gran paso adelante. Si Donald Trump les dice a sus seguidores que el acuerdo de París sobre el cambio climático merece ser preservado o que la OTAN es crucial para la estabilidad global, tal vez a él le escuchen.

- El día del juicio final de Europa en diciembre (Project Syndicate - **1/12/16**)

Viena.- Mientras la mayor parte de la Unión Europea parece haber entrado en pánico ante la perspectiva de una victoria de la líder de la extrema derecha francesa Marine Le Pen en la elección presidencial de Francia en mayo, la próxima prueba para la UE tendrá lugar mucho antes. El domingo los italianos votarán en un referendo sobre reformas constitucionales y los austríacos elegirán a su próximo presidente. Las elecciones de ambos países podrían tener ramificaciones importantes más allá de sus fronteras.

En Italia, el inminente plebiscito se ha convertido en un voto de confianza popular en el primer ministro, Matteo Renzi, quien ha dicho que renunciará si se rechazan las reformas. Según las últimas encuestas, Renzi podría verse obligado a cumplir con su promesa, lo que podría decretar el fin de la democracia social reformista en Italia -y en otras partes-. En Austria, los votantes elegirán entre un candidato pro-UE y otro anti-UE en el molde nacionalista de Le Pen, Norbert Hofer, del Partido de la Libertad de Austria (FPÖ). Una victoria de Hofer podría insuflar viento a las velas de Le Pen.

Los cambios constitucionales que la campaña por el Sí de Renzi pretende que los votantes aprueben echarían por tierra parten del legado de su antecesor Silvio Berlusconi -un legado que sirve como excelente ejemplo del daño que el populismo de derecha puede generarle a un país-. Entre otras cosas, Berlusconi alteró el sistema político de Italia de manera tal de impedir que la izquierda alguna vez vuelva a ganar un poder absoluto y bloquear cualquier cargo criminal que se pudiera presentar en su contra.

Las reformas propuestas por Renzi, entre otras cosas, modernizarían el sistema político al quitarle poder al Senado (la cámara alta del Parlamento). Una enmienda de estas características es profundamente necesaria para eliminar la paralización política y Renzi ya ha logrado que la aprobaran ambas cámaras del Parlamento. De hecho, el plebiscito, supuestamente, sólo iba a servir de confirmación final.

Pero Renzi no logró mejorar el mal desempeño económico de Italia. Ocho años después de la crisis financiera de 2008, la producción industrial todavía está un 25% por debajo de los niveles previos a la crisis, y el desempleo juvenil supera el 40%. Según estos indicadores económicos, “la crisi”, como la llaman los italianos, es tan mala como la que se experimentó hace 25 años en Polonia y otros países de Europa del este, luego del colapso del comunismo.

Pero esos países superaron sus penurias poscomunistas, porque sus líderes y un porcentaje suficiente de la población creían en la promesa del capitalismo de libre mercado. Por el contrario, desde la crisis financiera global de 2008, esa creencia se ha visto sacudida fuertemente en Italia y otros países de la UE.

El juvenil Renzi efectivamente intentó mejorar el sistema existente y cerrar algunas de las brechas generacionales de Italia, implementado reformas en el mercado laboral. Pero, a diferencia del ex primer ministro británico Tony Blair en los años 1990 o del ex canciller alemán Gerhard Schröder a comienzos de los años 2000, Renzi tiene que enfrentar condiciones económicas globales mucho peores. Italia no puede construir un modelo de crecimiento impulsado por las exportaciones, y se tambalea bajo el peso de una enorme carga de deuda heredada de Berlusconi.

Entre los enemigos de Renzi se encuentran los populistas de izquierda como el Movimiento Cinco Estrellas (Movimiento Cinque Stelle) y los populistas de derecha como la Liga del Norte, o Lega Nord, que lo atacan ferozmente a la vez que culpan a la UE de muchos de los problemas económicos y políticos de Italia. La UE, mientras tanto, ha dejado que Italia se las arregle por su cuenta con los 160.000 refugiados del norte de África que han llegado hasta el momento sólo en el curso de este año.

Si el referendo de Renzi fracasa, el líder del Movimiento Cinco Estrellas, Beppe Grillo, ha dicho que exigirá otro plebiscito sobre la pertenencia de Italia a la eurozona, que podría tener éxito. Si bien Italia alguna vez fue un país incondicionalmente pro-UE, muchos italianos ahora pueden estar a favor de una menor integración, especialmente después del ejemplo de alto perfil que marcó el referendo por el Brexit del Reino Unido en junio.

Por otro lado, un referendo sobre la pertenencia a la eurozona tal vez ni siquiera sea necesario. Si Renzi renuncia, Italia podría volverse casi ingobernable, lo que asustará a los mercados financieros. Esto, a su vez, hará que a Italia le resulte difícil permanecer en la eurozona, considerando las tasas de interés ya altas sobre su deuda pública, que representa el 132% de su PIB.

Mientras tanto, en Austria, la inminente elección presidencial -que enfrenta a Hofer con el candidato de izquierda independiente Alexander Van der Bellen- tendrá mucho más que ver con la política del país que con su economía. En los últimos 10 años, Austria ha estado gobernada por una gran coalición de socialdemócratas y conservadores, pero estos dos partidos convencionales viven bloqueándose mutuamente, y sólo los une su oposición a los populistas de derecha como Hofer. Este acuerdo esclerótico, sin embargo, ha permitido que esos mismos populistas de derecha se presentaran como la única alternativa “al sistema”.

Austria es uno de los países más ricos de la UE, y le está yendo bien en comparación con Italia. Pero los austríacos tienen miedo de perder su riqueza actual y todavía tienen reclamos económicos que los políticos pueden explotar. Por ejemplo, los ingresos de los austríacos de clase baja y media se han venido achicando lentamente en los últimos diez años; el crecimiento económico general es más bajo que el promedio de la UE; y el desempleo está en aumento.

Como en Italia, los populistas de derecha de Austria han hecho campaña contra la UE y han pensado en sacar al país de la eurozona. Pero una medida de ese porte sería aún más suicida que en el caso de Italia, y el FPÖ en verdad ha moderado su postura anti-europea desde la votación del Brexit.

Por el contrario, el FPÖ ha anunciado su intención de convertir el sistema político de Austria en una democracia más presidencial-plebiscitaria. Esto también sería un golpe contra Europa, porque significaría que cualquier legislación de la UE -como políticas para dispersar a los refugiados que hoy están en Italia a otros países miembro- podría ser bloqueada por un plebiscito.

Cuando se cayó el Muro de Berlín -y, con él, el socialismo de Estado- los estados miembro fundadores de la Comunidad Económica Europea respondieron con la creación de la Unión Europea y se comprometieron a una integración europea más profunda. Ese proyecto funcionó bien hasta la crisis de 2008, lo que sugiere que la UE podría ser más apropiada para los buenos tiempos que para los malos. La prueba por partida doble en Italia y Austria el 4 de diciembre ofrecerá una evidencia contundente en un sentido o en el otro.

(Philipp Ther is a professor of Central European History at the University of Vienna)

- ¿Cómo ve China a Trump? (Project Syndicate - **30/11/16**)

Londres.- La asombrosa victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de Estados Unidos ha sacudido al mundo. Si se considera desde el notable silencio del presidente mexicano Enrique Peña Nieto hasta la declaración del presidente francés Francois Hollande sobre que se abre un “período de incertidumbre”, y el embelesamiento apenas disimulado del Kremlin, se puede afirmar que Trump no ha sido recibido internacionalmente de la misma forma en la que se recibieron a otros presidentes estadounidenses. Sin embargo, un país se ha mantenido, en gran medida, impasible: China.

La postura de Trump sobre China es bien conocida: ha culpado a este país de todo, desde acciones de piratería informática que afectaron a su oponente (acciones que el gobierno de Estados Unidos considera que son el trabajo de Rusia) al cambio climático (que ha calificado como un engaño elaborado por China para socavar la competitividad de EEUU). Y, ha prometido imponer un arancel del 45% a los productos chinos.

No obstante, la prudencia fluye a través de las venas confucianas de China. En lugar de sacar conclusiones precipitadas sobre las futuras políticas de Estados Unidos, y mucho menos tomar medidas prematuras, los líderes de China han permanecido neutrales en su respuesta frente a la victoria de Trump. Parecen tener confianza de que, a pesar de que la relación bilateral cambiará en algo, no se transformará de manera fundamental. Continuará siendo ni muy buena, ni muy mala.

Es de ayuda el hecho que Trump haya cesado sus críticas a China desde que se celebraron las elecciones. En cambio, publicó en Twitter un video de su nieta recitando un poema en chino mandarín - video que se convirtió en éxito instantáneo en China. Ya sea que pretendiera o no de manera explícita que dicha publicación sea un mensaje para China, la acción enfatiza la posibilidad de que realmente existe un abismo entre la retórica de campaña de Trump y sus posturas y planes reales.

Algunos en Occidente podrían pensar que la retórica por sí sola sería suficiente para enfurecer a los líderes de China. Pero la verdad es que los chinos están mucho más ofendidos por las reuniones de líderes nacionales con el Dalai Lama, como por ejemplo por la reunión que sostuvo el presidente Barack Obama en junio pasado. Y, como ha dejado en claro las elecciones pasadas en Estados Unidos, la retórica puede tener muy poca relación con la realidad.

Esto es aún más cierto cuando la retórica bajo escrutinio incluye promesas que perjudicarían a todos los involucrados, como lo harían los aranceles propuestos por Trump. La disponibilidad de productos baratos de China ha ejercido, durante mucho tiempo, una presión a la baja sobre los precios, incluso aquellos de productos no chinos, en el mercado estadounidense. Para los hogares de bajos ingresos, que son los más propensos a consumir productos importados baratos, esta situación ha sido una bendición, ya que incrementó, de manera efectiva, el poder adquisitivo de dichos hogares.

Si se bloquearan las importaciones chinas, los precios subirían, socavando el consumo, obstaculizando el crecimiento económico y exacerbando la desigualdad. Y, Estados Unidos ni siquiera estaría protegido de pérdidas de empleo en la industria manufacturera; los empleos sólo se desplazarían a Vietnam o Bangladesh, donde hoy en día los costos de mano de obra son aún más bajos que en China.

Lo mismo ocurre con los flujos de inversión -el segundo motor de la globalización- que a menudo se olvidan convenientemente en las discusiones sobre la relación económica entre Estados Unidos y China. China es uno de los mayores compradores de bonos del Tesoro de los Estados Unidos y continúa financiando el consumo y la inversión estadounidenses. China puede, incluso, ayudar a financiar los grandes proyectos de infraestructura que Trump ha prometido, reduciendo de esta forma la presión que dichos proyectos ejercerían sobre el presupuesto de Estados Unidos.

Así que es poco probable que Trump cambie mucho en términos de la política económica de Estados Unidos, al menos si sabe lo que es bueno para él. En el ámbito donde podría hacer algunos cambios es en la política exterior; pero, dichos cambios más probablemente complacerían a China en lugar de molestarla.

El gobierno de Obama ha estado comprometido durante varios años con un reequilibrio estratégico dirigido a Asia. En un momento en que China estaba acumulando rápidamente poderío, tanto económico como militar, Obama parecía estar comprometido a contener el ascenso de China como mejor podía, incluso involucró a Estados Unidos en disputas territoriales en el Mar de China Meridional.

Por el contrario, Trump, con su abordaje de política exterior denominado “Primero EEUU”, ha prestado poca atención a la disputa del Mar Meridional de China. Esta forma de actuar funciona perfectamente para China, país que acogería con beneplácito un menor involucramiento estadounidense en Asia - en especial en el Mar de China Meridional, así como en Taiwán.

Pero en este punto, también, existe una brecha entre la retórica y la realidad, y no se debe esperar ningún tipo de cambio radical. Poco después de las elecciones, Trump garantizó a los líderes de Japón y Corea del Sur el compromiso que tiene EEUU tiene con respecto a la seguridad de sus respectivos países, a pesar de que durante su campaña electoral Trump prometió exigir mayores pagos por la protección de Estados Unidos. Si se añade a lo expresado anteriormente la amenaza que plantea Corea del Norte, se llega a la conclusión de que una desestabilizadora retirada estratégica estadounidense sigue siendo un evento altamente improbable.

Si Trump cumple con su ofrecimiento de reparar las relaciones con Rusia, las probabilidades de que China vaya a librarse de la presión estadounidense se extenderían aún más. Sin tener que lidiar con Rusia, Estados Unidos tendría aún más tiempo para dedicarse a los asuntos asiáticos.

Además, un calentamiento de las relaciones Rusia-Estados Unidos podría conducir a cambios sutiles en las relaciones Rusia-China, mismas que se han profundizado desde la anexión de Crimea que llevó a cabo Rusia, situación que demolió las relaciones rusas con Occidente.

La victoria de Trump está lejos de ser inconsecuente. No es un presidente de los Estados Unidos común y corriente, y, prestándose una frase de Salena Zito de The Atlantic, Trump debe ser tomado en serio, aunque no literalmente en serio. Sin embargo, tal como los líderes de China parecen reconocer, como presidente no tendrá más remedio que, por lo general, colorear con sus propios matices dentro de los límites ya establecidos. Incluso si quiere desviarse más del consenso sobre política exterior, el sistema estadounidense limitará su capacidad para hacerlo.

Por lo tanto, en lugar de preocuparse por las predilecciones personales de Trump o de intentar predecir lo impredecible, los líderes de China siguen enfocados en lo que es realmente importante: la necesidad de una relación bilateral de cooperación. Otras potencias mundiales deberían hacer lo mismo.

(Keyu Jin, a professor of economics at the London School of Economics, is a World Economic Forum Young Global Leader and a member of the Richemont Group Advisory Board)

- Trump puede acabar con Alemania (El Economista - **5/12/16**)

(Por Mathew Lynn)

Levantar un muro en la frontera con México, lanzar una guerra comercial con China, descartar el tratado transpacífico y repensar la implicación de EEUU en los acuerdos comerciales en todo el mundo... Cuando se mude a la Casa Blanca en enero, el presidente Trump tendrá muchas oportunidades de cumplir su promesa de campaña de reconstruir la industria americana mediante barreras arancelarias.

Pero hay una posible guerra comercial de la que pocos se han dado cuenta y que podría ser su objetivo más fácil: Alemania. Dado el tamaño de su población, presenta un superávit comercial mucho mayor que el de China y un excedente colosal con EEUU en particular. Mejor aún, las industrias en cuestión son bastante fáciles de identificar y podrían perfectamente generar puestos de trabajo bien pagados en EEUU. E incluso Trump se anotaría un tanto familiar, ya que los alemanes deportaron a su abuelo, Frederick Trump, por falsificación de documentos. Tal vez se sientan incómodos ante el 20 de enero, el día de la toma de posesión de Trump, en Pekín y Ciudad de México, pero donde deberían estar nerviosos de verdad es en Berlín.

Cuando Trump echó por tierra los pronósticos a primeros de noviembre y se deshizo de Hillary Clinton para ganar la Presidencia, los líderes internacionales no se abalanzaron precisamente para felicitarle. Pocos querían que ganase. El mensaje de la canciller alemana Angela Merkel fue especialmente frío y jalonado de comentarios mordaces sobre los valores liberales y las responsabilidades compartidas.

Una amenaza para Alemania

Para la mayoría de los comentaristas, reflejaba el compromiso de Merkel con la tolerancia y la apertura, sin duda unas de sus mejores cualidades, aunque también pudo denotar otra cosa. La retórica de la campaña de Trump sobre hacer añicos los tratados de libre comercio y proteger a la industria estadounidense debieron de sonarle fatal a cualquiera que sepa lo que mantiene a flote a la economía alemana.

En Alemania, la amenaza de su inmenso superávit comercial con Estados Unidos ya se ha dejado notar. Una revista influyente y bien informada como Der Spiegel publicó un artículo después de la victoria donde decía que Alemania se preparaba para una guerra comercial. El ministro de Economía del país, según la publicación, había recibido órdenes de preparar contestaciones a las barreras arancelarias, señalando que es el resultado del envejecimiento de la población y la estructura de su base industrial. Si va a haber una guerra diplomática sobre esta cuestión, Alemania quiere estar preparada. ¿Se preocupa con razón? Sin duda, sí.

El superávit comercial alemán es gigantesco y sin precedentes en la historia industrial moderna. El año pasado alcanzó el 8,9% del PIB y podría pasar al 9 antes de finales de 2016. Es el segundo en tamaño en el mundo después del chino, pero dado que Alemania es un país mucho más pequeño, es de justicia medirlo per cápita y, visto de esa manera, el excedente alemán es siete veces mayor que el de China.

Peor aún, China es un país en desarrollo y, como tal, se espera que presente excedentes en el proceso de levantar industrias mediante exportaciones. Con el tiempo, esos excedentes decrecen a medida que aumenta la demanda interna, como se está viendo ya en China. Sin embargo, Alemania es una economía industrial madura y aun así su excedente aumenta sin cesar. Lo cierto es que Alemania se ha convertido en una máquina de verter deflación en el resto del mundo.

Su excedente con EEUU es especialmente grave. Según los datos de su Gobierno, el país presentó un déficit con Alemania de 74.000 millones de dólares en 2015. Si nos remontamos a 2006, la cifra era de solo 47.000 millones de dólares, por lo que se ha duplicado con creces en una década y no deja de crecer. Del déficit total de 2015, calculado en 531.000 millones de dólares, Alemania representaba el 14% (un logro encomiable si tenemos en cuenta que Alemania apenas supone el 4,6% de la economía mundial). Cuando uno se sienta a pensar en la Casa Blanca qué se puede hacer con el déficit, tiene mucho más sentido concentrarse en Alemania que en México o China. Pero eso no es todo.

Gran parte del excedente comercial de Alemania es claramente resultado de la manipulación monetaria. El euro ha deprimido el valor real de las exportaciones del país y ha permitido que acumule unas exportaciones masivas. Se puede discutir si la moneda china posee realmente su valor real o no pero nadie puede negar que la moneda alemana se halla muchísimo más depreciada de lo que lo estaría si todavía existiese el marco.

Además, actuar implicaría ganancias reales. Cuando Trump habla de recuperar puestos de trabajo manufactureros bien pagados, cuesta ver cómo ayudaría una guerra comercial con China. Los trabajadores manuales de Michigan no quieren ensamblar juguetes 12 horas al día a cambio de una miseria de sueldo, que es lo que hacen muchos obreros chinos. Pero las exportaciones alemanas a EEUU son de productos de alta gama como automóviles, que representan el 12% de sus exportaciones por sí solos, seguidos de piezas de coches, químicos y aeroespacial. Esa es precisamente la clase de puestos bien pagados que los votantes de Trump pensaron que les traería su candidato. Entonces, ¿podría iniciar Trump una guerra comercial con Alemania?

Según las normas de la OMC, no será fácil. Es muy difícil imponer tarifas unilaterales a un país pero eso no significa que no pueda encontrar la manera. El escándalo del diésel de Volkswagen, por ejemplo, podría ser la excusa perfecta para asestar restricciones punitivas a la industria de la automoción alemana. Sus exportaciones médicas siempre pueden considerarse “inseguras”. Si los estadounidenses tuvieran que renunciar a sus BMW por Cadillac y Lincoln, se crearían sin duda unos cuantos empleos bien remunerados.

La economía europea se enfrenta a muchos problemas ahora mismo. Una guerra comercial entre Estados Unidos y Alemania es probablemente lo último que necesita pero si Trump quiere hacer honor a algunas de sus promesas, restringir las exportaciones alemanas es la forma más fácil y por eso no se puede descartar.

- Adiós a Occidente (Project Syndicate - **6/12/16**)

Berlín.- Ahora que Donald Trump es el presidente electo de los Estados Unidos, el fin de aquello que venimos llamando “Occidente” es casi seguro. Ese término describe el mundo transatlántico que, surgido después de las dos guerras mundiales del siglo XX, redefinió el orden internacional durante las cuatro décadas de la Guerra Fría y dominó el planeta (hasta ahora).

El Occidente geopolítico del que hablamos (en inglés, West) no debe confundirse con el Occidente histórico (Occident). Si bien la cultura, la normatividad y la religión predominante del primero se originan mayormente en el segundo, con el tiempo el West evolucionó para convertirse en otra cosa. El carácter básico del Occident se formó en el transcurso de los siglos sobre la base de la cultura mediterránea (aunque partes de Europa al norte de los Alpes hicieron importantes aportes a su desarrollo). El West, en cambio, es transatlántico, y es hijo del siglo XX.

La Primera Guerra Mundial comenzó siendo un conflicto europeo entre las Potencias Centrales y la Entente de Gran Bretaña, Francia y Rusia; apenas en 1917 se convirtió en una auténtica guerra mundial, con el ingreso de Estados Unidos a la contienda. Es entonces que comienza a tomar forma lo que hoy llamamos Occidente.

Puede decirse que su certificado de nacimiento se extendió durante la Segunda Guerra Mundial. En agosto de 1941, después de que la Alemania nazi invadió la Unión Soviética, el primer ministro británico, Winston Churchill, y el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, se encontraron en un buque de guerra frente a la costa de Newfoundland y firmaron la Carta del Atlántico. Acuerdo que más tarde se convirtió en la OTAN, el organismo que durante cuatro décadas permitió a una alianza de democracias independientes con valores compartidos y economías de mercado hacer frente a la amenaza soviética, y que protegió a Europa hasta el día de hoy.

En un sentido más fundamental, el Occidente geopolítico se basó en el compromiso de Estados Unidos de salir en defensa de sus aliados. El orden occidental no puede existir sin que Estados Unidos desempeñe este papel crucial (al que quizá ahora renuncie con Trump). Por eso el futuro de Occidente mismo está en juego.

Nadie sabe a ciencia cierta lo que significará la elección de Trump para la democracia estadounidense, ni lo que hará cuando asuma el cargo. Pero podemos ir haciendo dos supuestos razonables. En primer lugar, que su gobierno alterará seriamente la política exterior e interna de los Estados Unidos. Trump obtuvo la presidencia burlándose de casi todas las reglas no escritas de la política estadounidense. No sólo le ganó a Hillary Clinton, también derrotó al aparato republicano. Nada indica que el 20 de enero renunciará a esta estrategia victoriosa de un día para el otro.

También es razonable suponer que Trump mantendrá firmemente su promesa de “hacer a Estados Unidos grande otra vez”; será la base de su presidencia, pase lo que pase. El ex presidente Ronald Reagan hizo la misma promesa, pero fue cuando Estados Unidos, todavía trabado en la Guerra Fría, podía adoptar una postura imperial. Así pues, Reagan inició un proceso de rearme de tal escala que a la larga provocó el derrumbe de la Unión Soviética; y sentó las bases para un auge económico estadounidense mediante un aumento masivo de la deuda nacional.

Trump no puede permitirse la estrategia imperial. Por el contrario, durante la campaña se prodigó en críticas a las guerras sin sentido de su país en Medio Oriente; y sus partidarios no quieren otra cosa para Estados Unidos que la renuncia al liderazgo global y la retirada del mundo. En su transición hacia el nacionalismo aislacionista, Estados Unidos seguirá siendo el país más poderoso del mundo por amplio margen; pero ya no garantizará la seguridad de los países de Occidente ni defenderá un orden internacional basado en el libre comercio y la globalización.

La única duda ahora es cuán veloces serán los cambios en la política estadounidense, y cuán radicales. Trump ya prometió descartar el Acuerdo Transpacífico, que Estados Unidos iba a firmar con otros once países, decisión que (tal vez no lo sepa) equivale a un regalo a China. Y puede que le haga también otro regalo: reducir la presencia estadounidense en el mar de China meridional. Pronto Beijing puede verse convertido en el nuevo garante del libre comercio internacional (y probablemente, nuevo líder mundial en la lucha contra el cambio climático).

En relación con la guerra en Siria, tal vez Trump se limite a entregar ese país devastado al presidente ruso Vladimir Putin y a Irán. En sentido práctico, esto desbarataría el equilibrio de poder en Medio Oriente, con serias consecuencias para todo el mundo; en sentido moral, sería una cruel traición a la oposición siria y una bendición para el presidente sirio Bashar al-Assad.

Y si Trump se inclina ante Putin en Medio Oriente, ¿qué hará en relación con Ucrania, Europa del este y el Cáucaso? ¿Se avecina acaso una Conferencia de Yalta 2.0 para reconocer la nueva esfera de influencia de facto de Putin?

El nuevo rumbo que trazará Trump para Estados Unidos ya es discernible; sólo ignoramos a qué velocidad irá el barco. Mucho dependerá de la oposición (demócrata y republicana por igual) que Trump encuentre en el Congreso de los Estados Unidos, y de la resistencia de la mayoría de estadounidenses que no votaron por él.

Pero no abriguemos ilusiones: Europa está demasiado débil y dividida para ocupar el lugar estratégico de Estados Unidos, y sin el liderazgo de este país, Occidente no puede sobrevivir. Lo más probable es que el mundo occidental tal como lo conocieron las generaciones actuales perecerá ante nuestros ojos.

**¿Y después, qué? Es indudable que China se prepara para ocupar el lugar de Estados Unidos. Y en Europa, las criptas del nacionalismo se han abierto, y llegará el día en que los fantasmas que encerraban corran otra vez libres por el continente y por el mundo.**

(Joschka Fischer was German Foreign Minister and Vice Chancellor from 1998-2005, a term marked by Germany's strong support for NATO's intervention in Kosovo in 1999, followed by its opposition to the war in Iraq. Fischer entered electoral politics after participating in the anti-establishment protest…)

- El Kremlin y las elecciones de Estados Unidos (Project Syndicate - **5/12/16**)

Cambridge.- A principios de noviembre, el Presidente estadounidense Barack Obama supuestamente se puso en contacto directo con el Presidente ruso Vladimir Putin para advertirle sobre los ciberataques rusos dirigidos a las elecciones presidenciales de EEUU. El mes anterior, el Director de Inteligencia Nacional, James Clapper, y el Secretario de Seguridad Interior, Jah Johnson, acusaron públicamente a las más altas autoridades rusas de usar ciberataques para “interferir con el proceso electoral estadounidense”.

Pasadas las elecciones del 8 de noviembre, no han surgido evidencias firmes de interferencias o hacking de las máquinas de votación u otros aparatos electorales. Pero en unas elecciones que dependieron de 100.000 votos en tres estados clave, algunos observadores argumentan que la interferencia cibernética rusa puede haber tenido efectos significativos en el proceso político.

¿Es posible impedir en el futuro un comportamiento ruso de este tipo? La disuasión depende siempre de qué y a quién se intente disuadir.

Irónicamente, disuadir a los estados para que no recurran a la fuerza puede ser más fácil que convencerles de no emprender acciones que lleguen a ese nivel. Probablemente se ha exagerado la amenaza de un ataque sorpresa como un “Pearl Harbor cibernético”. Las infraestructuras esenciales, como la electricidad o las comunicaciones, son vulnerables, pero es probable que los actores estatales principales estén limitados por la interdependencia. Y Estados Unidos ha dejado en claro que la disuasión no se limita a las represalias cibernéticas (aunque son posibles), sino que pueden apuntar a otros sectores con las herramientas que escoja, como acusaciones públicas, sanciones económicas y armas nucleares.

Estados Unidos y otros países, entre ellos Rusia, han acordado que en el ciberespacio también son válidas las leyes aplicables a los conflictos armados. El que una ciberoperación se considere un ataque armado depende de sus consecuencias, más que de los instrumentos utilizados. Tendría que causar destrucción de la propiedad y lesiones o muerte a las personas.

Pero, ¿qué ocurre si las operaciones de disuasión no equivalen a un ataque armado? Existen áreas grises en que objetivos importantes (por ejemplo, un proceso político libre) no tienen una importancia estratégica equivalente a la red eléctrica o el sistema financiero. Destruir estos últimos puede dañar vidas y propiedades, mientras que la interferencia con lo primero amenaza valores políticos profundamente arraigados.

En 2015, un Grupo de Expertos de Gobierno de las Naciones Unidas (incluidos Estados Unidos, Rusia, China y la mayoría de los estados con capacidades cibernéticas importantes) acordaron como norma no atacar instalaciones civiles en tiempos de paz. Fue un acuerdo apoyado por los países del G20 en su cumbre realizada en Turquía en noviembre de ese año. Cuando al mes siguiente un ciberataque anónimo interfirió la red eléctrica ucraniana, algunos analistas sospecharon que el gobierno ruso usó armas cibernéticas en su guerra híbrida contra Ucrania. De ser cierto, significaría que Rusia había violado el acuerdo que acababa de firmar.

Pero, ¿cómo interpretar la conducta rusa con respecto a las elecciones estadounidenses? Según autoridades de EEUU las agencias de inteligencia rusas hackearon las cuentas de correo electrónico de importantes cargos del Partido Demócrata y entregaron a WikiLeaks material para difundir poco a poco a lo largo de la campaña, asegurando así un flujo constante de noticias adversas a Hillary Clinton.

Esta supuesta alteración rusa de la campaña presidencial demócrata cayó en una zona gris que se podría interpretar como una respuesta propagandística a la proclamación por Clinton en 2010 de una “agenda por la libertad” para la internet, en represalia por lo que las autoridades rusas consideraron como comentarios críticos a la elección de Putin en 2012. Sea cual sea el motivo, pareció un intento de distorsionar el proceso político estadounidense, precisamente el tipo de amenaza política no letal que se querría desalentar en el futuro.

La administración Obama había intentado con anterioridad clasificar la gravedad de los ciberataques, sin sortear las ambigüedades de estas zonas grises. En 2016, Obama se enfrentó a complicadas opciones al estimar el potencial de intensificación gradual de responder con medidas cibernéticas o con una respuesta más transversal, como las sanciones. La administración no quería tomar medidas que por sí mismas distorsionaran las elecciones. Así que, ocho días antes de las elecciones, Estados Unidos advirtió a Rusia sobre la interferencia en las elecciones a través de una línea directa (creada tres años atrás para manejar incidentes importantes en el ciberespacio) que conecta los Centros de Reducción de los Riesgos Nucleares de ambos países.

Puesto que la actividad de hackeo de Rusia pareció reducirse o detenerse, la administración Obama consideró la advertencia como un ejercicio exitoso de disuasión, pero algunos críticos señalan que los rusos ya habían logrado su objetivo.

Tres semanas después de las elecciones, la administración señaló que seguía confiada en la integridad general de la infraestructura electoral estadounidense y que, desde la perspectiva de la seguridad cibernética, las elecciones eran libres y abiertas. Pero las autoridades de inteligencia siguieron investigando el impacto de una campaña de guerra informativa de los rusos, en la que se difundían noticias falsas sobre Clinton con la aparente intención de influir sobre los votantes. Muchas de ellas se originaban en RT News y Sputnik, dos medios de prensa financiados por el estado ruso. ¿Se debía tratar esto como propaganda o como algo nuevo?

Varios críticos creen que el nivel de intervención del estado ruso en el proceso electoral estadounidense de 2016 ha cruzado un límite y no se deben descartar como una forma de conducta de zona gris tolerable. Han instado a la administración Obama a ir más allá en sus denuncias, dando una descripción pública más extensa de los que la inteligencia estadounidense sabe sobre la conducta rusa, e imponiendo sanciones financieras y de viajes contra las autoridades rusas de alto nivel que se identifiquen. Sin embargo, otras autoridades estadounidenses son reticentes a poner en riesgo los medios de inteligencia utilizados para la atribución, y tienen recelos de que se produzca una escalada.

La intervención de Rusia en las elecciones estadounidenses de 2016 fue un punto de inflexión. Ahora que se aproximan importantes elecciones en varias democracias occidentales, los analistas estarán muy atentos a las lecciones que el Kremlin pueda haber aprendido de ella.

(Joseph S. Nye, Jr., a former US assistant secretary of defense and chairman of the US National Intelligence Council, is University Professor at Harvard University. He is the author of Is the American Century Over?)

- Son las vísceras, no las ideas: por qué el Partido Demócrata no levanta cabeza (El Confidencial - **8/12/16**)

La formación no necesita un programa más progresista o populista, como sugieren algunos. Necesita líderes que comprendan a la clase blanca trabajadora, que provengan de ella

(Por Fareed Zakaria)

Los Demócratas ven el desplome de su partido en las elecciones de noviembre, y la mayoría aboga por una solución: creen que la formación necesita más políticas económicas populistas. Pero esto es ignorar una realidad esencial: la mayoría de la gente no vota basándose en políticas concretas.

Ahora disponemos de excelentes investigaciones de politólogos y psicólogos sobre por qué vota la gente. La conclusión es clara. Como escribe Gabriel Lenz en su libro de 2012, “¿Seguid al líder?”, “los votantes no eligen a los políticos basándose en las posiciones que promueven; más bien aceptan como propias las políticas que promueven sus políticos favoritos”.

¿Y cómo eligen los votantes qué políticos les gustan? Es una decisión visceral, más emocional que racional. Se basa sobre todo en si se identifican con un político en un sentido social y psicológico.

En un importante libro reciente, “Democracia para realistas”, Christopher Achen y Rally Bartels muestran que “los vínculos grupales” y “las identidades sociales” son la clave para entender el comportamiento electoral. El psicólogo Jonathan Haidt refuerza esta visión con montones de investigaciones que muestran que la gente elige sus ideas políticas basándose en sus vínculos tribales.

El problema del Partido Demócrata no es que sus políticas no sean lo bastante progresistas o populistas. Ya lo son bastante más que las del Partido Republicano en casi cada esfera. Y aun así, durante la última década, los Republicanos han barrido en los parlamentos, las oficinas de los gobernadores, el Congreso y ahora la Casa Blanca. Los demócratas necesitan entender no solo la victoria de Trump sino toda la amplia tendencia a su alrededor.

El Partido Republicano ha podido beneficiarse electoralmente a tantos niveles porque ha encontrado una forma de identificarse emocionalmente con los blancos de clase trabajadora que ven cómo se transforma su país. La globalización, la automatización y la inmigración generan un enorme cambio social. Los republicanos muestran que a un nivel visceral, están incómodos con ese cambio y les gustaba EEUU como era antes. Por eso estados con votantes de más edad, blancos y de clase trabajadora, como Ohio, Michigan y Wisconsin, tienen gobernadores y parlamentos republicanos.

En parte es un tema de políticas (sobre, por ejemplo, las armas), pero sobre todo tiene que ver con la identidad y la adscripción, expresado a través de símbolos y señales. En un perceptivo ensayo en la Harvard Business Review, Joan Williams explica que la gente de clase trabajadora desconfía de y desdeña a los profesionales, y el Partido Demócrata es hoy un partido de profesionales. En su visión, estas personas son urbanitas sobreeducados con estilos de vida afectados (comida orgánica, dietas veganas, yoga) que tienen empleos relacionados con manipular palabras y números.

Por otra parte, señala Williams, la gente de clase trabajadora adora a los ricos. Un constructor de Queens, por ejemplo, que realmente construye cosas, alardea de su riqueza y retiene todos sus apetitos básicos. Cuando Donald Trump postea una fotografía de sí mismo en su avión comiendo Kentucky Fried Chicken, está diciendo a sus bases: “Soy como vosotros, solo que con un montón de dinero”. Y de hecho, Trump es en muchos aspectos la fantasía de una persona de clase trabajadora sobre cómo sería su vida si fuese rico, desde su triplex estilo Las Vegas a los adornos de oro en su avión.

Si este vínculo emocional es la clave para lograr que la gente te vote, ¿qué implica para el Partido Demócrata? Pues tiene sus ventajas. Empecemos con la enorme base de gente que se identifica con él: profesionales, mujeres trabajadoras, minorías, millenials. Pero necesita recuperar una franja mayor de blancos de clase trabajadora. Para ello, los Demócratas necesitan entender la política del simbolismo.

La campaña de Hillary Clinton, por ejemplo, debería haberse centrado alrededor de un único tema: que creció en un pueblo a las afueras de Chicago y vivió en Arkansas durante dos décadas. El mensaje subliminal para los blancos de clase trabajadora sería simplemente: “Os conozco. Soy vosotros”. Ese fue el tema del discurso de su marido presentándola en la Convención Demócrata, y el éxito de Bill Clinton tiene mucho que ver con el hecho de que, tan brillante como es, es siempre capaz de recordarles a esos votantes que los conoce bien. Una vez reconfortados, están abiertos a sus ideas políticas.

Barack Obama es un político singularmente carismático. Pero puede haber hecho que los Demócratas olviden que los tres Demócratas que entraron en la Casa Blanca antes que él venían del sur rural. Conocían ese mundo; era el suyo.

Con estos apuntes en mente, en plena campaña, tal vez Clinton y los Demócratas no deberían haber pisado el escenario con Beyoncé y Jay Z sino más bien con George Strait. Y si no sabes quién es, tal vez eso sea parte del problema.

- ¿Salvará Trump al euro? (Proyect Syndicate - **6/12/16**)

Bruselas.- Europa acaba de atravesar otras dos difíciles pruebas. Los votantes austríacos rechazaron la posibilidad de que la Unión Europea tuviera su primer jefe de Estado ultraderechista, pero los italianos propinaron un rotundo no a su gobierno y abrieron el camino para la llegada al poder de fuerzas populistas. Si a eso le sumamos el Brexit, todavía por concretarse, y el aún deslucido desempeño económico de la eurozona, la supervivencia de la moneda común dista de estar garantizada.

La percepción de que el euro es culpable de los muchos padecimientos económicos de Europa (desde una recesión con recaída hasta una recuperación lenta y despareja) dio sustento al ascenso de movimientos políticos nacionalistas, euroescépticos y populistas. Austria consiguió frenar su avance, pero tal vez Italia no pueda.

La decisión del primer ministro Matteo Renzi de cumplir su promesa de renunciar si los votantes rechazaban las reformas constitucionales propuestas por su gobierno sumió la política italiana en el desconcierto; es probable que se llame a elección general anticipada. En un momento de importantes desafíos económicos (la producción italiana lleva estancada una década y el estado de sus finanzas públicas todavía es precario), el Movimiento Cinco Estrellas, una agrupación populista que prometió celebrar un referendo sobre la permanencia en la zona euro, tiene potencial de atraer votantes.

Para evitar una ruptura de la eurozona, Italia (en realidad, toda la unión monetaria) necesita con urgencia un empujón económico. Y tal vez se lo dé nadie menos que el presidente electo de los Estados Unidos, Donald Trump.

Todavía faltan semanas para que Trump asuma el cargo y ya está generando repercusiones. Los tipos de interés a largo plazo en Estados Unidos subieron, y se espera que continúen haciéndolo. Esto contribuyó a un incremento de tasas (mucho menor) en Europa. El rendimiento de los bonos alemanes a diez años subió unos 50 puntos básicos desde la elección estadounidense y se mantiene en terreno positivo. Los populistas ya no pueden acusar al Banco Central Europeo de imponer una carga a los ahorristas alemanes.

El aumento fue más marcado en la periferia de la eurozona; en Italia, por ejemplo, el rendimiento de los bonos a diez años subió casi un punto porcentual. A primera vista parece problemático, pero es probable que el efecto negativo de la suba de tasas en la periferia sea limitado: buena parte de la deuda de los hogares y las empresas en esos países se indexa con los tipos de interés a corto plazo, que al ser fijados por el BCE (no por los mercados) se han mantenido bajos.

Además, los gobiernos de la periferia están en gran medida protegidos del aumento de la prima de riesgo de los bonos a largo plazo, porque sus bancos centrales siguen comprándoles títulos de deuda. Y la sustancial apreciación del dólar estadounidense tras la elección augura un aumento de competitividad para las exportaciones europeas.

De modo que el impacto neto inmediato de la victoria de Trump ha sido positivo para la eurozona, y no parece que los beneficios vayan a cortarse. Trump prometió implementar rebajas impositivas generales, que incluirán una reducción del impuesto corporativo de 35% a 15%. Si a eso se le suman los planes de subsidiar la inversión en infraestructura y aumentar el gasto militar, parece probable que Estados Unidos experimentará un veloz crecimiento del déficit fiscal y un enorme aumento de la demanda en el corto plazo. Como la economía estadounidense ya trabaja cerca de su plena capacidad (el desempleo es inferior al 5%), para cubrir esa demanda se necesitarán más importaciones (y un dólar más fuerte).

Todo esto será bueno para la eurozona, ya que Estados Unidos sigue siendo uno de los principales mercados de sus exportaciones. Pero es probable que la más beneficiada sea la periferia. Por ejemplo, una depreciación del euro incide unas tres veces más en Italia que en Alemania, porque la demanda de bienes de capital especializados como los que exporta Alemania no es muy elástica respecto del precio. De modo que un crecimiento veloz impulsado por la demanda en Estados Unidos, sumado al fortalecimiento del dólar, puede contribuir al muy necesario rebalanceo de la eurozona.

Otra posible ventaja para Europa será la política energética de Trump. Durante la campaña, Trump prometió asegurar la autosuficiencia energética, algo que probablemente implique nuevos subsidios a la producción local de petróleo, gas y tal vez carbón. Eso ayudaría a mantener deprimido el precio del petróleo, una bendición para los países de la eurozona importadores de energía.

La posibilidad de que la Trumponomics beneficie a Europa cuenta con un antecedente. Tras el derrumbe en los setenta del sistema de fijación cambiaria de Bretton Woods basado en el dólar, Europa instituyó el Sistema Monetario Europeo para crear una isla de estabilidad en un océano de tipos de cambio muy volátiles. Al principio las grandes diferencias entre países en materia de índices de inflación y prioridades de política económica hicieron difícil mantener la estabilidad cambiaria dentro del SME, pero luego la situación mejoró rápidamente gracias al presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan.

La “Reaganomics” produjo un gran déficit fiscal y un dólar superfuerte. Eso, más el abaratamiento del petróleo, dejó a Europa bien posicionada para superar sus difíciles disparidades y conseguir el crecimiento. Incluso fue la última vez que el PIB de Italia creció más rápido que el promedio del SME. La Trumponomics apunta a crear precisamente las mismas condiciones.

Cualquiera sea el potencial impacto negativo de las políticas de Trump, un beneficio está claro: impulsarán el crecimiento y el empleo en una eurozona políticamente convulsionada por la insatisfacción económica (y las mejoras serán más marcadas en los países que más las necesitan). No hace falta recalcar el valor de esto en momentos en que los italianos se enfrentan a la posibilidad de un referendo sobre la permanencia en la eurozona y los franceses se preparan para la elección presidencial del año entrante. Puede ser que Trump termine salvando al euro.

(Daniel Gros is Director of the Brussels-based Center for European Policy Studies. He has worked for the International Monetary Fund, and served as an economic adviser to the European Commission, the European Parliament, and the French prime minister and finance minister…)

- La fantasía gana-gana de la democracia liberal (Project Syndicate - **5/12/16**)

Washington, DC.- Pocos analistas esperaban que los británicos votaran a favor de salir de la Unión Europea o los estadounidenses eligieran a Donald Trump como su próximo presidente. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que surja una explicación de consenso para justificar estos errores de cálculo. Sin embargo, cuando se trata de sucesos tan complejos, y con tantas consecuencias, deberíamos estar muy atentos para no caer en razonamientos simplistas.

El consenso actual culpa a las “élites” -aquellas en la academia, los medios de comunicación y las empresas- por haberse hecho atrapar tan fuertemente por su mundo relativamente cosmopolita y conectado que no llegaron a escuchar atentamente a los grupos menos educados y conectados. Ya que estos mencionados grupos son los que menos se han beneficiado de la globalización, fueron ellos los más propensos a rechazar a las instituciones supranacionales (en el caso de Brexit) o ​​a los candidatos de la corriente política tradicional (en el caso de Trump). Ignorar a estos grupos fue, en muchos sentidos, un error patente.

Hay una considerable cantidad de apreciables razones para justificar este punto de vista. El “pensamiento grupal” afecta habitualmente a la élite financiera e intelectual de hoy en día, incluyendo a los encuestadores, quienes a menudo tienen formaciones académicas similares, trabajan juntos, leen los mismos medios de comunicación, y se reúnen en las mismas conferencias y eventos, celebrados en lugares que se extienden desde Davos a Aspen.

Los miembros de este grupo tienden a creer que absorbieron las grandes lecciones de la historia. Tienden a desacreditar al racismo e incluso a las formas más leves de etnocentrismo, y es poco probable que rechacen el feminismo. Aunque estos grupos no son parangones de la diversidad, hay un reconocimiento generalizado del valor de la diversidad, y del hecho que el predominio de los hombres, como mínimo, está comenzando a declinar.

El otro denominador común de este grupo es la riqueza. Si bien no todos los miembros de este grupo son multimillonarios, tienden a tener la educación y las habilidades necesarias para cosechar los beneficios de la globalización económica. Como resultado, en general no llegaron a reconocer, hasta hace poco, la creciente desigualdad, especialmente en Estados Unidos, como un problema prominente (sin embargo, sin lugar a duda, muchas de las élites más ricas se han involucrado en una cantidad sin precedentes de obras de filantropía).

Está claro que las élites cosmopolitas, que son las que toman decisiones que tienen consecuencias en sectores de importancia crítica, desde los sectores empresariales y financieros hasta los políticos, son las que deben prestar más atención a las quejas de los menos afortunados, de los menos educados y de los menos conectados. En lugar de juntarse con personas con ideas afines a las suyas en silos aislados, estas élites deben crear plataformas que conecten a las personas provenientes de los contextos y circunstancias más diversas - incluyéndose a aquellas cuyas vivencias con respecto la globalización son muy distintas a las de ellos. Tales plataformas ayudarían a abordar la fragmentación del debate público.

Sin embargo, las “burbujas” ideológicas no son el único problema. En primer lugar, las élites han fracasado no sólo en predecir las recientes victorias populistas, sino también en anticipar que el decididamente no populista François Fillon ganaría la primaria presidencial de los republicanos de centro-derecha franceses por un amplio margen. Claramente, ignorar la ira de la clase trabajadora no es el único factor que bloquea sus radares políticos.

Por supuesto, es reconfortante creer que, si sólo los hechos fueran mejor conocidos y las personas pudieran discutirlos más desapasionadamente, los votantes se unificarían más y la política sería más constructiva. Pero, incluso con un discurso mejorado y más sustentado en los hechos, los intereses de las personas serán divergentes.

Aquellos que votaron por Brexit o Trump no solamente fallaron en cuanto a poder entender los verdaderos beneficios de la globalización; hoy en día, estas personas carecen de las habilidades o las oportunidades para garantizar que irán a recibir un pedazo del pastel de los beneficios de la globalización. Por lo tanto, más allá de la necesidad de comunicación, radica una auténtica necesidad de la instauración de políticas redistributivas, mismas que fundamentalmente no son beneficiosas para todas las partes. Los principales beneficiarios del libre comercio y el cambio tecnológico deben compensar activamente a los perdedores mediante impuestos, subsidios y apoyo al empleo.

Del mismo modo, está fundamentalmente errada la suposición de que el Occidente liberal y democrático es, en gran medida, homogéneo en cuanto a sus intereses económicos y geopolíticos. La verdad es que las potencias occidentales tradicionales, a pesar de tener mucho en común, tienen divergencias en muchas áreas, que van desde la política energética -Europa es mucho más dependiente de los hidrocarburos en comparación con Estados Unidos- a la seguridad. En este contexto, simplemente no bastará comunicarse de mejor manera y llegar a acuerdos sobre los hechos. Serán necesarias negociaciones, en las que ambas partes deberán sacrificar algo.

Ambos de estos problemas apuntan a un defecto más amplio en la cosmovisión occidental: la creencia en soluciones donde todos ganan, en las llamadas soluciones “gana-gana”. De hecho, la democracia liberal, tanto en sus encarnaciones de centroderecha como de centroizquierda, se sustenta en la creencia de que tales soluciones (siendo la más importante entre ellas la paz) pueden beneficiar a una “sociedad” -o, en realidad, a la humanidad en su conjunto- a la larga. La democracia negocia las vueltas y rodeos de dichas soluciones y gestiona los sacrificios a corto plazo. Sin embargo, en última instancia, todos se van a beneficiar.

Por supuesto, el fracaso en cuanto a garantizar las soluciones gana-gana, a menudo, lleva a situaciones pierde-pierde. En la primera mitad del siglo pasado, se creía, de manera generalizada, que la falta de conquista del espacio agrícola condenaría a los países a morir de hambre. Hoy, se esgrimen argumentos similares sobre la energía.

La realidad es más complicada. Para que las economías garanticen el “triunfo” del crecimiento inclusivo, los muy ricos pueden tener que someterse a una forma de regulación y tributación, incluyéndose su sometimiento a las normas internacionales, lo que les costará sustancial riqueza a largo plazo. Si bien esto no convertiría a los ricos en perdedores (ellos aún continuarían siendo ricos), no se puede negar que incurrirían en pérdidas.

Lo que el enfoque liberal-democrático sí comprende correctamente es que hay prácticamente siempre espacio para llegar a soluciones de compromiso, es decir soluciones toma y daca. Si bien no todas las personas se irán a casa sintiéndose como verdaderos ganadores, a las personas y países, de manera individual, les va mejor cuando trabajan en conjunto y llegan a acuerdos en comparación a cómo les iría si se apropiaran y defenderían espacios y recursos limitados mediante el uso de todos los medios a su disposición. Los costos de los conflictos modernos, incluyendo el costo del estancamiento a nivel nacional, son demasiado grandes, al punto de que incluso los ganadores terminan perdiendo.

A raíz de los recientes errores de cálculo, debemos recalibrar nuestros radares políticos - y eso significa tomar en cuenta todas las fuentes potenciales de interferencia, no solamente aquellas que encajan en una narrativa limpia y ordenada. En este punto, la diferencia fundamental en la cosmovisión de los demócratas liberales o de los socialdemócratas y de los ideólogos de línea dura, sean estos nacionalista o no, puede ser la diferencia que acarree más consecuencias. Los primeros deberían reconocer que si existen situaciones gana-pierde a medio plazo, pero deberían mantener su fe en que en el largo plazo habrá un cambio democrático gradual en sus propios países, mientras que de manera simultánea trabajan para sostener la paz internacional.

(Kemal Derviş, former Minister of Economic Affairs of Turkey and former Administrator for the United Nations Development Program (UNDP), is a vice president of the Brookings Institution)

**De aquí en más, solo nos queda esperar el proceder de Trump cuando sea POTUS.**

**El 20 de enero de 2017… “comienza el espectáculo”.**

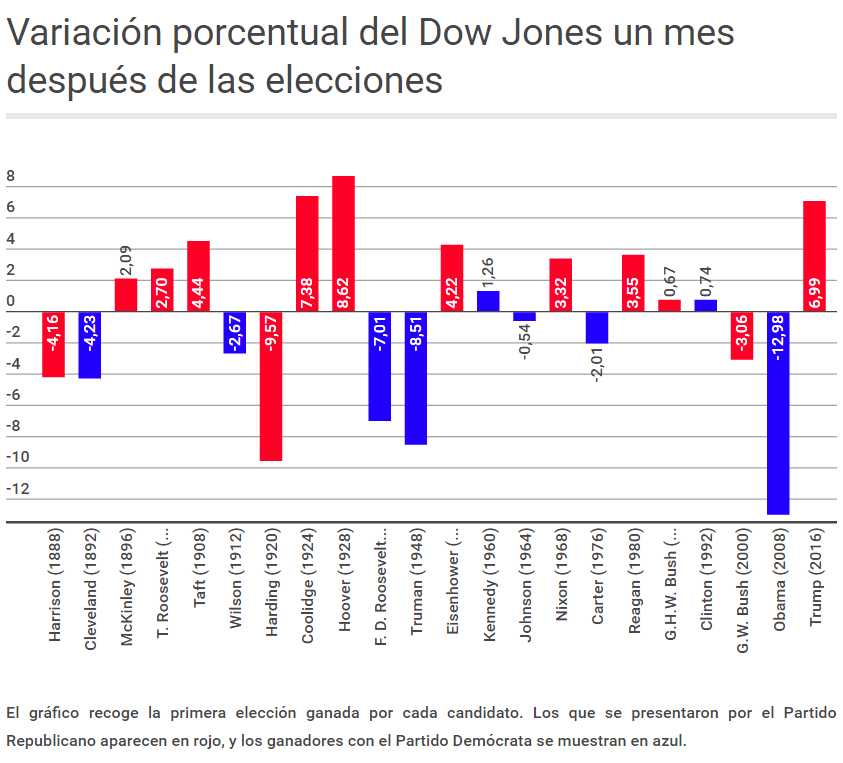
**Un “tráiler” del próximo estreno (y algunos fotogramas):** “**Les Liaisons dangereuses” de Donald (el casino sigue abierto)**

- El Dow Jones no había crecido tanto tras unas elecciones desde el boom de los años 20, la antesala del crack del 29 (El Economista - **9/12/16**)

Muchos analistas aventuraban un “trumpazo”, una caída de hasta un 5% en Wall Street si Donald Trump ganaba las elecciones presidenciales del pasado 8 de noviembre. En las últimas semanas de campaña, la bolsa estadounidense se estremecía con cada escándalo asociado a Hillary Clinton y celebraba las jugadas de Trump que le alejaban de la Presidencia. Pero el 9 de noviembre todo cambió.

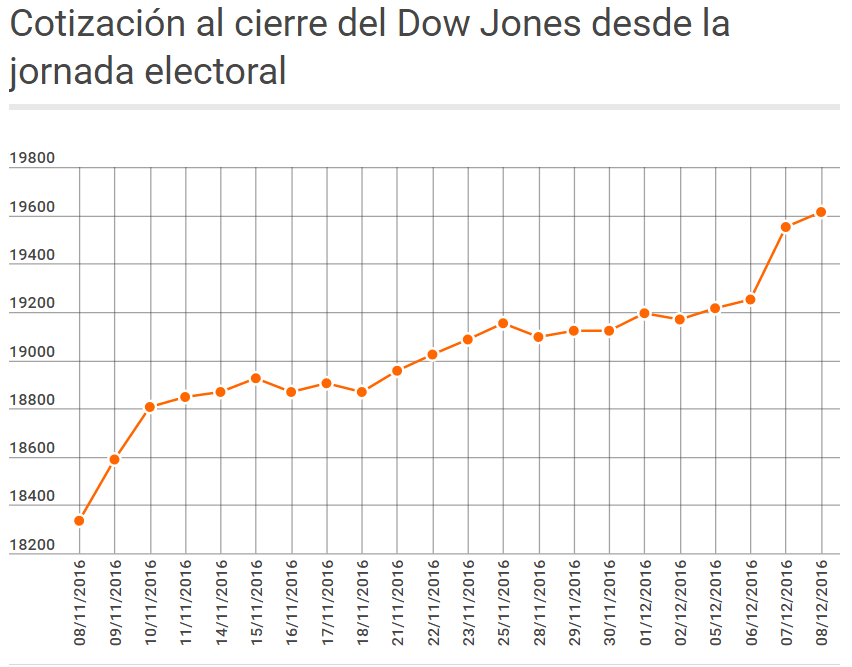
Trump ganó las elecciones con una importante diferencia en voto electoral, pese a la derrota en voto nominal. Y Wall Street no sólo no se ha desplomado sino que empezó a crecer como no ha pasado casi nunca antes en su historia tras unas elecciones presidenciales. Desde la apertura bursátil del 8 de noviembre hasta el cierre del 8 de diciembre, el Dow Jones de Industriales creció un 6,99%, una cifra sólo superada por las victorias de Calvin Coolidge en 1924, cuando sumó un 7,38%, y su sucesor Herbert Hoover cuatro años después, cuando el Dow Jones creció en un mes un 8,62%.

Cabe destacar que estas dos cifras que superan al actual registro de Trump se produjeron bajo circunstancias muy especiales. Por una parte, Coolidge ganaba las presidenciales por vez primera en 1924 pero para entonces llevaba más de un año dirigiendo el país por la muerte de su antecesor, Warren Harding, en 1923. Tras la salida de Coolidge, asumió el poder Hoover, quien llevaba desde 1921 siendo el secretario de Comercio. Y además, ambos gobernaron en la década de 1920, unos años de gran expansión económica fruto del fin de la Primera Guerra Mundial y de la especulación que desembocaría en el crack de 1929.



El gráfico superior recoge sólo la evolución porcentual del Dow Jones un mes después de las elecciones cuando se ha elegido un nuevo presidente. Pero el registro de Trump sigue siendo el tercero mejor de la historia incluso si se añaden las reelecciones, un terreno aparentemente más seguro para el inversor, que ya conoce las políticas económicas de esa Administración. De hecho, en sólo dos ocasiones en la historia del Dow Jones ha marcado peor registro en el mes posterior a la reelección que en el de la elección previa: Franklin Roosevelt en 1940 con respecto a 1936 (-3,88% frente a 2,62%) por el contexto de la Segunda Guerra Mundial, y Ronald Reagan en 1984 con respecto a 1980 (-5,92% frente a 3,55%), en un mes en el que fueron a la baja diversos indicadores económicos.

Sin embargo, en estos 30 días con Trump como presidente electo, el Dow Jones ha crecido un 6,99%, y se ha anotado 13 máximos históricos al cierre. El último de ellos lo logró este mismo jueves, con 19.614,81 puntos, la misma jornada en la que batió máximos intradía, con 19.664,97 enteros.



Pero el rally alcista no sólo afecta al Dow Jones. El S&P 500 ha crecido un 4,98% en este mes, mientras el tecnológico Nasdaq ha mejorado un 4,31%. Y lo que es más: este jueves, por primera vez desde marzo de 1998, han marcado récord al cierre los tres índices mencionados además del Russell 2000 y el Dow Jones de Transportes. Queda por ver si nos enfrentamos a una nueva burbuja bursátil o si Trump va a ser capaz de mantener la tendencia positiva una vez asuma la Presidencia el próximo 20 de enero.

- Trump ofrece a Gary Cohn, presidente de Goldman Sachs, un puesto en su equipo de Gobierno (Expansión - **9/12/16**)

Trump quiere que Cohn se haga cargo del Consejo Económico Nacional de la Casa Blanca el principal órgano económico del presidente de Estados Unidos.

El presidente electo de Estados Unidos, Donald Trump, ofreció al presidente de Goldman Sachs, Gary Cohn, ocupar un puesto en la Casa Blanca, informa hoy el canal de televisión NBC News.

Trump quiere que el veterano directivo de Goldman Sachs, que dirige en la actualidad las operaciones del banco de inversiones, se haga cargo del Consejo Económico Nacional de la Casa Blanca, según fuentes anónimas citadas por el canal de televisión.

La propuesta ya está encima de la mesa pero todavía no está claro que Cohn vaya a aceptarla, según las mismas fuentes, que añadieron que a finales de noviembre pasado el presidente de Goldman Sachs empezó a barajar la posibilidad de abandonar el banco.

De aceptar finalmente la oferta, Cohn se convertiría en otro hombre de Goldman Sachs en entrar en la próxima administración, después de que Trump propusiera a Steven Mnuchin, exdirectivo del banco, para el cargo de secretario del Tesoro.

También trabajó durante años en Goldman Sachs Stephen Bannon, que fue elegido por el presidente electo como estratega jefe y consejero principal de su administración unos días después de su victoria en las elecciones del 8 de noviembre.

El Consejo Económico Nacional es el principal órgano económico del presidente de Estados Unidos que se encarga de coordinar la política económica de la administración, un puesto con gran influencia dentro de la Casa Blanca.

- La futura primera familia de Estados Unidos vivirá entre Washington y su actual residencia, un ático dúplex en la Quinta Avenida de Manhattan (Expansión - **9/12/16**)



En el piso 66 de la Trump Tower se sitúa la residencia privada de Donald Trump, un ático-dúplex diseñado por el interiorista Angelo Donghia.

Si alguien tuviera que imaginar la residencia ideal de Donald Trump, el futuro presidente de Estados Unidos, seguramente no se alejaría mucho de cómo es en realidad. Incontables detalles dorados, adornos con diamantes, frescos que imitan a la Capilla Sixtina, antigüedades al estilo de Luis XIV, columnas de mármol y pan de oro, suntuosas escaleras, lámparas acristaladas, espejos brocados, fuentes, candelabros, estatuas romanas, ángeles de bronce, recuerdos versallescos, barroquismo y excesos llenan el ático-dúplex de Trump en la Quinta Avenida de Nueva York, en un reflejo perfecto de la controvertida personalidad del presidente electo.

La residencia de la futura primera familia americana ocupa la planta 66 de la Trump Tower, el buque insignia del empresario inmobiliario que será pronto el mandatario número 45 de Estados Unidos. Construido en 1982, el inmueble mide 202 metros y es uno de los cien edificios más altos de Nueva York. Además de alojar el apartamento privado del magnate, también es la sede central de su imperio inmobiliario que agrupa The Trump Organization.



El rascacielos es hoy el centro de América, el lugar donde se concentran decenas de periodistas para contar con quién se reúne el que está a punto de ser el hombre más poderoso del mundo. Su entrada, en el número 725 de la Quinta Avenida, se encuentra prácticamente blindada, lo que no evita el trasiego de turistas y curiosos, y provoca las protestas de comercios prime de la zona como la joyería Tiffany, que asegura que las manifestaciones antiTrump y los altísimos niveles de seguridad están dañando sus ventas.



Al magnate le gusta presumir de patrimonio (asegura que tiene más de 10.000 millones de dólares, aunque revistas especializadas como Forbes rebajan la cifra a menos de 5.000 millones), y su ático, diseñado por Angelo Donghia, es reflejo de esa querencia.

En él viven Trump, su mujer, Melania, y su hijo pequeño, Barron. Todos cuentan con una suite privada. Opulencia es el adjetivo que mejor define a una residencia valorada en 100 millones de dólares y que Trump no abandonará del todo cuando tome el relevo de Barack Obama el próximo 20 de enero.

Melania y Barron seguirán viviendo en la Trump Tower al menos hasta que termine el curso escolar, lo que hace presuponer que el magnate pasará en la Casa Blanca de Washington solo el tiempo imprescindible, un detalle más de la que se espera será la Administración más personalista de todos los tiempos.



La presencia de la familia Trump en Nueva York supone un altísimo coste para la ciudad por las exigencias de seguridad. El gasto se ha calculado en más de un millón de dólares al día. “El imperativo número uno es su seguridad. Le debemos eso al presidente electo, su familia y su equipo”, ha asegurado el alcalde de Nueva York, el demócrata Bill de Blasio, que también ha advertido que necesitará ayuda para afrontar los costes. La presencia habitual de un presidente en un lugar tan transitado como la Quinta Avenida de Nueva York no tiene precedentes y supone un enorme reto de seguridad que no hará, pese a todo, que Trump renuncie a un residencia construida a su imagen y semejanza.

- Los 16 consejeros delegados de Trump (Expansión - **10/12/16**)

El presidente electo sella su reconciliación con Wall Street con un consejo asesor formado por algunos de los principales ejecutivos de la América corporativa.

Durante la primera semana de febrero, apenas unos días después de que Donald Trump se convierta oficialmente en el nuevo presidente de Estados Unidos, el magnate inmobiliario y dieciséis de los consejeros delegados más representativos del planeta empresarial se reunirán para empezar a hacer que “América vuelva a ser grande de nuevo”. Este grupo de elegidos forma parte del comité asesor que Trump ha puesto en marcha en su afán de crear “miles de nuevos puestos de trabajo”, la gran obsesión del presidente electo que contrasta con el ratio de desempleo de apenas el 4,6% que registra la primera economía del mundo.

Trump ha elegido a sus asesores empresariales entre las compañías y sectores más tradicionales de Estados Unidos. En la mesa, que estará presidida por Stephen Schwarzman, consejero delegado del gigante de capital riesgo Blackstone, se sentarán los jefes de grandes corporaciones como BlackRock (Larry Fink), Walt Disney (Bob Iger), Wal-Mart (Doug McMillon), JPMorgan (Jamie Dimon) e IBM (Ginni Rometty).

Además, Trump ha fichado como asesores a ejecutivos históricos como Jack Welch, expresidente de General Electric, y Jim McNerney, antiguo consejero delegado de Boeing. El futuro mandatario también se ha servido de expertos en los entresijos de la Reserva Federal y de la SEC (el regulador de los mercados americanos).

Empresas de distribución, firmas financieras y grupos de servicios están representadas en un comité en el que destaca la ausencia de los gigantes de Silicon Valley. IBM es la única empresa tecnológica que forma parte del club de CEO de Trump.

La creación del comité es, en cualquier caso, un reflejo nítido de la dulce relación que existe hoy entre el presidente electo y los reyes de S&P, impensable hace poco más de un mes, cuando Trump sorprendió al mundo y a medio país ganando las elecciones presidenciales.

Durante los largos e intensos meses de campaña, las grandes empresas apostaron de manera unánime por la candidatura de Hillary Clinton, alertadas por el discurso proteccionista de Trump. Así, pese a su condición de millonario y empresario, el candidato republicano no logró demasiado amparo entre sus colegas. Las fortunas del índice de multimillonarios de Bloomberg optaron por la aspirante demócrata, mientras que ninguno de los consejeros delegados de las cien mayores empresas del ranking Fortune destinaron fondos a asegurar el triunfo de Trump. La mayoría de ellos mantuvo sus firmes convicciones republicanas, pero pudo el temor a que se cumplieran los augurios de los analistas, que calculaban una prolongada recesión y la destrucción de millones de empleos en caso de que el millonario de Queens pusiera en marcha los planes prometidos en campaña.

La acogida de Wall Street a un candidato inesperado ha sido, en cambio, insólitamente cálida. Los principales índices bursátiles se sitúan en récords históricos y el cuadro macroeconómico de Estados Unidos presenta los datos más sólidos desde la aguda crisis financiera que se inició en 2008, casi como una premonición de la nueva era de esplendor que se espera con Trump. No hay nada más pragmático que el dinero, y los grandes empresarios también se han apresurado a arropar a un futuro presidente controvertido pero a quien los mercados analizan con optimismo.

El viento de cambio no ha soplado solo desde un flanco. Antes de ganar las elecciones, Trump se presentó como un candidato antisistema e indemne a las presiones de los poderes establecidos. El magnate acusó de manera reiterada a Clinton de rendirse al poder financiero e hizo temblar a los grandes bancos con la ley Glass-Steagall, que separó la banca comercial de la banca de inversión y que fue derogada por Bill Clinton en 1999. Hoy, sin embargo, el sector financiero está siendo uno de los más favorecidos por Trump. Las acciones de JPMorgan, Wells Fargo y Bank of America se han revalorizado más de un 20% en apenas un mes, favorecidas, entre otras razones, por la expectativa de una subida de tipos de interés que defiende el presidente electo.

Los nombramientos de Trump para su equipo de Gobierno son también un reflejo de la luna de miel que vive el futuro presidente con Wall Street. Steve Mnuchin, un antiguo directivo de Goldman Sachs, dirigirá la secretaria del Tesoro, mientras el multimillonario financiero Wilbur Ross será el secretario de Comercio.

- El jefe de ExxonMobil será el secretario de Estado de Trump (Cinco Días - **11/12/16**)

El veterano empresario Rex W. Tillerson, principal ejecutivo de la empresa ExxonMobil y con estrechas relaciones con el gobierno ruso es el elegido por el presidente electo Donald Trump para hacerse cargo de la secretaría de Estado de EEUU, según aseguran varios medios estadounidenses como NBC News.

El nombre de Tillerson, de 64 años, fue el último en sumarse a una larga lista de candidatos barajados por Trump y que incluía al excandidato republicano a la presidencia en 2012, Mitt Romney, y al exembajador estadounidense ante la ONU, John Bolton, que según algunos medios podría convertirse en subsecretario de Estado.

En una entrevista hoy con la cadena de televisión Fox News, Trump evitó confirmar que Tillerson sea su elegido para la secretaría de Estado, pero se deshizo en alabanzas al directivo. “Él es mucho más que un ejecutivo de negocios. Él juega a escala global. Está a cargo de la que supongo que es la mayor compañía del mundo, está a cargo de una compañía petrolera que tiene prácticamente el doble del tamaño de su competidor más cercano, y que se ha gestionado increíblemente bien”, aseguró Trump. “Para mí, una gran ventaja es que conoce a muchos de los jugadores (del escenario global) y los conoce bien. Hace acuerdos a escala masiva en Rusia, y hace esos acuerdos para la compañía, no para él”, agregó el presidente electo en el extracto de la entrevista adelantado por Fox, que emitirá el resto este domingo.

El portavoz del equipo de transición de Trump, Jason Miller, tampoco confirmó la información adelantada por la cadena NBC News y los diarios The New York Times y Washington Post, y se limitó a indicar que el anuncio oficial no se hará hasta la próxima semana. No obstante, según el New York Times, Tillerson sostuvo una reunión hoy con Trump, la segunda después del pasado martes, y que se extendió por más de dos horas.

Tillerson, que comenzó con la Exxon como ingeniero de producción en 1975 y que desde el 2006 es su máximo responsable, cuenta con el apoyo de asesores claves del equipo de Trump: su principal estratega, Stephen K. Bannon, y su yerno, Jared Kushner, quien le ha dicho que el empresario “es de otra liga” cuando se compara con el resto de las opciones para el cargo, señala además el Times.

Horas antes, varios medios de comunicación habían indicado que Tillerson era el favorito para el cargo, y que el equipo de Trump consideraba que aportaría a su papel como diplomático su vasta experiencia como empresario y sus relaciones con líderes de otros países, entre ellos con el presidente ruso, Vladimir Putin.

El ejecutivo de la Exxon conoce a Putin desde que estuvo al frente de las operaciones de esa empresa en Rusia en la década de 1990, una larga relación que beneficiaría la intención de Trump de estrechar relaciones con ese país. En 2011, Tillerson logró un acuerdo que permitía a Exxon acceder a los valiosos recursos del Ártico en Rusia, además de posibilitar a la petrolera estatal rusa, Rosneft, invertir en concesiones de Exxon en todo el mundo. En 2013, Putin le condecoró con la Orden de la Amistad, uno de los más altos honores de Rusia para los extranjeros…

**Ahora se trata de esperar el “Do ut des” (doy para que des) de Donald Trump. El tiempo da y quita razones…Ustedes juzgarán.**